Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

4/2/11

Digitized by Google

LOS MISERABLES.

Digitized by Google

N° 488.

Digitized by Google

4-9-71

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS MISERABLES.

Digitized by Google

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5325848474
b24207378
1363018887

Digitized by Google

R.4.399
4-1-11
840-31''18''
HuG
FH
3816-5

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

LOS

MISERABLES

POR

VICTOR HUGO,

EDICION ILUSTRADA CON LAMINAS,

TRADUCCION

DE D. NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

TOMO V.

MADRID.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG,

CALLE DEL PRINCIPE, NUM. 4.

1863.

Digitized by Google

Digitized by Google

QUINTA PARTE.

JUAN VALJEAN.

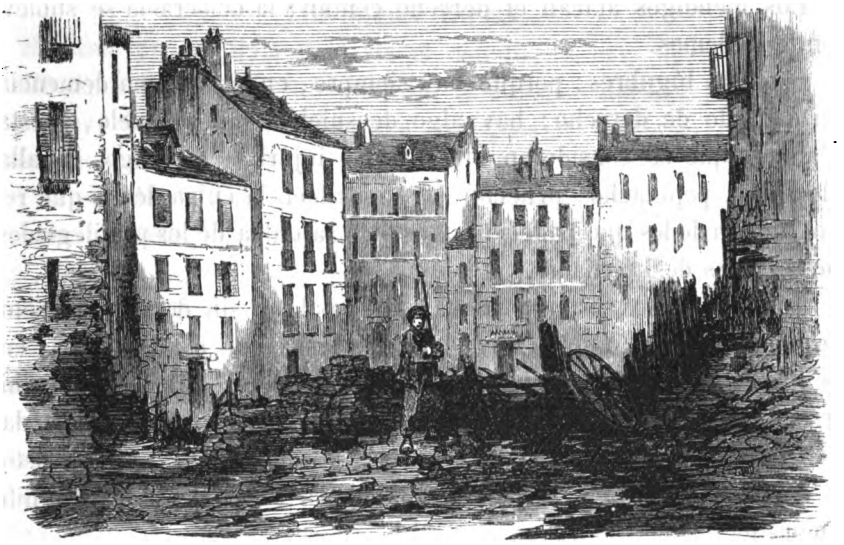
LIBRO PRIMERO.

LA GUERRA DENTRO DE CUATRO PAREDES.

Digitized by Google

Digitized by Google

4-7-11



I.

CARIBDIS DEL ARRABAL DE SAN ANTONIO, Y SCILA DEL ARRABAL DEL TEMPLE.

Las dos barricadas mas memorables que es dado al observador de las enfermedades sociales mencionar, no pertenecen al período en que pasa la accion de este libro. Esas dos barricadas, símbolo ambas, bajo distintos aspectos, de una terrible situacion, surgieron durante la fatal insurreccion de junio de 1848, la guera mas grande de las calles que ha visto la historia.

Sucede á veces que, aun contra los principios, contra la libertad, la igualdad y la fraternidad, contra el voto universal, contra el gobierno de todos por todos, desde lo profundo de su angustia, de su desaliento, de su desnudez, de su fiebre, de sus aflicciones, de sus miasmas, de su ignorancia, de sus tinieblas, esa gran desesperada, la canalla, protesta, y el populacho da la batalla al pueblo,

Digitized by Google

Los mendigos atacan el derecho comun; la oclocracia se subleva contra el demos.

Son dias lúgubres; porque hay siempre, en esa misma demencia, cierto grado de derecho; hay algo de suicidio en ese duelo, y estas palabras, que se consideran otras tantas injurias, mendigo, canalla, oclocracia, populacho, prueban ¡ay! mas bien la culpa de los que reinan, que la de los que padecen; mas bien la culpa de los privilegiados, que la de los desheredados.

Nosotros nunca pronunciamos esas palabras sin dolor y respeto; porque cuando la filosofía sondea los hechos á que corresponden, encuentra en ellos frecuentemente muchas grandezas al lado de las miserias. Atenas era una oclocracia; los mendigos formaron la Holanda; el populacho salvó muchas veces á Roma, y la canalla seguia á Jesucristo.

Ningun pensador ha dejado de contemplar tal cual vez las magnificencias de abajo.

En esa canalla, en esa pobre gente, en todos esos vagabundos, en todos esos miserables, de donde salieron los apóstoles y los mártires, pensaba sin duda San Gerónimo, cuando dijo esta misteriosa frase: *Fex urbis, lex orbis.*

La exasperacion de esa muchedumbre que padece, y que brota sangre; sus violencias contrarias á los principios que constituyen su vida; sus ataques al derecho, son golpes de Estado populares, y deben reprimirse. El hombre probo se sacrifica á hacerlo, y combate á esa muchedumbre por lo mismo que la ama. Pero ¡cuán escusable le parece á pesar de combatirla! ¡Cómo la venera sin embargo de resistirle! Es uno de esos momentos raros en que, obrando como debe obrarse, se siente algo que desconcierta, y que casi disuade de seguir adelante. Preciso es insistir; pero la conciencia, satisfecha y todo, se encuentra triste, complicándose la ejecucion del deber con la angustia del alma.

Lo que sucedió en junio de 1848 fue, apresurémonos á decirlo, un hecho aparte, y casi imposible de clasificar en la filosofía de la historia. Todas las palabras que acabamos de escribir están por demás, tratándose de ese motin estraordinario, donde se vió la santa ansiedad del trabajo reclamando sus derechos. Fue necesario combatirle, y era un deber hacerlo, porque atacaba á la república; pero en el fondo, ¿qué fue junio de 1848? Una rebelion del pueblo contra sí mismo.

Digitized by Google

Mientras no se pierde de vista el asunto, no hay digresion. Asi, permítasenos llamar por un momento la atencion del lector á las dos barricadas, únicas en su clase, que acabamos de nombrar, y que caracterizaron aquella insurreccion.

Una cerraba la entrada del arrabal de San Antonio; otra impedia acercarse al arrabal del Temple. Las personas, delante de cuyas casas surgieron, con un hermoso cielo azul de julio, aquellas dos terribles obras maestras de la guerra civil, jamás las olvidarán.

La barricada de San Antonio era monstruosa. Tenia tres cuerpos, y su anchura no bajaba de setecientos pies. Cerraba de uno á otro ángulo la vasta embocadura del arrabal, es decir, tres calles; abarrancada, dentellada, cortada en pedazos, con una inmensa grieta por almena, con sus puntales á guisa de baluartes, con sus salientes acá y allá, fuertemente apoyada en los dos grandes promontorios de casas del arbal, elevábase como una calzada ciclópea en el fondo de la terrible plaza que ha visto el 14 de julio. Diez y nueve barricadas se sucedian en la profundidad de las calles, detrás de esta barricada-madre.

Con solo verla, sentíase en el arrabal el inmenso padecimiento agonizante, cuando ha llegado á ese momento de apuro en que la desesperacion quiere convertirse en castástrofe. ¿De qué estaba hecha aquella barricada? de los escombros de tres casas de seis pisos, demolidas espresamente, decian unos; el prodigio de todas las cóleras, decian otros. Tenia el lamentable aspecto de todas las construcciones del odio: la ruina. Podia preguntarse: ¿quién ha edificado esto? Y tambien: ¿quién ha destruido esto? Era la obra improvisada de la fermentacion.—¡Aquí! ¡Esta puerta! ¡Esa reja! ¡Aquel alero! ¡Ese dintel! ¡Ese escalfador roto! ¡Aquella marmita cascada! ¡Dádnoslo todo! ¡Arrojadlo todo! ¡Echad á rodar, tirad, cavad, desmantelad, derribad, demoled todo! —Era la cooperacion del empedrado, del morrillo, de la viga, de la barra de hierro, del trapo viejo, del piso hundido, de la silla desfondada, del troncho de col, del harapo, de la maldicion. Era una mezcla de lo grande y de lo pequeño. Era el abismo parodiado por el barullo. La masa junto al átomo; el lienzo de pared arrancado, y la escudilla rota; la fraternidad amenazadora de todos los escombros; Sísifo habia arrojado allí su peñasco, y Job su teja. Era, en suma, una cosa terrible. El ocrópolis de los descamisados.

Digitized by Google

Carretas volcadas accidentaban el declive. Un inmenso carromato estaba allí espuesto, de un lado á otro, con el eje hácia arriba, y parecia una cuchillada en aquel frontispicio tumultuoso. Un omnibus, subido alegremente á fuerza de brazos á la cima de este hacinamiento de cosas, como si los arquitectos de tan horrible construccion hubiesen querido añadir la burla al espanto, ofrecia su lanza á no sabemos qué caballos del aire.

Aquella gigantesca masa, aluvion del motin, figuraba al espíritu el Osa sobre Pelion de todas las revoluciones; 93 sobre 89, el 9 de termidor sobre el 10 de agosto; el 18 de brumario sobre el 21 de enero; vendimiario sobre pradial; 1848 sobre 1830. El sitio valia la pena, y semejante barricada era digna de aparecer en el punto mismo de donde habia desaparecido la Bastilla. Si el Océano construyese diques, serian por este estilo. La furia de la ola estaba impresa en aquel inmenso parapeto. Aquí la ola era la muchedumbre. Creíase ver el tumulto petrificado. Creíase oir zumbar, por cima de la barricada, como sobre una colmena, á las enormes abejas tenebrosas del progreso violento. ¿Era aquello un conjunto de malezas? ¿Era una bacanal? ¿Era una fortaleza? El vértigo parecia haberla construido con sus alas. Notábase algo de cloaca en aquel reducto, y algo de olímpico en aquel desórden. Percibíanse, en una mezcolanza llena de desesperacion, caballetes de tejados, pedazos de buhardillas con su papel pintado, vidrieras enteras esperando el cañon sobre los escombros, chimeneas, armarios, mesas, bancos, ¡desbarajuste horrible! y esas mil cosas, que desecha hasta el mendigo, y que contienen al mismo tiempo el furor y la nada. Habríase dicho que era el harapo de un pueblo; harapo de madera, de hierro, de bronce; de piedra; y que el arrabal de San Antonio lo habia lanzado á su puerta con un colosal escobazo, haciendo de su miseria su barricada. Pedruscos parecidos á tajos, cadenas dislocadas, armazones de vigas con forma de horcas, ruedas horizontales saliendo de los escombros, amalgamaban al edificio de la anarquía la sombría figura de los antiguos suplicios sufridos por el pueblo.

La barricada de San Antonio echaba mano de todo: de ella salia cuanto la guerra civil puede arrojar á la cabeza de la sociedad. No era un combate, sino un parasismo. Las carabinas que defendian el reduc-

Digitized by Google

to, entre las cuales habia algunos trabucos, enviaban pedazos de loza, huesecillos, botones, hasta aldabillas de las mesas de noche; proyectiles peligrosos á causa del cobre.

La barricada estaba furiosa; atronaba los aires con un clamor indecible: en ciertos instantes, provocando al ejército, se cubria de gente y de tempestad; coronábala una baraunda de flameantes cabezas; un hormiguero hervia dentro; tenia una cresta espinosa de fusiles, sables, palos, hachas, picas y bayonetas; una ancha bandera roja crugia al impulso del viento; oíanse los gritos de mando, las canciones de ataque, los redobles del tambor, los sollozos de las mujeres, y las carcajadas tenebrosas de los mendigos. Era descomunal, y parecia estar viva: como del lomo de un animal eléctrico, salia de ella un chisporroteo de rayos. El espíritu de revolucion cubria con su nube aquella cima donde resonaba la voz del pueblo, semejante á la de Dios. ¡Una estraña majestad se desprendia de aquella titánica banasta de escombros! Era al propio tiempo un monton de basura, y el Sinaí.

Como hemos dicho antes, atacaba, en nombre de la revolucion, ¿á qué? á la revolucion. Aquella barricada, el acaso, el desórden, el azoramiento, el error, lo desconocido, tenia frente á sí la Asamblea Constituyente, la soberanía del pueblo, el sufragio universal, la nacion, la república; era la Carmañola retando á la Marsellesa.

Reto insensato, pero heróico, porque este antiguo arrabal es un héroe.

El arrabal y el reducto se auxiliaban mútuamente. El reducto servia de respaldo al arrabal, y el arrabal de arrimo al reducto. Ostentábase la gran barricada como un arrecife, donde iba á estrellarse la estrategia de los generales de Africa. Sus cavernas, sus escrecencias, sus verrugas, sus gibas, gesteaban, digámoslo asi, y se reian con mofa bajo el humo. La metralla se perdia en lo deforme; los obuses se sumergian y engolfaban allí; las balas no hacian mas que ensanchar los agujeros. ¿Qué valia disparar contra el caos? Y los regimientos, acostumbrados á las mas terribles visiones de la guerra, miraban con inquietos ojos aquel reducto, especie de fiera, jabalí en lo erizado, montaña en lo enorme.

A un cuarto de legua de allí, de la esquina de la calle Vieja del Temple, que desemboca en el boulevard, cerca del Château d'Eau, si

Digitized by Google

se sacaba atrevidamente la cabeza fuera de la punta formada por la delantera del almacen Dallemagne, se percibia á lo lejos, mas allá del canal, en la calle que sube las rampas de Belleville, al fin de la calzada, una pared estraña que llegaba al segundo cuerpo de las fachadas de las casas, especie de guion entre los edificios de la derecha y de la izquierda, como si la calle hubiese doblado por sí misma su pared mas alta para cerrarse bruscamente. Esta pared estaba construida de adoquines, y era recta, perpendicular, nivelada con la escuadra, tirada á cordel. Faltábale sin duda el cimiento; pero como en ciertas paredes romanas, esto no perjudicaba á su rígida arquitectura. Adivinábase la profundidad viendo la elevacion. La cornisa era matemáticamente paralela á la base. Distinguíanse de trecho en trecho, sobre la parda superficie, troneras casi invisibles, parecidas á hilos negros, y separadas unas de otras por espacios iguales. La calle, hasta donde alcanzaba la vista, estaba desierta, y todas las puertas y ventanas cerradas. Surgia en el fondo aquella barrera, que trasformaba la calle en callejuela sin salida; pared inmóvil y tranquila, donde no se veia á nadie, ni se oia nada; ni siquiera un grito, el mas leve ruido, un soplo. Parecia un sepulcro.

El resplandeciente sol de junio inundaba con su luz aquel objeto terrible.

Era la barricada del arrabal del Temple.

Aun los mas atrevidos, desde que llegaban á aquel sitio y la veian, no podian menos de ponerse pensativos ante la misteriosa aparicion. Era una cosa bien proporcionada; las partes ajustaban y encajaban perfectamente; el todo rectilíneo, simétrico y fúnebre. Habia allí ciencia y tinieblas. Conocíase que el gefe de la barricada era un geómetra ó un espectro. Se la miraba, y se hablaba en voz baja.

De tiempo en tiempo, si alguno fuese soldado, oficial ó representante del pueblo, se aventuraba á atravesar la solitaria calzada, oíase un silbido agudo y débil, y el transeunte caia herido ó muerto; ó si se libraba, veíase la bala penetrar en algun postigo cerrado, en el hueco entre dos piedras, ó en el yeso de la pared. A veces la bala era de cañon; porque la gente de la barricada habia hecho de dos trozos de tubos de bronce de los del gas, tapados en un estremo con estopa y cenizados, cañoncitos. No se gastaba inútilmente la pólvora; casi todos los tiros daban en el blanco. Habia acá y allá algunos cadáveres, y charcos de

Digitized by Google

sangre en el empedrado. Me acuerdo de una mariposa blanca que volaba de un lado á otro. El estío no abdica jamás.

En las cercanías, el piso de las puertas-cocheras estaba lleno de heridos.

Conocia uno allí que era blanco de algun fusil invisible, y que toda la calle estaba bajo la puntería de las bocas de fuego.

Los soldados de la columna de ataque, amontonados detrás de la especie de albardilla que forma, á la entrada del arrabal del Temple, el puente cintrado del canal, observaban, graves y pensativos, aquel lúgubre reducto, aquel objeto inmóvil, impasible, de donde salia la muerte. Algunos se arrastraban boca abajo, hasta lo alto de la curva del puente, cuidando de que no asomasen sus chacós.

El valiente coronel Monteynard admiraba, estremeciéndose, esta barricada.

—¡Qué bien construida está! decia á un representante. No hay una piedra mas saliente que otra. Parece porcelana.

En aquel momento una bala le rompió la cruz que llevaba sobre el pecho, y cayó.

—¡Cobardes! se oia gritar. Pero ¡si no se presentan! ¡Que se les vea á lo menos! ¡No se atreven á presentarse!

La barricada del arrabal del Temple, defendida por ochenta hombres y atacada por diez mil, resistió tres dias. Al cuarto, se hizo como en Zaacha y Constantina, se agujerearon las casas, se entró en ellas por los techos, y la barricada fue tomada. Ninguno de aquellos ochenta *cobardes* pensó en huir; todos sucumbieron, escepto el gefe, Barthelemy, de quien hablaremos luego.

La barricada de San Antonio era el tumulto de los truenos; la del Temple era el silencio. Entre ambos reductos habia la misma diferencia que entre lo formidable y lo siniestro. Uno parecia la boca de una fiera; el otro una máscara.

Admitiendo que la gigantesca y tenebrosa insurreccion de junio estaba compuesta de una cólera y de un enigma, sentíase en la primera barricada al dragon, y detrás de la segunda á la esfinge.

Dos hombres habian edificado aquellas dos fortalezas; el uno llamado Cournet, y el otro Barthelemy. Cournet hizo la barricada de San Antonio, y Barthelemy la del Temple. Cada una era la imágen de su constructor.

Digitized by Google

Cournet tenia elevada estatura, espaldas anchas, rostro colorado, fuerza colosal, corazon atrevido, álma leal, vista sincera y terrible. Era intrépido, enérgico, irascible, violento; el mas cordial de los hombres, el mas formidable de los combatientes. La guerra, la lucha, la pelea, eran su aire respirable, y le ponian de buen humor. Habia sido oficial de marina, y en sus gestos y voz se adivinaba que salia del Océano, y que venia de la tempestad. El huracan le acompañaba en medio de los combates. Sin tener en cuenta el genio, habia en Cournet algo de Danton; asi como, prescindiendo de la divinidad, habia en Danton algo de Hércules.

Barthelemy, flaco, de pobre apariencia, pálido, taciturno, era una especie de pilluelo trágico, que abofeteado por un municipal, le espió, le aguardó y le mató, habiendo ido á presidio á los diez y siete años. Salió, é hizo esta barricada.

Mas adelante, por una complicacion fatal, hallándose ambos proscritos en Lóndres, Barthelemy mató á Cournet. Fue un duelo fúnebre.

Algun tiempo despues, cogido en una de esas misteriosas aventuras donde la pasion se mezcla, catástrofe en que la justicia francesa ve circunstancias atenuantes, y la justicia inglesa solo ve la muerte, Barthelemy fue ahorcado.

La sombría construccion social está hecha de manera que, gracias á las privaciones materiales, gracias á la oscuridad moral, aquel desgraciado ser que contenia una inteligencia, firme de seguro, quizá grande, empezó por el presidio en Francia, y acabó por la horca en Inglalerra. Barthelemy, en las ocasiones solemnes, no enarbolaba mas que una bandera: la negra.

Digitized by Google

II.

DE CÓMO EN EL ABISMO NO PUEDE HACERSE MAS QUE HABLAR.

Diez y seis años habian pasado en la subterránea educacion del motin, y junio de 1848 sabia mas que junio de 1832. La barricada de la calle de la Chanvrerie era solo un bosquejo y un embrion, comparada con las dos colosales barricadas que acabamos de describir; mas para su época era formidable.

Los insurretos, bajo la inspeccion de Enjolras, pues Mario no veia ya nada, habian aprovechado la noche. La barricada habia sido no solo reparada, sino aumentada. Se la habia levantado dos pies mas. Algunas barras de hierro entre las piedras parecian lanzas en ristre. Escombros de diferentes clases, traidos de todos lados y añadidos, complicaban la armazon esterior. El reducto habia sido restaurado hábilmente, por dentro como pared, y por fuera como maleza.

Habíase recompuesto la escalera de adoquines que permitia subir á él como al muro de una ciudadela.

Se habia hecho el arreglo de la barricada; la sala baja estaba libre de estorbos, la cocina convertida en hospital, la cura de los heridos practicada; se habia recogido la pólvora esparcida por el suelo y en las mesas, fundido balas, fabricado cartuchos, aprontado hilas, distribuido

Digitized by Google

las armas caidas, limpiado el interior del reducto, quitado los escombros, llevado los cadáveres.

A los muertos se les depositó en la callejuela de Mondetour, de la que los insurrectos continuaban siendo dueños. Por mucho tiempo se han visto las sangrientas señales en el empedrado. Entre los muertos habia cuatro guardias nacionales de las afueras, cuyos uniformes mandó recoger Enjolras.

Este habia aconsejado dos horas de sueño. Un consejo de Enjolras era una consigna, y sin embargo, solo se aprovecharon de él tres ó cuatro personas. Feuilly empleó aquellas dos horas en grabar esta inscripcion en la pared que daba frente á la taberna.

VIVAN LOS PUEBLOS.

Estas tres palabras, escritas en la piedra con un clavo, se leian allí aun en 1848.

Las tres mujeres se habian aprovechado de la noche para desaparecer definitivamente; asi quedaban mas á sus anchas los insurrectos. Sin duda ellas encontrarian medio de refugiarse en alguna casa vecina.

Casi todos los heridos podian y querian aun combatir. Habia en la cocina, que, segun hemos dicho, hacia veces de hospital, sobre una litera, formada de colchones y haces de paja, cinco hombres gravemente heridos, entre ellos dos guardias municipales. A estos últimos se les atendió primero.

En la sala baja no quedaron mas que Mabeuf, cubierto con el paño negro, y Javert atado al poste.

—Esta es la sala de los muertos, dijo Enjolras.

En lo interior de esta sala, apenas alumbrada por una vela, hácia el fondo, hallándose la mesa mortuoria detrás del poste, como una barra horizontal, Javert y Mabeuf; el uno de pié, y el otro tendido, figuraban una especie de cruz grande y algo vaga.

La lanza del ómnibus, aunque rota por los disparos de los fusiles, estaba aun en disposicion de colgar de ella una bandera, y Enjolras, que tenia la cualidad, propia de un jefe, de ejecutar siempre lo que decia, até á aquella asta el vestido agujereado y sangriento de Mabeuf.

No era posible preparar comida ninguna, pues no habia pan ni

Digitized by Google

carne. Los cincuenta hombres de la barricada, en las diez y seis horas que llevaban de estar allí, habian consumido pronto las mezquinas provisiones de la taberna. En un instante dado, toda barricada que resiste se convierte inevitablemente en la balsa de la Medusa. Fue preciso resignarse á tener hambre. Eran las primeras horas del 6 de junio, de ese dia espartano, en que Juana, en la barricada de San Merry, rodeado de insurrectos que pedian pan, respondia á todos aquellos combatientes.

—¿Para qué? Son las tres; y á las cuatro habremos ya muerto.

Como no habia que comer, Enjolras prohibió que se bebiera. Quitó el vino, y puso á racion el aguardiente.

Habíanse encontrado en la cueva quince botellas herméticamente selladas. Enjolras y Combeferre las examinaron. El último dijo mientras subia:

—Son efectos viejos del tio Hucheloup, que empezó por ser droguista.

—Esto tiene trazas de verdadero vino, observó Bossuet. Es una suerte que Grantaire duerma; pues si no, esas botellas peligrarian.

Enjolras, á pesar de los murmullos, puso su veto á las quince botellas; y para que nadie las tocara, y se las considerase como sagradas, las mandó colocar debajo de la mesa donde yacia Mabeuf.

A las dos de la madrugada se contaron los combatientes, y resultó que aun quedaban treinta y siete.

El dia empezaba á despuntar. Acababase de apagar la antorcha que se habia vuelto á colocar en su alvéolo de adoquines. El interior de la barricada, especie de pequeño patio usurpado á la calle; estaba anegado en tinieblas, y se parecia, al través del vago horror crepuscular, al puente de un buque abandonado. Los combatientes yendo y viniendo, se movian allí como formas negras. Por cima de este horrible nido de sombras, los pisos de las casas mudas se bosquejaban lívidamente, y en la parte superior se veian blanquear las chimeneas. El cielo ofrecia ese hermoso matiz indeciso entre blanco y azul. Los pájaros volaban, cantando alegremente. La casa alta que formaba el fondo de la barricada, mirando hacia Levante, tenia en su techo un reflejo de color de rosa. En el ventanillo del tercer piso, el aire de la mañana agitaba los cabellos blancos sobre la cabeza del hombre muerto.

Digitized by Google

—Me alegro de que hayan apagado la antorcha, decia Courfeirac á Feuilly. Me incomodaba verla doblarse á impulso del viento, pues parecia tener miedo. La luz de las antorchas es como la prudencia de los cobardes; alumbra mal porque tiembla.

El alba despierta los ánimos como despierta á los pájaros. Todos hablaban.

Joly, al ver á un gato andando por la canal de un tejado, prorumpió en este arranque filosófico:

—¿Qué es el gato? Un correctivo. Despues de hacer Dios al raton, hizo en seguida al gato. El gato es la fé de erratas del raton. El raton, mas el gato, es la prueba revisada y corregida de la creacion.

Combeferre, rodeado de estudiantes y de obreros, hablaba de los muertos, de Juan Prouvaire, de Bahorel, de Mabeuf, hasta de Cabuc, y de la tristeza severa de Enjolras. Decia:

—Armodio y Aristogiton, Bruto, Quereas, Stephanus, Cromwell, Carlota Corday, Sand, todos han tenido, despues de dar el golpe, su momento de angustia. Nuestro corazon es tan propenso á estremecerse, y la vida humana es un misterio tan grande, que, aun en el caso de un homicidio cívico, de un homicidio libertador, si los hay, el remordimiento de haber herido á un hombre escede á la alegría de haber servido al género humano.

Y un minuto despues, como acontece de ordinario en las conversaciones, por una transicion á que dieron márgen los versos de Juan Prouvaire, Combeferre se puso á comparar entre sí á los traductores de las Geórgicas, á Raux con Cournand, á Cournand con Delille, indicando los pasajes traducidos por Malfilâtre, particularmente los prodigios de la muerte de César. El nombre de César le condujo naturalmente á hablar de Bruto.

—César, decia Combeferre, mereció caer. Ciceron trató con severidad á César, y tenia razon para hacerlo. Aquella severidad no es la diatriba. Cuando Zóilo insulta á Homero; Cuando Mevio insulta á Virgilio; cuando Visé insulta á Molière; cuando Pope insulta á Shakspeare; cuando Freron insulta á Voltaire, se cumple una antigua ley de envidia y de odio; los genios atraen la injuria; los grandes hombres son siempre mas ó menos zaheridos. Pero Zóilo y Ciceron son dos entidades diferentes. Ciceron hizo con el pensamiento la misma justicia

Digitized by Google

que Bruto con la espada. En cuanto á mí, vitupero esta última justicia; pero la antigüedad la admitia. César, violador del Rubicon, confiriendo como procedentes de él, las dignidades que procedian del pueblo, no levantándose á la entrada del Senado, observaba, segun dice Eutropio, la conducta de un rey, y casi de un tirano, *regia ac pœne tyrannica*. Era un grande hombre; tanto peor, ó tanto mejor, pues la leccion así es mas elevada. Sus veintitres heridas me afectan menos que la saliva escupida á la frente de Jesucristo. César es inmolado por los puñales de los senadores; Cristo es abofeteado por los sirvientes. Allí, donde es mayor el ultraje, se siente á Dios.

Bossuet, dominando desde la parte mas alta de un monton de adoquines, toda aquella charla, gritaba carabina en mano:

—¡Oh Cidateneo! ¡Oh Mirrino! ¡Oh Probalinto! ¡Oh gracias de la Eántide! ¿Quién me dará que pronuncie los versos de Homero, como un griego de Laurio ó de Edapteon?

Digitized by Google

III.

CLARIDAD Y SOMBRA.

Enjolras habia ido á hacer un reconocimiento, saliendo por la callejuela de Mondetour, y serpenteando á la orilla de las casas.

Los insurrectos estaban llenos de esperanza. La manera como habian rechazado el ataque de la noche, les inducia casi á despreciar de antemano el ataque de la mañana. Aguardábanle sonriéndose, y creian en el triunfo tanto, como en la causa que sustentaban.

Por otra parte, iba á llegarles evidentemente un socorro, y contaban con él. Arrastrados por esa facilidad de profecía victoriosa, que es una de las fuerzas del francés en la lucha, dividian en tres fases seguras el dia próximo á clarear: á las seis de la mañana la union de un regimiento *que estaba ganado*; á las doce, la insurrecion de todo París; á la puesta del sol, la revolucion.

Oiase la campana de San Merry, que no habia cesado un solo minuto de tocar á rebato desde la víspera; lo cual probaba que la otra barricada, la grande, la de Juana, seguia resistiendo.

Todas estas esperanzas se comunicaban de uno á otro grupo en una especie de murmullo, á un tiempo alegre y formidable, que se parecia al zumbido belicoso de una colmena.

Enjolras apareció de nuevo. Volvia de su sombrío paseo de águila en

Digitized by Google

la oscuridad esterior. Escuchó un instante la espresion de aquella alegría, con los brazos cruzados y la mano en la boca. Despues, fresco y sonrosado, en medio de la blancura matinal creciente, dijo:

—Todo el ejército de París está sobre las armas. La tercera parte de ese ejército pesa sobre la barricada que defendeis, y además la Guardia nacional. He distinguido los chacos del quinto de línea, y las banderas de la sesta legion. Dentro de una hora sereis atacados. En cuanto al pueblo, ha mostrado ayer efervescencia, pero hoy ya no se mueve. No hay nada que esperar; ni un arrabal, ni un regimiento. Estais abandonados.

Estas palabras cayeron sobre los bulliciosos grupos, causando el efecto de la primera gota de la tempestad que cae sobre un enjambre. Todos quedaron mudos. Hubo un momento de inesplicable silencio, en que se habria oido volar á la muerte.

Este momento fue corto.

Una voz, que salió del fondo de los grupos, gritó á Enjolras:

—Bien está. Elevemos la barricada á veinte pies de altura, y muramos todos. Ciudadanos, hagamos la protesta de los cadáveres. Mostremos que si el pueblo abandona á los republicanos, los republicanos no abandonan al pueblo.

Aquella palabra espresaba, desprendiéndose de la penosa nube de ansiedades individuales, el pensamiento de todos, y asi fue acogida con entusiastas aclamaciones.

Jamás se ha sabido el nombre de la persona que habló asi; alguno de esos que visten blusa, ignorado, desconocido, olvidado; un héroe del momento; ese grande anónimo que se mezcla siempre en las crisis humanas y en los génesis sociales, y que, en un instante dado, pronuncia con tono sublime la palabra decisiva, desvaneciéndose en las tinieblas, despues de representar por un minuto, á la claridad de un relámpago, al pueblo y á Dios.

Esta inexorable resolucion era tan unánime entre los sublevados del 6 de junio de 1832, que casi á la misma hora, en la barricada de San Merry, se lanzaba este grito, conservado por la historia, y del cual hace mencion el proceso:

—Désenos ó no auxilio, ¡que importa! Muramos aquí hasta el último.

Las dos barricadas, segun se ve, aunque aisladas materialmente, se comunicaban entre sí.

Digitized by Google

IV.

CINCO MENOS, Y UNO MAS.

Despues que el desconocido que decretó «la protesta de los cadáveres» hubo hablado, y dado la fórmula del sentimiento comun, brotó de todos los labios un grito de estraña satisfaccion; grito terrible, fúnebre por el sentido, y triunfal por el acento.

—¡Viva la muerte! Muramos aquí todos.

—¿Por qué todos? dijo Enjolras.

—¡Todos! ¡Todos!

—La posicion, dijo Enjolras, es buena, la barricada es escelente. Treinta hombres bastan; ¿por que sacrificar cuarenta?

—Porque ninguno querrá marcharse, replicaron todos.

—Ciudadanos, esclamó Enjolras con cierta vibracion, casi de cólera, en la voz; la república no es bastante rica en hombres para hacer gastos inútiles. La vanagloria es un despilfarro. Si el deber, respecto de algunos, es marcharse, hay que cumplirlo como otro deber cualquiera.

Enjolras, el hombre-principio, tenia sobre su correligionarios esa especie de omnipotencia que se desprende de lo absoluto; y con todo, empezaron á oirse murmullos.

Enjolras, jefe hasta la punta de los dedos, viendo que habia quien murmurase, insistió, y repuso con elevado tono:

Digitized by Google

—Que los que teman no ser mas que treinta lo digan.

Los murmullos se aumentaron.

—Además, observó una voz de entre el grupo, marcharse es mas difícil de lo que se piensa. La barricada está cercada por todas partes.

—Menos por el lado de los Mercados, dijo Enjolras. La calle de Mondetour está libre, y siguiendo la de Predicadores, se puede llegar al Mercado de los Inocentes.

—Y allí, añadió otra voz del grupo, no habrá medio de escapar. Se tropezará con alguna patrulla de tropa de línea, ó de las afueras, que al ver á un hombre de blusa y gorra, preguntará: ¿De dónde vienes? De la barricada tal vez. Y examinando las manos del fugitivo, y notando que huelen á pólvora, le fusilarán.

Enjolras, sin responder, tocó á Combeferre en el hombro, y ambos entraron en la sala baja.

Al cabo de un momento salieron. Enjolras traia en sus dos manos los cuatro uniformes que habia mandado reservar, y Combeferre le seguia con las correas y los chacós.

—Vistiendo este uniforme, dijo Enjolras, es fácil mezclarse en las filas y huir. Hay para cuatro personas.

Y arrojó en el suelo desempedrado los cuatro uniformes.

Nadie se movió en aquel estóico auditorio. Combeferre tomó la palabra.

—Vamos, dijo, es preciso tener algo de lástima. ¿Sabeis de qué se trata aquí? Pues se trata de las pobres mujeres. Veamos. ¿Hay ó no esposas, hijos, madres que mecen la cuna con sus pies, y que tienen alrededor de sí montones de chicuelos? Aquel de entre vosotros que no ha sentido jamás el calor del seno materno, levante la mano. ¡Ah! ¿quereis morir? Tambien yo, yo que os hablo; pero no quiero ver junto á mí espectros de mujeres, torciéndose los brazos en su desesperacion. Morid, si lo deseais, pero no causeis la muerte. Los suicidios, como el que va á verificarse aquí, son sublimes; pero el suicidio debe reducirse á estrechos límites, y en cuanto se estienda á vuestros parientes, toma el nombre de asesinato, Pensad en las cabecitas rubias; pensad en los cabellos blancos. Oid. Enjolras acaba de decirme que ha visto, hace poco, en la esquina de la calle del Cisne, una ventana de un quinto piso alumbrada, y al través de los vidrios, la vacilante sombra de una

Digitized by Google

cabeza de anciana, que tenia trazas de haber pasado la noche aguardando. Quizá sea la madre de alguno de vosotros. Pues bien: ese que se marche; que se de prisa á ir en busca de su madre, y decirle:—¡Madre, aquí estoy! Y que vaya tranquilo, pues no dejaremos por eso de cumplir nuestro deber. Cuando se sostiene á sus parientes con el trabajo de sus brazos, no hay derecho á sacrificarse, porque equivale á desertar de la familia. Pero, ¡y los que tienen hijos, hermanas! ¿Habeis pensado bien en ello? Desafiais la muerte, moris; perfectamente. Pero, ¿y mañana? Ahí quedan esas jóvenes sin pan... ¡Porvenir terrible! El hombre mendiga: la mujer vende. ¡Ah! Esos seres hermosos tan llenos de gracia y dulzura, que se adornan la cabeza con gorros de flores, que bañan la casa de castidad, que cantan, que charlan, que son como un perfume vivo, que prueban la existencia de los ángeles en el cielo con la pureza de las vírgenes en la tierra; esa Juana, esa Luisa, esa Lola, adorables y honestas criaturas, vuestra bendicion y vuestro orgullo... van ¡Dios mio! á tener hambre! ¿Qué quereis que os diga? Hay un mercado de carne humana; y para alejarlas de él no bastarán vuestras manos de espectros, trémulas á su alrededor! Pensad en la calle, pensad en el baldosado, cubierto de transeuntes; pensad en las tiendas, por delante de las cuales pasan y vuelven á pasar mujeres descotadas y sumidas en el fango. Tambien esas mujeres han sido puras. Los que teneis hermanas, ¡pensad en ellas! La miseria, la prostitucion, los municipales, San Lázaro, tales son los abismos que se abren ante esas delicadas y bonitas jóvenes, frágiles maravillas de pudor, donaire y belleza mas frescas que las lilas del mes de mayo. ¡Ah! ¡Habeis muerto! ¡No estais ya á su lado! Perfectamente; habeis querido librar al pueblo de los reyes, ¡y entregais á la policía vuestras hijas! ¡Amigos, tened á lo menos compasion! ¡Se piensa de ordinario tan poco en las mujeres, en las infelices mujeres! Se fia en que no han recibido la educacion de los hombres; se les impide leer, pensar, ocuparse en política... Pero ¿les impedireis que vayan esta tarde á la Morgue, y que conozcan allí vuestros cadáveres? ¡Ea! es preciso que los que tienen familia sean buenos muchachos, nos den un apreton de manos, y se marchen, dejándonos aquí solos con nuestra obra. Comprendo que se necesita valor para marcharse: es difícil; pero cuanta mas dificultad, mas mérito. Dícese: Tengo un fusil, estoy en la barricada, y me quedo. Son cosas que

Digitized by Google

se dicen pronto; pero amigos mios, hay un mañana, y ese mañana no amanecerá para vosotros, y sí para vuestras familias. ¡Y cuántos padecimientos! ¿Sabeis lo que es de un lindo niño, sano, con mejillas de rosa, que picotea, y retoza, y rie, y exhala dulce frescor al besarle, en cuanto se le abandona? He visto uno que apenas levantaba del suelo. Su padre habia muerto, y unas pobres gentes le habian recogido por caridad. Pero és el caso que no tenian pan para sí, y el niño estaba siempre con hambre. Era en invierno. No lloraba. Veíasele arrimarse á la estufa donde jamás habia lumbre, y cuyo tubo, como sabeis, se pega con betun amarillo. El pobre niño arrancaba con sus deditos un poco de aquel betun y se lo comia. Tenia la respiracion ronca, la cara lívida, las piernas flojas, el vientre abultado. No decia nada. Si le hablaban, no respondia. Ha muerto. Le llevaron á morir al hospicio de Neker, y estando yo allí de interno le ví. Ahora, si hay entre vosotros padres, padres que consideran una dicha ir á pasear el domingo, teniendo en su robusta mano la manita de su hijo, figúrense en aquel niño el suyo. ¡Cuitadillo! Me parece aun verle desnudo en la mesa de las disecaciones anatómicas, con las costillas asomándole bajo la piel, como las fosas bajo la yerba de un cementerio. Se le encontró una cosa parecida á cieno en el estómago, y ceniza en los dientes. ¡Vamos! Probemos á consultar nuestra conciencia y nuestro corazon. La estadística demuestra que la mortalidad de los niños abandonados es de cincuenta y cinco por ciento. Lo repito; aquí se trata de las esposas, de las madres, de los hijos, de los chiquitines. ¿Se os habla acaso de vuestras personas? Harto se sabe lo que valeis; harto se sabe que sois todos unos valientes; ¡pardiez! que os alegrais y envaneceis de dar la vida por la santa causa; que os sentís elegidos para morir útil y magníficamente, y que todos vosotros quereis participar del triunfo. Enhorabuena. Pero no estais solos en el mundo. Hay otras personas en quienes es preciso pensar, y no debemos ser egoistas.

Todos bajaron la cabeza con un aire sombrío.

¡Estrañas contradicciones del corazon humano en los momentos mas sublimes! Combeferre, que hablaba asi, no era huérfano. Acordábase de las madres de los otros, y olvidaba la suya. Iba á morir; era egoista.

Mario, en ayunas, calenturiento, sucesivamente burlado en todas

Digitized by Google

sus esperanzas, encallado en el dolor, el mas sombrío de los naufragios, saturado de emociones violentas, y sintiendo aproximarse el fin, estaba cada vez mas sumido en ese visionario estupor que precede siempre á la hora fatal, voluntariamente aceptada.

Un fisiólogo hubiera podido estudiar en él los síntomas crecientes de esa absorcion febril, conocida y clasificada por la ciencia, y que es respecto del padecimiento, lo que la voluptuosidad respecto del placer. Tambien la desesperacion tiene su éstasis, y ese era el éstasis de Mario. Asistia á todo lo que allí pasaba, como si lo contemplase desde afuera. Segun hemos dicho antes, las cosas que sucedian á su vista, se le figuraban lejanas; aunque distinguia el conjunto, no percibia los pormenores. Veia á los que iban y venian al través de un inmenso resplandor. Las voces llegaban á él, como si saliesen del fondo de un abismo.

Esto, sin embargo, le conmovió. Habia en aquella escena algo que penetró hasta él, y le despertó. Su única idea era morir, y no queria distraerse de ella un solo instante; pero comprendió en su sonambulismo fúnebre, que por el mero hecho de perderse, no le estaba vedado salvar alguno. Levantó la voz:

—Enjolras y Combeferre tienen razon, dijo; nada de sacrificios inútiles. Opino como ellos, y hay que darse prisa. Lo que Combeferre os ha dicho no admite réplica. Entre vosotros se cuentan algunos que tienen familias, madres, hermanas, esposas, hijos. Salgan, pues, de las filas.

Nadie se movió.

—Salgan de las filas los hombres casados, y los que son el sosten de sus familias, repitió Mario.

Su autoridad era grande; pues si bien se consideraba á Enjolras como jefe de la barricada, mirábase á Mario como su salvador.

—Lo mando, gritó Enjolras.

—Os lo ruego, dijo Mario.

Entonces, conmovidos por el discurso de Combeferre, por la órden de Enjolras, y por la súplica de Mario, aquellos hombres heróicos empezaron á denunciarse.

—Cierto, decia un jóven á un hombre ya formado, tú eres padre de familia. Márchate.

Digitized by Google

—A tí es á quien toca irse, respondia aquel hombre, pues mantienes á tus dos hermanas.

Empeñóse una lucha inaudita, no queriendo ninguno dejarse poner á la puerta del sepulcro.

—Despachemos, dijo Combeferre ; dentro de un cuarto de hora ya no será tiempo.

—Ciudadanos, prosiguió Enjolras, reina aquí la república, y con ella el sufragio universal. Designad vosotros mismos la personas que hayan de marcharse.

Se obedeció esta órden. Al cabo de algunos minutos fueron designados cinco por unanimidad, y salieron de las filas.

—¡Son cinco! esclamó Mario.

No habia mas que cuatro uniformes.

—¡Bueno! dijeron los cinco, es preciso que se quede uno.

Y empezó de nuevo el generoso certámen, buscando cada cual razones para no marcharse, y para convencer á los demás de que debian hacerlo.

—Tú tienes una esposa que te ama.

—Tú tienes á tu anciana madre.

—Tú no tienes padre ni madre ; ¿qué va á ser de tus tres hermanitos?

—Tú eres padre de cinco hijos.

—Tú tienes derecho á vivir, pues solo cuentas diez y siete años. Moririas demasiado pronto.

Las grandes barricadas revolucionarias eran centros de heroismo. Lo inverosímil parecia allí sencillo, y aquellos hombres no se admiraban unos de otros.

—Despachad, repitió Courfeyrac.

Desde los grupos gritaron á Mario :

—Designad vos el que deba quedarse.

—Sí, dijeron los cinco; elegid, y obedeceremos.

Mario no se creia ya capaz de emocion, y sin embargo, á la idea de elegir un hombre para la muerte, toda su sangre refluyó hácia el corazon. Se hubiera puesto pálido, si le hubiera sido aun posible palidecer.

Dirigióse á los cinco, que le aguardaban con la sonrisa en los labios,

Digitized by Google

y cada cual, brillando en sus ojos esa gran llama que se ve en el fondo de la historia en las Termópilas, le gritaba:

—¡Yo! ¡yo! ¡yo!

Mario los contó, como estúpido. No habia remedio: ¡eran cinco! Luego fijó la vista en los cuatro uniformes.

En aquel instante el quinto uniforme cayó, como si lo arrojasen del cielo, sobre los otros cuatro.

El quinto hombre se habia salvado.

Mario alzó los ojos, y conoció al señor Fauchelevent.

Juan Valjean acababa de entrar en la barricada.

Sea en virtud de aviso recibido, sea por instinto, sea debido á la casualidad, llegaba por la callejuela de Mondetour, y gracias á su uniforme de guardia nacional, nadie le habia puesto obstáculo.

El centinela que los insurrectos apostaron en la calle de Mondetour no creyó deber dar la señal de alarma, tratándose de un guardia nacional solo. Dejóle internarse en la calle, diciendo para sí: probablemente es un refuerzo, y cuando turbio corra, un prisionero. El momento era demasiado grave para que el centinela pudiera distraerse de su deber, y separarse de su puesto de observacion.

Al entrar Valjean en el reducto, nadie advirtió en él, pues todos los ojos estaban fijos en los cinco individuos elegidos, y en los cuatro uniformes. Juan Valjean habia visto y oido todo; y despojándose silenciosamente de su uniforme, lo arrojó, segun queda relatado.

La emocion fue indescriptible.

—¿Quién es ese hombre? preguntó Bossuet.

—Un hombre que salva á los demás, contestó Combeferre.

Mario añadió con voz grave:

—Le conozco.

No se necesitaba de mas fianza.

Enjolras se volvió á Juan Valjean:

—Bienvenido seais, ciudadano.

Y añadió:

—Supongo sabreis que vamos á morir.

Juan Valjean, sin responder, ayudó al insurrecto, á quien acababa de salvar, á vestirse el uniforme.

Digitized by Google

V.

DONDE SE DIRÁ EL HORIZONTE QUE SE DESCUBRE DE LO ALTO DE LA BARRICADA.

La situacion de todos en aquella hora fatal y en aquel sitio inexorable, tenia por resultante y por vértice la suprema melancolía de Enjolras.

Enjolras reunia en su persona la plenitud de la revolucion, y sin embargo, era tan incompleto como lo absoluto puede serlo. Tenia demasiado de Saint-Just, y no lo bastante de Anacarsis Clootz. Sin embargo, en la sociedad de los amigos del A B C, su espíritu habia acabado por esperimentar la influencia de las ideas de Combeferre. Hacia algun tiempo que, saliendo poco á poco de la forma estrecha del dogma, cedia al empuje del progreso, llegando á aceptar, como evolucion definitiva y magnífica, la trasformacion de la gran república francesa en inmensa república humana. En cuanto á los medios inmediatos, dada una situacion violenta, queríalos tambien violentos; en esta parte no habia variado, y permanecia fiel á la escuela épica y formidable, que se resume en este número: 93.

Enjolras estaba de pie en la escalera de adoquines, con un codo apoyado en el cañon de su carabina. Meditaba, y de vez en cuando se

Digitized by Google

estremecia, como si sintiese pasar un hálito misterioso... En los parajes que visita la muerte suelen notarse estos efectos de los antiguos trípodes. De sus pupilas, que reflejaban la mirada interior, salian como especie de llamas comprimidas. De repente levantó la cabeza; sus cabellos rubios cayeron hácia atrás como los del ángel sobre el carro sombrío de estrellas, y semejantes á la melena de un leon, erizada en forma de aureola resplandeciente. Enjolras habló asi:

—Ciudadanos: ¿os representais el porvenir? Las calles de las ciudades inundadas de luz, ramas verdes en los umbrales, las naciones hermanas, los hombres justos, los ancianos bendiciendo á los niños, lo pasado amando á lo presente, los pensadores en completa libertad, los creyentes iguales entre sí; por religion el cielo, por sacerdote á Dios; la conciencia humana convertida en altar, estinguido el odio; la fraternidad del taller y de la escuela; por penalidad y por recompensa, la notoriedad; el trabajo, el derecho, la paz para todos; no mas sangre vertida, no mas guerras, ¡las madres dichosas! El primer paso es sojuzgar la materia; el segundo, realizar el ideal. Reflexionad en lo que ha hecho ya el progreso. En otro tiempo las primeras razas humanas veian con terror pasar ante sus ojos la hidra que soplaba sobre las aguas, el dragon que vomitaba fuego, el grifo, monstruo del aire, que volaba con las alas de un águila y las garras de un tigre; espantosas fieras, colocadas por cima del hombre. Sin embargo, el hombre ha tendido sus redes, las redes sagradas de la inteligencia, y ha acabado por coger en ellas á los monstruos. Hemos domado la hidra, y le hemos dado el nombre de vapor; hemos domado el dragon, llamándole locomotora; estamos á punto de domar el grifo, pues ya ha caido en nuestras manos, y hemos cambiado su nombre en el de globo. El dia en que esta obra de Prometeo se concluya, unciendo el hombre definitivamente al carro de su voluntad la triple quimera antigua, la hidra, el dragon y el grifo, ese dia será dueño del agua, del fuego y del aire, y vendrá á ser para el resto de la creacion animada lo que para él eran en otro tiempo los dioses mitológicos. ¡Valor, y adelante! ¿A dónde vamos, ciudadanos? A la ciencia convertida en gobierno; á la fuerza de las cosas erigida en única fuerza pública; á la ley natural con su sancion y su penalidad en sí misma, y promulgada por la evidencia; á una alborada de verdad que corresponda al nacer del dia. Caminamos á la union de los pueblos;

Digitized by Google

caminamos á la unidad del hombre. No mas ficciones; no mas parásitos. Lo real gobernado por lo verdadero; tal es el fin. La civilizacion celebrará sus juntas en medio de Europa, y luego en el centro de los continentes, en un gran Parlamento de la inteligencia. Háse visto ya algo parecido á esto. Los anfictiones tenian diez juntas al año, una en Delfos, mansion de los dioses; otra en las Termópilas, mansion de los héroes. Europa tendrá sus anfictiones, y el globo los tendrá tambien á su vez. Francia lleva dentro de sí este porvenir sublime. Es la gestacion del siglo XIX. Lo que bosquejó Grecia merece ser terminado por Francia. Escúchame, Feuilly, valiente obrero, hombre del pueblo, hombre de los pueblos. ¡Te venero! Sí, tú ves con claridad las futuras edades: sí, tienes razon. Carecias de padre y madre, Feuilly, y has adoptado por madre la humanidad, y por padre el derecho. Vas á morir aquí, esto es, á triunfar. ¡Ciudadanos! Suceda hoy lo que quiera; venzamos, ó seamos vencidos, vamos á hacer una revolucion. Asi como los incendios iluminan toda una ciudad, las revoluciones iluminan á todo el género humano. ¿Y qué revolucion haremos? Acabo de decirlo: la de la verdad. Bajo el punto de vista político, no hay mas que un principio: la soberanía del hombre sobre sí mismo. Esta soberanía del yo sobre el yo se llama Libertad. Desde que dos ó mas de estas soberanías se asocian, empieza el Estado. Pero en esta asociacion no hay abdicacion. Cada soberanía concede cierta parte de sí misma para formar el derecho comun; parte que es igual para todos. Esta identidad de concesiones hechas por los individuos en beneficio de todos, se llama Igualdad. El derecho comun no es mas que la proteccion de todos, irradiando sobre el derecho de cada individuo. Esta proteccion se llama Fraternidad. El punto de interseccion de todas estas soberanías que se agregan, es lo que recibe el nombre de Sociedad. Siendo esta interseccion una union, el punto en que se verifica es un nudo. De ahí lo que se denomina Vínculo social. Algunos dicen contrato social, y viene á ser lo mismo, por cuanto la palabra contrato se forma etimológicamente con la idea de vínculo. Entendámonos acerca de la igualdad; pues al paso que la libertad es la cima, la igualdad es la base. La igualdad, ciudadanos, no significa toda la vegetacion á nivel; una sociedad de matas grandes y de encinas pequeñas; un conjunto de envidiosos hostilizandose; civilmente, la igualdad significa el camino abierto á todas las aptitudes; políticamente, el

Digitized by Google

mismo peso para todos los votos; religiosamente, el mismo derecho para todas las conciencias. La igualdad tiene su órgano, y este órgano es la instruccion gratuita y obligatoria. El derecho al alfabeto; por ahí se debe empezar. La escuela primaria impuesta á todos; la escuela secundaria ofrecida á todos; tal es la ley. De la escuela idéntica sale la sociedad igual. ¡Sí! ¡Enseñanza! ¡Luz! ¡Luz! De la luz emana todo, y todo vuelve á ella. ¡Ciudadanos! el siglo XIX es grande; pero el siglo XX será dichoso. Entonces no habrá nada que se parezca á la antigua historia; no habrá que temer, como hoy, una conquista, una invasion, una usurpacion, una rivalidad de naciones á mano armada, una interrupcion de civilizacion por un casamiento de reyes; no habrá que temer un nacimiento en las tiranías hereditarias, un reparto de pueblos acordado en congresos, una desmembracion por hundimiento de dinastía, un combate de dos religiones al encontrarse frente á frente; no habrá ya que temer el hambre, la esplotacion, la prostitucion por miseria, la miseria por falta de trabajo, el cadalso, la cuchilla, las batallas, y todos estos latrocinios del acaso en la selva de los acontecimientos. Casi pudiera decir que no habrá ya acontecimientos. Reinará la dicha. El género humano cumplirá su ley, como el globo terrestre cumple la suya; la armonía entre el alma y el astro se restablecerá; el alma gravitará en torno de la verdad, como el astro en torno de la luz. Amigos, la hora en que estamos y en que os hablo, es una hora sombría; pero tales son las terribles condiciones de la conquista del porvenir. Una revolucion es un peaje. ¡Oh! el género humano será libertado, sacado de su postracion, consolado. Se lo afirmamos desde esta barricada. ¿De dónde saldrá el grito de amor, sino de lo alto del sacrificio? ¡Oh, hermanos mios! Aquí está el vínculo de union de los que piensan y de los que padecen; esta barricada no está hecha ni de adoquines, ni de vigas, ni de hierro viejo; está hecha de dos montones, uno de ideas, otro de dolores. La miseria encuentra en ella á lo ideal. El dia se abraza con la noche, y le dice: voy á morir contigo, y tú vas á renacer conmigo. Del estrecho abrazo de todas las aflcciones brota la fe. Los padecimientos traen aquí su agonía, y las ideas su inmortalidad. Esta agonía y esta inmortalidad van á mezclarse y á componer nuestra muerte. Hermanos, el que muere aquí, muere en la irradiacion del porvenir, y nosotros bajamos á una tumba iluminada por la aurora.

Digitized by Google

Enjolras se detuvo; era mas bien una interrupcion, que el fin de su discurso. Sus labios seguian moviéndose en silencio, como si continuase hablando consigo mismo; y sus compañeros atentos y ansiosos de recoger aquellas palabras, no apartaban de él la vista. No hubo aplausos, pero se habló en voz baja mucho tiempo.

La palabra es aire, y el estremecimiento de las inteligencias se parece al estremecimiento de las hojas.

Digitized by Google

VI.

MARIO ESQUIVO, Y JAVERT LACÓNICO.

Digamos lo que pasaba en el pensamiento de Mario.

Téngase presente el estado de su alma.

Como acabamos de indicar, para él todo se habia reducido á vision. Sus ideas estaban confusas. Mario, repitámoslo, se hallaba bajo la sombra de las grandes alas tenebrosas, abiertas sobre los agonizantes. Sentia que habia penetrado en él el sepulcro, y parecíale que estaba al otro lado de la barrera, no viendo ya las caras de los vivos sino con los ojos de un muerto.

¿Cómo y por qué se encontraba allí el señor Fauchelevent? ¿Qué iba á hacer á la barricada? Mario no trató de averiguar nada de esto, pues siendo propio de nuestra desesperacion estenderse á cuanto nos rodea, hallaba lógico que todos fuesen á morir á aquel sitio.

Pensó, no obstante, en Cosette con indecible angustia.

Por lo demás, el señor Fauchelevent no le habló, ni aun le miró, y hasta pareció no haber oido cuando Mario, levantando la voz, dijo:—Le conozco.

Esta actitud del señor Fauchelevent aliviaba á Mario de un gran peso, y aun diríamos que le agradaba, si tratándose de tales impresio-

Digitized by Google

nes, pudiera emplearse esta palabra. Habíase sentido siempre incapaz de hablar á aquel hombre enigmático, que era para él á la vez equívoco é imponente. Además, hacia mucho tiempo que no le habia visto; lo cual, unido á la índole tímida y reservada de Mario, aumentaba mas todavía su retraimiento.

Los cinco hombres designados salieron de la barricada por la callejuela de Mondetour, perfectamente disfrazados de guardias nacionales. Uno de ellos se fué llorando. Todos, antes de partir, dieron un abrazo de despedida á los que se quedaban.

Cuando aquellos cinco hombres, devueltos á la vida, se marcharon, Enjolras pensó en el sentenciado á muerte, y entró en la sala baja. Javert, atado al poste, parecia meditabundo.

—¿Quiéres algo?—le preguntó Enjolras.

Javert contestó:—¿Cuándo me matais?

—Aguarda. En este momento necesitamos todos nuestros cartuchos.

—Entonces dadme de beber, dijo Javert.

Enjolras le presentó un vaso de agua, y como Javert estaba atado, le ayudó á beber.

—¿Quiéres algo mas? preguntó de nuevo Enjolras.

—Estoy mal en este poste, respondió Javert. ¡Habeis tenido alma para dejarme pasar aquí la noche! Atadme como mas os plazca, pero se me figura no habrá inconveniente en que se me tienda como á ese otro sobre una mesa.

Y con un movimiento de cabeza indicaba el cadáver del señor Mabeuf.

Se recordará que, en el fondo de la sala, habia una mesa grande, donde se habian fundido balas y hecho cartuchos, ahora bien, empleada toda la pólvora, y hechos todos los cartuchos, aquella mesa estaba libre.

Por órden de Enjolras, cuatro insurrectos desataron á Javert del poste, teniendo otro mientras tanto una bayoneta apoyada en su pecho. Le dejaron las manos atadas atrás, le sujetaron los pies con una cuerda delgada, pero fuerte, de modo que pudiera dar pasos de quince pulgadas, como se hace con los que van á subir al cadálso, y se le condujo hasta la mesa del fondo, teniéndole allí, y atándole perfectamente por la mitad del cuerpo.

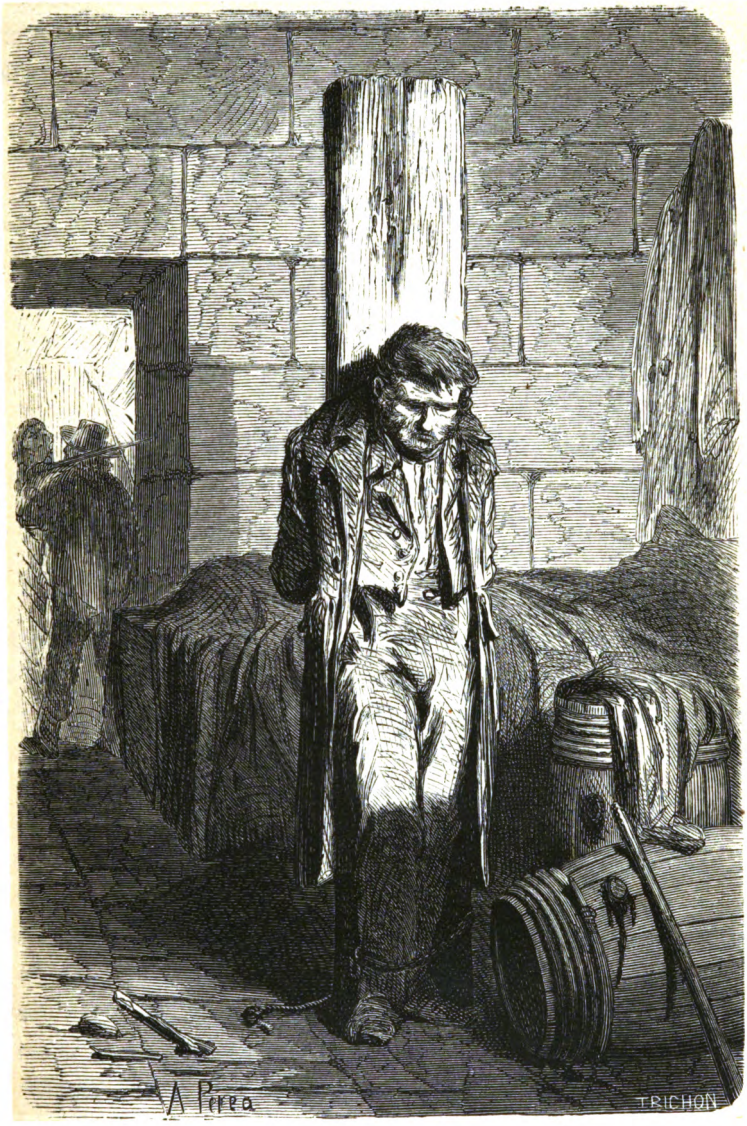
Digitized by Google

Para mayor seguridad, mediante una cuerda fijada al cuello, se añadió al sistema de ligaduras que le ponia en la imposibilidad de evadirse, esa especie de lazo, llamado en las cárceles gamarra, que partiendo de la nuca, se bifurca en el estómago, y llega á las manos despues de haber pasado por entre las piernas.

Mientras amarraban á Javert, un hombre, en el umbral de la puerta, le consideraba con singular atencion. La sombra que formaba aquel hombre hizo volver la cabeza á Javert. Alzó los ojos y conoció á Juan Valjean. Sin el menor estremecimiento, los bajó de nuevo con altivez, y se limitó á decir:

—Es natural.

Digitized by Google



LA SALA DE LOS MUERTOS.

Digitized by Google

Digitized by Google

VII.

DE CÓMO LA SITUACION SE FUE AGRAVANDO.

El dia adelantaba rápidamente; pero las ventanas y las puertas permanecian cerradas. Era la aurora, no el despertar. Las tropas, como hemos dicho, habian desocupado la estremidad de la calle de Chanvrerie, que á la sazon parecia libre, y que brindaba al transeunte con una tranquilidad siniestra. La calle de San Dionisio estaba muda, como el paseo de los esfinges en Tebas. Ni un solo ser viviente se veia en las encrucijadas que blanqueaba un reflejo de sol. Nada hay tan lúgubre como esa claridad de las calles desiertas.

Aunque no se divisaba á nadie, en cambio se oia. Notábase á cierta distancia un movimiento misterioso. Era evidente que el instante crítico iba á llegar. Como la víspera por la noche, los centinelas se replegaban; pero esta vez no quedó ninguno.

La barricada estaba mas fuerte que en el primer ataque, y desde la partida de los cinco, se la habia levantado mas aun.

Enjolras, por aviso del centinela á quien tocó observar los Mercados, temeroso de ser sorprendido por aquella parte, adoptó una resolucion grave. Mandó hacer otra barricada en la pequeña boca-calle de la de Mondetour, que habia permanecido libre hasta entonces. Para esto fue

Digitized by Google

preciso desempedrar algunas varas mas de calle. De este modo, la barricada, tapiada en tres calles, la de la Chanvrerie por delante, la del Cisne y la pequeña Truanderie á la izquierda, y la de Mondetour á la derecha, era casi inespugnable; aunque, en verdad, constituia en fatal encierro. Tenia tres frentes, pero ninguna salida. Fortaleza y ratonera al mismo tiempo, dijo riéndose Courfeyrac.

Enjolras mandó hacinar junto á la puerta de la taberna unos treinta adoquines, que se habian «arrancado de mas,» decia Bossuet.

El silencio era tan profundo por el lado de donde debia venir el ataque, que Enjolras hizo que cada cual ocupase de nuevo su respectivo puesto.

Distribuyóse á todos una racion de aguardiente.

Nada hay mas curioso que una barricada preparándose á recibir el asalto. Cada cual elige su sitio como en el teatro. Se recuestan, apoyan los codos, se respaldan, y hasta algunos forman sillones con los adoquines. Si la esquina de una pared incomoda, todos se alejan de ella; si sobresale un ángulo protector, á él se acogen. Los zurdos hacen buena obra, pues ocupan los sitios que molestan á los demás. Muchos se disponen á combatir sentados, queriendo estar cómodos para matar y para morir.

En la funesta guerra de junio de 1848, un insurrecto que tenia una puntería terrible, y que hacia fuego desde una azotea, habia dispuesto le llevasen un sillon á la Voltaire, y en él murió de un casco de metralla.

En cuanto el jefe manda el zafarrancho de combate, todos los movimientos desordenados cesan. No mas empellones, no mas corrillos, no mas apartes; todo lo que bulle en los ánimos, converge y se cambia en ansiedad, esperando la embestida. Antes del peligro, una barricada es el caos; en el peligro, es la disciplina. Del peligro nace el órden.

Desde que Enjolras tomó su carabina de dos cañones, y se situó en una especie de almena que se habia reservado, todos callaron. Oyóse un ruido de golpes secos resonar confusamente en toda la estension de la barricada. Era que se montaban los fusiles.

Por lo demás, reinaba allí mas grandeza de ánimo, mas confianza que nunca. El esceso del sacrificio fortalece; no tenian ya esperanza, pero les quedaba la desesperacion. La desesperacion, última arma, que

Digitized by Google

á veces da la victoria; Virgilio lo ha dicho. Los recursos supremos emanan de las resoluciones estremas. Embarcarse en la muerte, suele ser á veces el medio de evitar el naufragio, y la tapa del ataud se convierte en este caso en tabla de salvacion.

Como la víspera por la noche, la atencion de todos se dirigia, y casi pudiera decirse que se apoyaba, en la estremidad de la calle, ahora clara y visible.

No aguardaron mucho tiempo. El movimiento empezó á oirse distintamente por el lado de San Leu, aunque no se parecia al del primer ataque. Esta vez el crugido de las cadenas, el alarmante rumor de una masa, la trepidacion del bronce al saltar sobre el empedrado, especie de ruido solemne, anunciaron que se aproximaba alguna siniestra armazon de hierro. Estremeciéronse las entrañas de aquellas antiguas y tranquilas calles, abiertas y construidas para la fecunda circulacion de los intereses y de las ideas, y no para que rodasen por ellas con monstruoso estrépito, los carros de guerra.

La fijeza con que las pupilas de todos los combatientes se clavaban en el estremo de la calle, tomó una espresion feroz.

Apareció una pieza de artillería.

Los artilleros la conducian, colocada ya sobre las muñoneras, y sin el avantren. Dos de aquellos iban junto al afuste, cuatro empujaban las ruedas, y otros seguian con el arcon. Veíase humear la mecha encendida.

—¡Fuego! gritó Enjolras.

Toda la barricada hizo fuego, y la detonacion fue espantosa; una tempestad de humo envolvió y oscureció la pieza de artillería y los hombres. Despues de algunos instantes se disipó la nube, y el cañon y los hombres reaparecieron. Los artilleros acababan de colocarlo en frente de la barricada, con lentitud, en toda regla, sin precipitacion de ningun género. No habia ni uno herido. En seguida el jefe, apoyándose en la culata para elevar el tiro, se puso á puntar el cañon con la gravedad de un astrónomo que asesta el anteojo.

—¡Bravo por los artilleros! gritó Bossuet.

Y toda la barricada aplaudió.

Un momento despues, la pieza, perfectamente situada en medio de la calle, como si dijéramos á caballo sobre el arroyo, estaba ya en batería. Abríase ante la barricada una formidable boca.

Digitized by Google

—¡Bien, bien! dijo Courfeyrac. Aquí viene lo gordo. Despues del papirotazo, la puñada. El ejército estiende su garra hácia nosotros. La barricada va á sentirse sacudir seriamente. Los fusiles no hacen mas que tantear, el cañon coge.

—Es una pieza de á ocho, del método moderno, y de bronce, añadió Combeferre. Esa clase de piezas, por poco que se esceda de la proporcion de diez partes de estaño en ciento de cobre, están espuestas á reventar. El esceso de estaño las ablanda demasiado, y entonces se forman escarabajos en el oido. Para evitar esto, y poder forzar la carga, tal vez convendria volver al procedimiento del siglo XIV, y circuir esteriormente la pieza con un sistema de anillos de acero sin soldadura, desde la culata hasta los muñones. Entre tanto, se remedia ese defecto del mejor modo posible. Para conocer dónde están los escarabajos del oido de un cañon, se hace uso de la sonda; si bien es preferible emplear la estrella móvil de Gribeauval.

—En el siglo XVI observó Bossuet, se rayaban los cañones.

—Sí, contestó Combeferre, eso aumenta la potencia balística, pero disminuye la precision del tiro. En el tiro, á corta distancia, la trayectoria no tiene la tension debida, y exagerándose la parabola, el camino del proyectil no es bastante rectilíneo para poder herir los objetos intermedios, á pesar de ser una necesidad del combate, cuya importancia crece con la cercanía del enemigo y la precipitacion de los disparos. Esta falta de tension de la curva del proyectil en los cañones rayados del siglo XVI, consistia en lo escaso de la carga; y las cargas pequeñas, en las máquinas de que hablamos, son una exigencia de las necesidades balísticas, tales, por ejemplo, como la conservacion de los afustes. En suma, el cañon, ese déspota, no puede todo lo que quiere; la fuerza es una gran debilidad. Una bala de cañon no anda mas que seiscientas leguas por hora; la luz recorre sententa mil en un minuto. Tanta es la superioridad de Jesucrito sobre Napoleon.

—Volved á cargar, dijo Enjolras.

¿Cómo iba á recibir la armazon de la barricada el embate de la artillería? ¿Abririan brecha las balas? Esta era la cuestion.

Mientras que los insurrectos cargaban de nuevo sus fusiles, los artilleros hacian lo propio con el cañon.

La ansiedad era profunda en el reducto.

Digitized by Google

Salió el tiro, y sonó la detonacion.

—¡Presente! gritó una voz con alegría.

Y al mismo tiempo que la bala dió contra la barricada, vióse á Gavroche lanzarse dentro.

Llegaba por el lado de la calle del Cisne, y habia andado listo en saltar la barricada accesoria que estaba en frente del laberito de la pequeña Truanderie.

Gavroche produjo en la barricada mas efecto que la bala.

Habíase perdido ésta en los escombros, logrando á lo sumo romper una rueda del omnibus, y acabar con la carreta vieja de Anceau. Los de la barricada, al ver esto, se echaron á reir.

—Continuad, gritó Bossuet á los artilleros.

Digitized by Google

VIII.

LA COSA SE VA PONIENDO SERIA.

Todos cercaron á Gavroche.

Pero Mario, sin darle tiempo para contar nada, le tomó aparte, y estremeciéndose le dijo:

—¿Qué vienes á hacer aquí?

—¡Toma! le respondió el pilluelo: ¿Y vos?

Y miró fijamente á Mario con su descaro épico. Sus dos ojos se agrandaban por efecto de la arrogante lucidez que despedian las órbitas.

Mario prosiguió con severo acento:

—¿Quién te ha dicho que volvieras? Supongo que habrás entregado mi carta.

No dejaba de escocerle algo á Gavroche lo pasado con aquella carta; pues con la prisa de volver á la barricada, mas bien que entregarla, lo que hizo fue deshacerse de ella. No podia menos de decir en sus adentros, que la habia confiado con sobrada ligereza á aquel desconocido, cuyo rostro no logró siquiera distinguir, á pesar de tener descubierta la cabeza. En una palabra, reprendíase interiormente, y temia los car-

Digitized by Google

gos que Mario pudiera dirigirle. Para salir del apuro, eligió el medio mas sencillo, que fue el de mentir abominablemente.

—Ciudadano, entregué la carta al portero. La señora dormia, y se la darán en cuanto despierte.

Mario, al enviar aquella carta, se habia propuesto dos cosas: despedirse de Cosette, y salvar á Gavroche. Tuvo que contentarse con la mitad de lo que queria.

El envio de su carta y la presencia del señor Fauchelevent en la barricada, ofrecian cierta correlacion, que no dejó de presentarse á su espíritu, y dijo á Gavroche, mostrándole á aquel:

—¿Conoces á ese hombre?

—No, contestó Gavroche.

En efecto, segun acabamos de recordarlo, no habia visto á Juan Valjean sino de noche.

Las confusas y débiles conjeturas que habian principiado á formarse en el espíritu de Mario, se disiparon. ¿Acaso conocia él las opiniones del señor Fauchelevent? Muy bien podia ser republicano, y de ahí su presencia en el sitio del combate.

Gavroche estaba ya al otro estremo de la barricada, gritando:

—¡Mi fusil!

Courfeyrac mandó que se le entregasen.

Gavroche advirtió á los «camaradas» (asi los llamaba) que el bloqueo de la barricada era cosa hecha; que á él le habia costado mucho trabajo el llegar. Un batallon de línea, cuyos pabellones estaban en la pequeña Truanderie, tenia ocupadas la salida de la calle del Cisne; y por el lado opuesto, la guardia municipal se habia apostado en la calle de Predicadores. En frente estaba el grueso del ejército.

Cuando hubo dado estas noticias, añadió Gavroche:

—Os autorizo para que los zurreis de lo lindo.

Entre tanto, Enjolras, desde su almena, con el oido atento, espiaba.

Los sitiadores, poco contentos sin duda de su cañon, no le habian vuelto á hacer funcionar.

Una compañía de infantería de línea ocupó la estremidad de la calle, detrás de la pieza. Los soldados desempedraban la calzada, y construian allí con los adoquines una pared baja, especie de parapeto, que apenas escedia de diez y ocho pulgadas de altura, y daba frente á la barricada,

Digitized by Google

En el ángulo izquierdo de este parapeto, se veia la cabeza de un batallon de las afueras, formado en columna cerrada en la calle de San Dionisio.

Enjolras, desde su atalaya, creyó percibir ese ruido particular que se hace al sacar del arcon las cajas de metralla, y vió al jefe cambiar la puntería, é inclinar ligeramente la boca del cañon á la izquierda. Despues, los artilleros se pusieron á cargar la pieza. El jefe mismo cogió el bota-fuego, y lo acercó al oido.

—¡Bajad la cabeza! grito Enjolras: ¡todos de rodillas en la barricada!

Los insurrectos, esparcidos delante de la taberna, y que habian dejado su puesto de combate á la llegada de Gavroche, corrieron en peloton á la barricada; pero aun no se habia ejecutado la órden de Enjolras, cuando se oyó el tiro, con ese ronquido terrible de las descargas de metralla. Lo era efectivamente.

La carga habia sido dirigida á la cortadura del reducto, rebotando contra la pared; y de este espantoso rebote resultaron dos muertos y tres heridos.

Continuando asi, la barricada seria pronto destruida. La metralla se abria ancha calle.

Hubo un rumor de consternacion.

—Impidamos á lo menos el segundo metrallazo, dijo Enjolras.

Y bajando la carabina, apuntó al jefe que en aquel momento, inclinado sobre la culata del cañon, rectificaba y fijada definitivamente la puntería.

El jefe era un guapo sargento de artillería, jóven, rubio, de rostro apacible, con ese aire inteligente propio del arma predestinada y tremenda, que á fuerza de perfeccionarse en el horror, debe concluir por matar la guerra.

Combeferre, de pie junto á Enjolras, consideraba á aquel jóven.

—¡Qué lástima! dijo: ¡qué horrible cosa son estas carnicerías! Por fin, cuando ya no haya reyes, no habrá guerras. Enjolras, tú apuntas á ese sargento, pero no le miras. Figúrate un hermoso jóven. Que es intrépido no cabe duda; se le ve que piensa. Son muy instruidos esos artilleros. Tendrá padre, madre, familia; amará probablemente. Representa á lo sumo veinticinco años; pudiera ser tu hermano.

Digitized by Google

—Lo os, dijo Enjolras.

—Sí, prosiguió Combeferre, y tambien mio. No le matemos, pues.

—Déjame. Lo que es preciso, es preciso.

Y una lágrima rodó lentamente por la mejilla de mármol de Enjolras.

Al mismo tiempo oprimió el gatillo de su carabina y salió el tiro. El artillero giró dos veces sobre sí mismo, tendidos los brazos y levantada la cabeza como para aspirar el aire; despues cayó de costado sobre la pieza, sin volver á moverse. Salíale de la espalda un arroyo de sangre. La bala le habia atravesado el pecho de parte á parte. Estaba muerto.

Fue menester llevarle de allí, y poner á otro en su lugar; con lo que se ganaban, en efecto, algunos minutos.

Digitized by Google

IX.

DONDE SE VERÁ LA MANERA DE EMPLEAR ESE TALENTO DE CAZADOR FURTIVO, Y ESA PUNTERÍA SEGURA, QUE INFLUYÓ EN LA CONDENA DE 1796.

Cruzábanse los avisos en la barricada. La pieza de artillería iba á empezar de nuevo, y con aquella metralla todo habria concluido en un cuarto de hora. Era de absoluta necesidad amortiguar los tiros.

—Es preciso poner ahí un colchon, dijo Enjolras.

—No hay ninguno, respondió Combeferre. Los ocupan los heridos.

Juan Valjean, sentado aparte en un guarda-canton junto á la esquina de la taberna, con el fusil entre las piernas, no habia tomado parte hasta entonces en nada de lo que pasaba. Parecia no oir á los combatientes decir, aludiendo á él:—Un fusil inútil.

Al dar Enjolras la órden, Juan Valjean se levantó.

Recordará el lector que cuando llegó el tropel de gente á la calle de la Chanvrerie, una vieja, por miedo á las balas, habia colgado de la ventana un colchon. Esta ventana pertenecia á una buhardilla, y estaba sobre el techo de una casa de seis pisos, algo fuera de la barricada. El colchon, puesto al través, y apoyado por debajo en dos varas de tender

Digitized by Google

ropa, estaba sostenido por arriba en dos cuerdas, que parecian desde lejos dos hilos, atadas á clavos fijos en el dintel de la buhardilla. Veíanse destacarse distintamente las dos cuerdas, como si fuesen dos cabellos.

—¿Hay quien me preste una carabina de dos cañones? dijo Juan Valjean.

Enjolras, que acababa de cargar de nuevo la suya, se la entregó.

Juan Valjean apuntó á la buhardilla, y tiró.

Una de las cuerdas estaba rota, y el colchon no pendia ya mas que de un hilo.

Juan Valjean disparó el segundo tiro, y la segunda cuerda golpeó en los vidrios de la buhardilla. El colchon resbaló por entre las dos varas, y cayó á la calle.

La barricada aplaudió.

Todos gritaron:

—¡Un colchon! ¡un colchon!

—Sí, dijo Combeferre; pero ¿quién irá á traerlo?

El colchon habia caido, en efecto, por fuera de la barricada, entre los sitiados y los sitiadores; y como la muerte del sargento de artillería habia exasperado á la tropa, los soldados, desde algunos momentos antes, se habian tendido boca abajo detrás de la línea de adoquines levantada por ellos; y para suplir el forzoso silencio de la pieza, que callaba hasta reorganizar su servicio, habian roto el fuego contra la barricada. Los insurrectos no respondian á aquella descarga de fusiles, para ahorrar las municiones. La fusilería se estrellaba en la barricada; pero llenaba de balas la calle, que tenia un aspecto terrible.

Juan Valjean salió por la cortadura, entró en la calle, atravesó aquel huracan de balas, fué al colchon, le cogió, se le echó á cuestas, y volvió á la barricada.

Él mismo puso el colchon en la cortadura, fijándole contra la pared, de modo que no lo viesen los artilleros.

Ejecutado esto, se aguardó la descarga de metralla.

No se hizo esperar.

El cañon vomitó con un rugido su carga, pero no hubo rebote. La metralla se amortiguó en el colchon. Habíase logrado el efecto previsto, y la barricada se habia salvado.

Digitized by Google

—Ciudadano, dijo Enjolras á Juan Valjean, la república os da las gracias.

Bossuet admiraba y reia.

— ¡Es inmoral, esclamó, que un colchon posea tan gran virtud! ¡Es el triunfo de la debilidad sobre la fuerza! Pero de todos modos, ¡gloria al colchon que anula los cascos de metralla!

Digitized by Google

X.

AURORA.

En aquel momento se despertaba Cosette.

Su cuarto era estrecho, aseado, discreto, con una gran ventana á Oriente, que daba al patio interior de la casa.

Cosette no sabia nada de lo que pasaba en París. No estaba allí la víspera, y ya se habia retirado á su cuarto cuando la tia Santos dijo:—Parece que hay alboroto.

Durmió pocas horas, pero bien. Tuvo dulces sueños, contribuyendo quizá algo á esto la estremada blancura de su cama. Habíasele aparecido Mario inundado de claridad, y como al despertar le daba el sol en los ojos, se le figuró que seguia soñando.

Su primer pensamiento cuando salió de aquel ensueño, fue de alegría. Cosette se sintió tranquila. Esperimentaba, como Juan Valjean algunas horas antes, esa reaccion del alma que no quiere, bajo concepto alguno, la desgracia; y se puso con todas sus fuerzas á esperar, sin saber por qué. De improviso le asaltó una angustia indecible. ¡Hacia tres dias que no habia visto á Mario! Pero reflexionó que debia haber recibido su carta, que sabia dónde estaba, y que, hallándose dotado de

Digitized by Google

tanto talento, encontraria medio de acercarse hasta ella, y muy pronto sin duda, quizá aquella misma mañana.

Era ya dia claro; pero por la disposicion horizontal del rayo de luz, creyó que amanecia. Habia que levantarse, no obstante, para recibir á Mario.

Sentia que le era imposible vivir sin Mario, y parecíale suficiente razon esta para que viniese. No habia nada que objetar. El argumento era concluyente. ¡Pues no llevaba ya tres dias de padecer! ¡Tres dias sin ver á Mario! ¡Atrocidad inaudita! Dios habia querido probarla, pero la prueba habia terminado, y Mario iba á llegar, portador de buenas noticias.

Tal es la juventud, se enjuga pronto los ojos, y considerando inútil el dolor, no lo acepta. La juventud es la sonrisa del porvenir ante un desconocido, ante sí mismo. Nada para ella mas natural que ser dichosa; parece que su respiracion está formada de esperanza.

Por lo demás, Cosette no podia recordar lo que Mario le habia dicho á propósito de aquella ausencia, que solo debia durar un dia, ni cómo se la habia esplicado. Todos habrán advertido la habilidad de una moneda que cae al suelo para ocultarse y atormentar al que la busca. Hay pensamientos que se divierten de igual modo á nuestra costa, escondiéndose en una celdilla del cerebro. En vano corremos tras él; la memoria no consigue apoderarse del fugitivo.

Cosette no dejaba de sentir cierto despecho al notar que el recuerdo le era rebelde, pues juzgaba criminal en ella el olvido de las palabras que Mario habia pronunciado.

En cuanto dejó el lecho, se apresuró á cumplir con las dos atenciones del alma y del cuerpo; la oracion y el tocador.

Puédese, en un caso, introducir al lector en la alcoba nupcial, pero no en el dormitorio de una vírgen. Apenas lo osaria el verso, y no debe intentarlo siquiera la prosa.

Es el interior de una flor aun cerrada; es una blancura en la sombra; es la célula íntima de un no abierto lirio, que no debe mirar el hombre mientras no lo haya mirado el sol. La mujer, todavía capullo, es sagrada. El lecho inocente que se descubre, la adorable semi-desnudez que tiene miedo de sí misma, el blanco pie que se refugia en una chinela, la garganta que se vela delante de un espejo, como si el espe-

Digitized by Google

jo tuviera ojos, la camisa que se apresura á subir y ocultar los hombros al menor ruido de un mueble que cruje, ó de un carruaje que pasa, las cintas atadas, los corchetes abrochados, los cordones atacados, el estremecimiento de frio y de pudor, la especie de susto que denotan todos los movimientos, la inquietud casi alada donde nada hay que temer, las fases sucesivas del vestido tan bellas como las nubes de la aurora; todas estas cosas no conviene describirlas, y es ya demasiado indicarlas.

La mirada del hombre debe mostrarse aun mas religiosa ante una jóven que sale del lecho, que ante una estrella que aparece en el horizonte. La posibilidad de alcanzar debe convertirse en aumento de respeto. La pelusa del melocoton, el polvillo de la ciruela, el radiante cristal de la nieve, el ala de la mariposa polvoreada de plumas, son objetos groseros, si se comparan con esa castidad que ni aun sabe que es casta. La jóven es un bosquejo de sueño, y no es todavía una estatua. Ocúltase su alcoba en la parte sombría del ideal. El indiscreto tacto de la mirada materializa esa vaga penumbra. Contemplar, en este caso, es profanar.

No mostraremos, pues, ninguno de esos suaves cuidados femeniles que acompañaron el despertar de Cosette.

Un cuento oriental dice que Dios habia hecho blanca la rosa; pero que habiéndola mirado Adan en el momento de entreabrirse, tuvo vergüenza, y se puso rosada. Nosotros somos de los que se sienten sobrecogidos delante de las jóvenes y de las flores, por juzgarlas dignas de veneracion.

Cosette se vistió muy pronto, y se peinó, lo cual era sencillísimo en aquel tiempo, pues entonces las mujeres no se ahuecaban el pelo con almohadillas, ni se ponian miriñaques en la cabeza. Despues abrió la ventana, y miró alrededor, esperando descubrir algun trozo de calle, una esquina de casa ó de empedrado, y divisar en ella á Mario. Pero no se veia nada de lo que pasaba afuera, por hallarse el patio interior rodeado de pared, y sin mas salida que á unos jardines. Cosette declaró que aquellos jardines eran horrorosos, y por la primera vez de su vida le parecieron feas las flores. Mucho mas le habria gustado ver el menor pedazo de calle, y asi tomó el partido de dirigir al cielo los ojos, como si creyese que Mario podia tambien venir de allí.

Digitized by Google

De repente empezó á llorar; y no era efecto de la movilidad de su alma, sino consecuencia de las esperanzas agotadas, resultado de su situacion. Sintió confusamente un no sé qué horrible, de esas visiones que lleva el aire dentro de sí; y dijo en su interior que no estaba segura de nada; que perderse de vista, era de todos modos perderse; y la idea de que Mario pudiera venir hácia ella del cielo se le representó, no ya con colores agradables, sino lúgubres.

Despues ¡nubecillas pasajeras! recobró la calma y la esperanza, luciendo de nuevo en su rostro esa sonrisa candorosa, pero que confia en Dios.

Todos dormian aun en la casa. Reinaba un silencio de provincia, y no se habia abierto ningun postigo. La portería estaba cerrada. La tia Santos no se habia levantado, y Cosette supuso naturalmente que sucederia lo propio á su padre. Preciso era todo lo que habia padecido; y lo que entonces padecia, para calificar en su interior á este de malo, por haberla traido allí; pero contaba con Mario, pues el eclipse de esta luz era imposible de todo punto. Percibia de vez en cuando, á cierta distancia, como sacudimientos sordos, y decia:—Es raro que abran y cierren las puertas-cocheras tan temprano.

Eran los disparos del cañon contra la barricada.

Habia, á unos pocos pies mas abajo de la ventana de Cosette, en la antigua cornisa negra de la pared, un nido de golondrinas, algo saliente, de suerte que se podia, desde arriba, ver el interior de aquel pequeño paraiso. La madre á la sazon cubria con sus alas, en forma de abanico, á sus hijuelos, y el padre revoloteaba, iba, volvia, trayendo en el pico comida y besos. El naciente dia doraba aquel dichoso nido; la gran ley, Multiplicaos, se veia allí sonriente y augusta, bañando la gloria de la mañana el dulce misterio. Cosette, con los cabellos inundados de sol, y el alma llena de quimeras, iluminada, dentro por el amor, y fuera por la aurora, se inclinó como maquinalmente; y casi sin atreverse á confesar que pensaba al mismo tiempo en Mario, se puso á mirar aquellas aves, aquella familia, aquel macho y aquella hembra, aquella madre y aquellos hijos, con esa profunda inquietud que los nidos causan en las vírgenes.

Digitized by Google

XI.

EL TIRO DE FUSIL CERTERO Y QUE NO MATA Á NADIE.

El fuego de la tropa continuaba, alternando la fusilería y la metralla, sin gran daño á la verdad. Solo padecia la parte alta de la fachada de Corinto; poco á poco iba perdiendo su forma la ventana del primer piso y las buhardillas del tejado, acribilladas de cascos de metralla y de balas. Los combatientes apostados allí tuvieron que marcharse.

Por lo demás, esta es la táctica que se observa en el ataque de las barricadas; se tira por mucho tiempo, á fin de agotar las municiones de los insurrectos, si cometen la falta de contestar á los disparos. Cuando se conoce, por la disminucion de estos, que no tienen ya balas ni pólvora, se da el asalto. Enjolras no habia caido en el lazo, y la barricada no contestaba.

A cada descarga, Gavroche se ahuecaba el carrillo con la lengua, señal de gran desden.

—Bueno, decia; rasgad el lienzo, pues necesitamos hilas.

Courfeyrac interpelaba á la metralla por el poco efecto que producian sus cascos, y decia al cañon:

—Te vuelves difuso, pobre hombre.

En la batalla hay misterios como en el baile de máscaras. Probable-

Digitized by Google

mente el silencio del reducto empezaba á causar inquietud á los sitiadores, y el temor de algun incidente imprevisto escitó en ellos el deseo de ver claro al través de aquel monton de adoquines, y de saber lo que pasaba detrás de aquella pared impasible, que recibia los tiros sin dignarse contestar. De repente, los insurrectos divisaron un casco que reflejaba los rayos del sol en el tejado de una casa vecina. Era un bombero que, apoyado en una chimenea, parecia estar allí de centinela, dominando con su vista toda la barricada.

—Es un testigo incómodo, dijo Enjolras.

Juan Valjean habia devuelto la carabina á Enjolras, pero tenia su fusil.

Sin decir palabra, apuntó al bombero, y un segundo despues el casco, herido por la bala, cayó con estrépito á la calle. El bombero asustado se alejó mas que de prisa.

Sucedióle otro observador. Era oficial. Juan Valjean, que habia vuelto á cargar el fusil, apuntó al recien-venido, y el casco del oficial fué á reunirse al del soldado. El oficial no insistió mas, desapareciendo con igual presteza que el bombero. Esta vez se comprendió la advertencia, y nadie reemplazó á aquellos dos. Se habia renunciado á espiar la barricada.

—¿Por qué no habeis matado á esos hombres? preguntó Bossuet á Juan Valjean.

Juan Valjean no respondió.

Digitized by Google

XII.

EL DESÓRDEN PARTIDARIO DEL ÓRDEN.

Bossuet dijo por lo bajo á Combeferre:

—No ha contestado á mi pregunta.

—Es un hombre que hace el bien á tiros, observó Combeferre.

Los que conservan algun recuerdo de esta época, ya lejana, saben que la guardia nacional de las afueras combatió con valor contra las insurrecciones. Mostróse particularmente encarnizada é intrépida en las jornadas de junio de 1832. Los buenos taberneros de París y de los alrededores, cuyos *establecimientos* dejaba el motin sin parroquia, se ponian furiosos ante el espectáculo de su sala de baile desierta, sacrificándose en aras del órden representado por el figon.

En aquel tiempo, vulgar y heróico á la vez, ante las ideas que tenian sus caballeros, se elevaban los intereses con sus paladines. El prosaismo del móvil, no quitaba nada á la bravura del movimiento. Los banqueros, viendo disminuirse su monton de escudos, entonaban la Marsellesa. Vertíase líricamente la sangre en favor del mostrador, defendiendo con entusiasmo lacedemónico la tienda, ese inmenso diminutivo de la patria.

En el fondo, justo es decirlo, todo era grave allí. Los elementos so-

Digitized by Google

ciales entraban en la lucha, mientras llega para ellos el dia de entrar en equilibrio.

Otra de las cosas que caracterizaban aquella época, era la anarquía mezclada con el gubernamentalismo (nombre bárbaro del partido correcto). Defendíase el órden con indisciplina. El tambor tocaba á llamada de repente, por órden y antojo de tal ó cual coronel de la guardia nacional; el capitan Fulano marchaba al combate por inspiracion; el guardia nacional Zutano salia al campo en favor de *su idea*, y peleaba por su cuenta. En los momentos de crisis, en las *jornadas*, se seguia menos el consejo de los jefes que el de los instintos. Habia en el ejército del órden verdaderos guerrilleros; los unos de espada, como Fannicot; los otros de pluma, como Enrique Fonfrède.

La civilizacion, representada desgraciadamente en aquella época, mas bien por un agregado de intereses, que por un grupo de principios, estaba, ó se creia en peligro, y lanzaba el grito de alarma. Todos, constituyéndose en centro, la defendian, le prestaban auxilio y proteccion, y el primero que llegaba se imponia la obligacion de salvar la sociedad.

A veces, el celo iba hasta el esterminio. Un piquete de guardia nacional se constituia por autoridad privada, en consejo de guerra, y juzgaba y ejecutaba en cinco minutos á los insurrectos que caian prisioneros. Un tribunal improvisado de esta clase juzgó y condenó á Juan Prouvaire. Feroz ley de Lynch, que ningun partido tiene derecho á echar en cara á los demás, pues asi se aplica por la república en América, como por la monarquía en Europa. Complicábase esta ley de Lynch con las equivocaciones á que daba márgen. Cierto dia de motin, un jóven poeta, llamado Pablo Amand Garnier, fue perseguido en la Plaza Real por un soldado con la bayoneta calada, y no pudo evitar la muerte sino refugiándose en la puerta-cochera del número 6. Oíase gritar:—«¡A ese, que es Sansimoniano!» y querian matarle. Ahora bien: la causa de todo aquello era que llevaba bajo el brazo un tomo de las Memorias del duque de San Simon; un guardia nacional habia leido en el dorso del libro «San Simon,» y bastó para que gritase:—«¡Matarle!»

El 6 de junio de 1832, una compañía de guardias nacionales de las afueras, que mandaba el capitan Fannicot, antes mencionado, se hizo diezmar por puro capricho en la calle de la Chanvrerie. El hecho,

Digitized by Google

aunque raro, consta de la sumaria formada á consecuencia de aquella insurreccion.

El capitan Fannicot, ciudadano impaciente y osado, especie de guerrillero del órden, de esos que acabamos de caracterizar, fanático é indómito partidario del gobierno, no pudo resistir al gusto de hacer fuego antes de la hora fijada, y á la ambicion de tomar la barricada él solo, esto es, con su compañía.

Exasperado por la aparicion sucesiva de la bandera roja y de la levita vieja de Mabeuf, que tomó por la bandera negra, criticaba en voz alta á los generales y á los jefes de los cuerpos, quienes, reunidos en consejo, no creian llegado aun el momento del asalto decisivo, y dejaban, segun la célebre frase de uno de ellos, «guisarse la insurreccion en su propia salsa.» En cuanto á él, parecíale la barricada ya en sazon; y como es natural, que lo que está en sazon caiga, quiso probar.

Mandaba á hombres tan resueltos como él, á «furiosos,» segun el dicho de un testigo. Su compañía, la misma que habia fusilado al poeta Juan Prouvaire, era la primera del batallon situado en la esquina de la calle.

Cuando menos se esperaba, el capitan lanzó su gente contra la barricada. Este movimiento, ejecutado con mejor deseo que estrategia, costó caro á la compañía de Fannicot. Antes que llegase á los dos tercios de la calle, una descarga general de la barricada la recibió, y cuatro de los mas audaces que corrian á la cabeza, fueron muertos á boca de jarro al pie mismo del reducto. Entonces, aquel peloton de guardias nacionales, valientes, pero sin la tenacidad militar, hubo de replegarse, despues de alguna vacilacion, dejando tras de sí quince cadáveres.

Aquel instante de vacilacion dió á los insurrectos tiempo para volver á cargar las armas, y otra descarga, muy mortífera, alcanzó á la compañía antes de que pudiera doblar la esquina de la calle, que era su abrigo. Un momento se vió cogida entre dos metrallas, y recibió el fuego del cañon, que no teniendo órden en contrario, seguia con sus disparos. El intrépido é imprudente Fannicot, fue una de las víctimas de esta metralla. Matóle el cañon, esto es, el órden.

Aquel ataque, mas furioso que formal, irritó á Enjolras.

—¡Imbéciles! dijo. Envian su gente á morir, y nos hacen gastar las municiones para nada.

Digitized by Google

Enjolras hablaba como verdadero general de motin. La insurreccion y la represion no luchan con armas iguales. La insurreccion, que se agota pronto, no tiene sino un número limitado de tiros y de combatientes. Imposible es reemplazar una cartuchera que se vacía, ó un hombre que sucumbe. La represion, como cuenta con el ejército, no se cuida de los hombres; y como tiene el parque de Vincennes, poco le importa desperdiciar pólvora ni balas. La represion dispone de tantos regimientos como defensores hay en la barricada, y de tantos arsenales como cartucheras poseen los insurrectos.

Son, pues, luchas de uno contra ciento, que terminan siempre por destruir la barricada; á menos que la revolucion, surgiendo bruscamente, no venga á arrojar en la balanza su flamígera espada de arcángel.

Esto, á veces, sucede; y entonces el levantamiento es general, los empedrados entran en efervescencia, pululan los reductos populares, París se estremece soberanamente, despréndese el *quid divinum*, hay en el aire un 10 de agosto, un 29 de julio, aparece una prodigiosa luz, la boca abierta de la fuerza retrocede, y el ejército, ese leon, ve entre sí, de pie y tranquilo, ese profeta, la Francia.

Digitized by Google

XIII.

CLARIDADES PASAJERAS.

En el caos de sentimientos y pasiones que defienden una barricada, se encuentra de todo; bravura, juventud, pundonor, entusiasmo ideal, conviccion, encarnizamiento de jugador, y mas que nada, intermitencias de esperanza.

Una de esas intermitencias, uno de esos vagos estremecimientos de esperanza, se esperimentó de improviso y cuando menos se creia, en la barricada de la Chanvrerie.

—Èscuchad, esclamó de repente Enjolras desde su atalaya, figúraseme que París se despierta.

Es sabido que en la mañana del 6 de junio la insurreccion tuvo por una ó dos horas, cierta recrudescencia. La obstinacion de la campana de San Merry reanimó algunas ilusiones. En las calles de Poirier y de Gravilliers, se empezaron á levantar barricadas. Delante de la puerta de San Martin, un jóven, armado con una carabina, atacó solo á un escuadron de caballería. Al descubierto, en medio del boulevard, puso una rodilla en tierra, apuntó, tiró, mató al que mandaba el escuadron, y se volvió diciendo:—«Otro mas que no nos hará ya daño.» Fue acuchillado.

En la calle de San Dionisio, una mujer situada detrás de una celo-

Digitized by Google

sía corrida, hacia fuego contra la guardia municipal; á cada tiro se vein temblar las hojas de la celosía. Un chico de catorce años, que llevaba los bolsillos llenos de cartuchos, fue preso en la calle de la Cossonerie. Varios cuerpos de guardia fueron atacados. A la entrada de la calle Bertin-Poirée, un fuego de fusilería muy vivo, y de todo punto imprevisto, acogió á un regimiento de coraceros, á cuya cabeza marchaba el general Cavaignac de Baragne. En la calle Planche-Mibray, se arrojaron de los últimos pisos sobre la tropa, tiestos de loza vieja y utensilios de cocina, lo cual era mala señal; tanto que, al noticiarse este hecho al mariscal Soult, el veterano de Napoleon se puso pensativo, acordándose de la frase de Suchet en Zaragoza: —«Estamos perdidos, cuando las viejas nos vierten sus vasos de noche sobre la cabeza.»

Estos síntomas generales que se manifestaban en el momento de creerse localizado el motin, esta fiebre de cólera que volvia á tomar fuerza, estas chispas que volaban acá y allá por cima de las masas profundas de combustible, llamadas los arrabales de París, todo este conjunto alarmó á los jefes militares, que se dieron prisa á apagar aquellos principios de incendio. Aplazóse para despues que estas chispas se estinguieran el ataque de las barricadas Maubée, Chanvrerie y San Merry, á fin de tener que habérselas con ellas solas, y de concluir de una vez todo. Lanzáronse columnas á las calles donde habia fermentacion, barriendo las grandes, registrando las pequeñas, á derecha y á izquierda, ya con precaucion y lentitud, ya al paso de carga.

La tropa derribaba las puertas de las casas desde donde se habia hecho fuego, y al mismo tiempo piquetes de caballería dispersaban los grupos de los boulevares. No se verificó esta represion sin ruido, sin ese estrépito tumultuoso, propio de los choques del ejército y el pueblo. Esto era lo que percibia Enjolras en los intervalos de la fusilería y la metralla. Habia visto, además, pasar por la esquina de la calle heridos en parihuelas, y dijo á Courfeyrac:

—Esos heridos no son de aquí.

La esperanza duró poco; aquella claridad no tardó en eclipsarse. En menos de media hora, lo que habia en el aire se desvaneció; fue á modo de un relámpago sin rayo, y los insurrectos sintieron volver á caer sobre ellos esa especie de chapa de plomo que la indiferencia del pueblo arroja sobre los que se obstinan en resistir, ya abandonados.

Digitized by Google

Habia abortado el movimiento general, que pareció bosquejarse vagamente; y asi, la atencion del ministro de la Guerra y la estrategia de los generales podian concentrarse ya en las tres ó cuatro barricadas que aun se sostenian.

El sol subia en el horizonte.

Un insurrecto interpeló á Enjolras:

—Tenemos hambre: ¿De veras vamos á morir aquí sin comer?

Enjolras, siempre apoyado en su almena, y sin apartar los ojos del estremo de la calle, hizo con la cabeza una señal afirmativa.

Digitized by Google

XIV.

DONDE SE LEERÁ EL NOMBRE DE LA QUERIDA DE ENJOLRAS.

Courfeyrac, sentado en su adoquin junto á Enjolras, continuaba insultando al cañon, y cada vez que pasaba, con su monstruoso ruido, esa sombría nube de proyectiles que se denomina la metralla, lanzábale una bocanada de sarcasmos.

—Echa los bofes, infeliz animal; me das lástima; te desgañitas en vano. Eso no es trueno, sino tos.

Y todos reian á su alrededor.

Courfeyrac y Bossuet, cuyo buen humor se aumentaba con el peligro, sustituian, como la señora Scarron, el chiste al alimento, y á falta de vino, escanciaban á todos alegría.

—Admiro á Enjolras, decia Bossuet. Su impasible temeridad me maravilla. Vive solo, y por lo mismo quizá es algo triste. Enjolras se queja de su grandeza, que le obliga á permanecer viudo. Todos nosotros tenemos, mas ó menos, queridas que nos vuelven locos, esto es, valientes. Cuando se está enamorado como un tigre, no es estraño que se pelee como un leon. Asi nos vengamos de las malas pasadas que nos juegan las señoras grisetas. Roldan se hace matar por dar un disgusto á Angélica. Todos nuestros actos heróicos provienen de nuestras muje-

Digitized by Google

res. Un hombre sin mujer es una pistola sin piedra; la mujer es la que hace disparar al hombre. Pues bien: Enjolras no tiene mujer: no esta enamorado, y sin embargo, halla medio de ser intrépido. Es cosa inaudita, poder ser frio como la nieve, y atrevido como el fuego.

Enjolras no parecia escuchar; pero cualquiera que hubiese estado junto á él, le habria oido pronunciar á media voz esta palabra: *Patria*.

No habia cesado aun de reirse Bossuet, cuando Courfeyrac gritó:

—¡Novedad!

Y con la voz de un portero en el acto de anunciar, añadió:

—Me llamo Pieza de á Ocho.

En efecto, un nuevo personaje acababa de salir á la escena. Era otro cañon.

Los artilleros, maniobrando con rapidez, colocaron en batería la segunda pieza al lado de la primera.

Con esto empezaba ya á bosquejarse el desenlace.

Algunos instantes despues, las dos piezas, perfectamente servidas, tiraban de frente contra el reducto, y las descargas cerradas de batallon de línea y del de las afueras sostenian la artillería.

Oíanse tambien cañonazos á cierta distancia; y era que, al mismo tiempo que estas dos piezas se encarnizaban en la barricada de la calle de la Chanvrerie, otras dos bocas de fuego, una en la calle de San Dionisio y otra en la de Aubry-le-Boucher, acribillaban el reducto de San Merry. Los cuatro cañones hacian eco lúgubremente. Los perros sombríos de la guerra se respondian mutuamente con sus ladridos.

De las dos piezas asestadas ahora contra la barricada de la calle de la Chanvrerie, una tiraba con metralla y otra con bala.

Esta última tenia la puntería un poco mas alta, y el tiro estaba calculado de manera que la bala hiriese la estremidad de la arista superior de la barricada, la derribase, y arrojase pedazos de adoquines sobre los insurrectos, como si fuesen cascos de metralla.

Esta direccion del tiro tenia por objeto alejar á los combatientes de la cima del reducto, obligándolos á agruparse en lo interior; es decir, que esto anunciaba el asalto.

Un vez ahuyentados los combatientes de lo alto de la barricada por las balas, y de las ventanas de la taberna por la metralla, las columnas de ataque podrian adelantarse por la calle, sin que les apuntaran, y

Digitized by Google

quizá hasta sin ser vistas, escalar repentinamente el reducto, como la noche anterior, y tal vez tomarlo por sorpresa.

—Es absolutamente preciso disminuir el daño que nos hacen esas piezas, dijo Enjolras; y gritó: ¡Fuego contra los artilleros!

Todos estaban prontos. La barricada, que por tanto tiempo se habia mantenido silenciosa, hizo fuego desesperadamente, sucediéndose siete ú ocho descargas con una especie de rabia mezclada de alegría; la calle se llenó de un humo espesísimo; y al cabo de algunos minutos, por entre aquella bruma rayada de llamaradas, se pudo distinguir confusamente á las dos terceras partes de los artilleros tendidos bajo las ruedas de los cañones. Los que quedaron en pie continuaban en el servicio de las piezas con severa tranquilidad; pero el fuego se habia amortiguado.

—Vamos bien, dijo Bossuet á Enjolras. ¡Victoria!

Enjolras, meneando la cabeza, contestó:

—Con un cuarto de hora mas que dure esta victoria, no se encontrarán arriba de diez cartuchos en la barricada.

Parece que Gavroche oyó esto último.

Digitized by Google

XV.

GAVROCHE FUERA DE LA BARRICADA.

De improviso, Courfeyrac vió un bulto al pie de la barricada, fuera de la calle, bajo las balas.

Gavroche habia tomado de la taberna una cesta de esas que sirven para poner botellas, y saliendo por la cortadura, se ocupaba tranquilamente en vaciar en su cesta las cartucheras de los guardias nacionales muertos en el declive del reducto.

—¿Qué haces ahí? dijo Courfeyrac.

Gavroche levantó la cabeza.

—Ciudadano, lleno mi cesta.

—¿No ves la metralla?

Gavroche respondió:

—Es igual; está lloviendo. ¿Qué mas?

Gritóle Courfeyrac:

—¡Entra!

—Al instante.

Y de un salto se internó en la calle.

Digitized by Google

Recordará el lector que la compañía de Fannicot, al retirarse, habia dejado detrás de sí un rastro de cadáveres.

Como unos veinte de estos yacian acá y allá en toda la longitud de la calle, sobre el empedrado; eran veinte cartucheras para Gavroche, y una provision de cartuchos para la barricada.

El humo formaba en la calle como una niebla. Cualquiera que haya visto una nube en una garganta de montañas entre dos alturas perpendiculares, puede figurarse aquel humo encerrado y como condensado por dos sombrías líneas de altas casas. Subia lentamente y se renovaba sin cesar, resultando de ahí una oscuridad gradual, que empañaba la luz del sol en medio del dia. Los combatientes se distinguian apenas de un estremo á otro de la calle, no obstante lo corta que ésta era.

Aquella oscuridad, probablemente prevista y calculada por los jefes que debian dirigir el asalto de la barricada, fue útil á Gavroche.

Bajo los pliegues de aquel velo de humo, y gracias á su pequeñez, pudo avanzar por la calle sin que le viesen, y desocupar las siete ú ocho primeras cartucheras sin gran peligro.

Arrastrábase boca abajo, andaba á gatas, cogia la cesta con los dientes, se torcia, se deslizaba, ondulaba, serpenteaba de un cadáver á otro, y vaciaba la cartuchera como un mono abre una nuez.

Desde la barricada, á pesar de estar aun bastante cerca, no se atrevian á gritarle que volviese, por miedo de llamar la atencion hácia él.

En el bolsillo del cadáver de un cabo encontró un frasco de pólvora.

—Para la sed, dijo guardándoselo.

A fuerza de seguir avanzando, llegó á donde la niebla de la fusilería se volvia trasparente, tanto que los tiradores de la tropa de línea, apostados detrás de su parapeto de adoquines y los del batallon de las afueras en el ángulo de la calle, notaron que se movia algo entre el humo.

En el momento en que Gavroche vaciaba la cartuchera de un sargento que yacia cerca de un guarda-canton, una bala hirió al cadáver.

—¡Diablo! dijo Gavroche. Me matan á mis muertos.

Otra bala arrancó chispas del empedrado junto á él. La tercera volcó el cesto.

Gavroche miró, y vió que el fuego procedia de los guardias nacionales de las afueras.

Digitized by Google

Púsose en pie, con los cabellos esparcidos al viento, las manos en jarra, la vista fija en los guardias nacionales, y cantó:

Si uno es feo en Nanterre,
la culpa es de Voltaire;
si es bruto en Palaiseau,
la culpa es de Rousseau.

En seguida cogió la cesta, volvió á ella, sin perder ni uno, los cartuchos que habian caido al suelo, y sin miedo á los tiros, marchó á desocupar otra cartuchera. La cuarta bala no le acertó tampoco. Gavroche cantó:

Notario voy á ser
por culpa de Voltaire;
y si lo soy ó no,
la culpa es de Rousseau.

La quinta bala no produjo mas efecto que el de inspirarle la tercera copla:

La alegría es mi ser,
por culpa de Voltaire;
si tan pobre soy yo,
la culpa es de Rousseau.

Así continuó por algun tiempo.

El espectáculo era á la vez espantoso y entretenido. Gavroche, blanco de las balas, se burlaba de los fusiles. Parecia divertirse mucho. Era el gorrion picoteando á los cazadores. A cada descarga respondia con una copla. Le apuntaban sin cesar, y no le acertaban nunca. Los guardias nacionales y los soldados se reian al apuntarle. Echábase en el suelo, volvia á levantarse, se ocultaba en el ángulo de una puerta; despues saltaba, desaparecia, tornaba á aparecer, huia, presentábase de nuevo, respondia á la metralla poniéndose el pulgar en la nariz y estendiendo los demás, y entre tanto, robaba los cartuchos, vaciaba las cartucheras, y llenaba su cesto.

Los insurrectos, sin casi respirar, le seguian con la vista. La barricada temblaba mientras él cantaba. No era un niño, ni un hombre; era un hada en forma de pilluelo; diríase el enano invulnerable de la pelea. Las balas corrian tras él, pero él era mas listo que ellas. Jugaba una

Digitized by Google

especie de terrible juego al escondite con la muerte; y cada vez que el espectro acercaba su faz desnuda, el pilluelo le daba un papirotazo.

Sin embargo, una bala mejor dirigida ó mas traidora que las demás, acabó por alcanzar á aquel chico, especie de fuego fátuo. Vióse vacilar á Gavroche, y luego caer. Toda la barricada lanzó un grito. Pero habia algo de Anteo en aquel pigmeo; para el pilluelo, tocar el empedrado, es como para el gigante tocar la tierra. Gavroche no habia caido sino para volverse á levantar. Incorporóse; una larga línea de sangre le rayaba la cara. Alzó los dos brazos al aire, miró hácia el punto de donde habia salido el tiro, y se puso á cantar:

Si acabo de caer,
la culpa es de Voltaire;
si una bala me dió,
la culpa es.....

No pudo acabar. Otra bala del mismo tirador cortó la frase en su garganta. Esta vez cayó con el rostro contra el suelo, y no se movió mas. La grande alma de aquel niño habia volado.

Digitized by Google

XVI.

DONDE SE VERA QUE EL HERMANO PUEDE CONVERTIRSE EN PADRE.

Habia á la sazon en el jardin de Luxemburgo (pues la mirada del drama debe estenderse á todas partes), dos niños que iban cogidos de la mano. Uno podria contar siete años, y el otro cinco. Mojados por la lluvia, habian elegido los paseos donde daba el sol. El mayor conducia al mas pequeño; ambos estaban cubiertos de harapos y pálidos.

El mas pequeño decia:

—Tengo hambre.

El mayor, con sus ínfulas ya de proteccion, conducia al otro de la mano izquierda, y en la derecha llevaba una varita.

Encontrábanse solos en el jardin, pues la policía habia mandado cerrar las verjas de éste, á causa de la insurreccion, y estaba desierto. Las tropas que habian pasado en él la noche, habian marchado al combate.

¿Cómo estaban allí aquellos chicos? Quizá se hubiesen evadido de algun cuerpo de guardia entreabierto; quizá en las cereanías, en la barrera del Infierno, en la esplanada del Observatorio, ó en la vecina encrucijada que domina el fronton, donde se lee: *Invenerunt parvulum*

Digitized by Google

pannis involutum, hubiese alguna barraca de saltimbanquis, de la cual habian huido; quizá la víspera por la tarde, burlando la vigilancia de los inspectores del jardin al tiempo de cerrar la verja, se hubiesen quedado y pasado la noche en alguna de esas garitas donde se leen los periódicos. El hecho es que vagaban por allí, y que parecian libres. Vagar y parecer libre, es estar perdido; y en efecto aquellos pobres niños lo estaban.

Eran los mismos cuya suerte habia tenido inquieto á Gavroche, y que el lector recordará. Los hijos de Thenardier que vivian con la tia Magnon, atribuidos al señor Gillenormand, y ahora hojas caidas de todas esas ramas sin raices, y que rodaban por tierra á impulso del viento.

Sus vestidos, propios del tiempo de la tia Magnon, y que le servian de prospecto para con el señor Gillenormand, estaban hechos girones.

Estos dos seres pertenecian ya á la estadística de los «niños abandonados, que la policía registra, recoge, estravía y vuelve á encontrar en las calles de París.

Solo en dia de tanta confusion se comprende que aquellos miserables chicos estuviesen en el jardin del Luxemburgo. Si los inspectores los hubiesen visto, habrian arrojado de allí á tales harapos. Los niños pobres no entran en los jardines públicos; sin embargo de que, como niños que son, deberia pensarse que tienen derecho á las flores.

Estos se encontraban allí, gracias á haberse mandado cerrar la verja. Estaban de contrabando. Habíanse escurrido en el jardin, y se quedaron dentro. Los inspectores no dejan de vigilar, aunque se cierre la verja; se supone que continúan funcionando; pero la vigilancia es menor, y hasta nula. Los inspectores, aquel dia, participando de la pública ansiedad, y mas ocupados en lo esterior que en lo interior, no se cuidaban del jardin, y asi no vieron á los dos delincuentes.

La víspera habia llovido, y un poco tambien por la mañana; pero en junio, los chaparrones no calan la tierra. Apenas se conoce, una hora despues de la tormenta, que tan hermoso y sonrosado dia ha vertido lágrimas. El suelo se seca tan pronto como la mejilla de un niño.

En ese instante de solsticio, la luz del mediodia es, digámoslo asi, punzante. Se apodera de todo. Se duplica y se superpone á la tierra

Digitized by Google

con una especie de succion. Diríase que el sol tiene sed. Un chaparron es un vaso de agua. La lluvia es bebida en el momento. Por la mañana todos son arroyos que corren, por la tarde, polvo que se levanta. Nada hay tan admirable como el verdor que la lluvia lava y el sol seca; es como sentir el ambiente á la vez fresco y cálido. Los jardines y las praderas, con el agua en sus raices y el sol en sus flores, se convierten en braserillos de incienso, y exhalan á un tiempo todos sus perfumes. Todo sonrie, canta y se ofrece. Se siente uno dulcemente embriagado. La primavera es un paraiso provisional, y el sol ayuda al hombre á tener paciencia hasta que llega el definitivo.

Hay seres que no piden mas; que, teniendo el azul del cielo, dicen: ¡basta! Pensadores absortos ante el prodigio, que, idólatras de la naturaleza, se muestran indiferentes al bien y al mal; contempladores del Cosmos, que, en medio de tanta magnificencia, se olvidan de sus semejantes, y no comprenden haya quien fije la atencion en el hambre de unos, en la sed de otros, en la desnudez del pobre durante el invierno, en la curvatura linfática de una pequeña espina dorsal, en el jergon, en la buhardilla, en el calabozo, en los harapos de las jóvenes que tiritan de frio, cuando se puede meditar á la sombra de los árboles; espíritus tranquilos y terrible, implacablemente satisfechos. ¡Cosa rara! el infinito les basta.

Ignoran esa grande necesidad del hombre, lo finito, que admite el enlace. No se acuerdan de lo finito, que admite el progreso, el trabajo sublime. Huye de su mente lo indefinido, que nace de la combinacion humana y divina de lo infinito y de lo finito. Con tal de ponerse frente á frente de la inmensidad, se sonrien. Para ellos no hay alegría, sino éstasis. Abismarse, tal es su vida. En su concepto, la historia de la humanidad no es mas que un plano dividido en fracciones, donde no se halla el Todo; el verdadero Todo está fuera. ¿A qué acordarse de ese pormenor, el el hombre? Decís que el hombre padece, y no tiene nada de imposible; pero en cambio, ved cómo se eleva Aldebaran. Decís que á la madre se le ha agotado la leche, que el recien-nacido se está muriendo: no sé una palabra; pero en cambio, considerad ese admirable roseton que forma la albura del abeto, examinada con el microscopio! ¡Comparad á esto el mas rico encaje! Esos pensadores se olvidan de amar. Es tanto lo que influy en ellos el zodiaco, que les impide ver al niño que llora. Dios les eclipsa el

Digitized by Google

alma. Es una familia de inteligencias, á la vez pequeñas y grandes. Horacio se contaba en el número, y Gœthe, y quizá tambien Lafontaine Magníficos egoistas del infinito, espectadores tranquilos del dolor, que no ven á Neron si hace buen tiempo, á quienes el sol oculta la hoguera, que mirarian guillotinar buscando en el suplicio un efecto de luz; que no oyen ni el grito, ni el sollozo, ni el estertor, ni el toque de alarma, para los cuales todo se encuentra bien, pues que hay el mes de mayo, que se declaran satisfechos mientras luzcan sobre su cabeza nubes de púrpura y oro, y que están decididos á ser felices en tanto que los astros brillen, y que canten las aves.

Se les compararia á cuerpos tenebrosos que despiden rayos de luz. No sospechan siquiera que son dignos de lástima; y sin embargo, lo son; porque el que no llora, no ve. Es preciso admirarlos y compadecerlos, como se compadeceria y admiraria á un ser á la vez noche y dia, que no tuviese ojos bajo las cejas, y en medio de cuya frente brillase un astro.

Segun algunos, la indiferencia de esos pensadores es una filosofía superior. Concedido; pero en esa superioridad hay imperfeccion. Se puede ser inmortal y cojo; testigo Vulcano. Se puede ser mas que hombre y menos que hombre. Lo incompleto inmenso está en la naturaleza. ¿Quién sabe si el sol no es un ciego?

Mas entonces, ¿de quién fiarse? *¿Solem quis dicere falsum audeat?* ¿Cómo han de engañarse ciertos genios, ciertos Altísimos en forma humana, ciertos hombres-astros? ¿Cómo lo que está á tan grande elevacion, en la cima, en la cúspide, en el zénit; lo que envia á la tierra tanta claridad, ha de ver poco, ha de ver mal, no ha de ver? ¿No es esto para desesperar? No. ¿Pues qué hay por cima del sol? Dios.

El 6 de junio de 1832 á las once de la mañana, el Luxemburgo, solitario y despoblado, estaba hermoso. Los arriates y los parterres se enviaban, en medio de la luz, perfumes y resplandores. Las ramas, locas con la claridad del mediodia, parecian querer abrazarse. Habia en los sicomoros una batahola de currucas; los gorriones celebraban su triunfo; otros pajarillos trepaban por los castaños, picoteando en los agujeros de la corteza. La plata-banda aceptaba la legítima monarquía de los lirios. El mas augusto de los perfumes es el que sale de la blancura.

Digitized by Google

Respirábase el olor aromático de los claveles. Las viejas cornejas de María de Médicis sentian el amor sobre los altos árboles. El sol doraba, teñía de púrpura y encendia los tulipanes, que no son otra cosa que todas las variedades de la llama hechas fuego. En torno de los bancos de tulipanes remolineaban las abejas, ehispas de aquellas flores-llamas. Todo era gracia y alegría, hasta la próxima lluvia; ésta reincidente, de que debian aprovecharse los lirios y las madreselvas, no tenia nada de alarmante; las golondrinas hacian la graciosa amenaza de volar bajo. El que estaba allí respiraba felicidad; la vida olia bien; toda aquella naturaleza exhalaba el candor, el socorro, la asistencia, la paternidad, la caricia, la aurora. Los pensamientos que caian del cielo eran dulces como la manita de un niño que se besa.

Las estatuas, bajo los árboles, desnudas y blancas, tenian ropajes de sombra, agujereados de luz; eran diosas con harapos de sol, pues los rayos les colgaban de todas partes. Alrededor del estanque grande la tierra estaba ya seca, y hasta caliente. Se movia bastante viento para levantar acá y allá pequeños remolinos de polvo; y algunas hojas amarillas, restos del último otoño, se perseguian alegremente, como los pilluelos en sus juegos.

La abundancia de la claridad tenia no sé qué de tranquilizadora. La vida, la savia, el calor, los efluvios se desbordaban; sentíase bajo la creacion lo enorme del manantial; en todos aquellos soplos penetrados de amor, en aquel vaiven de reverberaciones y de reflejos, en aquella prodigiosa espendicion de rayos, en aquel derrame indefinido de oro fluido, se sentia la prodigalidad de lo inagotable; y detrás de tanto esplendor, como detrás de una cortina de llamas, se entrevia á Dios, ese millonario de estrellas.

Gracias á la arena, no habia una mancha de lodo; gracias á la lluvia, no habia un grano de ceniza. Los ramilletes acababan de lavarse; todo el terciopelo, todo el raso, todos los barnices, todo el oro que sale de la tierra en forma de flores, se ofrecian á la vista en su mayor pureza. Toda aquella magnificencia respiraba el aseo. El gran silencio de la naturaleza dichosa llenaba el jardin. Silencio celeste, compatible con mil músicas, arrullos de los nidos, zumbidos de los enjambres, palpitaciones del viento. Toda la armonía de la estacion se completaba en un agradable conjunto. Las entradas y salidas de la primavera se verificaban

Digitized by Google

en el órden regular; concluian las lilas, y empezaban los jazmines; algunas flores se retrasaban; y al contrario, adelantábanse algunos insectos: la vanguardia de las mariposas encarnadas de junio fraternizaba con la retaguardia de las mariposas blancas de mayo. Los plátanos mudaban la piel. La brisa formaba ondulaciones en los magníficos grupos de castaños. El espectáculo era espléndido. Un veterano del cuartel vecino que miraba al través de la verja, decia:

—Es la primavera vestida de todas armas, y con su uniforme de gala.

Toda la naturaleza se desayunaba; la creacion se habia sentado á la mesa, pues era la hora. El gran mantel azul estaba tendido en el cielo, y el gran mantel verde en la tierra. El sol alumbraba *á giorno*. Dios servia el banquete universal. Cada ser tenia su alimento ó su pasta. La paloma zurita encontraba cañamones, el pinzon mijo, el gilguero anagálida, el peti-rojo gusanos, la abeja flores, la mosca infusorios, el chotacabra moscas. Comíanse tambien de vez en cuando los unos á los otros; tal es el misterio del mal mezclado con el bien; pero ni un solo animal tenia el estómago vacío.

Los dos niños abandonados habian llegado junto al estanque; y como si les asustase toda aquella luz, procuraban esconderse; instinto del pobre y del débil ante la magnificencia, aun impersonal; y se pusieron detrás de la cabaña de los cisnes.

Por intervalos, cuando corria viento, se oian confusamente gritos, un ruido, especie de estertor tumultuoso, que era el fuego de los fusiles, y golpes sordos, que eran los cañonazos. Percibíase humo sobre los tejados por el lado de los Mercados, y sonaba á lo lejos una campana, que parecia llamar.

Los chicos no daban indicios de notar nada de esto. El mas pequeño repetia de tiempo en tiempo á media voz:

—Tengo hambre.

Casi á la par que los dos niños, arrimábase otra pareja al estanque. Era un honrado vecino de cincuenta años, que conducia de la mano á otro honrado vecino de seis; sin duda el padre en compañía del hijo. El honrado vecino de seis años tenia un enorme bollo.

En aquella época, ciertas casas ribereñas, en la calle Madame y en la del Infierno, poseian una llave del Luxemburgo, de que disfrutaban los inquilinos cuando estaban cerradas las verjas; tolerancia que despues

Digitized by Google

se ha suprimido. Aquel padre y aquel hijo salian indudablemente de una de esas casas.

Los dos pobrecillos vieron venir *aquel señor*, y se ocultaron algo mas.

Era este un ciudadano; tal vez el mismo que Mario, un dia, en medio de su amorosa fiebre, habia oido, junto al propio estanque, aconsejar á su hijo «que evitase los escesos.» Tenia el aire afable y altivo, y su boca, no cerrándose jamás, se sonreia siempre. Esa sonrisa mecánica, producida por demasiada mandíbula y poca piel, muestra, mas bien que el alma, los dientes. El niño, con su bollo mordido, sin seguir comiéndole, parecia disgustado. Llevaba el uniforme de guardia nacional, seguramente á causa del motin, y el padre iba vestido de paisano, por prudencia.

Detuviéronse el padre y el hijo junto al estanque donde se refocilaban los cisnes. Aquel ciudadano parecia profesar una admiracion especial á estos animales. Asemejábase á ellos en el modo de andar.

A la sazon los cisnes nadaban; este es su principal talento; y estaban magníficos.

Si los dos pobrecillos se hubiesen puesto á escuchar, y hubieran tenido edad para comprender, habrian podido recoger las palabras de un hombre grave. El padre decia al hijo:

—El sabio se contenta con poco. Toma ejemplo en mí. No me gusta el fausto. Jamás se me ve con vestidos adornados de oro y piedras preciosas. Dejo ese falso brillo para las almas mal organizadas.

En aquel instante los gritos profundos que procedian del lado de los Mercados estallaron con un aumento de campanas y de algazara.

—¿Qué es eso? preguntó el niño.

El padre respondió:

—Son saturnales.

De repente vió á los dos chicos haraposos, que seguian inmóviles detrás de la casita verde de los cisnes.

—Ese es el principio, dijo.

Y añadió tras un corto silencio:

—La anarquía entra en este jardin.

Entre tanto, el hijo volvió á morder el bollo, escupió el pedazo, y se echó á llorar bruscamente.

Digitized by Google

—¿Por qué lloras? preguntó el padre.

—No tengo mas ganas, respondió el niño.

El padre tomó un aspecto serio.

—No es preciso tener ganas para comer un bollo.

—Me repugna el bollo. Está duro.

—¿No lo quieres?

—No.

El padre le mostró los cisnes.

—Arrójalo á esos palmípedos.

El niño vaciló. Aunque no se quiera un bollo, no es razon para darlo.

—Se humano. Es preciso tener lástima de los animales.

Y tomando el bollo de manos de su hijo, lo tiró al estanque.

El bolló cayó bastante cerca de la orilla.

Los cisnes estaban léjos, en medio del estanque, y ocupados con alguna presa; asi, no habian visto al ciudadano ni el bollo.

El ciudadano, conociendo que este último corria peligro de perderse, y pesaroso de un naufragio inútil, se entregó á una agitacion telegráfica, que acabó por llamar la atencion de los cisnes.

Divisaron algo que sobrenadaba, biraron de bordo, como barcos que son, y se dirigieron hácia el bollo lentamente, con esa augusta magestad que conviene á animales blancos.

—Los cisnes comprenden las señales, dijo el ciudadano, muy satisfecho con esta muestra de su ingenio (1).

En aquel momento el tumulto lejano de la ciudad se aumentó repentinamente. Esta vez tenia algo de siniestro. Hay bocanadas de viento que hablan con mas claridad que otras. La que soplaba á la sazon trajo hasta allí distintamente redobles de tambor, gritos, descargas cerradas, y las lúgubres respuestas de la campana y el cañon. Coincidió esto con una nube negra que ocultó el sol de improviso.

Aun los cisnes no habian llegado al bollo.

—Volvámonos, dijo el padre; atacan las Tullerías.

Tomó de nuevo la mano de su hijo. Despues prosiguió:

(1) El juego de palabras del original es intraducible. Dice asi: Les *cygnes* comprennent les *signes*.

Digitized by Google

—De las Tullerías al Luxemburgo, no hay mas distancia que la que separa la dignidad de rey de la dignidad de par. No es grande. Los fusilazos van á llover.

Miró la nube.

—Y quizá tambien va á descargar la lluvia. El cielo se mezcla en todo esto. La rama segunda está condenada. Volvámonos á prisa.

—Quisiera ver á los cisnes comerse el bollo, dijo el niño.

El padre respondió:

—Seria una imprudencia.

Y se llevó á su ciudadanito.

El hijo, sintiendo dejar los cisnes, volvió la cabeza hácia el estanque, hasta que un grupo de árboles se lo ocultó.

Entre tanto, y al mismo tiempo que los cisnes, los chicos vagabundos se habian acercado al bollo. Flotaba este sobre el agua. Mientras el mas pequeño no apartaba los ojos del bollo, dirigia el mayor la vista al ciudadano.

El padre y el hijo entraron en el laberinto de paseos que conduce á la escalera grande del grupo de árboles, por el lado de la calle Madame.

En cuanto se perdieron de vista, el mayor se tendió prontamente boca abajo en el borde redondeado del estanque, y aferrándose á él con la mano izquierda, inclinado sobre el agua, casi espuesto á caer, estendió con la mano derecha su varita hácia el bollo. Los cisnes, viendo al enemigo, se dieron prisa, y al apresurarse produjeron un efecto de pecho útil al pescadorcito. El agua refluyó delante de ellos, y una de sus blandas ondulaciones concéntricas empujó suavemente el bollo hácia la barita del niño. Esta tocaba el bollo al mismo tiempo que llegaban los cisnes; el muchacho dió un golpe vivo, le atrajo hácia sí, asustó á los cisnes le cogió, y se levantó. El bollo estaba mojado, pero los chicos tenian hambre y sed. El mayor le dividió en dos partes, una grande y otra pequeña; tomó la pequeña para sí, dió la grande á su hermanito, y le dijo:

—Echate eso al coleto.

Digitized by Google

XVII.

MORTUUS PATER FILIUM MORITURUM ESPECTAT.

Habíase lanzado Mario fuera de la barricada, seguido de Combeferre; pero era tarde. Gavroche estaba ya muerto. Combeferre se encargó del cesto con los cartuchos, y Mario del chico.

¡Ay! pensaba que lo que el padre de Gavroche habia hecho por su padre, él lo hacia por el hijo; solo que Thenardier habia traido á su padre aun vivo, y él traia al chico muerto.

Cuando Mario entró en el reducto con Gavroche en los brazos, tenia, como el pilluelo, el rostro inundado de sangre.

En el instante de bajarse para coger á Gavroche, una bala le habia pasado rozando el cráneo, sin que él lo advirtiese.

Courfeyrac se quitó la corbata, y vendó la frente de Mario.

Púsose á Govroche en la misma mesa que á Mabeuf, y sobre ambos cuerpos se tendió el paño negro. Hubo bastante para el anciano y el niño.

Combeferre distribuyó los cartuchos del cesto que habia traido.

Esto suministraba á cada hombre quince tiros mas.

Digitized by Google

Juan Valjean seguia en el propio sitio, sin moverse. Cuando Combeferre le presentó sus quince cartuchos, sacudió la cabeza.

—¡Qué escéntrico tan raro! dijo en voz baja Combeferre á Enjolras. Halla medio de no combatir en esta barricada.

—Lo que no le impide defenderla, contestó Enjolras.

—El heroismo tiene sus originales, repuso Combeferre.

Y Courfeyrac, que habia oido, añadió:

—Es un género distinto del tio Mabeuf.

Es curioso notar, que el fuego que se hacia contra la barricada apenas turbaba los ánimos en el interior. Los que no han formado nunca parte del remolino que constituye esta clase de guerra, no pueden imaginar los singulares momentos de tranquilidad que se mezclan á tan terribles conbulsiones. Se va y viene, se habla, se dicen chistes, se pasa el tiempo. Una persona á quien conocemos, oyó decir á un combatiente, en medio de la metralla: *Estamos aquí como en una comida de amigos.*

El reducto de la calle de la Chanvrerie, lo repetimos, parecia muy tranquilo en el interior. Todas las peripecias y todas las fases habian sido, ó iban á ser agotadas. La posicion, de crítica que era, habíase convertido en amenazadora, é iba probablemente á volverse desesperada. A medida que la situacion se oscurecia, la luz heróica teñia de púrpura mas y mas la barricada. Enjolras, grave, la dominaba, en la actitud de un jóven espartano, consagrando su espada desnuda al sombrío genio Epidotas.

Combeferre, con el mandil atado á la cintura, curaba á los heridos. Bossuet y Feuilly hacian cartuchos con la pólvora del frasco que Gavroche encontró en el bolsillo del cabo; y Bossuet decia á Feuilly:

—*Vamos pronto á tomar el pasaporte para otro planeta.*

Courfeyrac, sentado en los adoquines que se habia reservado junto á Enjolras, disponia y arreglaba todo un arsenal, su baston de estoque, su fusil, dos pistolas de arzon y los puños, todo con el cuidado de una jóven que pone en órden sus avios de tocador.

Juan Valjean mudo, miraba la pared que tenia en frente.

Un obrero se sujetaba á la cabeza con una cuerda un gran sombrero de paja de la tia Hucheloup, *por miedo de los rayos del sol*, decia. Los jóvenes de la Cogourde de Aix, departian alegremente unos con otros,

Digitized by Google

como si tuviesen prisa de hablar patuá por la última vez. Joly, que habia descolgado el espejo de la viuda Hucheloup, examinaba en él su lengua. Algunos combatientes, habiendo descubierto mendrugos de pan, casi mohosos, en una gaveta, se los comian con ansia. Mario se sentia inquieto, pensando en lo que su padre iba á decirle.

Digitized by Google

XVIII.

EL BUITRE CONVERTIDO EN PRESA.

Insistamos en un hecho sicológico, propio de las barricadas. Nada de lo que caracteriza esa sorprendente guerra de las calles, debe omitirse.

Cualquiera que sea la estraña tranquilidad interior de que acabamos de hablar, la barricada, para los que están dentro, sigue siendo como una vision.

Hay algo de apocalipsis en la guerra civil; todas las brumas de lo desconocido se mezclan á esos terribles resplandores; las revoluciones son esfinges, y cualquiera que ha estado en una barricada, cree haber tenido un sueño.

Lo que se siente en tales sitios es, como ya hemos indicado á propósito de Mario, y veremos luego las consecuencias, mas y menos que la vida. Ya fuera de la barricada, no se sabe lo que se ha presenciado allí. Ha estado unó terrible, y lo ignora. Ha estado uno circuido de ideas que combatian, que tenian rostros humanos, y la cabeza del patriota se ha iluminado con la claridad del porvenir. Habia allí cadáveres tendidos, y fantasmas en pie. Las horas eran colosales, y parecian horas de eternidad. Hase vivido en la muerte. Hanse visto pasar som-

Digitized by Google

bras. ¿Qué era aquello? Habia allí manos ensangrentadas; un espantoso ruido, y tambien un horrible silencio; bocas abiertas que gritaban, y otras bocas abiertas que no decian palabra; se estaba en medio del humo, de la noche quizá. Créese haber tocado el siniestro borde de las profundidades desconocidas, y se mira uno á las uñas, donde aparecen como manchas encarnadas. Hase olvidado todo.

Volvamos á la calle de la Chanvrerie.

De repente, entre dos descargas, se oyó el sonido lejano de la hora.

—Son las doce, dijo Combeferre.

Aun no habian acabado de dar las doce campanadas, cuando Enjolras, poniéndose en pie, dijo con voz tonante desde lo alto de la barricada:

—Subid adoquines á la casa, y colocadlos en el borde de la ventana y de las buhardillas. La mitad de la gente á los fusiles, y la otra mitad á las piedras. No hay que perder un minuto.

Una partida de zapadores bomberos, con el hacha al hombro, acababa de aparecer, en órden de batalla, al estremo de la calle.

Aquello tenia que ser la cabeza de una columna. ¿Y de cuál? De la de ataque evidentemente. Los zapadores bomberos, encargados de demoler la barricada, deben preceder siempre á los soldados que han de escalarla.

No cabia duda de que se iba á llegar ya al instante, denominado en 1822 por el señor de Clermont-Tonnerre *coup de collier* (pechugon).

La órden de Enjolras fue ejecutada con la diligente exactitud, propia de los buques y de las barricadas, los dos únicos sitios de combate de donde es imposible evadirse. En menos de un minuto, las dos terceras partes de los adoquines que Enjolras habia hecho amontonar en la puerta de Corinto, fueron subidos al primer piso y á la buhardilla, y antes de que trascurriese otro minuto, aquellos adoquines, colocados artísticamente uno sobre otro, tapiaban, hasta la mitad de su altura, la ventana del uno y los tragaluces de la otra. Feuilly, principal constructor, tuvo cuidado en dejar algunos intervalos para los cañones de los fusiles. Esta especie de parapeto en las ventanas pudo formarse con tanta mayor facilidad, cuanto que la metralla habia cesado. Las dos piezas tiraban ahora con bala al centro del reducto, á fin de abrir un agujero, y si era posible, una brecha para el asalto.

Digitized by Google

Cuando los adoquines, destinados á la defensa, estuvieron en su sitio, Enjolras mandó llevar al primer piso las botellas que habia colocado debajo de la mesa donde estaba Mabeuf.

—¿Quién, pues, beberá esto? preguntó Bossuet.

—Ellos, contestó Enjolras.

Se tapió en seguida la ventana del piso bajo, y se aprontaron los travesaños de hierro que servian para cerrar de noche por dentro la puerta de la taberna.

La fortaleza estaba completa. La barricada era el baluarte, y la taberna el torreon.

Con los adoquines que quedaron se cerró la cortadura.

Como los defensores de una barricada se ven siempre obligados á economizar las municiones, y los sitiadores lo saben, estos combinan su plan con una especie de calma irritante, esponiéndose antes de la hora al fuego, aunque mas en apariencia que en realidad, y tomándose todo el tiempo que necesitan. Los preparativos de ataque se hacen siempre con cierta lentitud metódica; despues viene el rayo.

Esta lentitud permitió á Enjolras revisarlo y perfeccionarlo todo. Conocia que, ya que semejantes hombres iban á morir, su muerte debia ser una obra maestra.

Dijo á Mario:

—Somos los dos jefes. Voy adentro á dar algunas órdenes; quédate fuera tú, y observa.

Apostóse Mario de vigía en la cúspide de la barricada.

Enjolras mandó clavar la puerta de la cocina, que como se recordará, servia de hospital.

—Que no lleguen las salpicaduras á los heridos, dijo.

Dió las últimas instrucciones en la sala baja con voz breve, pero profundamente tranquila; Feuilly escuchaba y respondia en nombre de todos.

—Aprontad hachas en el primer piso para cortar la escalera. ¿Las hay?

—Sí, dijo Feuilly.

—¿Cuántas?

—Dos hachas y un merlin.

—Está bien. Somos veintisiete hombres aptos para el combate. ¿Cuántos fusiles hay?

Digitized by Google

—Treinta y cuatro.

—Sobran ocho. Tened á mano esos ocho fusiles cargados como los demás. En el cinto los sables y las pistolas. Veinte hombres en la barricada. Seis emboscados en las buhardillas y en la ventana del primer piso para hacer fuego contra los sitiadores por las troneras de los adoquines. Ni un solo trabajador inútil. Luego, cuando el tambor toque á degüello, que los veinte de abajo se precipiten á la barricada. Los que primero lleguen se colocarán mejor.

Dadas estas órdenes, se volvió á Javert, y le dijo:

—No creas que te olvido.

Y poniendo sobre la mesa una pistola, añadió:

—El último que salga de aquí levantará la tapa de los sesos á ese espía.

—¿Aquí mismo? preguntó una voz.

—No; no mezclemos ese cadáver con los nuestros. Se puede atravesar la pequeña barricada de la callejuela de Mondetour. No tiene sino cuatro pies de alta. El hombre está bien amarrado. Se le conducirá y ejecutará allí.

En aquel momento habia una persona de las presentes mas impasible que Enjolras, y era Javert.

Presentóse Juan Valjean.

Estaba confundido en el grupo de los insurrectos. Salió y dijo á Enjolras:

—¿Sois el gefe?

—Sí.

—Me habeis dado gracias hace poco.

—En nombre de la república. La barricada tiene dos salvadores, Mario Pontmercy y vos.

—¿Creeis que merezco recompensa?

—Sin duda.

—Pues bien, os pido una.

—¿Cuál?

—La de permitirme levantar la tapa de los sesos á ese hombre.

Javert alzó la cabeza, vió á Juan Valjean, hizo un movimiento imperceptible, y dijo:

—Justo es.

Digitized by Google

Enjolras se habia puesto á cargar de nuevo la carabina, y miró alrededor:

—¿No hay quien reclame?

Y dirigiéndose á Juan Valjean, le dijo:

—Os entrego el polizonte.

Juan Valjean, en efecto, se apoderó de Javert sentándose al estremo de la mesa. Cogió la pistola, y un débil ruido seco anunció que acababa de montarla.

Casi al mismo instante se oyó el sonido de una corneta.

—¡Alerta! gritó Mario de lo alto de la barricada.

Javert se puso á reir con esa risa sorda que le era propia, y mirando fijamente á los insurrectos, les dijo:

—No gozais de mejor salud que yo.

—¡Todos afuera! gritó Enjolras.

Los insurrectos se lanzaron en tropel, y al salir recibieron por la espalda (permítasenos la frase) estas palabras de Javert:

Hasta luego.

Digitized by Google

XIX.

LA VENGANZA DE JUAN VALJEAN.

Cuando Juan Valjean se quedó solo con Javert, desató la cuerda que sujetaba al prisionero por la mitad del cuerpo, y cuyo nudo estaba hecho debajo de la mesa. En seguida le indicó que se levantase.

Javert obedeció, con esa indefinible sonrisa en que se condensa la supremacía de la autoridad encadenada.

Juan Valjean tomó á Javert de la gamarra, como se tomaria á una acémila de la rienda, y arrastrándole en pos de sí, salió de la taberna con lentitud, porque Javert, á causa de las trabas que tenia puestas en las piernas, no podia dar sino pasos muy cortos.

Juan Valjean llevaba la pistola en la mano.

Atravesaron de este modo el trapecio interior de la barricada. Los insurrectos, todos atentos al ataque que iba á sobrevenir, tenian vuelta la espalda.

Solo Mario, ladeado en la estremidad izquierda del parapeto, los vió pasar. Aquel grupo del paciente y el verdugo se iluminó con la luz sepulcral de su alma.

Juan Valjean, aunque con algun trabajo, hizo escalar á Javert, ata-

Digitized by Google

Digitized by Google

VENGANZA DE JUAN VALJEAN

Digitized by Google

do y todo, sin soltarle un instante, la pequeña trinchera de la callejuela de Mondetour.

Una vez pasado este parapeto, se encontraron solos en la calle. Nadie los veia. El ángulo que formaban las casas les ocultaba á los ojos de los insurrectos. A algunos pasos de allí estaban hacinados los cadáveres traidos de la barricada.

En el monton de los muertos se distinguia un rostro lívido, una cabellera suelta, una mano agujereada, y un seno de mujer medio desnudo: era Eponina.

Javert consideró de través aquel cuerpo, y dijo á media voz, profundamente tranquilo:

—Paréceme que conozco á esa muchacha.

Despues se volvió hácia Juan Valjean.

Juan Valjean colocó la pistola bajo el brazo, y fijó en Javert una mirada que no necesitaba palabras para decir:—Javert, soy yo.

Javert respondió:

—Desquítate.

Juan Valjean sacó una navaja del bolsillo, y la abrió.

—¡Una sangría! esclamó Javert. Tienes razon. Te conviene mas.

Juan Valjean cortó la gamarra que Javert tenia al cuello; en seguida cortó las cuerdas de las muñecas, y por último, bajándose, ejecutó lo mismo con la de los pies. Luego, poniéndose otra vez derecho, le dijo:

—Estais libre.

Javert no era hombre que se asombraba fácilmente. Sin embargo, á pesar de ser tan dueño de sí mismo, no pudo menos de sentirse conmovido. Se quedó con la boca abierta é inmóvil.

Juan Valjean continuó:

—No creo salir de aquí. No obstante, si por casualidad saliese, vivo, con el nombre de Fauchelevent, en la calle del Hombre-Armado, número 7.

Javert esperimentó un sacudimiento de tigre, que le hizo entreabrir los labios y murmurar entre dientes:

—Ten cuidado.

—Idos, dijo Juan Valjean.

Javert repuso:

—¿Has dicho Faucheleven, en la calle del Hombre-Armado?

Digitized by Google

—Número 7.

Javert repitió á media voz.

—Número 7.

Abrochóse la levita, tomó cierta actitud militar, dió media vuelta, cruzó los brazos, apoyando la barba en una de las manos, y se puso á caminar en la direccion de los Mercados. Juan Valjean le seguia con la vista. Despues de dar algunos pasos, Javert se volvió y gritó á Juan Valjean:

—Me fastidiais. Mejor es que me mateis.

Javert, sin advertirlo, no tuteaba ya á Juan Valjean.

—Idos, dijo Juan Valjean.

Javert se alejó poco á poco. Un momento despues habia doblado la esquina de la calle de Predicadores.

Cuando Javert hubo desaparecido, Juan Valjean descargó la pistola al aire.

En seguida entró de nuevo en la barricada, y dijo:

—Ya no hay remedio.

Veamos lo que habia pasado entre tanto.

Mario, mas ocupado en lo de afuera que en lo de adentro, no habia mirado hasta entonces con atencion el espía amarrado en el fondo oscuro de la sala baja.

Cuando le vió á la luz del dia, atravesando la barricada camino de la muerte, le conoció. Asaltóle un recuerdo repentino. Se acordó del inspector de la calle de Pontoise, y de las dos pistolas que le habia entregado, y de las que se habia servido en esta misma barricada; y no solo se acordó del rostro, sino hasta del nombre.

Sin embargo, era un recuerdo nebuloso y confuso, como todas sus ideas. No fue una afirmacion, sino una pregunta que se dirigió á sí mismo:—¿No es ese el inspector de policía que me dijo se llamaba Javert?

Quizá era aun tiempo de intervenir en favor de aquel hombre; pero ante todo, habia que cerciorarse de si era Javert.

Mario interpeló á Enjolras que acaba de situarse al otro estremo de la barricada:

—¡Enjolras!

—¿Qué?

Digitized by Google

—¿Cómo se llama ese hombre?
—¿Quién?
—El agente de policía. ¿Sabes su nombre?
—Sin duda. Nos lo ha dicho.
—¿Cómo se llama?
—Javert.

Mario se levantó.

En aquel momento se oyó el pistoletazo.

Juan Valjean volvió á aparecer, y gritó:

—Hemos concluido.

Un frio glacial penetró en el corazon de Mario.

Digitized by Google

XX.

DONDE SE VERÁ QUE LOS MUERTOS NO TIENEN MENOS RAZON QUE LOS VIVOS.

La agonía de la barricada iba á empezar.

Todo contribuia á aumentar la trágica magestad de aquel momento supremo; mil ruidos misteriosos en el aire, el soplo de las masas armadas que se movian en las calles ocultas á la vista, el galope intermitente de los caballos, el sacudimiento de las piezas de artillería en marcha, las descargas cerradas y los cañonazos cruzándose en el laberinto de París, el humo dorado de la batalla subiendo por cima de los tejados, gritos lejanos, vagos, terribles, relámpagos amenazadores en todas partes, la campana de San Merry que ahora parecia sollozar, la dulzura de la estacion, el esplendor del cielo lleno de sol y de nubes, la hermosura del dia, y el espantoso silencio de las casas.

Porque, desde la víspera, las dos hileras de casas de la calle de la Chanvrerie se habian convertido en murallas, y murallas de aspecto feroz. Las puertas, las ventanas, los postigos, todo estaba cerrado.

En aquellos tiempos, tan distintos de los actuales, cuando habia llegado la hora en que el pueblo queria derrocar una situacion demasiado larga, ó acabar con una carta otorgada, ó con un pais legal; cuando la cólera universal se difundia en la atmósfera; cuando la ciu-

Digitized by Google

dad consentia en la sublevacion de sus adoquines; cuando la insurreccion hacia sonreir á la clase media susurrándole el santo y seña al oido; entonces el habitante, penetrado, digámoslo asi, de motin, auxiliaba al combatiente, y la casa fraternizaba con la fortaleza improvisada, á que sirvia de apoyo.

Cuando la situacion no habia aun madurado; cuando la insurreccion no era consentida decididamente; cuando la masa rechazaba el movimiento, ¡ay de los combatientes! La ciudad se convertia en desierto alrededor de los sublevados, las almas se helaban, los asilos se cerraban, y la calle se cambiaba en desfiladero para ayudar al ejército á tomar la barricada.

No se hace andar á un pueblo por sorpresa mas aprisa de lo que él quiere. ¡Desgraciado del que acude á medios violentos! Un pueblo no se deja manejar. Entonces abandona la insurreccion á sí misma, y mira á los insurrectos como apestados, y la casa es una escarpa, la puerta una repulsa, la fachada un muro; pero un muro que ve, oye, y se hace el sordo. Pudiera entreabrirse y salvaros. No. Ese muro es un juez. Os mira y os condena. ¡Qué sombrío aspecto el de esas casas cerradas! Parecen muertas, y están vivas. La vida, que se encuentra allí como en suspension, persevera. Nadie ha salido de allí hace veinticuatro horas, pero tampoco falta nadie. Dentro de aquella roca van, vienen, se acuestan, se levantan; se vive en familia, beben, comen, tienen miedo. El miedo ¡cosa terrible! escusa semejante comportamiento inhospitalario; y el susto que se siente es una circunstancia atenuante.

A veces, se han visto ejemplos de ello, el miedo se convierte en pasion; el susto puede cambiarse en furia, como la prudencia en rabia. De ahí esta palabra tan profunda: *Esos moderados rabiosos*. Hay resplandores de supremo espanto, de donde sale, como un humo lúgubre, la cólera.—¿Qué quiere esa gente? No están nunca contentos. Comprometen á los hombres pacíficos. ¡Como si no tuviésemos ya revoluciones de sobra! ¿Qué han venido á hacer aquí? Que busquen medio de salvarse, y si no lo encuentran, peor para ellos; suya es la culpa. Merecido les está. Nada de eso nos atañe. Pues, y ¿nuestra pobre calle? ¡Cómo nos la han acribillado de balas! Es un hato de perdidos. Sobre todo, no abrais la puerta.—Y la casa toma el aspecto de una tumba. El insur-

Digitized by Google

recto agoniza delante de aquella puerta; ve llegar la metralla y los sables desnudos; si grita, se sabe que le escuchan, pero que no vendrán á abrirle. Hay allí paredes que podrian protegerle; hay allí hombres que podrían salvarle; y son paredes con oidos de carne, y hombres con entrañas de piedra.

¿A quién acusar?

A nadie y á todos.

A los tiempos incompletos en que vivimos.

La utopia se trasforma siempre de su cuenta y riesgo en insurreccion, pasando de protesta filosófica á protesta armada, de Minerva á Palas. La utopia que se impacienta y se vuelve motin, sabe lo que le aguarda; lo comun es que llegue con demasiada anticipacion. Entonces se resigna, y acepta estóicamente, en lugar del triunfo, la catástrofe. Sirve, sin quejarse, y hasta disculpa á los que reniegan de ella; su magnanimidad es consentir en el abandono. Es indomable contra el obstáculo, é indulgente para con la ingratitud.

¿Y es, en efecto, ingratitud?

Sí, bajo el punto de vista del género humano.

No, bajo el punto de vista del individuo.

El progreso es el modo de ser del hombre. La vida general de la especie humana se llama el Progreso; el paso colectivo de la especie humana, se llama el Progreso. El progreso marcha; hace el gran viaje humano y terrestre hácia lo celestial y lo divino; tiene sus momentos de reposo en que reune el rebaño que se habia retardado; tiene sus estaciones en que medita, ante alguna tierra de Canaan espléndida que descubre de improviso su horizonte; tiene sus noches en que duerme; y una de las mas dolorosas ansiedades del pensador es ver la sombra en el alma humana, y tocar, en medio de las tinieblas, sin lograr despertarlo, el progreso dormido.

El que desespera hace mal. El progreso se despierta infaliblemente; y en suma, pudiera decirse que marcha, aun dormido, á causa de su desarrollo. Cuando se le vuelve á ver en pie, se le encuentra mas alto. Estar siempre sereno no depende del rio ni del progreso. No eleveis ninguna barrera, no arrojeis ninguna roca, porque el osbtáculo hace espumear el agua y hervir la humanidad. De ahí los disturbios; pero despues de estos disturbios se conoce cuánto camino se ha andado. Hasta

Digitized by Google

que el órden, que no es otra cosa que la paz universal, se halla establecido; hasta que la armonía y union reinen, el progreso tendrá por etapas las revoluciones.

¿Qué es, pues, el progreso? Acabamos de decirlo. La vida permanente de los pueblos.

Ahora bien, algunas veces sucede que la vida momentánea de los indivíduos resiste á la vida eterna del género humano.

Confesémoslo sin pena; el individuo tiene su interés distinto, y puede, sin crímen, estipular en favor de ese interés y defenderlo. El presente posee su cantidad escusable de egoismo; la vida momentánea tiene su derecho, y no está obligada á sacrificarse sin cesar por el porvenir. La generacion, á quien toca actualmente dar la vuelta al mundo, no se halla constituida en el deber de abreviar su viaje por otras generaciones que, bien considerado todo, son iguales á ella, y cuyo turno llegará mas adelante.—Existo, murmura esa entidad que se denomina Todo. Soy jóven, y estoy enamorado; soy viejo, y quiero descansar; soy padre de familia, trabajo, prospero, emprendo buenos negocios, poseo casas de alquiler, cobro dinero del Estado, soy feliz, tengo mujer é hijos, amo todas estas cosas, deseo vivir, dejadme tranquilo.—De ahí, en ciertas horas, esa profunda indiferencia hácia la magnánima vanguardia del género humano.

Por otra parte, la utopia, preciso es convenir en ello, sale de su radiosa esfera cuando apela á las armas. Siendo la verdad de mañana, toma prestada á la mentira de ayer su regla de conducta: la batalla. Siendo el porvenir, obra como el pasado. Siendo la idea pura, se convierte en via de hecho. Complica su heroismo con una violencia, de que es justo responda; violencia de ocasion y de recurso, contraria á los principios, y por la que es castigada fatalmente.

La utopia, una vez insurreccion, combate, llevando en la mano el antiguo código militar; fusila á los espías, ejecuta á los traidores, suprime seres vivientes, y los arroja en las tinieblas desconocidas. Se sirve de la muerte ¡cosa siempre grave! Parece que la utopia ha perdido la fe en la irradiacion, que es su fuerza irresistible é incorruptible. Maneja la espada; y como toda espada tiene dos filos, al herir con el uno se hiere en el otro.

Hecha esta salvedad, sin consideracion de ninguna especie, nos es

Digitized by Google

imposible dejar de admirar, triunfen ó no, á los gloriosos combatientes del porvenir, á los mártires de la utopia. Aun cuando pierdan, son venerables; y quizá su magestad es mayor en este último caso. La victoria, en el sentido del progreso, merece el aplauso de los pueblos; pero una derrota heróica merece su simpatía. La una es magnífica y la otra sublime. Para nosotros, que preferimos el martirio al triunfo, Juan Brown es mas grande que Washington, y Pisacane mas grande que Garibaldi.

Preciso es que alguien esté por los vencidos.

El mundo es injusto con esos grandes ensayadores del porvenir, cuando no triunfan.

Acúsase á los revolucionarios de sembrar el miedo. Toda barricada parece un atentado. Se acriminan sus teorías, se recela de su objeto, se teme su segunda intencion, se denuncia su conciencia. Se les echa en rostro que elevan, construyen y acumulan contra el hecho social reinante un monton de miserias, dolores, iniquidades, agravios, desesperacion, y que arrancan de las hondonadas pedruscos de tinieblas para formar parapetos y combatir desde ellos. Grítaseles: ¡Desempedrais el infierno! Pudieran contestar: Por eso nuestra barricada está hecha de buenas intenciones.

Lo mejor, sin duda, es la solucion pacífica. En suma, confesémoslo; cuando se ve el empedrado, se piensa en el oso, y es una buena voluntad de que la sociedad se asusta. Pero de la sociedad depende salvarse á sí misma; y á su propia buena voluntad apelamos nosotros. Ningun remedio violento es necesario. Estudiar el mal amigablemente, hacerle constar y luego curarle: á esto la invitamos.

Como quiera que sea, aun caidos, sobre todo caidos, son augustos esos hombres que, en todos los puntos del universo, la vista fija en la Francia, luchan por la grande obra con la inflexible lógica del ideal. Dan su vida gratuitamente por el progreso; cumplen la voluntad de la Providencia; ejecutan un acto religioso. A la hora señalada, con tanto desinterés como un actor á quien llega su turno, obedeciendo al maestro de escena divino, bajan á la tumba y aceptan ese combate sin esperanza, esa desaparicion estóica para conducir á sus espléndidas y supremas consecuencias universales el magnífico movimiento humano, irresistiblemente empezado el 14 de julio de 1789; esos soldados son sacerdotes. La revolucion francesa es un gesto de Dios.

Digitized by Google

Por lo demás, hay (conviene añadir esta distincion á las ya indicadas en otro capítulo) las insurrecciones aceptadas que se llaman revoluciones, y las insurrecciones rechazadas que se llaman motines. Una insurreccion que estalla, es una idea que sufre su exámen ante el pueblo. Si el pueblo deja caer la bola negra, la idea es un fruto seco; la insurreccion es una planta agostada.

Combatir á cada intimacion, y siempre que la utopia lo desea, no es propio de los pueblos. Las naciones no tienen á todas horas el temperamento de los héroes y de los mártires.

Son positivas. A priori, la insurreccion les repugna; primero, porque frecuentemente su resultado es una catástrofe; segundo, porque siempre su punto de partida es una abstraccion.

Pues siempre, y esto es hermoso, los que se sacrifican lo hacen por el ideal, por el ideal solo. Una insurreccion es un entusiasmo. El entusiasmo puede montar en cólera, y tal es el motivo de que se eche mano de las armas. Pero toda insurreccion que apunta á un gobierno ó á un régimen, pone la mira mas alto. Asi, por ejemplo, insistamos en ello; lo que combatian los jefes de la insurreccion de 1832, y en particular los jóvenes entusiastas de la calle de la Chanvrerie, no era precisamente á Luis Felipe. Los mas de ellos, cuando hablaban con toda franqueza, hacian justicia á las cualidades de aquel rey, punto medio entre la monarquía y la revolucion; ninguno le odiaba. Pero atacaban la rama segunda del derecho divino en Luis Felipe, como habian atacado la rama primogénita en Cárlos X; y lo que querian derrocar, derrocando el trono en Francia, era, lo hemos esplicado antes, la usurpacion del hombre por el hombre, y del derecho en el universo entero por el privilegio. El resultado de París sin rey, es el mundo sin déspota. De este modo raciocinaban; y su objeto, lejano sin duda, vago quizá, era sin embargo, grande.

Asi es, en efecto. Sacrifícase uno por esos fantasmas que, para los sacrificados, son ilusiones casi siempre; pero ilusiones á las que, en suma, se mezcla toda la certidumbre humana. El insurrecto poetiza y dora la insurrecion. Lánzase en esos trágicos acontecimientos embriagándose con lo que va á hacerse. ¿Quién sabe? Tal vez se triunfe. Son los menos; tienen contra sí todo un ejército; pero defienden el derecho, la ley natural, la soberanía del individuo sobre sí mismo, cuya abdica-

Digitized by Google

cion es imposible, la justicia, la verdad, y si llega el caso, mueren como los trescientos espartanos.

No se piensa en don Quijote, sino en Leonidas.

Y siguen adelante; y una vez comprometidos, ya no retroceden. Precipítanse de cabeza, siendo su esperanza una victoria inaudita, la revolucion consumada, el progreso libre, el engrandecimiento del género humano, la emancipacion universal; y en último caso, las Termópilas.

Con frecuencia, esos combates en favor del progreso se frustran, y acabamos de decir por qué. La muchedumbre se muestra reacia al impulso de los paladines. Las masas pesadas, las multitudes, frágiles por su peso mismo, temen las aventuras, y hay algo de aventura en lo ideal.

Por otra parte, no debe olvidarse que entran tambien en juego los intereses, poco amigos de lo ideal y de lo sentimental. A veces el corazon es paralizado por el estómago.

La grandeza y hermosura de Francia consiste en que cria menos vientre que los demás pueblos; sujétase mas fácilmente la cintura. Es la primera que se despierta y la última que se duerme. Marcha hácia adelante. Gusta de descubrir terreno.

Esto depende de que es artista.

Lo ideal no es mas que el punto culminante de la lógica, asi como la belleza no es mas que la cima de la verdad. Los pueblos artistas son tambien los pueblos consecuentes. Amar la belleza es ver la luz. Por eso la antorcha de Europa, es decir, de la civilizacion, fue llevada primero por Grecia, que la traspasó á Italia, y esta, á su vez, ejecutó lo mismo con Francia. ¡Divinos pueblos, radiantes de luz! *Vital lampada tradunt.*

¡Cosa admirable! La poesía de un pueblo es el elemento de su progreso. La cantidad de civilizacion se mide por la cantidad de imaginacion. Pero un pueblo civilizador debe conservarse varonil. Corinto, sí; Síbaris, no. El que se afemina se envilece. Ni *dilettante*, ni *virtuose*, sino artista. En materia de civilizacion, no ha de buscarse el refinamiento, sino lo sublime. Con tal condicion, se da al género humano el modelo de lo ideal.

El ideal moderno tiene su tipo en el arte, y su medio en la ciencia. Con el auxilio de la ciencia se realizará esa vision augusta de los poetas:

Digitized by Google

la belleza social. Se reconstruirá el Eden con A+B. Al punto á que ha llegado la civilizacion, lo exacto es un elemento necesario de lo espléndido, y el órgano científico no solo sirve, sino que completa el sentimiento artístico. La fantasía debe calcular. El arte, que es quien conquista, debe tener por punto de apoyo la ciencia, que es quien marcha. La solidez de la montura importa. El espíritu moderno es el genio de la Grecia con el genio de la India por vehículo: Alejandro sobre el elefante.

Las razas petrificadas en el dogma, ó desmoralizadas por el lucro, son impropias para dirigir la civilizacion. La genuflexion ante el ídolo ó ante el escudo, atrofía el músculo que anda y la voluntad que va. La absorcion hierática ó comercial aminora el radio de un pueblo, baja su horizonte al bajar su nivel, y le retira el conocimiento, á la vez humano y divino, del fin universal, que constituye las naciones misioneras. Babilonia no tiene ideal, ni Cartago tampoco. Atenas y Roma tienen y conservan, aun al través de la espesa noche de los siglos, aureolas de civilizacion.

Francia es un pueblo con las mismas cualidades que Grecia é Italia. Es ateniense por el amor á lo bello, y romana por el amor á lo grande. Además, es buena, y se entrega sin recelo. Está de humor para la abnegacion y el sacrificio con mucha mas frecuencia que los otros pueblos. Pero ese humor, tan pronto como lo coge, lo deja. Y de ahí el gran peligro para los que corren cuando ella no quiere sino andar, ó para los que andan cuando desea estarse quieta. Francia tiene sus recaidas de materialismo, y en ciertos instantes las ideas que obstruyen ese cerebro sublime, no muestran nada que recuerde la grandeza francesa, y son de las dimensiones de un Missouri, ó de una Carolina del Sur. ¿Qué remedio? El gigante representa el papel del enano. La inmensa Francia tiene sus caprichos de pequeñez. A esto se reduce todo.

Paciencia. Los pueblos, como los astros, tienen el derecho de eclipse. No importa, con tal que la luz vuelva, y que el eclipse no degenere en noche. Alba y resurreccion son sinónimos. La reaparicion de la luz es idéntica á la perseverancia del yo.

Hagamos constar estos hechos con calma. La muerte en la barricada ó la tumba en el destierro, es una necesidad aceptable para el sacrificio. El verdadero nombre del sacrificio es desinterés. Que los abando-

Digitized by Google

nados se dejen abandonar, que los desterrados se dejen desterrar, y limitémonos á suplicar á los grandes pueblos que no retrocedan demasiado lejos, cuando retroceden. No se debe, so pretesto de volver á la razon, avanzar demasiado en el descenso.

La materia existe, y el minuto y los intereses y el vientre existen asimismo; pero no se deben oir los consejos del vientre, como los únicos sabios. La vida momentánea tiene su derecho; concedido: pero la vida permanente tiene tambien el suyo. ¡Ay! el haber subido no impide caer. Ejemplos de esto, mas de los que se quisieran, se encuentran en la historia. Una nacion es ilustre, toma el gusto á lo ideal; y luego muerde en el fango y le sabe bien. Si se le pregunta cómo es que deja á Sócrates por Falstaff, responde:—Porqne me gustan los hombres de Estado.

Una palabra mas antes de volver á la pelea.

Una batalla como la que referimos en este momento, no es otra cosa que una convulsion hácia lo ideal. El progreso con trabas es enfermizo, y padece esta clase de epilepsias trágicas. Hemos debido tropezar con la guerra civil, esa enfermedad del progreso. Es una de las fases fatales, á la vez acto y entreacto de este drama, cuyo eje es un condenado social, y cuyo verdadero título es: *el progreso*.

¡El progreso!

Este grito, que lanzamos con frecuencia, encierra todo nuestro pensamiento; y en el punto del drama á que hemos llegado, teniendo que esperimentar aun mas de una prueba la idea que abraza, quizá nos sea permitido, si no descorrer el velo, á lo menos dejar entrever claramente la luz.

El libro que el lector tiene á la vista es, de un estremo á otro, en su conjunto y en sus pormenores, cualesquiera que sean las intermitencias, las escepciones ó las debilidades, la marcha del mal al bien, de lo injusto á lo justo, de lo falso á lo verdadero, de la noche al dia, del apetito á la conciencia, de la podredumbre á la vida, de la bestialidad al deber, del infierno al cielo, de la nada á Dios. Punto de partida: la materia. Punto de llegada: el alma. Al principio, la hidra; al fin, el ángel.

Digitized by Google

XXI.

LOS HÉROES.

De repente el tambor dió la señal del ataque.

La embestida fue el huracan. La víspera, en medio de la oscuridad, los sitiadores se habian aproximado á la barricada silenciosamente, como un boa. Ahora, á la luz del dia, en aquella ancha calle, la sorpresa era de todo punto imposible; además, la viva fuerza estaba desenmascarada; el cañon habia empezado á rugir, y el ejército se precipitó sobre el reducto. Al presente la furia era habilidad. Una poderosa columna de infantería de línea, cortada á intervalos iguales por guardia nacional y municipal de á pie, y apoyada en masas profundas, á las que se oia sin verlas, desembocó en la calle al paso de carga, tocando tambores y clarines, con las bayonetas caladas y los zapadores á la cabeza; é imperturbable bajo los proyectiles, cayó sobre la barricada con el peso de una viga de bronce sobre un muro.

El muro se mantuvo firme.

Los insurrectos hicieron fuego impetuosamente, y el reducto escalado ostentó una cabellera de relámpagos. El asalto fue tan furibundo, que por un momento se vió la barricada llena de sitiadores; pero sacudió de sí á los soldados, como el leon los perros, y no

Digitized by Google

se cubrió de combatientes sino como el arrecife de espuma, para reaparecer luego escarpada, negra y formidable.

La columna, teniendo que replegarse, permaneció formada en la calle, al descubierto, pero terrible; y respondió al reducto con una espantosa descarga de fusilería. Todo el que ha visto fuegos artificiales recordará la manga de cohetes voladores, que se denomina canastillo. Represéntese el lector ese canastillo ó ramillete, no vertical, sino horizontal, con una bala de fusil ó de cañon en la punta de cada tallo de fuego, y lanzando la muerte al deshacerse sus racimos de rayos. La barricada estaba debajo.

De ambas partes habia igual resolucion. El valor era casi bárbaro, complicándose con una especie de ferocidad heróica, que empezaba por el sacrificio de sí mismo. Era la época en que un guardia nacional combatia con un zuavo. La tropa queria acabar pronto; la insurreccion queria luchar. La aceptacion de la agonía en toda la fuerza de la juventud y de la salud, convierte la intrepidez en frenesí. Cada cual allí tenia el engrandecimiento de la hora suprema. La calle se cubrió de cadáveres.

En uno de los estremos de la barricada estaba Enjolras, y en el otro Mario. Enjolras, que llevaba toda la barricada dentro de su cabeza, se reservaba y se ponia al abrigo de las balas; tres soldados cayeron uno tras otro al pie de su almena sin haberle visto siquiera. Mario combatia al descubierto, constituyéndose en blanco de los fusiles enemigos, pues mas de la mitad de su cuerpo sobresalia por cima del reducto. No hay mayor pródigo que un avaro que se entrega al despilfarro; ni hay nadie mas terrible en la pelea que el hombre pensador. Mario aparecia formidable y meditabundo. Estaba en la batalla como en un sueño. Diríase un fantasma disparando tiros.

Agotábanse los cartuchos, pero no los sarcasmos de los sitiados. En aquel remolino del sepulcro en que se encontraban, se reian.

Courfeyrac estaba con la cabeza descubierta.

—¿Qué has hecho del sombrero? le preguntó Bossuet.

Courfeyrac respondió:

—Han logrado quitármelo á cañonazos.

O bien decian cosas de órden mas elevado.

—¡Cómo comprender, gritaba con amargura Feuilly, á esos hombres

Digitized by Google

(y citaba los nombres, nombres conocidos, y hasta célebres, algunos del antiguo ejército) que habian ofrecido unírsenos, jurando ayudarnos; que se habian comprometido bajo su palabra; que son nuestros generales y que nos abandonan!

Combeferre se limitaba á contestar con una grave sonrisa:

—Hay personas que observan las reglas del honor como se hace con las estrellas; de muy lejos.

El interior de la barricada estaba tan lleno de cartuchos rotos, que parecia haber nevado.

Los sitiadores tenian la ventaja del número; los insurrectos la de la posicion. De lo alto de una muralla hacian fuego á boca de jarro contra los soldados, quienes tropezaban con los muertos y heridos, enredándose en la escarpa.

Aquel reducto, construido como estaba, y admirablemente apuntalado, era en verdad una de esas posiciones donde un puñado de hombres resisten á una legion. No obstante, la columna de ataque reclutada sin cesar, y agrandándose bajo la lluvia de balas, se acercaba inexorablemente; y ahora el ejército, poco á poco, paso á paso, pero con seguridad, estrechaba la barricada, como el husillo la prensa del lagar.

Sucediéronse los asaltos. El horror iba en aumento.

Entonces empezó en aquel monton de adoquines, en aquella calle de la Chanvrerie, una lucha digna de la muralla de Troya.

Aquellos hombres macilentos, haraposos, cansados, que no habian comido hacia veinticuatro horas, que tampoco habian dormido, que solo contaban con unos cuantos tiros mas, que se tentaban los bolsillos vacíos de cartuchos, heridos casi todos, vendada la cabeza ó el brazo con un lienzo mohoso y negruzco, de cuyos calzones agujereados corria sangre, armados apenas de malos fusiles y de sables viejos mellados, se convirtieron en titanes. Diez veces fue atacado y escalado el reducto, y ninguna se consiguió tomarlo.

Para formar idea de esta lucha, convendria figurarse el fuego prendido á un monton de valores terribles, y que se contempla el incendio. No era un combate, sino el interior de un horno; las bocas respiraban llamas; los rostros tenian algo de estraordinarios. La forma humana parecia allí imposible; los combatientes resplandecian, y era monstruoso ver ir y venir por entre el rojizo humo, aquellas salamandras de la pelea.

Digitized by Google

Renunciamos á pintar las escenas sucesivas y simultáneas de aquella grandiosa carnicería. Solo la epopeya tiene derecho á llenar doce mil versos con una batalla.

Habríase dicho el infierno del brahmanismo, el mas formidable de los diez y siete abismos, que Veda llama la Selva de las Espadas.

Se combatia cuerpo á cuerpo, palmo á palmo, á pistoletazos, á sablazos, á puñadas, de lejos, de cerca, de arriba, de abajo, de todas partes, de los tejados de la casa, de las ventanas de la taberna, de los respiraderos de las bodegas á donde se habian retirado algunos. Eran uno contra sesenta. La fachada de Corinto, á medio demoler, estaba horrible. La ventana, tatuada de metralla, habia perdido vidrios y marcos, y no era mas que un enorme agujero, precipitadamente tapado con adoquines. Bossuet fue muerto, y lo mismo Feuilly, Joly y Courfeyrac. Combeferre, atravesado el pecho por tres bayonetazos en el momento en que levantaba á un soldado herido, no tuvo mas tiempo que para mirar al cielo, y espiró.

Mario, combatiendo siempre; estaba tan acribillado de heridas, particularmente en la cabeza, que el rostro desaparecia en la sangre, y se hubiera dicho que lo llevaba cubierto con un pañuelo encarnado.

Enjolras era el único que se conservaba ileso. Cuando no tenia arma, estendia la mano á derecha é izquierda, y un insurrecto le daba una cualquiera. No le quedaba sino un pedazo de cuatro espadas, una mas que Francisco I en Marignan.

Homero dice: «Diomedes degüella á Axilo, hijo de Teutránide, que »habitaba en la feliz Arisba: Eurialo, hijo de Menisteo, estermina á Dre»sos y Ofeltios, á Esepo y á Pedaso, el que la náyade Abarbarea conci»bió del irreprensible Bucolionte; Ulises derriba á Pidites de Perosa; »Antíloco á Ablero; Polipetes á Astialo; Polidamas á Otos de Cilene, y »Teucro á Aretaonte. Megantios muere atravesado por la pica de Eurípi»les. Agamenon, rey de los héroes, arroja en tierra á Elatos, oriundo de »la escarpada ciudad que baña el sonoro rio Satnois.» En nuestros antiguos poemas, Esplandian ataca con un hacha de fuego al gigante marqués de Swantibore, el cual se defiende apedreando al caballo con las torres que encuentra á mano. Nuestros antiguos frescos murales nos muestran á los dos duques de Bretaña y de Borbon, armados, con sus escudos de guerra, á caballo, y acercándose uno á otro, empuñada el

Digitized by Google

hacha de combate, con máscara, botas y manoplas de hierro, el uno caparazonado de armiño y el otro de azul; Bretaña con el leon entre los dos cuernos de la corona, y Borbon con un casco de visera que figuraba una monstruosa flor de lis.

Mas, para estar arrogante, no se necesita llevar, como Ivon, el morrion ducal, ni tener en la mano, como Esplandian, una llama viva, ni haber traido de Epiro, como Files, padre de Polidamas, una buena armadura, regalo del rey de los hombres, Eufetes; basta dar la vida por una conviccion ó por una lealtad. ¿Veis ese soldado sencillo, ayer aldeano de Beauce ó del Limosin, que ronda, con el machete al costado, alrededor de las niñeras en el Luxemburgo? ¿Veis ese estudiante pálido, inclinado sobre un estuche de anatomía, ó sobre un libro, rubio adolescente que se corta las barbas con tijeras? Tomad á ambos; inspiradles el soplo del deber; ponedlos cara á cara en la encrucijada de Boucherat, ó en la callejuela sin salida de Planche-Mibray; que el uno combata por su bandera, y el otro por su ideal; que imaginen los dos que combaten por la patria; la lucha será colosal, y la sombra que harán en el gran campo épico donde lucha la humanidad, ese currutaco y ese estudiantillo, igualará á la sombra que proyecta Megarionte, rey de la Licia, llena de tigres, luchando cuerpo á cuerpo con el inmenso Ayax, rival de los dioses.

Digitized by Google

XXII.

PALMO Á PALMO.

Cuando no quedaron vivos mas jefes que Enjolras y Mario en los dos estremos de la barricada, el centro, que habian sostenido tanto tiempo Courfeyrac, Joly, Bossuet, Feuilly y Combeferre, cedió. El cañon, sin abrir una brecha practicable, habia ensanchado bastante la parte media del reducto. El borde superior de la pared habia desaparecido, desmoronándose á impulso de las balas; y los escombros que caian, ya interior, ya esteriormente, acabaron por formar, amontonándose á ambos lados, dos declives; uno dentro, y otro fuera. El declive esterior presentaba á los sitiadores un plano inclinado.

Intentóse por allí un asalto decisivo, y esta vez salió bien. La masa erizada de bayonetas, marchando al paso gimnástico, llegó con irresistible empuje, y el espeso frente de batalla de la columna de ataque apareció entre el humo en lo alto de la escarpa. Entonces no hubo ya remedio. El grupo de insurrectos que defendia el centro, retrocedió en desórden.

Despertóse á la sazon en algunos el sombrío amor á la vida. Viéndose blanco de aquella selva de fusiles, no querian ya morir. Es un minuto en que el instinto de la conservacion lanza alaridos y en que el

Digitized by Google

animal reaparece en el hombre. Estaban arrimados á la casa de seis pisos que servia de fondo al reducto. Esta casa podia ser para ellos la salvacion. Hallábase barreada y como tapiada de arriba abajo. Antes que la tropa de línea estuviese en el interior del reducto, tenia tiempo de abrirse y cerrarse una puerta; para esto bastaba la duracion de un relámpago; y la puerta de la casa; entreabierta de improviso y cerrada en seguida, era la vida para aquellos desesperados. Por detrás de la casa habia calles, la fuga posible, el espacio. Pusiéronse á pegar con la culata de los fusiles y con el pie contra la puerta, llamando, gritando, suplicando, juntando las manos. Nadie abrió. La cabeza muerta los miraba desde el ventanillo del tercer piso.

Pero Enjolras, Mario y siete ú ocho mas que los seguian, corrieron á protegerlos. Enjolras habia gritado á los soldados:—¡Deteneos! y como un oficial no obedeciese la intimacion, Enjolras le dejó muerto en el acto. Encontrábase ahora en el pequeño patio interior del reducto, respaldado en la casa de Corinto, con la espada en una mano y la carabina en la otra, teniendo abierta la puerta de la taberna, que impedia traspasar á los sitiadores. Desde allí gritó á los desesperados:

—No hay mas que una puerta abierta. Esta.

Y cubriéndolos con su cuerpo, y haciendo él solo cara á un batallon, les dió tiempo para que pasasen por detrás.

Todos se precipitaron dentro. Enjolras, ejecutando con su carabina, de la que se servia como si fuera un baston, lo que los peritos llaman molinete, paró los golpes de los bayonetazos alrededor y delante de sí, y entró el último. Hubo un instante horrible, queriendo penetrar los soldados y cerrar los insurrectos. La puerta se cerró al fin con tal violencia, que al encajar en el quicio, dejó ver cortados y pegados al dintel los cinco dedos de un soldado que se habia asido de ella.

Mario se quedó afuera; una bala acababa de romperte la clavícula, y se sintió desmayar y caer. En aquel momento, ya cerrados los ojos, esperimentó la conmocion de una vigorosa mano que le cogia, y su desmayo le permitió apenas este pensamiento en que se mezclaba el supremo recuerdo de Cosette:

—Soy hecho prisionero, y me fusilarán.

Enjolras, no viendo á Mario entre los que se refugiaron en la taberna, tuvo la misma idea. Pero habian llegado al punto en que no restaba

Digitized by Google

á cada cual mas tiempo que el de pensar en su propia suerte. Enjolras sujetó la barra de la puerta, echó el cerrojo, dió dos vueltas á la llave, ejecutó lo mismo con el cadenado, mientras que por la parte de afuera, atacaban furiosamente los soldados con las culatas de los fusiles, y los zapadores con sus hachas. Empezaba el sitio de la taberna.

Los soldados, preciso es decirlo, estaban encendidos de cólera.

La muerte del sargento de artillería los habia irritado; y lo que era aun mas terrible, en las pocas horas anteriores al ataque, habia circulado entre ellos la noticia, de que los insurrectos mutilaban á los prisioneros, y que se veia en la taberna el cadáver de un soldado sin cabeza. Esta clase de rumores fatales acompaña de ordinario á las guerras civiles, y uno por el estilo causó mas adelante la catástrofe de la calle de Transnonain.

Cuando la puerta estuvo barreada, Enjolras dijo á los suyos:

—Vendámonos caros.

Despues se acercó á la mesa donde estaban tendidos Mabeuf y Gavroche. Veíanse bajo el paño negro dos formas derechas y rígidas, una grande y otra pequeña, y las dos caras se bosquejaban vagamente bajo los pliegues frios del sudario. Una mano asomaba por debajo del paño, colgando hácia el suelo. Era la del anciano.

Enjolras se inclinó y besó aquella mano venerable, lo mismo que el dia antes habia besado la frente.

Fueron los dos únicos besos que dió en su vida.

Para abreviar: la barricada habia luchado como una puerta de Tebas; la taberna luchó como una casa de Zaragoza. Semejantes resistencias son feroces. Nada de cuartel. Nada de capitulacion. Se quiere morir con tal de matar. Cuando Suchet dice:

—Capitulad.

Palafox responde:

—Despues de la guerra del cañon, la del cuchillo.

Nada faltó á la toma por asalto de la taberna de Hucheloup; ni los adoquines lloviendo de la ventana y el tejado sobre los sitiadores, y exasperando á los soldados con aplastamientos horribles; ni los disparos desde las cuevas y las buhardillas; ni el furor del ataque; ni la rabia de la defensa; ni al fin, cuando cedió la puerta, la frenética demencia del esterminio.

Digitized by Google

Los sitiadores, al precipitarse dentro de la taberna, con los pies enredados en los tableros de la puerta rota y derribada, no encontraron un solo combatiente. La escalera en espiral, cortada á hachazos, yacia en medio de la sala baja; algunos heridos acababan de espirar; los que aun vivian estaban en el piso principal; y allí, por el agujero del techo que habia servido de encaje á la escalera, empezó un espantoso fuego. Eran los últimos cartuchos. Una vez quemados, sin pólvora ya ni balas aquellos formidables agonizantes, tomó cada cual en la mano dos de las botellas reservadas por Enjolras, que hemos mencionado antes, é hicieron frente al enemigo con estas mazas horiblemente frágiles. Eran botellas de agua fuerte.

Referimos los hechos lúgubres de la matanza tales cuales son. El sitiado ¡ay! echa mano de todo. El fuego griego no ha deshonrado á Arquímedes, ni la pez derretida á Bayardo. La guerra es todo espanto, y no hay en ella nada que elegir.

La fusilería de los sitiadores, aunque con la molestia de tener que dirigirse de abajo arriba, era mortífera. Pronto el borde del agujero del techo se vió rodeado de cabezas de muertos, de donde corria la sangre en rojos y humeantes hilos. El ruido era indecible; un humo espeso y ardiente esparcia casi la noche sobre aquel combate. Faltan palabras para espresar el horror cuando ha llegado á este punto. No habia ya hombres en aquella lucha, ahora infernal. No eran gigantes contra colosos. Parecíase mas aquello á Milton y á Dante que á Homero. Demonios atacaban, y espectros resistian.

Era el heroismo monstruo.

Digitized by Google

XXIII.

ORESTES EN AYUNAS Y PÍLADES ÉBRIO.

En fin, subiéndose unos sobre otros, ayudándose con el esqueleto de la escalera, trepando por las paredes, asiéndose del techo, acuchillando al borde mismo de la trampa á los últimos que resistian, unos veinte de los sitiadores, entre soldados, guardias nacionales y guardias municipales, desfigurados la mayor parte por heridas recibidas en el rostro al verificar aquella terrible ascension, cegados por la sangre, furiosos, salvajes, se precipitaron en la sala del piso principal. No quedaba allí mas que un hombre en pie; Enjolras. Sin cartuchos ni espada, no tenia en la mano mas que el cañon de su carabina, cuya culata habia roto sobre la cabeza de los que entraban. Se habia situado de manera que el billar le separase de sus enemigos, retrocediendo al ángulo de la sala; y allí, con la mirada altiva, la cabeza erguida y aquel trozo de arma en la mano, inspiraba aun bastante temor para que nadie osara acercársele. Oyóse gritar:

—Es el jefe. Es el que mató al artillero. Ya que se ha puesto ahí, está perfectamente. Que se quede. Fusilémosle en ese mismo sitio.

—Fusiladme, dijo Enjolras.

Digitized by Google

Y arrojando el trozo de su carabina, y cruzando los brazos, presentó el pecho.

La audacia de una muerte heróica conmueve siempre á los hombres.

En cuanto Enjolras cruzó los brazos, aceptando el fin que se le preparaba, el ruido atronador de la lucha cesó en la sala, y aquel caos se convirtió repentinamente en una especie de solemnidad sepulcral. Parecia que la amenazadora magestad de Enjolras, desarmado é inmóvil, pesaba sobre el tumulto, y que, con solo la autoridad de su tranquila mirada, aquel jóven, el único que no habia sido herido, magnífico, ensangrentado, hermoso, indiferente como si fuera invulnerable, obligase á aquella siniestra gente á matarle con respeto. Su belleza, realzada en aquel momento por la altivez, despedia un vivísimo brillo, y como si el cansancio, lo mismo que las heridas, no tuviera poder sobre él, despues de las horribles veinticuatro horas que acababan de trascurrir, estaba fresco y sonrosado. Quizá se refiriese á Enjolras el testigo que dijo luego ante el consejo de guerra:

—Habia un insurrecto á quien oí llamar Apolo.

Un guardia nacional que le apuntaba, bajó el cañon del fusil, diciendo:

—Paréceme que voy á fusilar una flor.

Doce hombres se formaron en el ángulo opuesto á Enjolras, y montaron los fusiles en silencio.

En seguida un sargento gritó:

—¡Apunten!

Intervino un oficial.

—Esperad, dijo.

Y añadió, dirigiéndose á Enjolras:

—¿Quereis que os venden los ojos?

—No.

—¿Sois vos, en efecto, quien mató al sargento de artillería?

—Sí.

Hacia unos instantes que se habia despertado Grantaire.

Grantaire, como recordará el lector, dormia desde la víspera en la sala alta de la taberna, sentado en una silla, y recostada la parte superior del cuerpo sobre una mesa.

Digitized by Google

Realizaba en toda su energía la antigua metáfora, difunto de taberna. El horrible filtro de aguardiente, cerveza y ajenjo le habia aletargado. Como la mesa que tenia delante era pequeña y no podia servir para la barricada, se la dejaron. Seguia en la misma postura, con el pecho doblado y la cabeza apoyada en el brazo, cercado de vasos, chopes y botellas. Dormia con ese sueño profundo del oso entorpecido ó de la sanguijuela ya harta. Ni el fuego de los fusiles, ni el del cañon, ni la metralla que penetraba por la ventana en la sala donde estaba, ni la inmensa barahunda del asalto le despertaron. Solo de vez en cuando respondia al cañon con un ronquido. Parecia esperar allí á que una bala le ahorrase el trabajo de abrir de nuevo los ojos. En torno de él yacian algunos cadáveres, y á primera vista no se le distinguia de los que estaban entregados al profundo sueño de la muerte.

El ruido no despierta á un borracho, y sí el silencio. Es una observacion que se ha hecho mas de una vez. La caida de todo, alrededor de Grantaire, aumentaba su letargo como si fuese un arrullo; pero la especie de alto que hizo el tumulto delante de Enjolras, fue un sacudimiento para aquel pesado sueño. Efecto parecido al de un carruaje á galope, que se detiene de improviso. Los que dormian dentro del coche se despiertan entonces.

Grantaire levantó la cabeza sobresaltado, estiró los brazos, se frotó los ojos, miró, bostezó y comprendió.

La embriaguez que concluye se asemeja á una cortina que se corre. Vése en conjunto y de una sola vez cuanto ocultaba. Todo se ofrece de repente á la memoria, y el borracho, que no sabe nada de lo que ha pasado hace veinticuatro horas, no ha acabado aun de abrir los párpados cuando ya está al cabo de todo. Las ideas le ocurren con súbita lucidez; la opacidad de la embriaguez, especie de legía que oscurece el cerebro, se disipa, y da lugar á la clara y distinta percepcion de la realidad.

Retirado como estaba Grantaire en un rincon, y al abrigo de la mesa de billar, los soldados, que no separaban la vista de Enjolras, no habian advertido en él; y ya el sargento se preparaba á repetir la órden ¡apunten! cuando oyó de improviso gritar con voz robusta:

—¡Viva la república! Aquí estoy yo.

Grantaire se habia levantado.

Digitized by Google

La inmensa claridad del combate, á que él no habia asistido, apareció en la brillante mirada del borracho trasfigurado.

Repitiendo ¡viva la república! atravesó la sala con paso firme, y fué á colocarse delante de los fusiles, en pie, junto á Enjolras.

—Matad á dos de un golpe, dijo.

Y volviendose á Enjolras, añadió con timidez:

—¿Lo permites?

Enjolras le estrechó la mano sonriéndose.

No habia acabado de sonreirse cuando sonó la detonacion.

Enjolras, atravesado por ocho tiros, quedó arrimado á la pared, como si las balas le hubiesen clavado allí. No hizo mas que inclinar la cabeza.

Grantaire cayó á sus pies como herido del rayo.

Unos instantes despues, los soldados desalojaban á los últimos insurrectos que se habian refugiado en lo alto de la casa. Tiraban dentro de las buhardillas, al través de un enrejado de madera. Se combatia en el tejado. Se arrojaban cuerpos por las ventanas, algunos todavía vivos. Dos cazadores que intentaban poner en pie el omnibus hecho pedazos, fueron víctimas de dos tiros de carabina disparados de las buhardillas. Un hombre de blusa, á quien precipitaron desde aquella altura, traspasado el vientre de un bayonetazo, se revolcaba en el suelo con el estertor de la agonía. Un soldado y un insurrecto resbalaban juntos por el declive del tejado, sin querer desasirse, y caian fuerte y ferozmente abrazados. En la cueva, una lucha por el estilo. Gritos, tiros, pataleo espantoso, y luego el silencio. Se habia tomado la barricada.

Los soldados empezaron el registro de las casas vecinas y la persecucion de los fugitivos.

Digitized by Google

XXIV.

PRISIONERO.

Mario era prisionero en efecto. Prisionero de Juan Valjean.

La mano que le habia asido por detrás en el momento de caer, y cuya presion habia sentido al desmayarse, era la de Juan Valjean.

Juan Valjean no habia tomado mas parte en el combate que la de esponer su vida. Sin él, en aquella fase suprema de la agonía, nadie hubiera pensado en los heridos. Gracias á él; presente como una providencia en todos lados durante la matanza, los que caian eran levantados, trasladados á la sala baja y curados. En los intervalos reparaba la barricada. Pero nada que pudiera parecerse á un golpe, á un ataque, ni siquiera á una defensa personal, salió de sus manos. Se callaba y socorria. Por lo demás, apenas tenia algunos rasguños. Las balas le habian respetado. Si el suicidio entró por algo en el plan que se propuso al dirigirse á aquella tumba, el éxito no le habia favorecido. Pero dudamos que hubiese pensado en el suicidio, acto irreligioso.

Juan Valjean, en medio de la densa niebla del combate, no aparentaba ver á Mario, siendo asi que no le perdia de vista un solo instante. Cuando un balazo derribó á Mario, Juan Valjean saltó con la agilidad de un tigre, se arrojó sobre él como si se tratara de una presa, y se le llevó.

Digitized by Google

El remolino del ataque estaba entonces concentrado tan violentamente en Enjolras y en la puerta de la taberna, que nadie vió á Juan Valjean, sosteniendo en sus brazos á Mario sin sentido, atravesar el suelo desempedrado de la barricada, y desaparecer detrás del ángulo de la casa de Corinto.

El lector recordará este ángulo, que formaba una especie de cabo en la calle, y protegia contra las balas, la metralla, y hasta las miradas, algunos pies cuadrados de terreno. Hay á veces en los incendios habitacion que no arde, y en los mares mas alborotados, detrás de un promontorio, ó al fin de una serie de escollos, un rinconcito tranquilo. En esta especie de repliegue del trapecio interior de la barricada habia agonizado Eponina.

Allí se detuvo Juan Valjean, puso en el suelo á Mario, se respaldó contra la pared, y miró en derredor.

La situacion era espantosa.

Por el momento, y quizá durante dos ó tres minutos, aquel lienzo de pared era un abrigo; pero ¿cómo salir y librarse de la matanza? Acordábase de la angustia que habia esperimentado ocho años antes, en la calle de Polonceau, y de qué manera habia conseguido salir del apuro; pero si entonces era difícil, ahora era imposible. Tenia ante sí aquella casa sorda é implacable de seis pisos, que no parecia habitada mas que por el hombre muerto del ventanillo; á la derecha estaba la barricada bastante baja que cerraba la pequeña Truanderie; y aunque no ofrecia mayor dificultad salvar este obstáculo, distinguíase por cima del parapeto una hilera de puntas de bayonetas. Era la tropa de línea, situada al otro lado de la barricada, y en acecho. No cabia duda de que atravesar el parapeto equivalia á ir á buscar una descarga cerrada, y de que toda cabeza que se atreviera á mostrarse en lo alto de la pared de adoquines serviria de blanco á sesenta tiros de fusil. A la izquierda estaba el campo del combate. Detrás del ángulo de la pared estaba la muerte.

¿Qué partido tomar?

Solo un pájaro hubiera podido salir de allí.

Y era preciso decidirse en el momento, hallar un recurso, adoptar una resolucion. A algunos pasos de aquel sitio se combatia, y por fortuna todos se encarnizaban en un punto único, en la puerta de la ta-

Digitized by Google

berna; pero si se le ocurria á un soldado, á uno no mas, dar vuelta á la casa, ó atacarla por el flanco, todo habria concluido.

Juan Valjean miró la casa de en frente, luego la barricada de la derecha, y por último, el suelo, con la violencia de la angustia suprema, desesperado y como si hubiese querido abrir un agujero con los ojos.

A fuerza de mirar, bosquejóse y llegó á adquirir forma ante él una cosa vagamente perceptible en tal agonía, como si la vista tuviera poder para hacer brotar el objeto pedido. Vió á los pocos pasos, y al pie del pequeño parapeto, con tanto rigor custodiado y vigilado por fuera, bajo un hundimiento de adoquines que la ocultaban en parte, una reja de hierro colocada de plano y á nivel del piso. Esta reja, compuesta de fuertes barrotes trasversales, tenia unos dos pies cuadrados. El marco de adoquines que la sostenia habia sido arrancado, y estaba como desencajada. Al través de los barrotes se entrevia una abertura oscura, parecida al cañon de una chimenea ó al cilindro de una cisterna. Abalanzóse Juan Valjean. Su antigua ciencia de las evasiones le iluminó el cerebro, como una claridad. Apartar los adoquines, levantar la reja, echarse á cuestas á Mario inerte como un cuerpo muerto, bajar con esta carga, sirviéndose de los codos y de las rodillas, á aquella especie de pozo, felizmente poco profundo, volver á dejar caer la pesada trampa de hierro, que los adoquines derrumbándose cubrieron de nuevo, asentar el pie en una superficie embaldosada á tres metros del suelo, todo esto fue ejecutado como lo que se hace en el delirio, con la fuerza de un gigante y la rapidez de un águila; apenas empleó unos cuantos minutos.

Encontróse Juan Valjean, con Mario siempre desmayado, en una especie de corredor largo y subterráneo.

Reinaba allí una paz profunda, silencio absoluto, noche.

Se le vino á las mientes la impresion que habia esperimentado en otro tiempo cuando salto de la calle al convento. Solo que ahora no llevaba consigo á Cosette, sino á Mario.

Apenas oia encima de su cabeza como un vago murmullo; era el formidable tumulto de la taberna tomada por asalto.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

Digitized by Google

LIBRO SEGUNDO.

EL INTESTINO DE LEVIATAN.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

LA TIERRA EMPOBRECIDA POR EL MAR.

París arroja anualmente veinticinco millones al agua. Y cuenta que no hablamos en estilo metafórico. ¿Cómo y de qué manera? Dia y noche. ¿Con qué objeto? Con ninguno. ¿Con qué idea? Sin pensar en ello. ¿Para qué? Para nada. ¿Por medio de qué órgano? Por medio de su intestino. ¿Y cuál es su intestino? La alcantarilla.

Veinticinco millones; tal es el mas moderado de los guarismos aproximativos que dan los cálculos de la ciencia especial.

La ciencia, despues de haber andado á tientas por mucho tiempo, sabe hoy que el mas fecundo y eficaz de los abonos es el humano. Los chinos, digámoslo para nuestra vergüenza, lo sabian antes de nosotros. Ningun labrador chino (asi lo dice Eckeberg) vuelve de la ciudad sin traer en los dos estremos de su bambú, dos cubos llenos de lo que nosotros llamanos inmundicias. Merced al abono humano, la tierra está aun en China tan jóven como en tiempo de Abraham. El trigo chino da hasta ciento veintiocho granos por uno. No hay guano comparable en fertilidad al *detritus* de una capital. Una gran ciudad es el mejor de los estercoleros. Emplear la ciudad en abonar la llanura, seria asegurarse

Digitized by Google

un éxito infalible. Si nuestro oro es estiércol, en cambio, nuestro estiércol es oro.

¿Qué se hace de ese oro-estiércol? Se le arroja al abismo.

Envíanse con grandes costos convoyes de buques para recoger en el polo austral el escremento de los petrelos y pingüinos, y se tira al mar el incalculable elemento de opulencia que se tiene cerca de sí. Todo el abono humano y animal que el mundo pierde, devuelto á la tierra en vez de echarlo al mar, bastaria para alimentar el mundo.

Esos montones de inmundicias de las esquinas y guarda-cantones, esos carros de basura que se zangolotean por la noche en las calles, esos horribles toneles del muladar, esos fétidos arroyos de fango que el empedrado oculta, ¿sabeis lo que es? Es la pradera florida, la yerba verde, el sérpol, el tomillo, la salvia; es la caza, el ganado, el mugido de satisfaccion de los bueyes por la tarde; es heno oloroso, trigo dorado, pan en vuestra mesa, sangre caliente en vuestras venas; es salud, alegría, vida. Asi lo quiere esa creacion misteriosa, que es la trasformacion en la tierra, y la trasfiguracion en el cielo.

Devolved todo eso al gran crisol, y saldrá de él vuestra abundancia. La nutricion de las llanuras forma el alimento de los hombres.

Dueños sois de perder esta riqueza, y de juzgarme además ridículo. Será la obra maestra de vuestra ignorancia.

La estadística ha calculado que Francia sola vierte todos los años en el Atlántico por boca de sus rios quinientos millones. Con estos quinientos millones, notadlo bien, se cubriria la cuarta parte de los gastos del presupuesto: y sin embargo, es tal la habilidad del hombre, que prefiere desprenderse de ellos, regalándolos al arroyo. La sustancia misma del pueblo, aquí gota á gota, allá á oleadas, se la llevan tras de sí ese miserable derramamiento de nuestras alcantarillas en los rios, y ese gigantesco desagüe de nuestros rios en el Océano. Cada hipo de nuestras cloacas nos cuesta mil francos. Dos son los resultados: la tierra empobrecida y el agua apestada. El hambre saliendo del surco y la enfermedad del rio.

Sábese hoy, á no dudarlo, que el Támesis envenena á Lóndres.

En cuanto á París, ha sido preciso en estos últimos tiempos hacer que la mayor parte de las alcantarillas rio abajo desemboquen por el último puente.

Digitized by Google

Un doble aparato tubular, provisto de válvulas y esclusas, aspirante y espeliente, un sistema de drenaje elemental, sencillo como el pulmon del hombre, y que funciona ya en varios pueblos de Inglaterra, bastaria para traer á nuestras ciudades el agua pura de los campos, y llevar á nuestros campos el agua rica de las ciudades, y de este modo aprovecharíamos los quinientos millones que se tiran. Se piensa en otras cosas.

El procedimiento actual perjudica queriendo beneficiar. La intencion es buena, pero el resultado es triste. Créese purificar la ciudad, y se enferma á los habitantes. Una alcantarilla es una equivocacion. Cuando en todas partes el drenaje, con su doble funcion, restituyendo lo que toma, haya reemplazado la alcantarilla, simple lavado empobrecedor, entonces, combinándose esto con los datos de una nueva economía social, el producto de la tierra será décuplo, y el problema de la miseria se atenuará considerablemente. Añádase la supresion de los parasitismos, y quedará resuelto.

Entre tanto, la riqueza pública se marcha al rio, y la merma sigue. La merma, sí. Europa se arruina por consuncion.

Hemos dicho lo que pierde Francia. Ahora bien, conteniendo París la vigésima quinta parte de la poblacion francesa total, y siendo el guano de París el mas rico de todos, no se llega todavía al guarismo verdadero evaluando en veinticinco millones la parte que corresponde á la capital en los quinientos que Francia desecha anualmente. Estos veinticinco millones, empleados en socorros y en goces, doblarian el esplendor de París. La ciudad los consume en cloacas. Asi, puede decirse, que la gran prodigalidad de París, sus maravillosos festejos, sus locuras de Beaujon, sus orgías, su oro derramado á manos llenas, su fausto, su lujo, su magnificencia, es su alcantarilla.

De esta suerte, en la ceguedad de una mala economía política, se anega y deja arrastrar por la corriente, y perderse en los abismos del Océano el bienestar de todos. Convendria que hubiese redes de San Cloud para la riqueza pública.

Económicamente, el hecho puede resumirse asi: París, maniroto.

París, esa ciudad modelo, patron de las capitales bien construidas, y de la que cada pueblo procura tener una copia, metrópoli de lo ideal, augusta patria de la iniciativa, del impulso y del ensayo, centro y man-

Digitized by Google

sion de las inteligencias, ciudad-nacion, colmena del porvenir, admirable mezcla de Babilonia y de Corinto, hace, bajo el punto de vista que acabamos de considerar, encogerse de hombros á un labrador de Fo-Kian.

Imitad á París, y os arruinareis.

Por lo demás, particularmente en ese despilfarro inmemorial é insensato, el mismo París imita.

Esas sorprendentes inepcias no son nuevas; la necedad en el presente caso viene de muy atrás. Los antiguos obran como los modernos. «Las cloacas de Roma, dice Liebig, han absorbido todo el bienestar del labrador romano.» Cuando la campiña de Roma fue arruinada por la alcantarilla romana, Roma agotó los recursos de Italia; y una vez vaciada Italia en su cloaca, ejecutó lo propio con Sicilia, Cerdeña y Africa. La alcantarilla de Roma se ha tragado el mundo. Esa cloaca ofrecia sus tragaderas á la ciudad y al universo. *Urbi et Orbi*. Ciudad eterna. Albañal insondable.

En estas, como en otras cosas, Roma da el ejemplo; y París lo sigue, con la tontería propia de las ciudades de talento.

Para las necesidades de la operacion de que hemos hablado, París tiene debajo de sí otro París. Un París de alcantarillas, con sus calles, encrucijadas, plazas, callejuelas sin salida; con sus arterias y circulacion, que es fango, faltando solo la forma humana.

Porque no debe adularse á nadie, ni siquiera á un gran pueblo. Donde hay de todo, se encuentra la ignominia junto á la sublimidad; y si París contiene á Atenas, la ciudad de las luces; á Tiro, la ciudad potente; á Esparta, la ciudad virtuosa; á Nínive, la ciudad de los prodigios, contiene tambien á Lutecia, la ciudad de cieno.

Por otra parte, el sello de su poder está tambien allí impreso; la titánica sentina de París realiza, en medio de los monumentos, ese ideal estraño realizado en la humanidad por algunos hombres, tales como Maquiavelo, Bacon y Mirabeau: lo grandioso abyecto.

El suelo subterráneo de París, si la vista pudiera penetrar su superficie, presentaria el aspecto de una madrépoda colosal. La esponja no tiene mas boquetes y pasillos que el pedazo de tierra, de seis leguas de circuito, donde descansa la antigua gran ciudad. Sin hablar de las catacumbas, que son una bóveda aparte: sin hablar del confuso enverjado

Digitized by Google

de las cañerías del gas; sin contar el vasto sistema de tubos que distribuyen el agua á las fuentes públicas, las alcantarillas por sí solas forman, en las dos riberas, una prodigiosa red subterránea; laberinto cuyo hilo es la pendiente.

Allí se descubre en la húmeda niebla al raton, que parece el producto del parto de París.

Digitized by Google

II.

LA HISTORIA ANTIGUA DE LA ALCANTARILLA.

Si imaginamos á París levantado como una tapa, la red subterránea de las alcantarillas, vista á vuelo de pájaro, bosquejará en las dos orillas una especie de tallo grueso, ingerto en el rio. En la orilla derecha, el albañal del centro será el tronco de este tallo, los conductos secundarios serán las ramas, y los callejones sin salida las ramitas.

Esta figura es abreviada y no del todo exacta; pues el ángulo recto, que es el ángulo habitual de este género de ramificaciones subterráneas, es muy raro en la vegetacion.

Nos formaremos una imágen mas adecuada de este estraño plano geométrico, figurándonos ver en el suelo, sobre un fondo de tinieblas, algun estraño alfabeto oriental, en desórden, y cuyas letras disformes estuviesen soldadas unas con otras, como á la ventura, ora por sus ángulos, ora por sus estremidades.

Las sentinas y los albañales representaban un gran papel en la edad media, en el bajo Imperio y en el antiguo Oriente. La peste nacia en ellos, y los déspotas iban allí á morir. Las multitudes miraban casi con temor religioso esos lechos de podredumbre, cunas monstruosas de la muerte. El foso de los gusanos de Benarés no era menos vertiginoso

Digitized by Google

que el de los Leones de Babilonia. Teglat-Falasar, segun los libros rabínicos, juraba por la sentina de Nínive. Del albañal de Munster hacia salir Juan de Leide su falsa luna, y del pozo-cloaca de Negscheb, su menecmo oriental. Mokannâ, el profeta encubierto del Korasan, hacia salir su famoso sol.

La historia de los hombres se refleja en la historia de las cloacas. Las gemonias eran los fastos de Roma. La alcantarilla de París ha sido una antigualla formidable, sirviendo ya de sepulcro, ya de asilo. El crímen, la inteligencia, la protesta social, la libertad de conciencia, el pensamiento, el robo, todo lo que las leyes humanas persiguen ó han perseguido, se ha ocultado en ese agujero; los *maillotins* (1) en el siglo XIV, los capeadores en el XV, los hugonotes en el XVI, los iluminados de Morin en el XVII, los *chauffeurs* (2) en el XVIII. Hace cien años, de allí salia la puñalada nocturna, y allí se deslizaba el ratero para salvarse del peligro. El bosque tenia la caverna, y París la alcantarilla. El truhan, ese pilluelo galo, aceptaba la alcantarilla como sucursal de la córte de los Milagros, y por la noche, ruin y feroz, entraba en el vomitorio Maubuée como en una alcoba.

Era natural que los que tenian por punto de faena cuotidiana el callejon sin salida de Vide-Gousset (limpia-bolsillos), ó la calle de Coupe-Gorge (corta-pescuezos) tuviese por domicilio nocturno el puentecillo del Chemin-Vert (camino-verde), ó la huronera Hurepoix. De aquí provienen multitud de recuerdos. Fantasmas de todas clases frecuentan esos largos corredores solitarios; en todas partes la podredumbre y el miasma; acá y allá un respiradero, donde Villon, desde adentro habla con Rabelais, situado afuera.

La alcantarilla, en el antiguo París, es el punto de reunion de todos los aniquilamientos y de todos los ensayos. La economía política ve en ellos un *detritus*, y la filosofía social un resultado.

El albañal es la conciencia de la poblacion. Todo se dirige á él, y allí se coteja. En ese lugar lívido hay tinieblas, pero no secretos. Cada

(1) Nombre que se dió á los hombres del pueblo de París, que para oponerse al pago de los impuestos, en 1831, se armaron de mazas, y asesinaron á los encargados de cobrar las contribuciones.

(1) Nombre de unos ladrones que quemaban los pies á las personas á quienes iban á robar, para obligarlas á confesar dónde tenian el dinero.

Digitized by Google

cosa tiene allí su forma verdadera, ó á lo menos su forma definitiva. El monton de inmundicias pude alegar en su favor que no es mentiroso. La ingenuidad se ha refugiado allí. En él se encuentra la máscara de Basilio; pero vése el carton y el bramante, lo interior y lo esterior aparecen, y con el realce de un honrado cieno. Cerca está la nariz postiza de Scapin. Todas las porquerías de la civilizacion, cuando ya no sirven, caen en ese foso de verdad, á donde va á parar el inmenso derrame social. Se sumergen en él, pero se ponen al mismo tiempo de manifiesto. Aquella mezcla es una confesion. No mas falsas apariencias; ya no hay afeite ni disfraz posibles; la basura se quita la camisa; desnudez absoluta, disipacion de ilusiones; lo que es, nada mas que lo que es, con la siniestra figura de lo que acaba. Realidad y desaparicion. Allí una botella rota confiesa los escesos de la embriaguez; el asa de una cesta refiere los lances del servicio doméstico; el corazon de manzana que ha tenido opiniones literarias, vuelve á ser corazon de manzana; la efigie del cuarto se cubre de orin francamente; el salivazo de Caifás se encuentra con el vómito de Falstaff; el luis de oro que sale del garito, choca con el clavo de donde cuelga el estremo de cuerda del suicidio; el feto lívido rueda con las lentejuelas que bailaron el último martes de Carnaval en la ópera; el bonete que ha juzgado á los hombres, se revuelca cerca del harapo que fue la basquiña de la mujer galante; pasa de fraternidad y es tuteo. Todo lo que antes se acicalaba, ahora se empuerca. El último velo se ha arrancado. Una alcantarilla es un cínico. Dice todo.

Esta sinceridad de la inmundicia tiene algo de bueno y alivia el alma. Cuando se ha vivido teniendo que soportar el espectáculo de la grande importancia que se arrogan en la tierra la razon de Estado, el juramento, la sabiduría política, la justicia humana, la probidad profesional, las austeridades de situacion, las togas incorruptibles, consuela entrar en una alcantarilla y ver el fango á que se ha reducido todo eso.

Además, enseña. Acabamos de decirlo: la historia pasa por la alcantarilla. Las matanzas, como la de la noche de San Bartolomé, filtran gota á gota por entre los adoquines. Los grandes asesinatos públicos, las carnicerías políticas y religiosas atraviesan ese subterráneo de la civilizacion, y arrojan en él sus cadáveres. Para el pensador, todos los

Digitized by Google

asesinos políticos están allí, en la horrible penumbra, de rodillas, con un pedazo de sudario por delantal, lavando lúgubremente con la esponja las manchas de sus crímenes. Luis XI está allí en compañía de Tristan. Francisco I y Duprat, Cárlos IX y su madre, Richelieu y Luis XIII, Louvois, Letellier, Hebert y Maillard, arañan las piedras por si consiguen que desaparezca la huella de sus acciones. Bajo las bóvedas se oye la escoba de esos espectros. Respírase en ellas la enorme fetidez de las catástrofes sociales. Vénse en las esquinas reflejos rojizos. Corre allí un agua terrible donde se han lavado manos sangrientas.

El observador social debe entrar en esos parajes sombríos, pues forman parte de su laboratorio. La filosofía es el microscopio del pensamiento. Todo quiere huir de ella, pero nada se libra de su exámen. Inútil es tergiversar. ¿Qué lado es el que se pone al público cuando se tergiversa? El de la vergüenza. La filosofía persigue con su leal mirada al mal, y no le permite que se desvanezca en la nada. En el eclipse de las cosas que desaparecen, en el empequeñecimiento de las cosas que se estinguen, todo lo conoce. Adivina la púrpura por el giron, y la mujer por el harapo. Con su cloaca reconstruye la ciudad, y con el cieno las costumbres. Del tiesto, deduce el ánfora ó el cántaro. Conoce por la marca de una uña en el pergamino la diferencia entre la judería de la Judengasse, y la judería del Ghetto. En lo que es encuentra lo que ha sido, el bien, el mal, lo falso, lo verdadero, la mancha de sangre del palacio, el borron de tinta de la caverna, la gota de sebo del lupanar, las pruebas sufridas, las tentaciones, las orgías, el pliegue de los caracteres al doblegarse, la huella de la prostitucion en las almas groseras, y en el trage de los mozos de cordel de Roma la señal de los codazos de Mesalina.

Digitized by Google

III.

BRUNESEAU.

La alcantarilla de París era en la edad media asunto de leyendas. En el siglo XVI Enrique II intentó un reconocimiento que salió mal. No hace cien años, segun testifica Mercier, que la cloaca quedó abandonada á sí misma, y llegó á ser lo que buenamente pudo.

El antiguo París estaba entregado á las disputas, á las indecisiones y á los ensayos. Fue por mucho tiempo bastante torpe. Despues vino 89 á mostrar cómo recobran el talento las ciudades. Pero antiguamente, la capital tenia poco entendimiento; no sabia desempeñar sus negocios ni moral ni materialmente, y lo mismo ignoraba cómo habia de barrer las inmundicias, que cómo habia de estirpar los abusos. Donde quiera habia de encontrar un obstáculo; de todo surgia la disputa. Por ejemplo, la alcantarilla era refractaria de todo itinerario. No llegaba á orientarse mejor en el muladar que á entenderse en la ciudad: arriba lo ininteligible, abajo lo intrincado; la confusion de las lenguas sobre la confusion de los subterráneos; Babel sobre Dédalo.

A veces se le ocurria á la alcantarilla de París desbordarse, como si ese desconocido Nilo montase de repente en cólera. Habia, y esto era

Digitized by Google

infame, inundaciones de albañal. Por momentos este estómago de la civilizacion digeria mal; la cloaca refluia á la garganta de la ciudad, y París tenia el resabor de su fango. Estas semejanzas de la alcantarilla con el remordimiento eran buenas, en cuanto eran otros tantos avisos; pero se recibian mal, pues la ciudad se indignaba de que su cieno mostrase tal audacia, y no se avenia con aquel gustillo á basura. El remedio era digerirla mejor.

La inundacion de 1802 es uno de los actuales recuerdos de los parisienses octogenarios. El fango se derramó por la plaza de las Victorias, donde está la estatua de Luis XIV; entró en la calle de San Honorato por las dos esclusas de los Campos Elíseos, en la calle de San Florentino por el albañal del mismo nombre, en la calle de Pierre á-Poisson por el de la Sonnerie, en la calle de Popincourt por el del Chemin-Vert, en la calle de la Roquette por el de la calle de Loppe; cubrió los adoquines de la calle de los Campos Elíseos hasta la altura de treinta y cinco centímetros, y al mediodía, funcionando por el vomitorio del Sena en sentido inverso, penetró en la calle de Mazarino, en la del Echaudé (torta) y en la del Marais (pantano), donde se detuvo á una distancia de ciento nueve metros, precisamente á pocos pasos de la casa que habia habitado Racine, respetando en el siglo XVII al poeta mas que al rey. Llegó al máximum de profundidad en la calle de San Pedro, donde se elevó tres pies por cima de las baldosas de la esclusa, y al máximun de estension de la calle de Sabino, donde se ostentó en una longitud de doscientos treinta y ocho metros.

Al principio del siglo actual, la alcantarilla de París era todavía un lugar misterioso. El cieno no puede nunca gozar de buena reputacion; pero en este caso la mala fama llegaba hasta poner pavor. París sabia confusamnnte que tenia debajo de sí un subterráneo horrible. Hablábase de él como de ese monstruoso charco de Tebas, donde pululaban escolopendras de quince pies de largo, y que hubiera podido servir de baño á Behemoth. Las grandes botas de los poceros no se aventuraban nunca mas allá de ciertos puntos conocidos. Estaba aun muy próximo el tiempo en que los carros de la basura, de lo alto de los cuales Sainte-Foix fraternizaba con el marqués de Crequi, se vaciaban simplemente en la alcantarilla. En cuanto á la limpieza, confiábase este cuidado á los chaparrones, que en vez de barrer acumulaban mas basura.

Digitized by Google

Roma, á lo menos, dejaba alguna poesía á su cloaca, dándole el nombre de gemonías; París insultaba la suya, llamándola el agujero hediondo. La ciencia y la supersticion marchaban esta vez de acuerdo. El agujero hediondo no repugnaba menos á la higiene que á la leyenda. El fantasma, el coco, surgia bajo el fétido arco de la alcantarilla de Mouffetard; los cadáveres de los Marmousets habian sido arrojados en el albañal de la Barillerie; Fagon atribuyó la terrible fiebre maligna de 1685 á la gran hendidura de la alcantarilla del Marais, que permaneció abierta hasta 1833 en la calle de San Luis, casi frente á la muestra del Mensajero Galante.

La esclusa de la calle de la Mortellerie era célebre por las pestes que de allí salian; con su reja de hierro, cuyas puntas se asemejaban á una hilera de dientes, parecia en esa fatal calle una boca de dragon que lanzaba su hálito infernal sobre los hombres. La imaginacion popular realzaba el sombrío vertedero parisiense con cierta horrible mezcla de infinito. El albañal carecia de fondo. Era el báratro. La idea de esplorar esas regiones leprosas no se le ocurrió siquiera á la policía. ¿Quién habia de atreverse con aquel desconocido? ¿Quién osaria echar la sonda en aquellas tinieblas, ó emprender un viaje de esploracion en semejante abismo? Era espantoso. Presentóse, sin embargo, una persona. La cloaca tuvo su Cristóbal Colon.

Un dia, corria el año de 1805, en una de esas raras apariciones que el emperador hacia en París, el ministro de lo Interior fué á verle. Oíase en el Carrousel el ruido de los sables de todos aquellos soldados estraordinarios de la gran República y del grande Imperio; habia un agolpamiento de héroes á la puerta de Napoleon; hombres del Rhin, del Escalda, del Adige y del Nilo; compañeros de Jouvert, de Desaix, de Marceau, de Hoche, de Kleber; aeróstatas de Fleurus, granaderos de Maguncia, pontoneros de Génova, húsares, á quienes habian visto las Pirámides, artilleros, á quienes habian salpicado las balas de Junot, coraceros, de los que tomaron por asalto la escuadra fondeada en el Zuiderzée; quién habia seguido á Bonaparte al puente de Lodi; quién acompañado á Murat á la trinchera de Mantua, y no faltaban algunos de los que precedieron á Lannes en el barranco de Montebello. Todo el ejército de la época se encontraba allí, en el patio de las Tullerías, representado por partidas, y custodiando á Na-

Digitized by Google

poleon, que á la sazon descansaba. Era la brillante época en que el grande ejército tenia tras de sí á Marengo, y ante sí á Austerlitz.

—Señor, dijo el ministro de lo Interior á Napoleon, he visto ayer al hombre mas intrépido de vuestro Imperio.

—¿Quién es ese hombre? preguntó bruscamente el emperador, ¿y qué ha hecho?

—Quiere hacer una cosa, señor.

—¿Cuál?

—Visitar las alcantarillas de París.

Este hombre existia; y se llamaba Bruneseau.

Digitized by Google

IV.

PORMENORES IGNORADOS.

Verificóse la visita. Fue una formidable campaña; una batalla nocturna contra la peste y la asfixia. Fue al mismo tiempo un viaje de esploracion. Una de las personas que asistieron, obrero inteligente, muy jóven á la sazon, referia aun, hace algunos años, los curiosos pormenores que Bruneseau creyó deber omitir en su informe al prefecto de polícia, como indignos del estilo administrativo.

Los procedimientos desinfectantes estaban todavía en aquella época muy á los principios. Apenas Bruneseau hubo pasado las primeras articulaciones de la red subterránea, cuando, de veinte trabajadores, ocho se negaron á seguir adelante.

La operacion era complicada; para hacer la visita era preciso ir limpiando; habia, pues, que limpiar y fijar cada punto al mismo tiempo. Habia que anotar los desagües, contar las rejas y las bocas, ir señalando los empalmes, indicar las corrientes en los puntos de division, reconocer las circunscripciones respectivas de los varios depósitos, sondar los pequeños albañales que están como injertados en el principal, mèdir la altura de cada pasillo y el ancho, lo mismo en el arranque de la bóveda, qne en el zampeado; determinar, en fin, las ordenadas de

Digitized by Google

la nivelacion de cada desagüe, sea desde el zampeado de la alcantarilla, sea desde el piso de la calle.

Adelantábase penosamente, y mas de una vez las escalas de descenso se sumergieron en una vara de fango. Las linternas agonizaban en los miasmas. De tiempo en tiempo habia que llevarse á un pocero desmayado. Tropezábase en algunos parajes con un precipicio, y era que el suelo se habia hundido, que el embaldosado habia venido abajo, trasformándose el albañal en pozo con el fondo de arena. No se encontraba el punto sólido; y habiendo desaparecido bruscamente un hombre, costó mucho sacarle. Por consejo de Fourcroy, se encendian de trecho en trecho, en los lugares suficientemente saneados, grandes cestas llenas de estopa empapada en resina. La pared, de vez en cuando, estaba cubierta de escrecencias diformes, que pudieran llamarse tumores, pues hasta las piedras parecian enfermas en aquel sitio sin ventilacion.

Bruneseau procedió en su esploracion de arriba abajo. En el punto divisorio de las dos cañerías del Grand-Hurleur, consiguió leer en una piedra saliente esta fecha; 1550. Era el límite donde se habia detenido Filiberto Delorme, encargado por Enrique II de visitar el muladar subterráneo de París. Aquella piedra señalaba el siglo XVI en la alcantarilla. Bruneseau descubrió la mano de obra del siglo XVII en el conducto del Ponceau, y en el de la calle vieja del Temple, cuyas bóvedas, se habian construido entre 1600 y 1650; y la mano de obra del siglo XVIII en la seccion al Oeste del canal colector, encajonada y abovedada en 1740. Estas dos bóvedas, sobre todo la menos antigua, la de 1740, estaban mas rajadas y decrépitas que la mampostería del albañal del centro, construido en 1412, época en que el arroyo de agua de Menilmontant fue elevado á la dignidad de alcantarilla principal de París, ascenso análogo al de un aldeano que fuese nombrado primer ayuda de cámara del rey; Gros-Jean convertido en Lebel.

Creyóse reconocer acá y allá, en particular bajo el palacio de Justicia, alvéolos de antiguos calabozos practicados en la misma alcantarilla. Horribles *in pace*. Una argolla de hierro colgaba de uno de esos alvéolos. Se les cerró á todos con paredes. Entre las cosas que se hallaron, las habia rarísimas; por ejemplo, el esqueleto de un orangutan que desapareció del Jardin Botánico en 1800, desaparicion probable-

Digitized by Google

mente relacionada con la famosa é incontestable aparicion del diablo en la calle de los Bernardos el último año del siglo XVIII. El pobre diablo concluyó ahogándose en la alcantarilla.

Debajo del largo pasillo cimbrado que conduce á Arche-Marion, se encontró una canasta de trapero, muy bien conservada, que dejó admirados á los inteligentes. Por todas partes el cieno que los poceros habian ido á manejar con singular arrojo, abundaba en objetos preciosos, en alhajas de oro y plata, en pedrerías y monedas. Un gigante que hubiese hecho pasar por el tamiz aquella cloaca, habria acumulado la riqueza de los siglos. En el punto divisorio los dos empalmes de la calle del Temple y de la calle de San Avoye, se recogió una medalla hugonota de cobre, que tenia en una cara un cerdo con birrete de cardenal y en la otra un lobo con la tiara en la cabeza.

El hallazgo mas sorprendente fue á la entrada de la alcantarilla principal. Esta entrada se habia cerrado en otro tiempo con una reja de que solo quedaban los goznes. De uno de los goznes pendia una especie de harapo informe y sucio que, sin duda, detenido allí al caer, flotaba en la sombra, y acababa de hacerse trizas. Bruneseau acercó la linterna y lo examinó. Era finísima batista, y se distinguia en una de las puntas, menos gastada que las demás, el resto de una corona heráldica, con estas siete letras bordadas encima: LAVBESP. La corona era de marqués, y las siete letras significaban *Laubespine*. Se vino en conocimiento de que se tenia á la vista un pedazo del sudario de Marat.

Marat cuando jóven, habia corrido sus aventuras amorosas; sobre todo mientras formaba parte de la casa del conde de Artois, como veterinario. De esos amores con una señora principal, históricamente comprobados, le habia quedado aquella sábana; si en calidad de desperdicio ó de recuerdo, lo ignoramos. Cuando fue muerto, como era el único lienzo fino que habia en su casa, se le enterró envuelto en él. Las viejas amortajaron al trágico Amigo del pueblo en la sábana, teatro un dia de sus voluptuosidades. Bruneseau pasó adelante. Dejóse el harapo donde estaba, sin tocarle siquiera. ¿Fue desprecio ó respeto? Marat merecia ambas cosas. Además de que el destino habia impreso allí su sello suficientemente, y no debia mezclarse ninguna mano estraña. Por otra parte, debe dejarse á las cosas del sepulcro el sitio que eligen. En

Digitized by Google

suma, la reliquia era singularísima. Una marquesa habia dormido allí, y Marat, envuelto en ella, pasó por el Panteon para ir á servir de pasto á las ratas de la alcantarilla. Aquel andrajo de alcoba, cuyos pliegues hubiera dibujado en otro tiempo alegremente Watteau, habia concluido por ser digno de que en él se fijase la mirada de Dante.

La visita total del muladar de París duró siete años, desde 1805 hasta 1812. De paso, Bruneseau proyectaba, dirigia y ponia fin á trabajos considerables; en 1808 bajó el zampeado del Ponceau, y creando en todas partes nuevas líneas, hizo avanzar la alcantarilla en 1809; por debajo de la calle de San Dionisio hasta la puerta de los Inocentes; en 1810 por debajo de la calle de Froidmanteau y de la Salpêtrière; en 1811 por debajo de la calle nueva de los Petits-Pères, de la del Mail, de la de Echarpe, de la Plaza Real; y en 1812 por debajo de la calle de la Paz y de la calzada de Antin. Al mismo tiempo hacia desinfectar y sanear toda la red. Desde el segundo año, Bruneseau se proporcionó un auxiliar en su yerno Nargaud.

De este modo la vieja sociedad limpió á principios de este siglo su fondo interior, y vistió de gala su alcantarilla. El aseo ganó en ello.

Tortuoso, lleno de grietas, desempedrado, cuarteado, cortado de hondonadas, zangoloteado por codos estraños, subiendo y bajando sin lógica, fétido, salvaje, feroz, sumido en oscuridad, con cicatrices sobre sus baldosas y cuchilladas en sus paredes, espantoso; tal era, visto restrospectivamente, el antiguo albañal de París. Ramificaciones en todos sentidos, cruzamientos de zanjas, empalmes, patas de ganso, estrellas, como en las zapas, *cœcums*, callejones sin salida, bóvedas salitrosas, sumideros infectos, rezumos cayendo de los techos, tinieblas; nada igualaba al horror de esa antigua cripta exuptoria, aparato digestivo de Babilonia; antro, foso, abismo atravesado de calles, ratonera titánica donde el espíritu creia ver vagar, en medio de la sombra, entre inmundicias que fueron esplendor, ese enorme topo ciego: lo pasado.

Esto, lo repetimos, era en otro tiempo.

Digitized by Google

V.

PROGRESO ACTUAL.

Hoy la alcantarilla está limpia, fria; sus líneas son rectas, su estilo es correcto. Casi realiza el ideal de lo que se entiende en Inglaterra por la palabra «respetable.» No se aparta de las reglas, tiene el color parduzco, hállase tirada á cordel; íbamos á decir que está de veinticinco alfileres. Aseméjase á un proveedor convertido en consejero de Estado. Se ve en ella casi claro. El fango se porta con decencia.

A primera vista se la tomaria por uno de esos corredores subterráneos tan comunes en lo antiguo, y tan útiles para las fugas de los monarcas y de los príncipes, en aquel buen tiempo «en que el pueblo amaba á sus reyes.»

La alcantarilla actual es hermosa; reina en ella el estilo mas puro; el alejandrino clásico rectilíneo que, espulsado de la poesía, parece haberse refugiado en la arquitectura, como que quiere mezclarse en todas las piedras de esa larga bóveda tenebrosa y blanquizca; cada abismo es una arcada; la calle de Rívoli es artística hasta en la cloaca.

Por lo demás, en ninguna parte está mas en su lugar la línea geo-

Digitized by Google

métrica que en la zanja que recibe el estiércol de una gran ciudad. Allí todo debe subordinarse al camino mas corto.

La alcantarilla ha tomado hoy cierto aspecto oficial. La misma policía, en sus informes, no le falta al respeto. Las palabras que la caracterizan en el lenguaje administrativo son dignas y elevadas. Lo que antes se llamaba tripa, se denomina hoy galería; lo que antes llevaba el nombre de agujero, hoy lleva el de atabe. Villon no conoceria ya su antigua morada, *in extremis*. Esa red de subterráneos tiene siempre, se supone, su inmemorial poblacion de roedores, mas numerosa que nunca; de vez en cuando una rata vieja asoma la cabeza por la alcantarilla, y examina á los parisienses; pero aun esa inmundicia se domestica, encontrándose satisfecha de su abovedado palacio.

No queda nada á la cloaca de su primitiva ferocidad. La lluvia, que emporcaba el albañal antiguo, lava el moderno. Sin embargo, no hay que fiarse demasiado. Los miasmas lo habitan aun. Es antes hipócrita que irreprensible. Por mas que se empeñe la prefectura de policía y la Junta de sanidad, á pesar de todos los procedimientos empleados, exhala siempre cierto olorcillo vago y sospechoso, como Tartufo despues de la confesion.

Preciso es convenir, no obstante, en que, como la limpieza es un homenaje que el albañal tributa á la civilizacion, y como, bajo este punto de vista, la conciencia de Tartufo es un progreso, si se compara con el establo de Augias, la alcantarilla de París ha mejorado.

Es mas que progreso; es una trasformacion. Entre la antigua alcantarilla y la actual, media una revolucion. ¿Quién ha hecho esta revolucion?

El hombre á quien todos tienen olvidado, y que acabamos de nombrar: Bruneseau.

Digitized by Google

VI.

PROGRESO FUTURO.

La construccion de la alcantarilla de París no ha sido una obra insignificante. Los últimos diez siglos han trabajado en ella sin poder terminarla, como tampoco han podido acabar á París. La alcantarilla sigue paso á paso el desarrollo de París. Es, en la tierra, una especie de pólipo tenebroso de mil arterias, que crece debajo al mismo tiempo que la ciudad crece encima. Siempre que la ciudad abre una nueva calle, el albañal alarga el brazo. La vieja monarquía no habia construido sino veintitres mil trescientos metros de alcantarilla; á ese punto habia llegado París el 1.° de enero de 1806.

Partiendo de esa época, de la que volveremos á hablar luego, la obra ha sido útil y enérgicamente reformada y continuada. Napoleon ha construido (los guarismos no dejan de ser curiosos) cuatro mil ochocientos treinta y seis; Luis Felipe, ochenta y nueve mil y veinte; la república de 1848, veintitres mil trescientos ochenta y uno; el actual gobierno, setenta mil y quinientos; total hasta el dia, doscientos veintiseis mil seiscientos diez metros. Setenta leguas del alcantarilla; entrañas enormes de París. Ramificacion oscura y jamás en descanso; construccion ignorada é inmensa.

Digitized by Google

Resulta, pues, que el laberinto subterráneo de París es hoy mas que décuplo de lo que era al principio del siglo. Da pena figurarse la perseverancia y los esfuerzos que han sido menester para conducir esa cloaca al punto de perfeccion relativa en que se encuentra ahora. Con ímprobo trabajo habian podido el viejo prebostazgo monárquico, y, en los últimos años del siglo XVIII, el corregimiento revolucionario, llegar á construir las cinco leguas de albañal que existian antes de 1806. Obstáculos de todo género embarazaban tal operacion; los unos, propios de la naturaleza del terreno; los otros, inherentes á las preocupaciones mismas de la poblacion laboriosa de París.

Hállase París edificado sobre un terreno que se resiste á la azada, al hacha, á todo trabajo humano. Nada mas difícil que perforar y penetrar esa formacion geológica á la que se superpone la maravillosa formacion histórica llamada París. En cuanto la mano de obra, bajo una forma cualquiera, se empeña y aventura en ese terreno de aluvion, las resistencias abundan. Es arcilla líquida; son manantiales vivos, duras rocas, légamo blando y profundo que la ciencia especial designa con el nombre de mostaza. El pico adelanta dificultosamente en las capas calcáreas, que alternan con hilos de greda muy delgados y capas muy esquistosas de hojas incrustadas de conchas de ostras, contemporáneas de los Océanos preadamitas.

Ya es un arroyo que hace reventar de improviso una bóveda principiada, é inunda á los trabajadores; ya es una irrupcion de marga que se abre camino y se precipita con la furia de una catarata, rompiendo como vidrio los mas fuertes maderos. Recientemente, en Villette, cuando fue preciso, sin interrumpir la navegacion ni variar el cauce, hacer pasar la alcantarilla colectora por debajo del canal de San Martin, se abrió una grieta en el depósito principal, cayendo de repente el agua en el subterráneo, sin que bastasen las bombas á detener la inundacion. Hubo que apelar á un buzo, el cual con mucho trabajo logró al fin tapar la grieta que estaba en el mismo boquete del depósito.

Cerca del Sena, y tambien bastante lejos de este rio, como por ejemplo en Belleville, en la calle Grande y el pasaje Lunière, hay arenas sin fondo, donde un hombre puede deslizarse y desaparecer á ojos vistos. Agréguese á todo esto, la asfixia causada por los miasmas, los derrumbamientos que sepultan en vida y los hundimientos repentinos.

Digitized by Google

Agréguese tambien el tifus, de que los trabajadores se impregnan lentamente.

En nuestros dias, despues de haber abierto la galería de Clichy, con banqueta para recibir una cañería del Ourcq, trabajo ejecutado en zanja, á diez metros de profundidad; despues de haber, á pesar de los derrumbamientos, y con ayuda de las escavaciones, muchas veces pútridas, y de los apuntamientos, formado la bóveda de la Bièvre desde el boulevard del Hospital hasta el Sena; despues de haber, con objeto de libertar á París de las aguas torrenciales de Montmatre, y dar salida á esa charca fluvial de nueve hectáreas que se corrompia junto á la barrera de los Mártires; despues de haber, repetimos, construido la línea de alcantarilla de la barrera Blanca al camino de Aubervilliers, en cuatro meses, dia y noche, á la profundidad de once metros; despues de haber ¡cosa no vista hasta entonces! hecho subterráneamente un albañal en la calle Barre-du-Bec, sin zanja, á seis metros debajo del suelo, el conductor Monnot murió. Despues de haber hecho tres mil metros de alcantarillas en todos los puntos de la ciudad, desde la travesía de San Antonio á la calle de la Ourcine; despues de haber, por medio del empalme de la Arbalète, aliviado de las inundaciones pluviales la encrucijada Censier-Mouffetard; despues de haber construido la alcantarilla de San Jorge sobre cimientos de rocas y con hormigon en arenas movedizas; despues de haber dirigido el temible descenso de zampeado del ramal de Nuestra Señora de Lazareth, el ingeniero Duleau murió tambien.

No hay boletines para estos actos de bravura, mas útiles, sin embargo, que la brutal carnicería de los campos de batalla.

Las alcantarillas de París estaban lejos de ser en 1822 lo que son hoy. Bruneseau habia dado el impulso; pero se necesitaba el cólera para determinar la vasta construccion que despues se ha llevado á efecto.

Sorprende oir decir, por ejemplo, que, en 1821, parte del albañal del centro, llamado el Canal Grande, como en Venecia, se corrompia aun al aire libre, en la calle de Gourdes (Calabazas). En 1823 fue cuando la ciudad de París encontró en sus bolsillos los doscientos sesenta y seis mil ochenta francos y seis céntimos necesarios para cubrir semejante inmundicia. Los tres pozos absorbentes del Combate, de la Cunette y de San Mandé, con sus abismos, aparatos, pozos perdidos y

Digitized by Google

ramales depuratorios, no alcanzan mas que á 1836. El muladar de París ha sido hecho de nuevo, y, como ya lo hemos dicho, se ha decuplado con mucho de veinticinco años á esta parte.

Treinta años hace, en la época de la insurreccion de 5 y 6 de junio, era aun, en bastantes sitios, casi la alcantarilla antigua. Muchas calles que hoy forman comba, eran entonces calzadas con grietas. A menudo se veia, en el punto donde iban á parar las vertientes de una calle ó de una encrucijada, grandes rejas cuadradas y provistas de gruesos barrotes, cuyo hierro lucia bruñido por los pasos de la multitud, peligrosos y resbaladizos para las caballerías de los carruajes.

En 1832, la antigua cloaca gótica mostraba aun cínicamente sus bocas en muchas calles, á saber: la Estrella, San Luis, el Temple, Vieja del Temple, Nuestra Señora de Nazareth, Foliè Mericourt, Quaì (muelle) de las Flores, Petit-Musc, Normandia, Pont-aux-Biches, Marais, San Martin, Nuestra Señora de las Victorias, Montmartre, Grange Batalière, Campos Elíseos, Jacob y Tournon. Eran enormes aberturas de piedra, á veces rodeadas de guarda-cantones, con una impudencia monumental.

París, en 1806, no tenia casi mas alcantarillas que en 1663; cinco mil trescientas veintiocho toesas. Despues de Bruneseau, el 1.° de enero de 1832 tenia cuarenta mil trescientos metros. De 1806 á 1831 se habian construido anualmente, por término medio, setecientos cincuenta metros. En los años posteriores ha tocado á cada uno de ocho á diez mil metros de galerías, todo de mampostería, con baño de cal hidráúlica y cimientos de hormigon. A doscientos francos el metro, las sesenta leguas de alcantarilla del París actual representan un capital de cincuenta y ocho millones.

Además del progreso económico que al principio hemos indicado, asócianse graves problemas de higiene pública á esta inmensa cuestion: la alcantarilla de París.

París está entre dos capas: una de agua y otra de aire. La capa de agua, estendidad á una profundidad bastante grande, pero que ha sido ya sondeada dos veces, proviene de la capa de asperon verde, situada entre la creta y la calcárea jurásica, que puede representarse por un disco, cuyo radio mida veinticinco leguas. Multitud de rios y de riachuelos se rezuman allí; en un vaso de agua del pozo de Grevelle se bebe el

Digitized by Google

Sena, el Marne, el Yonne, el Oise, el Aisne, el Cher, el Vienne y el Loira. La capa de agua es saludable; viene primero del cielo, y luego de la tierra. La capa de aire es mal sana, viene de la alcantarilla. Todos los miasmas de la cloaca se mezclan á la respiracion de la ciudad; de ahí el mal aliento. El aire que se respira junto á un estercolero, está probado científicamente, es mas puro que el aire que se respira en París. En un tiempo dado, con la ayuda del progreso, despues que se perfeccione el mecanismo, y que la luz se difunda, se empleará la capa de agua en purificar la capa de aire; es decir, en lavar la alcantarilla. Sábese que por esta palabra «lavar la alcantarilla» entendemos: restituir el fango á la tierra, el estiércol al suelo, el abono á los campos. Resultará de este solo hecho, para toda la comunidad social, la disminucion de la miseria y el aumento de la salud. Hoy por hoy, la irradiacion de las enfermedades de París se estiende á cincuenta leguas en derredor del Louvre, tomado como centro de ese círculo contagioso.

Pudiera decirse, que desde hace diez siglos, la cloaca es la enfermedad de París. La alcantarilla es el vicio que la ciudad tiene en la sangre. El instinto popular no se ha engañado nunca. El oficio de pocero era en otro tiempo casi tan peligroso y casi tan repugnante al pueblo, como el de descuartizador, reputado tan horrible durante mucho tiempo, y que se dejaba al verdugo. Necesitábase el incentivo de una paga crecida para que el albañil se decidiese á bajar á ese fétido abismo; poníase la escalera de mala gana, y era corriente el dicho: *bajar á la alcantarilla es como entrar en la fosa.* Leyendas de todas clases, segun llevamos relatado, cubrian de espanto ese vertedero colosal; temible sentina donde aparece la huella, asi de las revoluciones del globo, como de las revoluciones de los hombres, y en la cual se encuentran vestigios de todos los cataclismos, desde las conchas diluvianas, hasta el harapo de Marat.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

Digitized by Google

LIBRO TERCERO.

A UN TIEMPO LODO Y ALMA.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

LA CLOACA Y SUS SORPRESAS.

Encontrábase Juan Valjean en la alcantarilla de París.

Otra semejanza de París con el mar. El buzo puede desaparecer allí, como desaparece en el Océano.

La transicion era inaudita. En medio mismo de la ciudad, Juan Valjean habia salido de ella, y en un abrir y cerrar de ojos, en el tiempo preciso para levantar una tapa y volverla á dejar caer, habia pasado de la luz á las tinieblas, del mediodía á la media noche, del ruido al silencio, del torbellino de los truenos al estancamiento de la tumba, y por una peripecia mucho mas prodigiosa que la de la calle Polonceau, del mayor peligro á la seguridad mas absoluta.

Caida repentina en una cueva; desaparicion en los calabozos de París. Dejar aquella calle, donde en todos lados veia la muerte, por una especie de sepulcro, donde debia encontrar la vida, fue un estraño instante. Permaneció algunos segundos como aturdido, escuchando estupefacto. Habíase abierto de improviso ante sus pies la trampa de salvacion, cogiéndole, digámoslo asi, por traicion la bondad celeste. ¡Adorables emboscadas de la Providencia!

Digitized by Google

Entre tanto el herido no se movia, y Juan Valjean ignoraba si lo que habia traido consigo á aquella fosa era un vivo ó un muerto.

Su primer sensacion fue la de que estaba ciego. Repentinamente no vió nada. Parecióle tambien que en un minuto se habia puesto sordo. No oia el menor ruido. El frenético huracan de sangre y de venganza que se desencadenaba á algunos pasos de allí no llegaba á él, ya lo hemos dicho, gracias al espesor de la tierra que le separaba del teatro de los acontecimientos, sino apagado y confuso, como un rumor en una profundidad. Lo único que conoció fue que pisaba en parte sólida; pero le era suficiente con esto. Estendió un brazo, luego otro, y tocó la pared á ambos lados, de donde infirió que el pasillo era estrecho. Resbaló, y dedujo que la baldosa estaba mojada. Adelantó un pie con precaucion, temiendo encontrar un agujero, un pozo perdido, algun precipicio, y asi se cercioró de que el embaldosado se prolongaba. Una bocanada de aire fétido le indicó cuál era su mansion actual.

Al cabo de algunos instantes no estaba ya ciego. Un poco de luz caia del respiradero por donde habia entrado, y ya su mirada se habia acostumbrado á la cueva. Empezó á distinguir alguna cosa. El pasillo donde se habia soterrado (ninguna otra palabra espresa mejor la situacion) estaba cerrado con pared á su espalda. Era uno de esos callejones sin salida que la lengua especial llama empalmes. Tenia delante de sí otra pared; pared de tinieblas. La claridad del respiradero concluia á diez ó doce pasos del punto en que se encontraba Juan Valjean, y apenas reflejaba una blancura pálida á algunos metros de la húmeda pared de la alcantarilla. Mas allá la opacidad era maciza; parecia horrible penetrar en ella, y la entrada tenia visos de inmersion.

Sin embargo, podia penetrarse en aquella pared de bruma, y hasta era preciso darse prisa á hacerlo. Juan Valjean calculó que aquella reja que él habia visto debajo de los adoquines, era posible la viesen tambien los soldados. Todo pendia de esta casualidad, pues nada impedia que los soldados bajasen tambien al pozo, y le registrasen.

No habia que perder un minuto. Recogió á Mario del suelo, se le echó á cuestas, y se puso en marcha, penetrando resueltamente en aquella oscuridad.

La verdad es, que estaban menos en salvo de lo que Juan Valjean creia. Aguardábanles quizá peligros de otro género, y de no menor ta-

Digitized by Google

maño. Despues del torbellino fulgurante de la lucha, la caverna de los miasmas y de las emboscadas; despues del caos, la cloaca. Juan Valjean habia caido de un círculo del infierno á otro.

Cuando hubo andado cincuenta pasos, tuvo que detenerse. Ofrecíase una duda. El pasillo iba á parar á otro ramal con el que tropezaba trasversalmente. Presentábanse allí dos caminos. ¿Cuál elegiria? ¿El de la derecha ó el de la izquierda? ¿Cómo orientarse en aquel negro laberinto? El hilo de este laberinto, segun dijimos antes, es la pendiente; siguiéndola, se va al rio.

Juan Valjean lo comprendió desde luego.

Pensó que estaba probablemente en la alcantarilla de los Mercados: que si tomaba á la izquierda y seguia la pendiente, llegaria antes de un cuarto de hora á alguna boca junto al Sena, entre el Pont-au-Change y el Puente Nuevo, es decir, que apareceria en medio del dia en el punto mas concurrido de París; tal vez en una encrucijada. Los transeuntes, al ver salir del suelo, bajo sus pies, dos hombres ensangrentados, se asustarian; acudirian los municipales; luego los soldados del cuerpo de guardia vecino, y antes de estar fuera se les habria ya echado mano. Era preferible internarse en el laberinto, fiarse de la oscuridad, y encomendarse á la Providencia para la salida.

Subió la pendiente, y tomó á la derecha.

Cuando hubo doblado el ángulo de la galería, la lejana claridad del respiradero desapareció, la cortina de tinieblas volvió á caer ante él, y de nuevo quedó ciego. Continuó, sin embargo, avanzando, y tan rápidamente como le fue posible. Los dos brazos de Mario rodeaban el cuello de Juan Valjean, y sus pies colgaban por detrás. Juan Valjean tenia los brazos con una mano, y con la otra iba tentando la pared. La mejilla de Mario tocaba y se pegaba á la suya, á causa de la sangre. Sentia correr por cima de él y penetrar sus vestidos un arroyo tibio que procedia de Mario. Sin embargo, la sensacion de calor húmedo en la oreja próxima á la boca del herido, indicaba que éste respiraba, y de consiguiente que vivia. El pasillo por donde caminaba ahora Juan Valjean era menos estrecho que el primero. Costábale trabajo andar. La lluvia del dia anterior no se habia aun desaguado, y formaba un pequeño torrente en el centro del zampeado, de suerte que le era preciso arrimarse á la pared para no meter los pies en el agua.

Digitized by Google

Iba de este modo en medio de las tinieblas. Se parecia á los seres nocturnos que marchan á tientas en lo invisible, perdidos subterráneamente en las venas de la sombra.

No obstante, poco á poco, sea que otros respiraderos lejanos enviasen alguna luz flotante á aquella opaca bruma, sea que sus ojos se acostumbrasen á la oscuridad, empezó á entrever confusamente, ora la pared á que iba arrimado, ora la bóveda por debajo de la cual pasaba.

La pupila se dilata en las tinieblas, y concluye por percibir claridad, del mismo modo que el alma se dilata en la desgracia, y acaba por encontrar en ella á Dios.

Era difícil dirigir el rumbo.

El trazado de las alcantarillas refleja, digámoslo asi, el de las calles superpuestas. Habia en el París de aquella época dos mil doscientas calles. Imagínese debajo esa selva de tenebrosas ramas que se denomina el albañal. El sistema de alcantarillas existente á la sazon, colocado punta con punta, hubiera medido una longitud de once leguas. Hemos dicho antes que la red actual, gracias á la actividad especial de los últimos treinta años, no cuenta menos de sesenta leguas.

Juan Valjean empezó por engañarse. Creyó estar debajo de la calle de San Dionisio, y no era asi por desgracia. Hay debajo de esa calle una alcantarilla vieja de piedra, que pertenece al tiempo de Luis XIII, y va en derechura al albañal colector de la alcantarilla grande, con un solo ángulo á la derecha, á la altura de la antigua Córte de los Milagros, y un solo ramal, la alcantarilla de San Martin, cuyos cuatro brazos se cortan en cruz. Pero el ramal de la pequeña Truanderie, cuya entrada estaba próxima á la taberna de Corinto, no se ha comunicado nunca con el subterráneo de la calle de San Dionisio; va á parar á la alcantarilla Montmartre, que era donde se habia internado Juan Valjean. Abundaban allí las ocasiones de estraviarse. La alcantarilla Montmartre es una de las mas intrincadas de la antigua red.

Felizmente Juan Valjean habia dejado detrás de sí la alcantarilla de los Mercados, cuyo plano geométrico figura una multitud de masteleros de juanete entretejidos; pero tenia delante de sí mas de un encuentro embarazoso, y mas de una esquina de calle (porque son calles en efecto) que aparecian en la oscuridad como puntos de interro-

Digitized by Google

gacion. Primero, á su izquierda, la vasta alcantarilla Platrière, especie de macana china, que conduce y enreda su caos de T y de Z por debajo de la casa de Postas y de la rotonda de la alhóndiga hasta el Sena, donde termina en Y. Segundo, á su derecha, el corredor en línea curva de la calle del Cuadrante, con sus tres dientes, que son otros tantos callejones sin salida. Tercero, á su izquierda, el ramal del Mail, complicado, casi á la entrada, por una especie de horquilla, y yendo de zig-zag en zig-zag, á parar á la gran cripta exutoria del Louvre, partida y ramificada en todos sentidos; en fin, á su derecha, el callejon sin salida de la calle de los Jeûneurs (ayunadores), sin contar pequeños retretes acá y allá, antes de llegar á la alcantarilla del centro, que era la única capaz de conducirle á alguna salida bastante lejana para poder considerarla segura.

Si Juan Valjean hubiese tenido una ligera nocion de todo lo que acabamos de indicar, habria conocido pronto, con solo tocar la pared, que ño estaba en la galería subterránea de la calle de San Dionisio. En lugar de la piedra sillar vieja, en lugar de la arquitectura antigua, altiva y regia hasta en la alcantarilla, con zampeado y cimientos de granito, y con mortero de cal gorda, que costaba á ochocientos francos la toesa, hubiera sentido al tacto la baratura contemporánea, el recurso económiço, la piedra de molino con baño de mortero hidráulico sobre una capa de hormigon, que cuesta á doscientos francos el metro, la mampostería plebeya denominada *de pequeños materiales;* pero no sabia una palabra de esto.

Seguia adelante, con ansiedad, pero con calma, sin ver ni saber nada, á la ventura, es decir, en manos de la Providencia.

Gradualmente, confesémoslo, cierto horror se apoderaba de él. La sombra que le envolvia penetraba en su espíritu. Caminaba en medio de un enigma. El acueducto de la cloaca es formidable; crúzanse sus cañerías vertiginosamente. Tiene algo de lúgubre verse sumido en ese París de tinieblas. Juan Valjean estaba obligado á encontrar, y casi á inventar, su camino sin verlo. En aquel paraje desconocido, cada paso que daba podia ser el último de su vida. ¿Cómo salir de allí? ¿Hallaria por dónde? Y en ese caso, ¿llegaria á tiempo? Aquella colosal esponja subterránea con alvéolos de piedra, ¿se dejaria penetrar y horadar? ¿Tropezaria en algun nudo inesperado de oscuridad? ¿Aguardábale lo

Digitized by Google

enmarañado é insuperable? ¿Moririan allí, Mario de hemorragia, y él de hambre? ¿Acabarian por estraviarse ambos, quedando reducidos á esqueletos en aquellos lóbregos sitios? Lo ignoraba. A ninguna de estas preguntas, que él se hacia, sabia qué responder. El intestino de Paris es un precipicio. Estaba, como el profeta, en el vientre de un monstruo.

De repente se sintió sorprendido. Cuando menos lo esperaba, y sin haber cesado de caminar en línea recta, notó que ya no subia; el agua del arroyo le daba en los talones y no en la punta de los pies. La alcantarilla bajaba ahora. ¿Por qué? ¿Iba, pues, á llegar de improviso al Sena? Este peligro era grande; pero era mayor el que resultaria en retroceder. Siguió avanzando.

No se dirigia al Sena. La albardilla que forma el suelo de Paris en la orilla derecha, vácia una de sus vertientes en el Sena, y otra en el albañal grande. La cima de esta albardilla, que determina la division de las aguas, traza una línea muy caprichosa. El punto culminante, sitio en que se dividen los desagües, está en la alcantarilla de San Aboye, mas allá de la calle de Michel-le-Comte, en la alcantarilla del Louvre, cerca de los boulevares, y en la alcantarilla Montmartre, cerca de los Mercados. A ese punto culminante habia llegado Juan Valjean. Dirigíase al albañal del centro, y estaba en buen camino, aunque sin saberlo.

Cada vez que encontraba un ramal buscaba á tientas los ángulos, y si la abertura que se ofrecia ante él era menos ancha que el corredor donde estaba, seguia sin hacer caso; juzgando, con razon, que toda senda, mas estrecha le llevaria á un callejon sin salida, lo que equivaldria á alejarle del objeto principal, que era salir de la alcantarilla. Asi evitó el cuádruple lazo que le tendian en la oscuridad los cuatro laberintos mencionados.

Un momento despues conoció que se separaba del Paris petrificado por el motin, donde las barricadas habian suprimido la circulacion, y que iba por debajo del Paris vivo y normal. De repente oyó sobre su cabeza como el ruido de un trueno lejano, pero continuo. Eran los carruajes que rodaban.

Segun sus cálculos, hacia media hora, poco mas ó menos, que caminaba, y no habia pensado aun en descansar, contentándose con mudar la mano que sostenia á Mario. La oscuridad era mas profunda que nunca; pero esta oscuridad le tranquilizaba.

Digitized by Google

De improviso vió su sombra delante de sí. Destacábase sobre un rojo-claro que teñia vagamente el zampeado y la bóveda, y que resbalaba, á derecha é izquierda, por las dos paredes viscosas del corredor. Volvióse lleno de asombro.

Detrás de él, en la parte del pasillo que acababa de dejar, á una distancia que le pareció inmensa, resplandecia, rayando las tinieblas, una especie de astro horrible que parecia mirarle.

Era la lúgubre estrella de la policía que se levantaba en el albañal.

Detrás de la estrella se movian confusamente ocho ó diez formas negras, rectas, vagas y terribles.

Digitized by Google

II.

ESPLICACION.

El 6 de junio se dispuso una batida de las alcantarillas. Temíase que los vencidos se refugiasen en ellas, y el prefecto Gisquet fue encargado de registrar el París oculto, mientras que el general Bugeaud barria el París público; doble operacion que exigió una doble estrategia de la fuerza pública representada arriba por el ejército, y abajo por la policía. Tres partidas de agentes y de poceros esploraron el muladar subterráneo de París; la primera la orilla derecha, la segunda la izquierda, y la tercera la *Cité*.

Los agentes estaban armados de carabinas, macanas, espadas y puñales.

Lo que en aquel momento reflejaba la luz sobre Juan Valjean era la linterna de la ronda de la orilla derecha.

Esta ronda acababa de visitar la galería curva y los tres callejones sin salida que se encuentran debajo de la calle del Cuadrante. Mientras la ronda registraba estos callejones, Juan Valjean habia tropezado con la entrada de la galería, y viendo que era mas estrecha que el pasillo principal, no penetró en ella, sino pasó adelante. Los de la policía, al dejar la galería del Cuadrante, habian creido oir ruido de pisadas en la direc-

Digitized by Google

cion del albañal del centro. Eran, en efecto, las pisadas de Juan Valjean. El sargento que mandaba la ronda levantó la linterna, y todos se pusieron á mirar, en medio de la niebla, hácia el lado de donde procedia el ruido.

Para Juan Valjean fue aquel un minuto de indecible angustia.

Felizmente, aunque él veia bien la linterna, ésta le veia á él mal. La linterna era la luz y él la sombra. Hallábase él muy lejos, y confundido en el fondo oscuro del subterráneo. Arrimóse á la pared, y se detuvo.

Por lo demás, Juan Valjean no tenia cabal idea de lo que se movia á su espalda. El insomnio, la falta de alimento, las emociones le habian hecho pasar tambien á él al estado de visionario. Veia un resplandor, y junto á este resplandor, larvas. ¿Qué significaba aquello? No lo comprendia.

Habiéndose detenido Juan Valjean, el ruido cesó.

Los hombres de la ronda escuchaban y no oian; miraban y no veian. Consultaron entre sí.

Habia entonces en aquel punto de la alcantarilla de Montmartre una especie de encrucijada, llamada *de servicio*, que se ha suprimido luego á causa del pequeño lago interior formado allí por las aguas llovedizas en las recias tormentas. La ronda pudo agruparse en esa encrucijada.

Juan Valjean vió aquel corro de larvas, cuyas cabezas de sabuesos se acercaban, y parecian cuchichear.

El resultado de la conferencia celebrada por los perros de guardia fue decidir que se habian engañado, que no habia habido ruido, que no habia allí nadie, que era inútil internarse en el albañal del centro, que seria perder el tiempo; pero que convendria darse prisa á ir á San Merry, pues si habia algo que hacer y algun *bousin got* (republicano) que rastrear, era hácia aquella parte.

De vez en cuando los partidos echan nuevas suelas á sus antiguas injurias. En 1832, la palabra *bousin got* era el punto de enlace entre la palabra *jacobino*, ya olvidada, y la palabra *demagogo*, casi inusitada á la sazon, y que despues ha servido tan bien.

El sargento dió la órden de torcer á la izquierda, dirigiéndose á la vertiente del Sena. Si les hubiese ocurrido dividirse en dos partidas y

Digitized by Google

marchar en opuestos sentidos, Juan Valjean habria caido en sus manos. Esto pendió de un hilo. Es probable que las instrucciones de la prefectura, previendo el caso de un combate, y suponiendo á los insurrectos en gran número, prohibiesen á la ronda fraccionarse. Los sabuesos, pues, se volvieron á poner en marcha, dejando tras de sí á Juan Valjean. De todo aquel movimiento éste no percibió mas que el eclipse de la linterna, que se ocultó repentinamente.

Antes de irse el sargento, para tranquilidad de la conciencia de la policía, descargó la carabina en la direccion del sitio que ocupaba Juan Valjean. La detonacion rodó de eco en eco en la cripta, como el bordorigmo de aquella tripa titánica. Un pedazo de yeso que cayó en el arroyo, é hizo saltar el agua á pocos pasos de Juan Valjean, le advirtió que la bala habia dado en la bóveda encima de su cabeza.

Pisadas lentas y á compás resonaron por algun tiempo en el zampeado, desvaneciéndose á medida que se aumentaba la distancia; en seguida el grupo de formas negras se perdió en la sombra; una luz osciló bosquejando en la bóveda un arco rojizo que decreció, y luego desapareció. El silencio volvió á ser profundo, la oscuridad completa, la ceguedad y la sordera se posesionaron otra vez de las tinieblas, y Juan Valjean, no osando moverse, permaneció bastante tiempo respaldado contra la pared, con el oido atento, la pupila dilatada, mirando alejarse aquella patrulla de fantasmas.

Digitized by Google

III.

LA DOBLE CAZA.

Preciso es hacer á la policía de aquel tiempo la justicia de decir, que aun en las circunstancias públicas mas graves, cumplia imperturbablemente su deber de inspeccion y vigilancia. Un motin no era á sus ojos un pretesto para aflojar la rienda á los malhechores, y descuidar la sociedad por la razon de que el gobierno estaba en peligro. El servicio ordinario se desempeñaba, no obstante las tareas estraordinarias, y sin resentirse lo mas mínimo. En medio de un incalculable acontecimiento político, ya principiado, bajo la presion de una revolucion posible, no distraido por la insurreccion ni por la barricada, el agente seguia la pista al ladron.

Algo parecido á esto sucedia por la tarde del 6 de junio á orillas del Sena, en el ribazo de la izquierda, un poco mas allá del puente de los Inválidos.

Hoy ya no hay allí ribazo. El aspecto de aquellos parajes ha cambiado.

En el ribazo, dos hombres, separados por cierta distancia, parecian observarse, evitándose mutuamente. A medida que el que iba delante

Digitized by Google

procuraba alejarse, ponia el que iba detrás empeño en vigilarle de mas cerca.

Era á modo de una partida de ajedrez que se jugase de lejos y silenciosamente. No parecian hostigarse; los dos caminaban despacio, como si cada cual temiese, apresurándose demasiado, que su compañero avivase el paso.

Hubiérase dicho un apetito tras una presa, sin mostrar intencion deliberada. La presa era socarrona, y estaba sobre aviso.

Observábanse las proporciones debidas entre la garduña perseguida y el perro perseguidor. El que procuraba eclipsarse tenia mala traza y una figura raquítica; y el que queria echarle el guante era de elevada estatura y duro aspecto, y denotaba ser sumamente huraño.

El primero, como mas débil, evitaba encontrarse con el segundo: pero al mismo tiempo, estaba furioso; los que hubieran podido examinarle de cerca, habrian visto en sus ojos la sombría hostilidad de la fuga y la amenaza del miedo.

El ribazo se encontraba desierto; no pasaba nadie por allí, ni siquiera se veia al barquero ó al descargador de leña en los barcos chatos amarrados acá y allá.

No se podia distinguir bien aquellos dos hombres sino desde el muelle de en frente, y contemplados asi, el que iba delante hubiera aparecido como un ser erizado, haraposo y oblicuo, inquieto y tiritando bajo una blusa remendada, y el otro como un personaje clásico y oficial, con la levita de la autoridad, abrochada hasta la barba.

El lector conoceria quizá á estos dos hombres si los mirase mas de cerca.

¿Qué fin se proponia el último?

Probablemente suministrar al primero ropa de abrigo.

Cuando un hombre vestido por el Estado persigue á otro hombre andrajoso, es con el objeto de convertirle en hombre vestido tambien por el Estado. La cuestion está en el color. El trage azul se considera glorioso; el encarnado es desagradable.

Hay una púrpura que procede de abajo.

Sin duda algun disgusto, alguna púrpura de este genero es lo que el primero deseaba evitar.

Si el otro le permitia ir delante y no se apoderaba de él aun, era,

Digitized by Google

segun las apariencias, con la esperanza de verle dirigirse á alguna cita significativa y á algun grupo que fuese buena presa. Desígnase esta difícil operacion con la frase: seguir á la deshilada.

Lo que hace probable esta conjetura, es que el hombre de la levita abrochada, divisando desde el ribazo un coche de alquiler que iba vacío, indicó algo al cochero. Este comprendió, y conociendo evidentemente con quién se las habia, cambió de direccion, y se puso á seguir poco á poco desde lo alto del muelle aquellos dos hombres. De esto no se impuso el personaje de mala traza que caminaba delante.

El coche iba junto á los árboles de los Campos Elíseos, y por cima del parapeto se veia pasar el busto del cochero con la fusta en la mano.

En una de las instrucciones secretas de la policía á los agentes, se lee este artículo: — «Tener siempre pronto un carruaje de plaza por si se »necesita.»

Maniobrando cada cual por su parte con una estrategia irreprensible, acercábanse aquellos dos individuos á una rampa del muelle que descendia hasta el ribazo, y permitia á los cocheros, á su vuelta de Passy, llevar al rio los caballos para que bebiesen. Esta rampa se ha suprimido despues por exigirlo asi la simetría. Los caballos se mueren de sed, pero se recrea la vista.

Era de suponer que el hombre de blusa subiria por la rampa, á fin de intentar evadirse en los Campos Elíseos, sitio lleno de árboles, pero en cambio muy frecuentado por agentes de policía, y donde el otro hallaria fácilmente quien le ayudase.

Este punto del muelle dista muy poco de la casa traida de Moret á París en 1824 por el coronel Brack, y denominada casa de Francisco I. Cerca hay un cuerpo de guardia.

Con gran sorpresa del que le observaba, aquel hombre no tomó por la rampa del abrevadero, sino que continuó avanzando por el ribazo junto al muelle.

Evidentemente su posicion se iba poniendo muy crítica.

¿Qué haria, á menos de no arrojarse al Sena?

Ya no habia forma de volver á subir al muelle; ni rampa, ni escalera; y estaban próximos al sitio, señalado por el ángulo del rio hácia el puente de Jena, donde el ribazo, cada vez mas estrecho, acababa en lengua delgada, y se perdia debajo del agua. Allí iba inevitablemente á

Digitized by Google

encontrarse bloqueado entre el muro perpendicular á la derecha, el rio á la izquierda, y en frente y detrás la autoridad.

Es verdad que la conclusion del ribazo estaba oculta á la vista por un monton de escombros de seis á siete pies de altura, producto de no se sabe qué demolicion. Pero ¿esperaba aquel hombre poderse esconder útilmente en un sitio donde, para descubrirle, bastaba dar la vuelta al monton? El medio hubiera sido pueril. Ni podia pensar en ello, pues la inocencia de los ladrones no llega á tanto.

Aquella aglomeracion de ruinas formaba al borde del agua una especie de eminencia que se estendia como un promontorio hasta la muralla del muelle.

El hombre perseguido llegó á la pequeña colina y la dobló, cesando entonces el otro de verle.

Este último aprovechó el momento en que ni veia ni era visto, y dejando á un lado todo disimulo, se puso á caminar con rapidez. Pronto estuvo junto á los escombros, y dió la vuelta al monton, deteniéndose en seguida asombrado. El hombre á quien perseguia no estaba allí.

Eclipse total del hombre de blusa.

El ribazo apenas contaba, desde el monton de escombros, unos treinta pasos; sumergíase luego en el agua que se estrellaba contra la muralla del muelle.

El fugitivo no hubiera podido arrojarse al Sena, ni escalar el muelle sin que le viese su perseguidor. ¿Qué se habia hecho, pues?

El hombre de la levita abrochada caminó hasta la estremidad del ribazo y permaneció allí un momento pensativo, con los puños apretados, y registrándolo todo con los ojos. De improviso se dió un golpe en la frente, pues acababa de percibir, en el punto donde concluia la tierra y empezaba el agua, una reja de hierro gruesa y baja, cimbrada y provista de una enorme cerradura y de tres goznes macizos. Aquella reja, especie de puerta en la parte inferior del muelle, daba al rio, lo mismo que al ribazo. Por debajo pasaba un arroyo negruzco que iba á desaguar en el Sena.

Al otro lado de los pesados y mohosos barrotes se distinguia una especie de corredor abovedado y oscuro.

El hombre cruzó los brazos, y miró la reja con el aire de una persona que se echa en cara algo.

Digitized by Google

Como no bastaba mirar, trató de empujarla, la sacudió, y la reja resistió tenazmente. Era probable que acabasen de abrirla, aunque no se hubiese oido ruido alguno, cosa rara tratándose de una reja tan llena de herrumbre; en todo caso no quedaba duda de que la habian vuelto á cerrar; y esto probaba que la persona para quien habia girado sobre los goznes, tenia, no una ganzúa, sino una llave.

Pronto esta evidencia asaltó el espíritu del hombre que se esforzaba en violentar la reja, pues prorumpió indignado en el siguiente epifonema:

—¡Esto pasa de raya! ¡Una llave del gobierno!

Luego, calmándose inmediatamente, espresó todo un mundo interior de ideas con esta bocanada de monosílabos, pronunciados casi irónicamente.

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡ta!

Dicho esto, esperando, no se sabe si ver salir al de la blusa, ó entrar otros, se puso en acecho detrás del monton de ruinas, con la paciente rabia del perro de muestra.

Por su parte el carruaje de plaza, que seguia todas sus evoluciones, se paró junto al parapeto. El cochero, previendo que no seria cosa de uno ni de dos minutos, ató el saco de avena al hocico de sus caballos; ese saco tan conocido de los parisienses, á quienes los gobiernos, sea dicho de paso, suelen ponérselo. Las pocas personas que atravesaban el puente de Jena, volvian la cabeza, antes de alajarse para mirar un momento aquellos dos pormenores del paisaje inmóviles; el hombre en el ribazo, y el coche en el muelle.

Digitized by Google

IV.

CON LA CRUZ Á CUESTAS.

Juan Valjean emprendió de nuevo su marcha, y ya no volvió á detenerse.

Era una marcha que se hacia cada vez mas embarazosa. El nivel de las bóvedas varía; la elevacion media es de unos cinco pies y seis pulgadas, y ha sido calculada para la estatura de un hombre. Juan Valjean se veia obligado á doblarse, por miedo de que Mario diese contra la bóveda. A cada momento le era preciso bajarse, luego se volvia á levantar é iba sin cesar tentando la pared. La humedad de las piedras y la viscosidad del zampeado constituian malos puntos de apoyo, sea para la mano ó para el pie. Tropezaba en el horrible estercolero de la ciudad. Los reflejos intermitentes de las cerceras no aparecian sino con larguísimos intervalos, y tan débiles, que el sol en su mayor fuerza se tomaba por la luna. Lo demás era niebla, miasma, opacidad.

Juan Valjean tenia hambre y sed; sed, sobre todo; y allí, como en la mar, habia abundancia de agua no potable. Su fuerza prodigiosa, como es sabido, y muy poco debilitada por la edad, gracias á una vida casta y sobria, empezaba, sin embargo, á abandonarle. Sobreveníale la fatiga, y á medida que perdia vigor, aumentábase el peso de la car-

Digitized by Google

ga. Mario, muerto quizá, pesaba, como pesan los cuerpos inertes. Juan Valjean le sostenia de manera que el pecho quedase holgado, y que la respiracion pudiese pasar siempre lo mejor posible. Sentia deslizarse las ratas por entre sus piernas. Una se asustó hasta el punto de querer morderle. De tiempo en tiempo llegaban hasta él ráfagas de aire fresco, procedentes de las bocas de la alcantarilla, que le infundian nuevo ánimo.

Podrian ser las tres de la tarde cuando entró en el albañal del centro.

Al principio le sorprendió aquel ensanche repentino. Encontróse bruscamente en una galería cuyas dos paredes no tocaba con los brazos estendidos, y bajo una bóveda mucho mas alta que él. En efecto, la alcantarilla grande tiene ocho pies de ancho por siete de elevacion.

En el punto en que el albañal Montmartre se une con el del centro, otras dos galerías subterráneas, la de la calle de Provenza y la del Abbatoir (matadero) forman una encrucijada. Entre estas cuatro vias, uno menos sagaz hubiera vacilado. Juan Valjean eligió la mas ancha; es decir, el albañal del centro. Pero renovábase la duda sobre si valdria mas subir que bajar, ó al contrario. Calculó, sin embargo, que la situacion era apurada, y que necesitaba, á todo trance, llegar al Sena, ó lo que equivalia á lo mismo, bajar. Torció, pues, á la izquierda.

Fue una suerte para él; porque yerra quien cree que el arrabal del centro tiene dos salidas, una hácia Derry, y otra hácia Passy. La alcantarilla grande, que no es sino el antiguo arroyo Menilmontant, va á parar, subiendo, á un callejon sin salida, esto es, á su antiguo punto de partida, á su orígen, al pie del cerrillo Menilmontant. No se comunica directamente con el ramal que recoge las aguas de París en el barrio de Popincourt, y desemboca en el Sena por la alcantarilla Amelot, mas arriba de la antigua isla de Louviers. Este ramal que completa el albañal colector, se halla separado de él, bajo la calle misma de Menilmontant, por un macizo, que indica el punto de division de las aguas rio abajo y rio arriba. Si Juan Valjean hubiera optado por subir habria llegado, despues de mil esfuerzos, muerto de fatiga, á las tinieblas, á una pared, y estaba perdido.

En rigor, retrocediendo un poco, internándose en el pasillo de las Monjas del Calvario, á condicion de no titubear en la pata de ganso

Digitized by Google

subterránea de la encrucijada Boucherat; tomando por el corredor de San Luis, despues á la izquierda, por el ramal de San Gil, y torciendo luego á la derecha, con cuidado de evitar la galería de San Sebastian, hubiera podido llegar al albañal de Amelot, y desde allí, con tal de no estraviarse en la especie de F que hay debajo de la Bastilla, salir al Sena junto al Arsenal. Pero para esto es indispensable conocer á fondo en todas sus ramificaciones y aberturas, la enorme madrépora de la alcantarilla. Ahora bien: Juan Valjean, volvemos á repetirlo, ignoraba la disposicion del horrible muladar por donde á la sazon iba, y si le hubiesen preguntado dónde se encontraba, hubiera respondido que en la noche.

Su instinto le guió perfectamente. Bajar era, en efecto, la única salvacion posible.

Dejó á la derecha los dos pasillos que se ramifican en figura de grifo bajo la calle Laffitte y la de San Jorge, y el largo corredor bifurcado de la calzada de Antin.

Algo mas allá de un afluente que era, al parecer, el ramal de la Magdalena, se detuvo. Estaba muy cansado. Un respiradero bastante ancho, probablemente el de la calle de Anjou, daba una luz casi viva. Juan Valjean, con la suavidad de movimientos que emplearia un hermano respecto de su hermano herido, colocó á Mario en la banqueta de la alcantarilla. El rostro ensangrentado del jóven apareció á la luz pálida del respiradero como si estuviera en el fondo de una tumba. Tenia los ojos cerrados, los cabellos pegados á las sienes, como pinceles secos en color rojo, las manos caidas y muertas, los miembros frios, la sangre coagulada en los hoyos de la boca. Un cuajaron de sangre se habia formado en el lazo de la corbata; la camisa se introducia en las heridas, y el paño del vestido rozaba la carne viva.

Juan Valjean, cogiendo con la punta de los dedos la ropa y separándola, le puso la mano en el pecho, y vió que el corazon latia aun. Rasgó la camisa, vendó las heridas lo mejor que pudo y restañó la sangre que corria; despues, inclinándose sobre Mario, que continuaba sin conocimiento, y casi sin respiracion, le miró á la dudosa claridad de la cercera con un odio indecible.

Al desabrochar el vestido de Mario, habia encontrado en su bolsillo dos cosas; el pan que yacia en él olvidado desde la víspera, y la

Digitized by Google

cartera del jóven. Se comió el pan, y abrió la cartera. En la primera página vió las cuatro líneas escritas por Mario. Decian, como se recordará:

«Me llamo Mario Pontmercy. Condúzcase mi cadáver á casa de mi »abuelo, el señor Gillenormand, calle de las Monjas del Calvario, nú»mero 6, en el Marais.»

Juan Valjean leyó estas cuatro líneas, y permaneció un momento como absorto en sí mismo, repitiendo á media voz: calle de las Monjas del Calvario, número 6, señor Gillenormand. Volvió á colocar la cartera en el bolsillo de Mario. Habia comido, y se sentia reanimado. Cargó otra vez con el jóven, le apoyó cuidadosamente la cabeza en su hombro derecho, y continuó bajando por la alcantarilla.

El albañal grande, dirigido segun el *thalweg* del valle del Menilmontant, tiene cerca de dos leguas de largo, y está embaldosado en mucha parte de su trayecto.

La antorcha del nombre de las calles de París con que mostramos al lector la marcha subterránea de Juan Valjean, no la poseia éste. No sabia ni la zona de la ciudad que atravesaba, ni el camino que habia andado. Solo por la palidez creciente de los rayos de luz que de tiempo en tiempo le alumbraban, venia en conocimiento de que el sol se retiraba del empedrado, y de que el dia no tardaria en declinar. Además, como el ruido de los carruajes era cada vez menos perceptible, y luego cesó casi, dedujo de ahí que no estaba ya debajo del París central, y que se acercaba á alguna region solitaria, próxima á los boulevares esteriores, ó á los últimos muelles. Donde hay menos casas y calles, el albañal tiene menos respiraderos. Condensábase la oscuridad alrededor de Juan Valjean; pero asi y todo, siguió avanzando á tientas en la sombra.

Repentinamente aquella sombra tomó un carácter terrible.

Digitized by Google

V.

DE CÓMO CIERTA CLASE DE FINURA, ASI EN LA ARENA COMO EN LA MUJER, ES PÉRFIDA.

Juan Valjean conoció que entraba en el agua, y que tenia debajo de los pies, no baldosas, sino cieno.

Sucede á veces, en ciertas costas de Bretaña ó de Escocia, que un hombre, viajero ó pescador, caminando durante la marea baja por el arenal, á alguna distancia de la orilla, nota de improviso que hace rato anda penosamente. La playa está como resinosa; pégase á ella la suela de los zapatos; no parece arena, sino liga. La arena no presenta señal de humedad, y sin embargo, á cada paso, desde que ha levando el pie, el hueco que deja se llena de agua.

Por lo demas, la vista no ha advertido ningun cambio. La inmensa playa está tranquila; la arena conserva el mismo aspecto; nada distingue el suelo sólido del no sólido; la alegre nubecilla de los pulgones de mar continúa saltando tumultuosamente sobre los piés del transeunte.

El hombre sigue su camino, siempre hácia adelante, pisando con fuerza y procurando acercarse á la costa. No está inquieto. ¿Por qué ha de estarlo? Solo siente como si la pesadez de sus pies se aumentase á

Digitized by Google

cada paso que da. De repente se hunde... dos ó tres pulgadas. Es que no va por el buen camino. Se detiene para orientarse. Se mira á los pies: los pies han desaparecido bajo la arena. Sácalos, quiere retroceder, retrocede y se hunde mas. La arena le llega al tobillo. Con un esfuerzo se arranca de allí y se dirige á la izquierda: la arena le llega á media pierna. Con otro esfuerzo se dirige á la derecha: la arena le llega á las corvas. Entonces conoce con indecible terror que se ha metido en un arenal movedizo, en ese medio espantoso donde no puede caminar el hombre ni nadar el pez. Si lleva alguna carga la arroja, como el buque cuando le acosa la tormenta; pero ya no es tiempo: la arena le pasa de las rodillas.

Llama, agita el sombrero ó el pañuelo: la arena sube mas cada vez. Si el arenal está desierto, si la tierra se halla demasiado distante, si el banco de arena con su mala fama ahuyenta á los transeuntes, si no hay héroes en los alrededores, se acabó, queda sepultado en vida. Vése condenado á ese espantoso hundimiento largo, infalible, implacable, imposible de retardar ni de apresurar, que dura algunas horas, que no acaba; que le coge de pie, libre, en completa salud, y tira de él hácia abajo; que á cada esfuerzo que hace, á cada grito que lanza, le atrae á sí un poco mas; que parece castigar su resistencia aumentando la presion; que le introduce lentamente en la tierra, dejándole tiempo sobrado para mirar el horizonte, los árboles, la verde campiña, el humo de las aldeas en la llanura, las velas de los buques en el mar, los pájaros que vuelan y que cantan, el sol, el cielo. Esta clase de hundimiento es el sepulcro convertido en marea, que sube desde el fondo de la tierra hácia un ser vivo. Cada minuto es una sepultura inexorable. El desdichado trata de sentarse, de echarse, de arrastrarse, y estos varios movimientos ayudan á enterrarle mas pronto. Incorpórase y se hunde; se siente bajar... Grita, implora, se tuerce los brazos, se desespera. La arena le llega al vientre; la arena le llega al pecho; es un busto. Eleva las manos, lanza gemidos furiosos, encaja las uñas en el suelo, como para asirse de aquella ceniza, se apoya en los codos, queriendo librarse de aquel estuche resbaladizo, solloza frenéticamente: la arena sube siempre. Le llega á los hombros, luego al pescuezo; no se le ve ya mas que el rostro. Su boca se abre para gritar, y llénase de arena. Silencio. Aun miran los ojos, y la arena los ciega. Noche. Despues la frente va decreciendo; un

Digitized by Google

resto de cabellos se estremece sobre la arena; sale una mano, escarva la superficie, se agita y desaparece. Siniestro eclipse de un hombre.

A veces el ginete se hunde con el caballo, ó el carretero con su vehículo: todo zozobra allí. Es el naufragio fuera del agua. Es la tierra ahogando al hombre. La tierra penetrada por el Océano, se convierte en lazo. Ofrécese á la vista como una llanura, y se abre como la ola. El abismo tiene traiciones de este género.

La fúnebre aventura que antecede, siempre posible en tal ó cual playa del mar, lo era tambien, hace treinta años, en la alcantarilla de París.

Antes de los importantes trabajos empezados en 1833, el muladar subterráneo de París estaba espuesto á hundimientos repentinos.

Infiltrábase el agua en ciertos terrenos subyacentes, y en sumo grado desmoronables; el zampeado, fuese de baldosa, como en las alcantarillas antiguas, ó de cal hidráulica y hormigon, como en las galerías modernas, careciendo ya de punto de apoyo, cedia; y en un piso de esta clase, ceder es rajarse, es hundirse. El zampeado desaparecia en cierta estension. La grieta que se formaba, boca de un abismo de cieno, tenia en el lenguaje técnico el nombre de *fontis* (hundimiento). ¿Qué viene á ser un *fontis?* Es la arena movediza de las orillas del mar que se encuentra de repente debajo de la tierra; es el arenal del monte de San Miguel en una alcantarilla. El suelo humedecido está como en fusion; todas sus moléculas se encuentran suspendidas en un medio blanco; ni es tierra, ni es agua. La profundidad suele ser muy grande, y nada hay mas terrible que semejante encuentro. Si el agua domina, la muerte es rápida, á causa de la inmersion; si domina la tierra, la muerte es lenta, verificándose por hundimiento.

¿Concíbese el horror de una muerte por el estilo? Si desaparecer es espantoso en la arena del mar, ¿qué será en la cloaca? En lugar del aire libre, de la claridad del dia, del brillante horizonte, del ruido, de esas nubes que esparcen la vida, de esos barcos que se ven de lejos, de la esperanza bajo todas las formas, de los transeuntes probables, del socorro posible hasta el postrer minuto; en lugar de todo esto, la sordera, la ceguedad, una bóveda negra, una fosa ya abierta, la muerte en el fango bajo una tapa, la sofocacion lenta por la inmundicia, una caja de piedra donde la asfixia os coge con su garra de cieno, la fetidez mez-

Digitized by Google

clada al estertor, el legamo en vez de la arena, el hidrógeno sulfúreo en vez del huracan, la basura en vez del Océano. ¡ Y el tormento de llamar, de rechinar los dientes, de torcerse, de agitarse, de agonizar, con esa enorme ciudad encima, ajena á todo!

¡No cabe horror que supere al de morir asi! La muerte halla á veces la compensacion de su atrocidad en cierta dignidad terrible. Se puede ser grande en la hoguera y en el naufragio; es posible una actitud sublime, asi en medio de las llamas, como en medio de las olas; allí, al abismarse, hay trasfiguracion. Aquí, no. Aquí la muerte es sucia. Humilla el espirar. Las supremas visiones flotantes son abyectas. El lodo es sinónimo de vergüenza. Es pequeño, feo, infame. Morir en un tonel de malvasía, como Clarence, pase; pero morir en la fosa del pocero, como Escoubleau, ¡ah! es horrible. Agonizar en el cieno ¡qué asco! Al mismo tiempo que se muere se chapotea. Hay tinieblas bastantes para figurarse el infierno, y fango de sobra para figurarse un lodazal; de suerte que el moribundo no sabe si va á convertirse en espectro ó en sapo.

En las demás partes, el sepulcro es siniestro; aquí es disforme.

La profundidad de los hundimientos variaba como tambien su longitud y densidad, en razon de la mas ó menos mala calidad del terreno. Ora tenia tres ó cuatro pies de profundidad, ora ocho ó diez, ora no se encontraba el fondo. Unas veces el fango era casi sólido, otras casi líquido. En el hundimiento de Lunière, un hombre hubiera tardado un dia en desaparecer, mientras que habria sido devorado en cinco minutos por el lodazal de Phelippeaux. El fango sostiene mas ó menos, segun es mas ó menos denso. Un niño se salva donde un hombre se pierde. La primera ley de salvacion es despojarse de toda clase de carga. El pocero que sentia ceder el suelo bajo sus pies, arrojaba el saco con las herramientas del oficio, ó la banasta, ó el cubo.

Los *fontis* provenian de diferentes causas: friabilidad del suelo; algun derrumbamiento á una profundidad fuera del alcance del hombre; los violentos chaparrones del verano; la oleada incesante del invierno; la lluvia menuda y continua. El peso de las casas vecinas en un terreno margoso ó arenoso hacia ladearse las bóvedas de las galerías subterráneas; ó bien sucedia que el zampeado estallaba y se abria con el terrible empuje. De este modo, el aplanamiento del Panteon destruyó, hace

Digitized by Google

un siglo, parte de las bóvedas de la montaña de Santa Genoveva.

Cuando una alcantarilla se hundia bajo la presion de las casas, el desórden, en ciertas ocasiones, subia á la calle por una especie de grietas, como dientes de sierra entre los adoquines; grietas que formaban una línea serpenteante en toda la longitud de la bóveda hendida.

Acontecia á menudo que el destrozo interior no se revelaba por ninguna hendidura esterior. Entonces, ¡pobres poceros! porque entrando sin precaucion en la alcantarilla, estaban espuestos á eclipsarse.

Los antiguos registros hacen mencion de algunos eclipses de esta clase, y hasta citan los nombres de las víctimas; entre otros, el de pocero que desapareció en el hundimiento debajo de la calle de Carême-Prenant, llamado Blas Poutrain, hermano de Nicolás Poutrain, el último sepulturero del cementerio conocido por el Osario de los inocentes en 1785, época en que este cementerio tuvo fin.

Sucedió una cosa análoga al jóven y elegante vizconde de Escoubleau, citado antes, que fue uno de los héroes en el sitio de Lérida, donde se dió el asalto, con medias de seda y una banda de violines á la cabeza. Escoubleau, sorprendido una noche en casa de su prima, la duquesa de Sourdis, se ahogó en el hundimiento de la alcantarilla de Bautreillis, donde se habia refugiado, huyendo del duque. La señora de Sourdis, cuando le contaron esta muerte, pidió su pomito, y se olvidó de llorar á fuerza de respirar sales. En tales casos no hay amor que resista el aliento de la cloaca. Hero se niega á lavar el cadáver de Leandro. Tisbe se tapa la nariz delante de Píramo, y dice: ¡Puf!

Digitized by Google

VI.

EL CENAGAL.

Encontrábase Juan Valjean junto á un abismo de cieno.

Esta clase de derrumbamientos eran entonces muy frecuentes en la alcantarilla de los Campos Elíseos, que se sometia con dificultad á los trabajos hidráulicos, y consérvaba poco las construcciones subterráneas, por la escesiva fluidez del suelo. Esta fluidez deja atrás la inconsistencia de las arenas mismas del barrio de San Jorge, que han necesitado cimientos de roca en hormigon, y de las capas gredosas infectadas por el gas del barrio de los Mártires, tan líquidas que no han podido pasarse por debajo de la galería del mismo nombre, sino mediante un tubo de fundicion.

Cuando en 1836 se demolió en el arrabal de San Honorato, para volverse á construir, la antigua alcantarilla de piedra, donde vemos ahora á Juan Valjean, la arena movediza que constituye el suelo interior de los Campos Elíseos hasta el Sena, se opuso, é hizo durar la operacion seis meses, con gran escándalo de los ribereños, sobre todo de los ribereños que tienen palacios y carruajes. Las obras, además de difíciles, fueron peligrosas; aunque es verdad que hubo cuatro meses y medio de lluvia, y tres crecidas del Sena.

Digitized by Google

El hundimiento que encontró Juan Valjean provenia del chaparron de la víspera. El empedrado, mal sostenido por la arena subyacente, se habia rebajado, dando lugar á que se estancase allí el agua. Siguióse la filtracion, y luego el derrumbamiento. El zampeado, arrancado de su sitio, se sumergió en el cieno. ¿Hasta qué estension? Imposible decirlo. En aquel punto la oscuridad era mas espesa que en todos los demás. Era un agujero de lodo en una caverna de noche.

Juan Valjean sintió que le faltaban las baldosas, y entró en aquel fango. Agua en la superficie, légamo en el fondo. Pero habia que pasar. Retroceder era de todo punto imposible. Mario estaba espirante, y Juan Valjean estenuado. Por otra parte, ¿á dónde iria? Juan Valjean siguió adelante; tanto mas, cuanto que el hoyo parecia al principio poco profundo. Pero á medida que avanzaba, sumergíanse sus pies. Pronto el cieno le llegó á media pierna, y el agua por cima de las rodillas. Continuó, sin embargo, y con los brazos levantados sostuvo á Mario sobre el agua. El cieno le pasaba ya de las corvas, y el agua de la cintura. Imposible retroceder. Hundíase cada vez mas, y aquel fango, bastante denso para el peso de un hombre, no podia sostener dos. Trabajo habria costado á Mario y á Juan Valjean salir de allí, aun aisladamente.

Juan Valjean continuó avanzando, con aquel moribundo, que tal vez fuese un cadáver á cuestas.

El agua le llegaba á los sobacos. Conocia que iba á zozobrar, y apenas podia moverse en el hoyo de cieno donde estaba. La densidad, que era el sosten, era tambien el obstáculo. Tenia levantado siempre á Mario sobre el agua, y con esfuerzos inauditos seguia adelante; pero no sin sumergirse mas, hasta no quedarle visibles sino la cabeza y los brazos que sostenian al jóven. En los antiguos cuadros del diluvio, hay una madre que hace esto mismo con su hijo.

Todavía continuó hundiéndose: y para librarse del agua y poder respirar, echaba hácia atrás la cara. Quien le hubiese visto en aquella oscuridad, habria creido ver una máscara flotante en la sombra. Divisaba vagamente por cima de él la cabeza colgando y el rostro lívido de Mario. Hizo un esfuerzo desesperado, y lanzó el pie adelante. El pie tropezó en una cosa sólida, en un punto de apoyo; ya era tiempo.

Afirmóse con una especie de furia en quel punto de apoyo, lo cual

Digitized by Google

le produjo el efecto del primer peldaño de una escalera para subir de nuevo á la vida.

El punto de apoyo que el fango le ofreció en el momento supremo era el principio de la otra vertiente del zampeado, que habia cedido sin romperse, encorvándose debajo del agua como una tabla de una sola pieza. Los enlosados bien construidos forman bóveda, y tienen esta clase de firmeza. El fragmento del zampeado, en parte sumergido, pero sólido, era una verdadera rampa; la vida estaba en salvo. Juan Valjean subió por aquel plano inclinado, y pronto estuvo al otro lado del cenagal.

Al salir del agua, tropezó en una piedra y cayó de rodillas. Le pareció justo, y permaneció allí algun tiempo, con el alma abismada en la contemplacion divina.

Levantóse tiritando, helado, infecto, doblándose bajo el peso del moribundo que llevaba consigo, cubierto de fango, y con el alma inundada de una estraña claridad.

Digitized by Google

VII.

EL NAUFRAGIO Á LA VISTA DEL PUERTO.

Púsose otra vez en camino.

Por lo demás, aunque no dejó la vida en el cenagal, parecia haber dejado la fuerza. Habíale agotado aquel supremo sacrificio; y era tal su fatiga que, á cada tres ó cuatro pasos, tenia que cobrar aliento y apoyarse en la pared. Una vez le fue preciso sentarse en la banqueta para cambiar de posicion á Mario, y creyó no volverse á levantar. Pero, si el vigor habia muerto en él, no asi la energía. Se levantó.

Caminó desesperadamente, casi de prisa; andaba de este modo unos cien pasos, sin alzar la cabeza, sin respirar casi; y de repente tropezó en la pared. Habia llegado á un ángulo de la alcantarilla con la cabeza baja, y de ahí el choque. Alzó los ojos, y en la estremidad del subterráneo, delante de él, lejos, muy lejos, percibió la claridad. Esta vez no era la claridad terrible, sino la claridad buena y blanca: el dia.

Juan Valjean veia la salida.

Un alma condenada, que en medio de las llamas divisase de repente la salida del infierno, esperimentaria lo que esperimentó Juan Valjean. Volaria desatinadamente con sus quemadas alas hácia la puerta. Juan Valjean no sintió ya fatiga, no sintió ya el peso de Ma-

Digitized by Google

rio; recobró sus piernas de acero, y se puso á correr mas bien que á caminar.

A medida que se aproximaba distinguia mejor la salida. Era un arco cimbrado, menos alto que la bóveda, la cual por grados iba decreciendo, y menos ancho que la galería, que iba estrechándose mientras la bóveda bajaba. El túnel concluia en forma de embudo: conclusion viciosa, imitada de las prisiones, lógica en una cárcel, ilógica en un albañal, y que despues se ha corregido.

Juan Valjean llegó á la puerta.

Allí se detuvo.

Era la salida, pero no se podia salir.

Estaba cerrado el arco con una fuerte reja, y la reja que, al parecer, giraba muy pocas veces sobre sus oxidados goznes, estaba sujeta al dintel de piedra por una gruesa cerradura, llena de herrumbre, que parecia un enorme ladrillo. Veíase el agujero de la llave, y el macizo pestillo profundamente encajado en la chapa de hierro. La cerradura era de dos vueltas, como las que el antiguo París acostumbraba usar en la Bastilla.

Al otro lado de la reja, el aire libre, el rio, el dia, el ribazo muy estrecho, pero suficiente para marcharse. Los muelles lejanos; París, ese abismo donde es tan fácil esconderse, el vasto horizonte, la libertad. A la derecha, rio abajo, se distinguia el puente de Jena, y á la izquierda, rio arriba, el puente de los Inválidos. El sitio hubiera sido á propósito para esperar la noche y evadirse. Era uno de los puntos mas solitarios de París; el ribazo en frente del Gros-Caillou. Las moscas entraban y salian al través de los barrotes de la verja.

Serian las ocho y media de la tarde. El dia iba á desaparecer.

Juan Valjean colocó á Mario junto á la pared, en la parte seca del zampeado; despues se dirigió á la reja, y cogió con sus dos manos los barrotes. El sacudimiento fue frenético; la conmocion nula. La reja no se movió. Juan Valjean los fue probando uno despues de otro, por ver si podia arrancar el menos sólido, y convertirlo en palanca para levantar la puerta, ó para romper la cerradura. Ningun barrote cedió. Los dientes del tigre dentro de sus alvéolos no tienen mayor solidez. El obstáculo era invencible. No habia medio de abrir la puerta.

¿Qué partido adoptaria? ¿Todo debia terminar para él allí? En cuanto

Digitized by Google

á retroceder, en cuanto á desandar el horrible camino ya recorrido, no se sentia con fuerzas para ello.

Por otra parte, ¿cómo atravesar de nuevo aquel cenagal, de donde habia salido por milagro? Y pasado el cenagal, ¿no estaba allí, la ronda de policía, de la cual nó era fácil librarse dos veces? ¿Y dónde iria luego? ¿Qué direccion tomaria? Siguiendo la pendiente no llegaria al fin propuesto. Y aun en la suposicion de que encontrase otra puerta, ¿no estaria tambien cerrada con verja ó de otro modo? Todas las salidas se hallaban indudablemente lo mismo que aquella. La casualidad habia hecho que estuviese abierta la reja por donde habia entrado; pero era evidente que todas las demás bocas de la alcantarilla estarian cerradas. Solo habia logrado evadirse, para caer en una prision.

No quedaba mas arbitrio que podrirse allí. Cuanto habia hecho Juan Valjean era inútil. Despues de tanta fatiga, el aniquilamiento.

Ambos estaban cogidos en la sombría é inmensa tela de la muerte, y Juan Valjean sentia correr por sus negros hilos estremeciéndose en las tinieblas la espantosa araña.

Volvió la espalda á la reja, y se dejó caer en el suelo cerca de Mario, que continuaba inmóvil. Hundió luego la cabeza entre las rodillas. No habia medio de salir. Era la última gota de la amargura.

¿En qué pensaba en aquel profundo abatimiento? Ni en sí mismo, ni en Mario. Pensaba en Cosette.

Digitized by Google

VIII.

EL FALDON DE LA LEVITA ROTO.

En medio de tal postracion, una mano se apoyó en su hombro, y una voz que hablaba bajo le dijo:

—Partamos.

¿Quién podia ser en aquel lóbrego sitio? Nada se parece mas al sueño que la desesperacion, y Juan Valjean creyó estar soñando. No habia oido pasos. ¿Era sueño ó realidad? Levantó los ojos.

Un hombre estaba delante de él.

Iba vestido de blusa y descalzo. Llevaba los zapatos en la mano izquierda, pues sin duda se los habia quitado para llegar hasta Juan Valjean sin ser oido.

Juan Valjean no vaciló un momento. A pesar de cogerle tan de improviso, conoció al hombre. Era Thenardier.

Aunque despertase, digámoslo asi, de sobresalto, Juan Valjean, acostumbrado á vivir alerta, y práctico en los golpes imprevistos que es preciso parar pronto, recobró al instante toda su presencia de ánimo. Además de que la situacion no podia empeorar, pues hay angustias que no tienen aumento posible, y ni el mismo Thenardier añadiria lobreguez á aquella tenebrosa noche,

Digitized by Google

Hubo un momento de espera.

Thenardier, levantando la mano derecha á la altura de la frente en forma de pantalla, encogió las cejas y guiñó los ojos, lo cual, acompañado de un ligero fruncimiento de boca, caracterizaba la atencion sagaz de un hombre que queria conocer á otro. No lo consiguió. Como hemos dicho antes, Juan Valjean volvia la espalda á la claridad, y estaba además tan desfigurado, tan lleno de fango y de sangre, que ni aun en medio del dia le hubiera nadie conocido. Al contrario de Thenardier; éste, alumbrado el rostro por la luz de la reja, lívida, es verdad, pero fija, saltó, como dice la enérgica metáfora vulgar, en seguida á los ojos de Juan Valjean. Esta desigualdad de posiciones bastaba para dar alguna ventaja á Juan Valjean en el misterioso duelo que iba á empeñarse. El encuentro era entre Juan Valjean con disfraz, y Thenardier sin él.

Juan Valjean advirtió inmediatamente que Thenardier no le conocia.

Se consideraron un momento en la penumbra, y como si tratasen de medirse. Thenardier habló primero.

—¿Qué traza vas á darte para salir?

Juan Valjean no contestó.

Thenardier continuó:

—Es imposible abrir la puerta, y sin embargo, tienes que marcharte.

—Cierto, dijo Juan Valjean.

—Pues bien, partamos las ganancias.

—¿Qué quieres decir?

—Has matado á ese hombre; bueno. Yo tengo la llave.

Thenardier indicaba con el dedo á Mario.

—No te conozco prosiguió, pero quiero ayudarte. Debes ser un camarada.

Juan Valjean empezó á comprender. Thenardier le tomaba por un asesino.

—Escucha, volvió á decir Thenardier. No habrás matado á ese hombre sin mirar lo que tenia en el bolsillo. Dame la mitad y te abro la puerta.

Sacando entonces á medias una enorme llave de debajo de su agujereada blusa, añadió:

Digitized by Google

—¿Quieres ver lo que ha de proporcionarte la salida? Pues míralo.

—Juan Valjean se quedó atónito, no atreviéndose á creer en la realidad de lo que veia. Era la providencia con formas horribles; era el ángel bueno que surgia ante él en figura de Thenardier.

Thenardier metió la mano en un ancho bolsillo que llevaba oculto bajo la blusa, sacó una cuerda, y la alargó á Juan Valjean.

—Toma, dijo, te doy además la cuerda.

—¿Para qué?

—Tambien necesitas una piedra; pero afuera la hallarás. Junto á la reja las hay de sobra.

—¿Y para qué necesito esa piedra?

—Imbécil, si arrojases el cadáver al rio sin atarle una piedra al pescuezo, flotaria sobre el agua.

Juan Valjean tomó maquinalmente la cuerda, como cualquiera habria hecho en su caso.

Thenardier hizo castañetear sus dedos, como si le hubiese asaltado de repente una idea.

—Pero, camarada, ¿cómo has podido desembarazarte del cenagal? Yo no he osado entrar en él. ¡Puf! hueles mal.

Despues de una breve pausa añadió:

—Te dirijo una pregunta tras otra, y haces bien en no contestarme. Es un ensayo para cuando comparezcas ante el juez. Además de que el que calla no dice nada. ¡Bah! Porque no vea tu cara ni conozca tu nombre, no te figures que ignoro lo que eres y lo que quieres. Claro. Has estropeado á ese mozo, y ahora desearias ocultarle en algun sitio; por ejemplo, en el rio, que es el grande escóndelo-todo. Voy á sacarte del apuro. Me gusta ayudar á la gente de pró.

Al mismo tiempo de aprobar el silencio de Juan Valjean, se ve que trataba de escitarle á que hablase. Empujóle en el hombro, de suerte que, ladeándose, pudiera examinarle de perfil; y siempre á media voz, dijo:

—Ahora que me acuerdo, eres un animal. ¿Por qué no arrojaste en el cenagal á ese hombre?

Juan Valjean no desplegó los labios.

Thenardier levantando hasta la nuez de la garganta el harapo que le

Digitized by Google

servia de corbata, gesto que completa el aire de importancia de un hombre grave, continuó:

—Bien puede ser que obrases cuerdamente; porque mañana los obreros, al venir á tapar el hueco, habrian tropezado con el cadáver, é hilo por hilo, hebra por hebra, quizá llegaran hasta tí. Alguien ha entrado en la alcantarilla. ¿Quién? ¿Por dónde ha salido? ¿Se le ha visto salir? La policía tiene talento. La alcantarilla es desleal, y denuncia. Semejante hallazgo es una rareza, y llama la atencion; pocas personas se valen de la alcantarilla para sus negocios, mientras que el rio es de todos. El rio es la verdadera sepultura. Al cabo de un mes se pesca al hombre con las redes de Saint-Cloud. ¿Y qué importa? Está hecho una lástima. ¿Quién le ha matado? París. Y ni siquiera interviene la justicia. Has obrado á las mil maravillas.

Cuanto mas locuaz era Thenardier, mas mudo se volvia Juan Valjean. Thenardier le puso de nuevo la mano sobre el hombro.

Terminemos nuestro asunto. Partamos. Has visto mi llave; muéstrame tu dinero.

Thenardier estaba huraño, feroz, con sus puntas de amenazador; y, sin embargo, el tono era amistoso.

Notábase una cosa estraña. Los modales de Thenardier no tenian nada de sencillos. Estaba como violento. Aunque sin afectar misterio, hablaba bajo, y de vez en cuando ponia el dedo en la boca, diciendo: ¡Chiton!

No era fácil adivinar la causa. Encontrábanse solos, y Juan Valjean supuso que habria mas bandidos ocultos en algun rincon, no muy lejos, y que Thenardier no querria partir con ellos.

—Acabemos, dijo Thenardier, ¿cuánto tenia ese mozo en los bolsillos?

Juan Valjean metió la mano en los suyos. Sábese que su costumbre era llevarlos siempre bien provistos; asi se lo exigia la vida de recursos repentinos á que se veia condenado. Esta vez, sin embargo, le cogió desprevenido. Al ponerse, la víspera por la noche, el uniforme de guardia nacional, se habia olvidado, sumido como estaba en lúgubres pensamientos, de llevarse la cartera. Solo tenia unas cuantas monedas en el bolsillo del chaleco lleno de fango. Lo vertió en el zampeado, y eran un luis de oro, dos napoleones y cinco ó seis sueldos.

Digitized by Google

Thenardier alargó el labio inferior con una contorsion de pescuezo significativa.

—Le has matado casi de gracia, dijo.

Y se puso á tentar con toda familiaridad los bolsillos de Juan Valjean y los de Mario. Juan Valjean, empeñado principalmente en que no le diese la claridad en el rostro, le dejaba que registrase. Al mismo tiempo de andar en el vestido de Mario, Thenardier, con la destreza de un escamoteador, halló medio de arrancar, sin que Juan Valjean lo notase, un pedazo, y ocultarle debajo de la blusa, calculando, sin duda, que podria servirle algun dia para conocer al hombre asesinado y al asesino. En cuanto al dinero, no encontró mas de los treinta sueldos.

—Es verdad, dijo, eso es todo.

Y olvidándose de sus palabras de introduccion *¡partamos!* se lo guardó todo.

Como que vaciló al llegar á los sueldos; pero despues de reflexionar, los cogió tambien, acompañando la accion con estas palabras:

—¡No importa! Es despachar demasiado barato á las gentes.

En seguida sacó otra vez la llave.

—Ahora amigo mio, es menester que te vayas. Aquí, como en la feria, se paga á la salida. Has pagado, sal.

Y se echó á reir.

Que al proporcionar á un desconocido el auxilio de aquella llave, y al abrirle la reja, le guiase la intencion pura y desintesada de salvar á un asesino, hay mas de un motivo para dudarlo.

Juan Valjean, con la ayuda de Thenardier, colocó de nuevo á Mario sobre sus hombros, y luego el segundo se dirigió á la reja de puntillas, indicando al primero que le siguiese; miró hácia fuera, se puso el dedo en la boca, y permaneció algunos segundos como escuchando. Satisfecho de su observacion, entró la llave en la cerradura. El pestillo se deslizó, y la puerta giró sobre sus goznes, sin hacer el menor ruido, muy poco á poco. Conocíase que la reja y los goznes, dados con aceite, se abrian mas á menudo de lo que se hubiera pensado. Era una suavidad siniestra, en la que se presentian las idas y venidas furtivas, las entradas y salidas silenciosas de los hombres nocturnos, y las pisadas de lobo del crímen. Evidentemente, la alcantarilla estaba confabulada

Digitized by Google

con alguna banda misteriosa. Aquella taciturna reja era una encubridora.

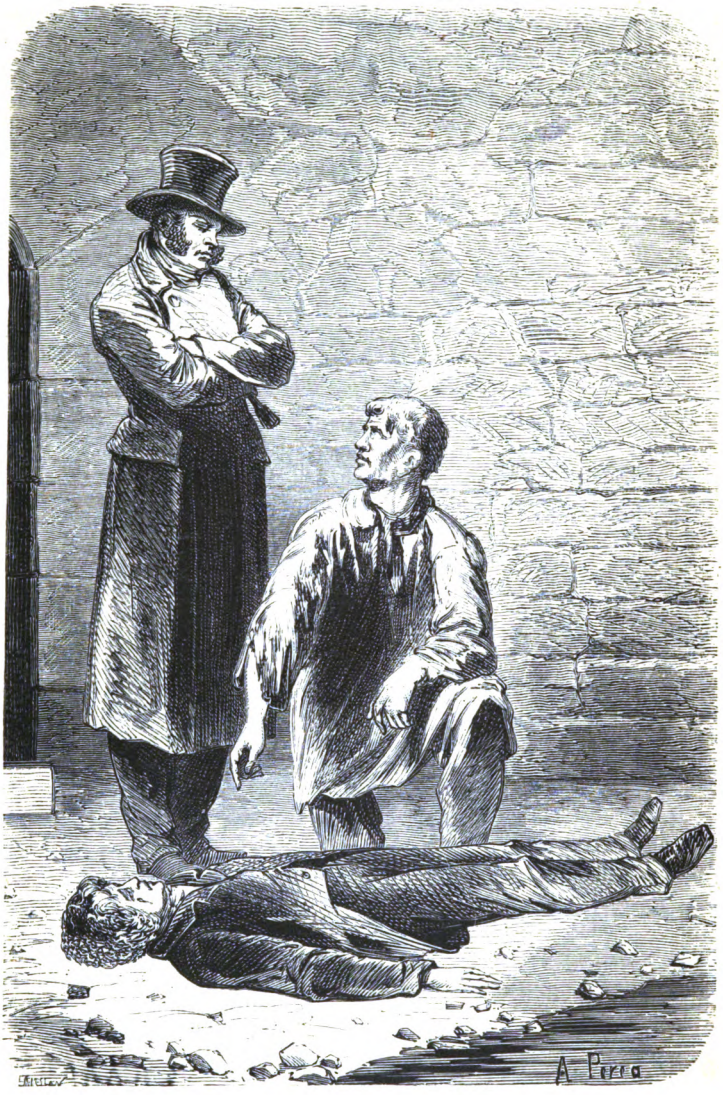
Thenardier entreabrió la puerta lo suficiente para que saliese Juan Valjean, volvió á cerrar, dió dos vueltas á la llave en la cerradura, y se hundió otra vez en las tinieblas, sin hacer mas ruido que si fuese un soplo. Parecia andar con las patas afelpadas del tigre.

Un momento despues, esta providencia de la mala catadura desaparecia en lo invisible.

Juan Valjean se encontró fuera.

Digitized by Google

Digitized by Google



SALIDA DE LA ALCANTARILLA.

Digitized by Google

IX.

DE CÓMO MARIO PARECE MUERTO Á UNA PERSONA QUE LO ENTIENDE.

Colocó á Mario en un ribazo.

¡Estaban fuera!

Detrás quedaban los miasmas, la oscuridad, el horror; inundábalos ahora el aire libre, puro, lleno de vida, impregnado de alegría, respirable. En derredor, el silencio; pero era el apacible silencio del sol, oculto ya bajo azulados horizontes.

La hora del crepúsculo habia pasado, y se acercaba á toda prisa la noche, libertadora y amiga de cuantos necesitan un manto de sombra para salir de alguna angustiosa situacion. El cielo se ofrecia por todas partes como una calma enorme. El rio llegaba hasta los pies de Juan Valjean con el blando susurro de un beso. Oíase el diálogo aéreo de los nidos que se daban las buenas noches en los olmos de los Campos Elíseos. Algunas estrellas salpicando débilmente el pálido azul del zénit, y visibles solo á la meditacion, formaban en la inmensidad cortos é imperceptibles resplandores. La noche desplegaba sobre la cabeza de Juan Valjean todas las dulzuras del infinito.

Era la hora indecisa y delicada, que no dice ni sí ni no. Habia ya

Digitized by Google

bastante oscuridad para poder eclipsarse á cierta distancia, y bastante dia aun para conocerse de cerca.

Durante algunos segundos se sintió Juan Valjean vencido irresistiblemente por toda aquella serenidad augusta y halagüena. Hay ciertos minutos de olvido en que el padecimiento cesa de oprimir al miserable; en que todo se abisma en la idea; en que la paz, cual si fuese la noche, cubre al pensador, y bajo el crepúsculo que irradia, y á imitacion del cielo que se ilumina, el alma se llena de estrellas.

Juan Valjean no pudo menos de contemplar la sombra inmensa y vaga que por cima de él se estendia; y pensativo, tomaba en el magestuoso silencio del eterno cielo un baño de éstasis y de oracion. Despues, vivamente, como si el sentimiento del deber le asaltase, se inclinó hácia Mario, y cogiendo agua en el hueco de la mano, le salpicó el rostro con algunas gotas. Los párpados de Mario no se movieron, y sin embargo, su boca entreabierta respiraba.

Juan Valjean iba á introducir de nuevo la mano en el rio, cuando de improviso sintió ese embarazo que se siente al tener detrás de sí alguna persona sin verla.

En otra parte hemos indicado ya esta impresion, conocida de todos.

Se volvió.

Como poco antes, habia, en efecto, una persona detrás de Juan Valjean.

Era un hombre de elevada estatura, envuelto en una levita larga, con los brazos cruzados, y llevando en la mano derecha una macana con puño de plomo. Estaba de pie, á corta distancia del grupo que formaban Juan Valjean y Mario.

Con el auxilio de la sombra, ofrecíase á la vista como una aparicion. Un hombre sencillo se hubiera asustado á causa del crepúsculo, y un hombre de reflexion, á causa de la macana.

Juan Valjean conoció á Javert.

El lector habrá sin duda adivinado que el perseguidor de Thenardier era Javert.

Javert, despues de su inesperada salida de la barricada, se dirigió á la prefectura de policía, dió cuenta de todo verbalmente al prefecto en persona, y continuó luego su servicio, que implicaba, segun la nota que se le encontró, cierta inspeccion del ribazo de la orilla derecha

Digitized by Google

en los Campos Elíseos, la cual hacia tiempo que despertaba la atencion de la policía. Allí vió á Thernardier, y se puso á seguirle. Se sabe lo demás.

Compréndese tambien que el abrir tan obsequiosamente aquella reja á Juan Valjean, era una habilidad de Thenardier. Thenardier sentia siempre allí á Javert. El hombre espiado tiene un olfato que no le engaña. Era preciso arrojar algo que roer á aquel sabueso. Un asesino ¡qué hallazgo! No conviene desaprovechar tales fortunas. Thenardier, haciendo salir en su lugar á Juan Valjean, proporcionaba una presa á la policía, que asi desistiria de perseguirle, y le olvidaria ante un asunto de mayor importancia; recompensaba á Javert de su espera, lo que lisonjea siempre á un espía, ganaba treinta francos, y se prometia entre tanto una fácil evasion.

Juan Valjean habia pasado de un escollo á otro.

Aquellos dos encuentros seguidos, caer de Thenardier en Javert, era duro á la verdad.

Javert no conoció á Juan Valjean, quien como hemos dicho, no se parecia á sí mismo. Sin separar los brazos, aseguró mejor la macana por un movimiento imperceptible, y dijo con voz seca y tranquila:

—¿Quién sois?

—Yo.

—¿Quién?

—Juan Valjean.

Javert cogió la macana entre los dientes, dobló las corvas, inclinó el cuerpo, colocó en los hombros de Juan Valjean sus dos robustas manos, que se encajaron allí como si fuesen dos tornillos, le examinó y le conoció. Casi se tocaban sus rostros. La mirada de Javert era terrible.

Juan Valjean permaneció inerte bajo la presion de Javert, como un leon que consintiese la garra de un lince.

—Inspector Javert, dijo, estoy en vuestras manos. Por otra parte, desde esta mañana me juzgo prisionero vuestro. No os he dado las señas de mi casa para tratar luego de evadirme. Apoderaos de mí. Solo os pido una cosa.

Javert parecia no escuchar. Tenia clavadas en Juan Valjean sus pupilas. La barba fruncida empujaba los labios hácia la nariz, señal de meditacion feroz. En fin, soltó á Juan Valjean, se levantó de golpe,

Digitized by Google

cogió de nuevo la macana, y como en un sueño, murmuró, mas bien que pronunciar, esta pregunta:

—¿Qué haceis ahí? ¿Quién es ese hombre?

Seguia sin tutear ya á Juan Valjean.

Juan Valjean contestó, y el tono de su voz pareció despertar á Javert:

—Cabalmente de él queria hablaros. Disponed de mi persona lo que os plazca; pero antes, ayudadme á llevarle á su casa. Es todo lo que os pido.

El rostro de Javert se contrajo, como le sucedia siempre que alguien parecia creerle capaz de una concesion. Sin embargo, no respondió negativamente.

Inclinóse de nuevo, sacó del bolsillo un pañuelo que humedeció en el agua, y limpió la frente ensangrentada de Mario.

—Este hombre estaba en la barricada, dijo á media voz y como hablando consigo mismo. Es el que designaban con el nombre de Mario.

Conocíase en esto al espía por escelencia, que lo habia observado, oido, entendido y recogido todo, creyendo morir; que espiaba hasta en la agonía, y que con el pie en la primera grada del sepulcro, habia tomado notas.

Cogió la mano de Mario y le pulsó.

—Es un herido, dijo Juan Valjean.

—Es un muerto, dijo Javert.

Juan Valjean respondió:

—No. Todavía...

—¿Le habeis traido, pues, aquí desde la barricada? observó Javert.

Necesitábase que su preocupacion fuese muy profunda para no insistir en aquella fuga al través de la alcantarilla, ni siquiera notar el silencio de Juan Valjean despues de su pregunta.

Juan Valjean, por su parte, parecia no tener mas que un pensamiento.

—Vive, continuó, en el Marais, calle de las Monjas del Calvario, en casa de su abuelo... No me acuerdo cómo se llama.

Juan Valjean registró la levita de Mario, sacó la cartera, la abrió en la página donde Mario habia escrito con lápiz, y se la mostró asi á Javert.

Digitized by Google

Habia aun en el aire suficiente claridad flotante para que se pudiera leer; además de que los ojos de Javert poseian la fosforescencia felina de las aves nocturnas. Leyó las pocas líneas escritas por Mario, y dijo entre dientes: —Gillenormand, calle de las Monjas del Calvario, número 6.

Luego gritó: ¡Cochero!

No se habrá olvidado el carruaje de plaza que esperaba para un caso de necesidad.

Javert se guardó la cartera de Mario.

Un momento despues, el carruaje, bajando por la rampa del abrevadero, estaba en el ribazo. Mario fue colocado en el asiento del fondo, y Javert y Juan Valjean ocuparon el asiento delantero.

Una vez cerrada la portezuela, alejóse el coche rápidamente, subiendo por los muelles en direcion de la Bastilla.

Dejaron los muelles y entraron en las calles. El cochero, perfil negro en el pescante, arreaba á sus escuálidos caballos. Silencio glacial dentro del carruaje. Mario, inmóvil, con el cuerpo apoyado en una de las esquinas, la cabeza caida sobre el pecho, los brazos colgando y las piernas tiesas, parecia no aguardar ya mas que el ataud. Diríase que Juan Valjean estaba hecho de sombra, y Javert de piedra; y en aquel tenebroso carruaje, cuya parte interior, cada vez que pasaba por delante de un farol, se teñia de una luz lívida, cual si proviniera de un relámpago intermitente, la casualidad habia reunido y como situado una frente á otra, las tres inmovilidades trágicas: el cadáver, el espectro y la estatua.

Digitized by Google

X.

LA VUELTA DEL HIJO PRÓDIGO DE SU VIDA.

A cada vaiven del carruaje una gota de sangre caia de los cabellos de Mario.

Era noche cerrada cuando llegaron al número 6 de la calle de las Monjas del Calvario.

Javert fue el primero que bajó, y despues de cerciorarse de que aquella era la casa que buscaba, levantó el pesado aldabon de hierro de la puerta-cochera, que figuraba, segun el estilo antiguo, un macho cabrío y un sátiro frente á frente, y le dejó caer con fuerza. Entreabrióse apenas la puerta, y Javert la empujó. El portero apareció á medias, bostezando, entre dormido y despierto, con una vela en la mano.

Todos dormian en la casa. En el Marais se acuestan temprano, sobre todo en los dias de motin. Aquel bueno y vetusto barrio, asustado por la revolucion, se refugia en el sueño, asi como los niños cuando oyen que viene el Coco, se cubren la cabeza con las sábanas de la cama.

Juan Valjean y el cochero sacaron á Mario del carruaje, sosteniéndole el primero por los sobacos, y el segundo por las corvas.

Mientras asi le conducian, Juan Valjean introdujo la mano bajo los

Digitized by Google

vestidos rotos del jóven, le tocó el pecho, y se cercioró de que el corazon latia aun, y hasta de que latia con alguna menos debilidad, como si el movimiento del coche hubiera determinado en él cierta renovacion de la vida.

Javert interpeló al portero con el tono propio de los dependientes del gobierno, tratándose del portero de un faccioso.

—¿Vive aquí uno que se llama Gillenormand?

—Vive. ¿Qué le quereis?

—Le traemos á su hijo.

—¡Su hijo! dijo el portero atónito.

—Está muerto.

Juan Valjean, que venia detrás de Javert, haraposo y sucio, y á quien el portero miraba con algun horror, le indicó que no con la cabeza.

El portero no pareció comprender las palabras de Javert ni la señal de Juan Valjean.

Javert continuó:

—Fué á la barricada, y ahí le teneis.

—¡A la barricada! esclamó el portero.

—Se dejó matar. Id á despertar á su padre.

El portero no se movia.

—¡Id de una vez!

Y añadió:

—Mañana habrá aquí entierro.

Para Javert, los incidentes habituales del servicio público estaban clasificados por categorías, lo cual es el principio de la prevision y de la vigilancia; y cada eventualidad tenia su especial distribucion. Los hechos posibles se encontraban en cierto modo dentro de gavetas, de donde salian, llegado el caso, en cantidades variables. Clasificaba asi los sucesos de la calle; ruido, motin, carnaval, entierro.

El portero se limitó á despertar á Vasco, Vasco despertó á Nicolasa y Nicolasa despertó á la señorita Gillenormand. En cuanto al abuelo, dejósele dormir, calculando que sabria harto pronto aquella desgracia.

Subióse á Mario al primer piso, sin que nadie se impusiese de ello en las demás partes de la casa, y se le colocó en un canapé viejo de la antecámara del señor Gillenormand. Mientras que Vasco iba á buscar

Digitized by Google

un médico, y Nicolasa abria los armarios de la ropa blanca, Juan Valjean sintió que Javert le tocaba en el hombro. Comprendió, y bajó seguido del inspector de policía.

El portero los vió partir como los habia visto llegar, con una somnolencia estúpida.

Entraron en el carruaje, y el cochero ocupó su asiento.

—Inspector Javert, dijo Juan Valjean, concededme otra cosa.

—¿Cuál? preguntó con dureza Javert.

—Dejad que entre un instante en mi casa. Despues hareis de mí lo que os acomode.

Javert permaneció algunos segundos en silencio, con la barba hundida en el cuello de la levita; luego corrió el cristal de delante, y dijo:

—Cochero, calle del Hombre-Armado, número 7.

Digitized by Google

XI.

CONMOCION EN LO ABSOLUTO.

No volvieron á despegar los labios en todo el camino.

¿Qué queria Juan Valjean? Acabar lo que habia principiado; advertir á Cosette, decirle dónde estaba Mario, darle quizá alguna otra indicacion útil, tomar, si podia, ciertas disposiciones supremas. En cuanto á él, en cuanto á lo que le concernia personalmente, era asunto concluido; habíale cogido Javert, y no se resistia. Otro cualquiera, en semejante situacion, hubiera pensado tal vez vagamente en la cuerda de Thenardier y en los barrotes del primer calabozo donde entrase; pero desde lo que le sucedió con el obispo, habia en Juan Valjean, tratándose de un atentado, aun siendo contra sí mismo, bueno es repetirlo, una profunda vacilacion religiosa.

El suicidio, misteriosa via de hecho en lo desconocido, que puede contener, hasta cierto punto, la muerte del alma, era imposible en Juan Valjean.

A la entrada de la calle del Hombre-Armado, el coche se detuvo por no permitir lo estrecho de aquella el tránsito de los carruajes. Javert y Juan Valjean se apearon.

El cochero observó humildemente al *señor inspector* que el tercio-

Digitized by Google

pelo de Utrecht de su carruaje estaba manchado de sangre del hombre asesinado, y de lodo del asesino. Esto era lo único que habia comprendido. Y añadió que se le debia indemnizar. Sacando al mismo tiempo su cuaderno, suplicó al señor inspector tuviese la bondad de escribirle en él unas cuantas palabras laudatorias.

Javert rechazó el cuaderno que le alargaba el cochero, y dijo:

—¿Cuánto te debo, contando el tiempo de la parada y la carrera?

—Han sido siete horas y cuarto, respondió el cochero, y el terciopelo estaba nuevo. Ochenta francos, señor inspector.

Javert sacó del bolsillo cuatro napoleones, y despidió el carruaje.

Juan Valjean supuso que la intencion de Javert era conducirle á pie al cuerpo de guardia de los Blancs-Manteaux (mantos blancos), ó al de los Archivos, que está cerca.

Internáronse en la calle, que como de costumbre, se hallaba desierta. Javert seguia á Juan Valjean. Llegaron al número 7; Juan Valjean llamó y se abrió la puerta.

—Está bien, dijo Javert; subid.

Y añadió con estraña espresion, y como si le costase esfuerzo hablar asi:

—Os aguardo.

Juan Valjean miró á Javert. Aquel modo de obrar desdecia de los hábitos del inspector de policía; pero resuelto como se mostraba Juan Valjean á entregarse y acabar de una vez, no debia sorprenderle mucho que Javert tuviese en aquel caso cierta confianza altiva, la confianza del gato que concede al raton una libertad de la longitud de su garra. Empujó la puerta, entró en la casa, gritó al portero que estaba ya acostado:—¡Soy yo! y subió al primer piso.

Una vez allí, hizo una corta pausa. Todas las vias dolorosas tienen sus estaciones. La ventana de la escalera, que era de una sola pieza, estaba corrida. Como en muchas casas antiguas, la escalera tenia vistas á la calle. El farol situado en frente de la casa número 7, comunicaba alguna claridad á los escalones, lo que equivalia á un ahorro de alumbrado.

Juan Valjean, sea para respirar, sea maquinalmente, sacó la cabeza por la ventana, y miró toda la calle, que es corta, y que recibia la luz del farol de un estremo á otro. Juan Valjean se quedó atónito; no se veia á nadie.

Javert se habia marchado.

Digitized by Google

XII.

EL ABUELO.

Vasco y el portero habian llevado al salon á Mario, que seguia tendido é inmóvil en el canapé donde se le colocó á su llegada. El médico en estaba ya allí. La señorita Gillenormand se habia levantado.

La señorita Gillenormand iba y venia asustada, uniendo las manos, é incapaz de hacer otro cosa que decir:—¡Es posible, Dios mio! De vez en cuando añadia:—¡Todo va á mancharse de sangre!

Cuando el primer horror hubo pasado, cierta filosofía de la situacion se abrió camino hasta su espíritu, revelándose en la esclamacion:—¡Esto debia acabar asi! Si bien no completó el pensamiento con la frase *¡Bastante lo habia dicho!* usada en tales casos.

Por órden del médico, habíase arreglado una cama de cordeles juntó al canapé. El médico examinó á Mario, y despues de cerciorarse de que continuaban los latidos del pulso, de que el jóven no tenia en el pecho ninguna herida profunda, y de que la sangre de los labios provenia de las fosas nasales, le hizo colocar en la cama, sin almohada, con la cabeza á nivel del cuerpo, y aun algo mas bajá, y el busto desnudo, á fin de facilitar la respiracion. La señorita Gillenormand, viendo que

Digitized by Google

iban á desnudar á Mario, se retiró, y se puso á rezar el rosario en su cuarto.

El cuerpo no habia recibido ninguna lesion interior; una bala, amortiguada al dar en la cartera, se habia desviado, y corriéndose por las costillas, habia abierto una grieta de horrible aspecto, pero sin profundidad, y de consiguiente sin peligro. El largo paseo subterráneo habia acabado de dislocar la clavícula rota, y esto presentaba sérias complicaciones. Tenia los brazos acuchillados; pero ningun tajo desfiguraba su rostro. Sin embargo, la cabeza estaba cubierta de heridas. ¿Serian peligrosas estas heridas? ¿Detenianse en la superficie? ¿Llegaban al cráneo? No se podia decir aun. Era un síntoma grave que hubiesen producido el desmayo, y no siempre se despierta de los desmayos de esta clase. Además, la hemorragia habia debilitado al herido. De la cintura abajo habíale protegido la barricada.

Vasco y Nicolasa se ocupaban en rasgar lienzo y preparar vendajes. Nicolasa los cosia, y Vasco los rollaba. Como no habia hilas, el médico habia restañado provisionalmente la sangre de las heridas con algodon en rama. Sobre una mesa, al lado de la cama, habia tres bugías encendidas, y el estuche de cirugía estaba allí abierto. El médico lavó el rostro y los cabellos de Mario con agua fria. En un instante el cubo quedó teñido de rojo. El portero alumbraba.

El médico parecia meditar tristemente. De tiempo en tiempo hacia una señal negativa con la cabeza, como si respondiese á alguna pregunta interior. Estos misteriosos diálogos del médico consigo mismo son mala señal para el enfermo.

En el momento en que el médico limpiaba el rostro y tocaba apenas con el dedo los párpados siempre cerrados de Mario, la puerta del fondo se abrió, apareciendo en el umbral una figura alta y pálida. Era el abuelo.

El motin hacia dos dias que traia muy inquieto, indignado y preocupado al señor Gillenormand. La noche anterior no habia podido dormir, y en todo el dia se habia visto libre de fiebre. Por la noche se acostó temprano, recomendando que se echase el cerrojo á todo en la casa, y abrumado de fatiga concluyó por quedarse dormido.

Los ancianos tienen el sueño ligero; el cuarto del señor Gillenormand estaba contiguo al salon, y asi, á pesar de las precauciones que

Digitized by Google

se tomaron, el ruido le despertó. Sorprendido de ver luz al través de las rendijas de la puerta, dejó el lecho, y dirigióse á tientas hácia el salon.

Estaba en el umbral, con la mano apoyada en la puerta á medio abrir, la cabeza un poco inclinada hácia adelante, el cuerpo envuelto en una bata blanca y estirada como un sudario, atónito; y tenia el aspecto de un fantasma mirando el interior de un sepulcro.

Vió la cama, y sobre el colchon aquel jóven ensangretado, blanco como la cera, con los ojos cerrados, la boca abierta, los labios descoloridos, desnudo hasta la cintura, lleno de heridas, inmóvil y rodeado de luces.

El abuelo sintió de los pies á la cabeza el estremecimiento que son capaces de esperimentar miembros osificados; sus ojos, cuya córnea estaba amarilla á causa de la vejez, se velaron con una especie de reflejo vítreo; toda su cara tomó en un instante las formas terrosas de una cabeza de esqueleto, sus brazos cayeron como si les hubiera faltado el resorte que los mantenia suspendidos; manifestóse el estupor en la separacion de los dedos de sus trémulas manos, y sus rodillas formaron un ángulo, permitiendo entrever por la abertura de la bata las pobres piernas desnudas del anciano, erizadas de blanco vello. Se le oyó decir con un susurro:

—¡Mario!

—Señor, dijo Vasco, acaban de traer al señorito. Estaba en la barricada, y...

—¡Ha muerto! gritó el anciano con voz terrible. ¡Ah bandido!

Entonces una especie de transfiguracion sepulcral dió á aquel centenario la firme apostura de un jóven.

—Caballero, dijo, sois el médico, y vais á empezar por hablarme francamente. Está muerto, ¿no es asi?

El médico, en el colmo de la ansiedad guardó silencio.

El señor Gillenormand se torció las manos, prorumpiendo en una carcajada espantosa.

—¡Está muerto! ¡Está muerto! ¡Se ha dejado matar en las barricadas..... por odio á mí! ¡por vengarse de mí! ¡Ah, sanguinario! ¡Ved cómo vuelve á casa de su abuelo! ¡Miserable de mí! ¡Está muerto!

Se dirigió á la ventana, abrió las dos hojas como si se ahogase,

Digitized by Google

y de pie ante la sombra, se puso á hablar en la calle con la noche:

—¡Traspasado, acuchillado, degollado, esterminado, cortado en trozos ¿no le veis? ¡tunante! ¡Sabia que le esperaba, que habia hecho arreglar su cuarto y colgar á la cabecera de mi cama su retrato de cuando era niño! ¡Sabia que no tenia mas que volver, y que no he cesado de llamarle en tantos años, y que todas las noches me sentaba á la lumbre, con las manos en las rodillas, no sabiendo qué hacer, y que por él me habia convertido en imbécil! ¡Sabias esto! ¡sabias que con solo entrar y decir soy yo, eras el amo, y yo te obedeceria, y dispondrias á tu antojo del bobalicon de tu abuelo! Lo sabias, y has dicho: ¡No, es un realista, y no iré! ¡Y te has marchado á las barricadas, y te has dejado matar por maldad! Para vengarte de lo que te dije á propósito del señor duque de Berry. ¡Es una conducta infame! ¡Y luego, acuéstese uno y duerma tranquilo para encontrarse al despertar con que su nieto ha muerto!

El médico, que empezaba á alarmarse por los dos, dejó un momento á Mario, y yendo á la ventana, cogió al señor Gillenormand del brazo. Volvióse el abuelo, le miró con ojos que parecian agrandarse y brotar sangre, y le dijo con calma:

—Caballero, os doy las gracias. Estoy tranquilo, soy un hombre, he visto la muerte de Luis XVI, y sé sobrellevar las desgracias. Lo terrible para mí es pensar que vuestros periódicos tienen la culpa de todo. Escritorzuelos, abogados, oradores, tribunos, discusiones, progresos, luces, derechos del hombre, libertad de imprenta, poseereis todo esto, y en cambio, ved cómo os traerán á casa á vuestros hijos. ¡Ah, Mario! ¡Es abominable! ¡Matado! ¡Muerto antes que yo! ¡Y en una barricada! ¡Ah, bandido! Oid, doctor. Me parece que vivís en nuestro barrio. Sí, os conozco perfectamente. De mi ventana veo pasar vuestro coche. Oid. Haríais mal en creer que estoy irritado. No es posible irritarse contra un muerto. Seria una estupidez. Es un niño á quien he criado. Yo habia entrado ya en años, cuando él todavía era pequeñito. Jugaba en las Tullerías con su carretoncillo, y para que los inspectores no gruñesen, iba yo tapando con mi baston los agujeros que él hacia en la tierra. Un dia gritó: ¡Abajo Luis XVIII! y se fué. ¿No es culpa mia. Era sonrosado y rubio. Su madre ha muerto. No habeis notado que todos los niños son rubios? ¿En qué consistirá eso? Es hijo de uno de

Digitized by Google

esos bandidos del Loira; pero los niños no pueden responder de los crímenes de sus padres. Me acuerdo cuando era asi tan chiquitin. ¡Qué trabajo le costaba pronunciar la d! En la dulzura del acento se le hubiera creido un pájaro. Un dia, delante del Hércules Farnesio, se formó un corro para admirarle, ¡tan hermoso era! Su cabeza se parecia á las que se ven en los cuadros. Yo engrosaba la voz, y le metia miedo con el baston; pero él sabia que no estaba enfadado de veras. Por la mañana, cuando entraba en mi cuarto, solia refunfuñar; pero su presencia me producia el efecto del sol. No hay defensa contra esos mocosos. Una vez que os han cogido, ya no os vuelven á soltar. La verdad es que no habia cosa mas querida que ese niño. ¡Venidme ahora á hablar de vuestros Lafayette, de vuestros Benjamin Constant y de vuestro zapatero Simon que me le asesinan! Esto no puede quedar asi.

Acercóse á Mario, que seguia lívido é inmóvil, y á cuyo lado habia vuelto el médico, y empezó de nuevo á torcerse los brazos. Los blancos labios del anciano se agitaban como maquinalmente, y de ellos salian, á modo de soplos en el estertor, palabras inconexas, que se oian apenas:—¡Ah! ¡Desalmado! ¡Clubista! ¡Setembrista! Eran reconvenciones en voz baja, dirigidas por un agonizante á un cadáver.

Poco á poco, segun acontece en todas las tempestades interiores, el encadenamiento de las palabras se restableció; mas parecia que el abuelo no tenia ya fuerzas para pronunciarlas, y su voz estaba tan sorda y apagada como si viniese del otro lado de un abismo.

—¡Me es indiferente, pues yo tambien voy á morir! ¡Y cuando pienso que no hay en París una mujer que no se hubiera alegrado de labrar la felicidad de ese miserable! ¡Un imbécil, que en vez de divertirse y de disfrutar de la vida, ha ido á combatir, y se ha dejado ametrallar, ¿por quién? ¿en defensa de quién? ¡de la república! ¡En vez de ir á bailar á la Chaumière, como deben hacer los jóvenes! Para mucho le ha valido tener veinte años. ¡La república! tejido de necedades. ¡Pobres madres, parid, pues, hermosos chicos! Vaya, está muerto. Serán dos entierros en la puerta-cochera. ¡Te has dejado poner de ese modo por amor al general Lamarque! ¿Qué favores te habia dispensado ese general Lamarque? ¡Un matachin! ¡Un charlatan! Es para volverse loco. ¿Comprendeis esto á los veinte años? ¡Y sin mirar atrás, á ver si en el mundo quedaban personas que le necesitasen! ¡Ah! ¡Ahora los

Digitized by Google

pobres viejos habrán de morirse solos! ¡Revienta ahí, en ese rincon, buho! Pues bien, mejor que mejor; lo esperaba, voy á morir sin remedio. Soy demasiado viejo, tengo cien años, mil años..... Desde hace mucho tiempo nadie puede disputarme el derecho de morir. Con este golpe, todo se acabó. Todo se acabó, ¡qué felicidad! ¿Para qué ese amoniaco y ese monton de drogas? ¡Trabajo perdido, médico imbécil! Idos, está muerto, completamente muerto. Lo digo yo, que entiendo de eso; yo, que tambien estoy muerto. El miserable no ha hecho las cosas á medias. ¡Sí; la época actual es infame, infame, infame; y asi pienso de vosotros, de vuestras ideas, de vuestros sistemas, de vuestros maestros, de vuestros oráculos, de vuestros doctores, de vuestros escritorzuelos, de vuestros filosofastros, y de todas las revoluciones que espantan de sesenta años á esta parte las nubes de cuervos de las Tullerías! ¡Y ya que has sido implacable dejándote matar asi, yo no tendré siquiera el disgusto de tu muerte! ¿Oyes, asesino?

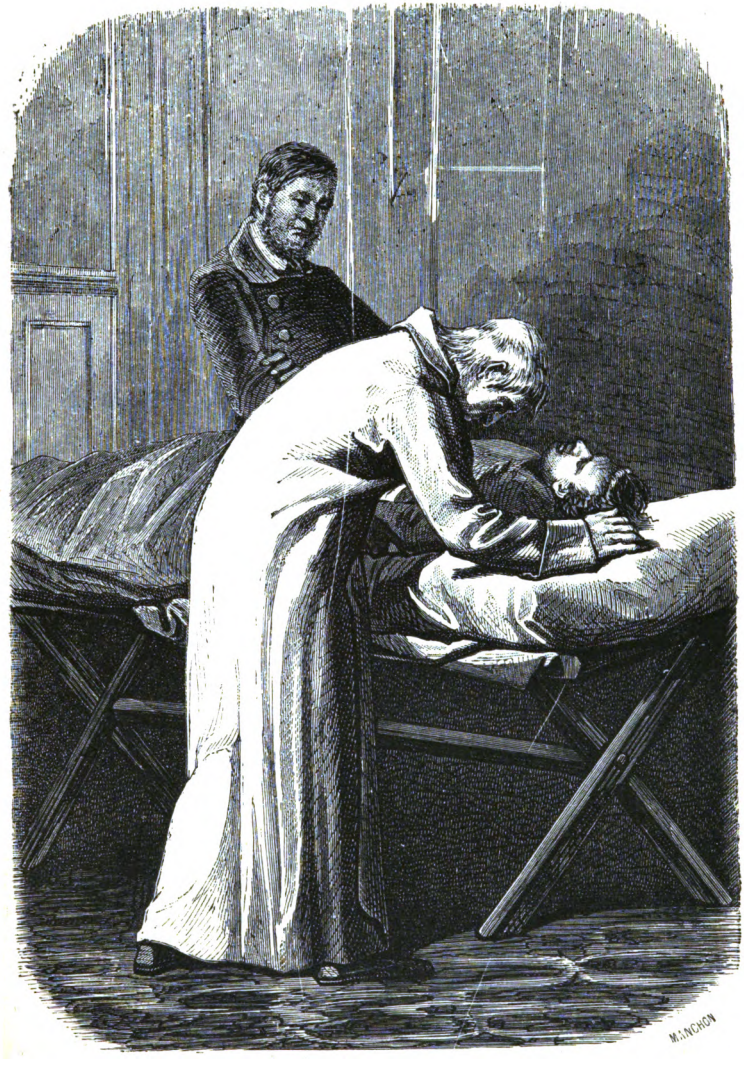
En aquel momento abrió Mario lentamente los párpados, y su mirada, velada aun por el asombro letárgico, se fijó en el señor Gillenormand.

—¡Mario! gritó el anciano. ¡Mario! ¡Niño de mi alma! ¡Hijo de mis entrañas! ¡Abres los ojos, me miras, estás vivo; gracias!

Y cayó desmayado.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

Digitized by Google



EL ABUELO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO CUARTO.

JAVERT DESORIENTADO.

Digitized by Google

Digitized by Google

JAVERT DESORIENTADO.

Javert se alejó lentamente de la calle del Hombre-Armado.

Caminaba con la cabeza baja por la primera vez de su vida, y tambien por la primera vez de su vida con las manos cruzadas atrás.

Hasta entonces Javert, de las dos actitudes de Napoleon, solo habia adoptado la que denota un ánimo resuelto, los brazos cruzados sobre el pecho; érale desconocida la que denota incertidumbre; esto es, las manos cogidas atrás. Habíase verificado en él un gran cambio; toda su persona, lenta y sombría, llevaba el sello de la ansiedad.

Internóse en las calles mas silenciosas.

Sin embargo, seguia una direccion.

Tomó por el camino mas corto hácia el Sena, llegó al muelle de los Olmos, le costeó, dejó tras de sí la Grève, y se detuvo á alguna distancia del cuerpo de guardia del Châtelet, en el ángulo del puente de Nuestra Señora. El Sena, entre el puente de Nuestra Señora y el Pont-au-Change á un lado, y los muelles de la Mégisserie y de las Flores al otro, forma una especie de lago cuadrado que atraviesa un remolino.

Este punto del Sena es muy temido de los marineros. Nada hay mas peligroso que ese remolino, cuya furia aumentaban en aquella época las

Digitized by Google

estacas del molino del puente, hoy demolido. Los dos puentes, tan próximos uno á otro, contribuyen á que sea mayor el peligro, y el agua se precipita de una manera formidable por debajo de los arcos. Acumulándose allí, forcejea contra los postes, como para arrancarlos con gruesas cuerdas líquidas. Los hombres que caen en aquel remolino no vuelven á aparecer; ahóganse allí los mas diestros nadadores.

Javert apoyó los dos codos en el parapeto, la barba en las dos manos, y mientras que sus uñas se contraian maquinalmente en las pobladas patillas, se puso á meditar.

En el fondo de su alma acababa de pasar algo nuevo, una revolucion, una catástrofe, y habia materia para entregarse á un profundo exámen.

Javert padecia horriblemente.

Hacia algunas horas que la unidad de objeto habia cesado en él. Sentíase turbado; aquel cerebro, tan límpido en su misma ceguedad, habia perdido la trasparencia; empañaba aquel cristal una nube. Javert conocia que su deber era mostrarse al descubierto, y no cabia ya el disimulo. Cuando encontró tan impensadamente á Juan Valjean en el ribazo del Sena, hubo en él algo del lobo que se apodera de nuevo de su presa, y del perro que vuelve á hallar á su amo.

Ante sí veia dos sendas, ambas igualmente rectas; pero eran dos, y esto le aterraba, pues en toda su vida no habia conocido sino una sola línea recta. Y para colmo de angustia, aquellas dos sendas eran contrarias y se escluian mutuamente. ¿Cuál seria la verdadera?

Su situacion era inesplicable.

Deber la vida á un malhechor; admitir y reembolsar esta deuda; estar, á pesar de sí mismo, mano á mano con una persona perseguida por la justicia, y pagarle un servicio con otro servicio; dejar que le dijesen: márchate, y decir á su vez: sé libre: sacrificar á motivos personales el deber, esta obligacion general, y sentir en aquellos motivos personales algo de general tambien, y quizá algo de superior; vender la sociedad por ser fiel á su conciencia; la realizacion de tales absurdos y su acumulacion en él, en su individuo, esto le aterraba.

Habíale admirado una cosa, y era que Juan Valjean le perdonase: y petrificábale la idea de que él, Javert, hubiese perdonado á Juan Valjean.

Digitized by Google

¿Qué era de su personalidad? Buscábase y no se encontraba.

¿Qué habia de hacer ahora? Si malo le parecia entregar á Juan Valjean, no menos malo se le figuraba que era dejarle libre. En el primer caso, el hombre de la autoridad descendia mas que el hombre del presidio; en el segundo, un presidiario se sobreponia á la ley, y la pisoteaba. En ambos casos, el deshonor era para él. Cualquier partido que adoptase, habia descenso. El destino tiene ciertas estremidades perpendiculares á lo imposible, mas allá de las cuales la vida no es mas que un precipicio. Javert estaba en una de esas estremidades.

Afligíale tener que pensar. La misma violencia de todas estas emociones contradictorias le obligaba á ello. ¡El pensamiento! Cosa inusitada para él, y que le causaba un dolor indecible.

Hay siempre en el pensamiento cierta cantidad de rebelion interior, é irritábale sentirla en sí.

El pensamiento, sobre cualquier asunto, ageno al estrecho círculo de sus funciones, hubiera sido para él, en todos los casos, una inutilidad y una fatiga; pero versando sobre el dia que acababa de pasar, era un tormento. Sin embargo, habia que examinar la conciencia, despues de tales sacudimientos, y erigirse en juez de sí mismo.

Estremecíase al considerar lo que habia hecho, decidiendo, contra todos los reglamentos de policía, contra toda la organizacion social y judicial, contra el Código entero, poner en libertad á un hombre. Habíale convenido esto; habia sustituido sus negocios particulares á los negocios públicos. ¿No era incalificable tal conducta? Cada vez que fijaba la mente en aquella accion sin nombre, acometíale un temblor general. ¿Qué resolucion deberia tomar? Un solo recurso le quedaba: volver apresuradamente á la calle del Hombre-Armado y apoderarse de Juan Valjean. Claro estaba que no debia hacer sino eso. Con todo, no podia.

Algo le cerraba el camino por aquel lado.

¿Y qué era ese algo? ¿Hay en el mundo una cosa distinta de los tribunales, de las sentencias ejecutorias, de la policía y de la autoridad? Las ideas de Javert se confundian.

¡Un presidiario sagrado! ¡Un presidiario que se emancipaba de la justicia por causa de Javert!

¿No era horrible que Javert y Juan Valjean, el hombre hecho para el

Digitized by Google

rigor y el hombre hecho para el padecimiento, ambos sujetos á la ley, hubiesen llegado al estremo de sobreponerse á ella?

¡Cómo! ¡Sucedian atrocidades por el estilo, y nadie seria castigado! ¡Juan Valjean, mas fuerte que todo el órden social, se veria libre, y Javert continuaria comiendo el pan del gobierno!

Poco á poco su meditacion tomaba un carácter terrible.

Tambien hubiera podido dirigir á su conciencia algun cargo con motivo del insurrecto conducido á la calle de las Monjas del Calvario; pero no pensaba en él. La falta menor se perdia en la mayor. Por otra parte, tratábase de un hombre evidentemente muerto, y con la muerte concluye la persecucion legal.

Juan Valjean era el peso que abrumaba su espíritu.

Juan Valjean le desconcertaba. Los axiomas que habian sido los puntos de apoyo de toda su vida, caian por tierra ante aquel hombre. La generosidad usada con él le tenia agobiado. Recordaba hechos que en otro tiempo habia calificado de mentiras y locuras, y que ahora le parecian realidades. La figura del señor Magdalena se bosquejaba por detrás de la de Juan Valjean, superponiéndose ambas, y no formando mas que una, que era venerable. Javert sentia penetrar en su alma alguna cosa horrible: la admiracion hácia un presidiario. Pero ¿se concibe que se respete á un presidiario? No, y á pesar de eso, él le respetaba. Por mas esfuerzos que hacia, tenia que confesar en su fuero interno la sublimidad de aquel miserable. Esto era odioso.

Un malhechor benéfico, un presidiario compasivo, dulce, clemente, recompensando el mal con el bien, el odio con el perdon, la venganza con la piedad; prefiriendo perderse á perder á su enemigo; salvando al que le habia herido, de rodillas en lo mas culminante de la virtud, mas cerca del ángel que del hombre; era un monstruo cuya existencia no podia ya negar Javert.

Imposible que esto continuase asi.

Preciso es convenir en que él no se habia rendido de buen grado á aquel monstruo, á aquel ángel infame, á aquel héroe horrible, que le causaba tanta indignacion como asombro. Veinte veces, cuando iba en el carruaje en compañía de Juan Valjean, el tigre legal habia rugido en él. Veinte veces habia sentido tentaciones de arrojarse sobre Juan Valjean, cogerle y devorarle, esto es, prenderle. ¿Habia nada mas sencillo?

Digitized by Google

Con gritar delante del primer cuerpo de guardia:— ¡Un presidiario que se ha fugado! Y luego llamar á los gendarmes, y decirles:—Os entrego ese hombre; marchándose y dejándole allí, sin volver á ocuparse en la suerte del criminal, todo estaba concluido; la ley podia disponer del preso como estimase mejor. ¿Qué cosa mas justa? Javert habia pensado todo esto, habia querido ponerlo en ejecucion, prender á aquel hombre; y entonces, lo mismo que ahora, tropezó con una barrera insuperable; cada vez que la mano del inspector de policía se levantaba convulsivamente para coger á Juan Valjean por el cuello, aquella mano, como si tirase de ella un peso enorme, habia vuelto á caer, y en el fondo de su pensamiento oia una voz, una voz estraña que le gritaba:—Bueno. Entrega á tu salvador, y en seguida haz traer la jofaina de Poncio Pilatos, y lávate.

Despues se examinaba á sí mismo, y junto á Juan Valjean ennoblecido, contemplaba á Javert degradado.

¡Un presidiario era su bienchechor!

Pero ¿por qué habia permitido que aquel hombre le perdonase la vida? Tenia derecho á morir en la barricada, y hubiera debido usar de este derecho. Hubiera debido llamar á los demás insurrectos en su auxilio contra Juan Valjean, y haber hecho que le fusilasen: valia mas asi.

Su angustia mayor era la desaparicion de la certidumbre. Sentia como si le faltasen las raices. El Código no era mas que un papel mojado en su mano. Acometíanle escrúpulos de una especie desconocida. Efectuábase en él una revelacion sentimental enteramente distinta de la afirmacion legal, su medida única hasta entonces. No le bastaba ya permanecer en la honradez antigua. Un órden de hechos inespirados surgia y le subyugaba. Era para su alma un mundo nuevo: el beneficio aceptado y devuelto, la abnegacion, la misericordia, la indulgencia, las violencias hechas por la piedad á la austeridad, la acepcion de personas; no mas sentencias definitivas, no mas condenas; la posibilidad de una lágrima en los ojos de la ley; cierta justicia, segun Dios, contraria á la justicia, segun los hombres. Divisaba en las tinieblas la imponente salida de un sol moral desconocido, y esperimentaba al mismo tiempo el horror y el deslumbramiento de semejante espectáculo. Buho obligado á dirigir miradas de águila.

Digitized by Google

¡Con-que era verdad que habia escepciones, que la autoridad podia desconcertarse, que la regla podia retroceder ante un hecho, que todo no cabia en el testo de la ley, que lo imprevisto se hacia obedecer, que la virtud de un presidiario podia tender un lazo á la virtud de un empleado público, que lo monstruoso podia ser divino, que el destino tenia emboscadas de esta clase, y que el mismo Javert no estaba al abrigo de una sorpresa!

Veíase en la necesidad de reconocer con desesperacion, que la bondad existia. Aquel presidiario habia sido bueno; y tambien él, ¡cosa inaudita! acababa de serlo. Ibase, pues, depravando.

Se conceptuaba cobarde, y tenia horror de sí mismo.

El ideal para Javert no era ser humano, grande, sublime; era ser irreprensible. Ahora bien; acababa de cometer una falta.

¿Cómo habia podido cometerla? ¿Cómo habia pasado todo aquello? Ni él mismo lo sabia. Se cogia la cabeza con ambas manos; pero á pesar de sus esfuerzos, no alcanzaba á esplicárselo.

Él, sin duda, habia tenido siempre intencion de poner á Juan Valjean á disposicion de la ley, de que era cautivo, y de la cual él, Javert, era esclavo. Jamás, mientras le tuvo en sus manos, le habia ocurrido el pensamiento de dejarle ir. Hízolo, pues, en cierto modo, contra su voluntad, y sin saber lo que hacia.

¡Interrogatorio tremendo! Dirigíase preguntas, daba respuestas, y estas respuestas le aterraban. Preguntábase: ¿qué ha hecho ese presidiario, á quien he perseguido sin cesar, que me ha tenido bajo sus pies, que podia y debia vengarse, tanto por rencor como por seguridad, dejándome la vida, perdonándome? ¿Su deber? No. Algo mas. Y yo perdonándole á mi vez, ¿qué he hecho? ¿Mi deber? No. Algo mas. ¿Hay, pues, algo por cima del deber? Al llegar aquí se asustaba; dislocábase su balanza; uno de los platillos caia en el abismo, el otro se elevaba al cielo, y Javert sentia el mismo terror por el que subia como por el que bajaba. Sin haber en él nada de lo que se llama volteriano, ó filósofo, ó incrédulo; lleno, al contrario, instintivamente de respeto hácia la Iglesia establecida, no la conocia, sin embargo, sino como un fragmento augusto del edificio social. El órden era su dogma y le bastaba. Desde que tuvo edad de hombre y empezó á desempeñar su cargo, cifró en la policía casi toda su religion. Consideraba (y cuenta que empleamos aquí

Digitized by Google

las palabras sin la menor ironía, en la acepcion mas formal) el espionaje como un sacerdocio. Tenia un superior, que era Mr. Gisquet; apenas habia pensado hasta aquel dia en ese otro superior: Dios.

¡Dios! sentíale dentro de sí inesperadamente, y esperimentaba cierto malestar.

El hecho predominante para él era, que acababa de cometer una espantosa infraccion. Habia dado libertad á un criminal reincidente, á un presidiario. Habia robado á las leyes un hombre que les pertenecia. Nada menos que esto habia hecho, y no se comprendia á sí mismo.

Ni siquiera concebia las razones de su modo de obrar. Agitábale una especie de vértigo. Hasta entonces habia vivido con la fe ciega que engendra la probidad tenebrosa. Abandonábale esta fe; faltábale esta probidad. Todas sus creencias se desvanecian. Algunas verdades, que no queria escuchar, le asediaban inexorablemente.

En adelante era preciso ser otro hombre. Padecia los estraños dolores de una conciencia ciega, bruscamente devuelta á la luz. Veia lo que le repugnaba ver. Encontrábase vacío, inútil, segregado de su pasada vida, destruido, disuelto. En él habia muerto la autoridad, y no tenia ya razon de ser.

¡Situacion terrible la de sentirse conmovido!

¡Ser de granito y dudar! ¡Ser la estatua del castigo fundida de una vez en el molde de la ley, y hallar de repente que bajo el pecho de bronce hay algo de absurdo y de rebelde que se asemeja casi á un corazon! ¡Pagar un bien con otro bien, aunque hasta allí se hubiese creido que aquel bien era el mal! ¡Ser el perro de guardia y lamer! ¡Ser el hielo, y derretirse! ¡Ser la tenaza, y convertirse en mano! ¡Sentir de improviso que los dedos se abren para soltar la presa! ¡Horrible situacion!

¡El hombre proyectil sin saber ya el camino, y retrocediendo!

No habia sino dos maneras de salir de tan violento estado. Una, ir resueltamente á casa de Juan Valjean, y prender al reo. Otra...

Javert dejó el parapeto, é irguiendo su cabeza, se dirigió con paso firme al cuerpo de guardia indicado por un farol en una de las esquinas de la plaza del Chatelet.

Miró por el ventanillo, y viendo que estaba dentro un municipal, entró. Los empleados de policía se conocen entre sí en el modo como empujan la puerta de un cuerpo de guardia.

Digitized by Google

Javert dijo su nombre, mostró su tarjeta al municipal, y se sentó junto á una mesa, sobre la cual habia pluma, tintero y papel, por si se ofrecia formar alguna sumaria eventual, y tambien para escribir los partes de las rondas nocturnas.

La mesa del cuerpo de guardia, con su correspondiente silla de paja, es una especie de institucion; existe en todos los puestos de policía: sus constantes adornos son: un platillo de boj lleno de serrin, y una caja de carton con obleas encarnadas. Es el piso bajo del estilo oficial. Por ella empieza la literatura del Estado.

Javert tomó la pluma y un pliego de papel, y se puso á escribir lo siguiente:

ALGUNAS OBSERVACIONES

PARA BIEN DEL SERVICIO.

«Primero. Suplico al señor prefecto que pase la vista por estas »líneas.

»Segundo. Los detenidos que vienen de la sala de Audiencia se »quitan los zapatos, y permanecen descalzos en el piso de ladrillos »mientras se les registra. Muchos tosen cuando se les conduce al encier»ro. Esto ocasiona gastos de enfermería.

»Tercero. Es bueno seguir la pista, relevándose los agentes de »distancia en distancia; pero convendria que en las ocasiones impor»tantes, dos agentes, por lo menos, no se perdieran de vista, con obje»to de que, si por cualquier causa un agente afloja en el servicio, el »otro le vigile y haga sus veces.

»Cuarto. No se comprende por qué el reglamento especial de la »cárcel de las Madelonetas prohibe al preso que tenga una silla, aun »pagándola.

»Quinto. En la cantina de las Madelonetas no hay mas que dos »barrotes, y esto permite á la cantinera dejarse tocar la mano por los »detenidos.

»Sesto. Los detenidos, llamados ladradores, porque llaman á los »otros á la reja, exigen dos sueldos de cada preso por pregonar su nom»bre con voz clara. Es un robo.

»Sétimo. Por un hilo corredizo se retienen diez sueldos al preso

Digitized by Google

»en el taller de los tejedores. Es un abuso del contratista, pues no es »menos bueno el lienzo sin eso.

»Octavo. No parece bien que los que van á visitar la Fuerza, ten- »gan que atravesar por el patio de los raterillos para ir al locutorio de »Santa María Egipciaca.

»Noveno. Es cierto que diariamente se oye á los gendarmes re- »ferir en el patio de la prefectura los interrogatorios de los detenidos. »En un gendarme, que debiera ser sagrado, semejante revelacion es »una grave falta.

»Décimo. La señora Henry es una buena mujer; su cantina está »muy aseada; pero no es conveniente que una mujer pueda disponer »del secreto del calabozo. Esto no es digno de la Conserjería de una »gran civilizacion.»

Javert trazó las anteriores líneas con mano firme y escritura correcta, no omitiendo una sola coma, y haciendo crugir el papel bajo su pluma. Al pie firmó:

«JAVERT,
»*inspector de primera clase.*

»En el cuerpo de guardia de la plaza del Châtelet.
»7 de junio de 1832, á eso de la una de la madrugada.»

Secó la tinta fresca, dobló el papel en forma de carta, le puso una oblea, escribió encima: *Nota para la administracion*; lo dejó sobre la mesa, y salió del cuerpo de guardia. La puerta se cerró tras él.

Cruzó de nuevo diagonalmente la plaza del Châtelet, llegó al muelle, y fué á situarse con una exactitud automática en el punto mismo que habia dejado hacia un cuarto de hora. Los codos, como antes, sobre el parapeto; la actitud idéntica. Parecia no haberse movido.

Oscuridad completa. Era el momento sepulcral que sigue á la media noche.

Nubes espesas ocultaban las estrellas. El cielo tenia un aspecto siniestro. No se veia una sola luz en las casas de la *Cité*; no pasaba nadie; las calles y los muelles á donde la vista podia alcanzar, estaban desiertos; Nuestra Señora y las torres del palacio de Justicia parecian lineamentos de la noche. Un farol alumbraba el pretil del muelle. Los perfiles de

Digitized by Google

los puentes iban desapareciendo en las tinieblas unos tras otros. El rio habia crecido con las lluvias.

El paraje en que se habia apoyado Javert estaba, como se recordará, situado por cima del remolino del Sena, perpendicularmente á la formidable espiral de las olas que se desatan y vuelven á atar como un tornillo sin fin.

Javert inclinó la cabeza y miró. Todo estaba negro. No se distinguia nada. Oíase el ruido de la espuma, pero no se veia el rio. Por instantes aparecia en aquella profunda vorágine una luz que serpenteaba vagamente. Es virtud que tiene el agua de coger la luz, no se sabe dónde, en medio de la noche mas completa, y convertirla en culebra. La claridad no tardaba en disiparse, y todo volvia á quedar confuso y negro. La inmensidad parecia estar allí abierta. Debajo no era aquello agua, sino abismo. La muralla del muelle, recta, confusa, mezclada con el vapor, y ocultándose en seguida, producia el efecto de una muralla del infinito.

No se veia nada; pero se sentia la frialdad hostil del agua, y el olor especial de las piedras mojadas. Subia del abismo un hálito salvaje. La crecida del rio, que se adivinaba mas bien que percibirse, el trágico murmullo de las olas, la enorme lobreguez de los arcos del puente, la caida imaginable en aquel sombrío precipicio, todo estaba lleno de horror.

Javert permaneció algunos minutos inmóvil, mirando aquel abismo de tinieblas. Consideraba lo invisible con una fijeza que tenia algo de atencion. El único ruido era el del agua.

De repente se quitó el sombrero y lo puso en el pretil del muelle. Poco despues apareció de pie sobre el parapeto una figura alta y negra, que á lo lejos cualquiera transeunte retardado hubiera podido tomar por un fantasma, se inclinó hácia el Sena, volvió á enderezarse, y cayó luego á plomo en las tinieblas.

Hubo un estremecimiento sordo, y únicamente la sombra estuvo en el secreto de las convulsiones de aquella forma oscura que desapareció bajo las aguas.

FIN DEL LIBRO CUARTO.

Digitized by Google

LIBRO QUINTO.

EL NIETO Y EL ABUELO.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

DONDE SE VUELVE Á VER EL ÁRBOL CON EL PARCHE DE ZINC.

Algun tiempo despues de los acontecimientos que acabamos de referir, el señor Boulatruelle esperimentó una conmocion muy viva.

Como el lector recordará, el señor Boulatruelle es aquel peon caminero de Montfermeil, bosquejado ya en las partes tenebrosas de este libro.

Ocupábase en diferentes cosas, á cual mas turbia. Rompia piedras y desbalijaba á los viajeros en el camino real. Picapedrero y ladron, soñaba sin cesar con tesoros enterrados en el bosque de Montfermeil, y esperaba el dia menos pensado encontrar dinero al pie de algun árbol. Buscábalo entre tanto en el bolsillo de los transeuntes.

Por el momento, sin embargo, era prudente. Acababa de librarse de una buena; pues, segun en otro lugar hemos dicho, le cogieron en una buhardilla de Jondrette con los demás bandidos. Pero como para algo ha de servir tener un vicio, su borrachera le habia salvado. No se pudo averiguar si estaba allí en clase de robado ó de ladron; de donde resultó la providencia de «no há lugar,» fundada en su notorio estado de embriaguez aquella terrible noche. Marchóse en seguida á su camino de Gagny y Ligny para ocuparse en echar piedra; bajo la vigilancia del

Digitized by Google

Estado, abatido, meditabundo, disgustado del robo que estuvo á pique de perderle, y cada vez con mas cariño al vino, su salvador.

En cuanto á la viva emocion que esperimentó al poco tiempo de haber vuelto á su choza de peon caminero, vamos á decir la causa.

Una mañana que Boulatruelle se dirigia, como de costumbre, á su trabajo, y quizá al sitio desde donde acechaba, divisó entre las ramas á un hombre que estaba de espaldas hácia él, pero cuya traza, por lo que pudo juzgar desde lejos y á la luz del crepúsculo, no le era del todo desconocida. Boulatruelle, aunque borracho, tenia escelente memoria; arma defensiva indispensable á todo el que se pone en lucha con el órden legal.

—¿Dónde diablos he visto yo algo parecido á ese hombre? dijo para sí.

Pero la única respuesta que se le ocurrió fue, que se asemejaba á una persona, cuya imágen medio confusa tenia en la mente.

Por lo demás, Boulatruelle, prescindiendo de la identidad que no le fue posible fijar, hizo comparaciones y formó cálculos. Aquel hombre no era del pais, y acababa de llegar á pie evidentemente; pues ningun carruaje público iba á tales horas á Montfermeil. Habia andado toda la noche. ¿De dónde venia? La distancia no debia ser muy grande, pues no llevaba mochila ni lio. Sin duda venia de París. ¿Por qué estaba en aquel bosque y á semejante hora? ¿Qué objeto le traia allí?

Boulatruelle pensó en el tesoro. A fuerza de atormentar su memoria, recordó vagamente haber tenido ya, muchos años antes, otra alerta por el estilo con motivo de un hombre que se le figuró podria muy bien ser aquel mismo.

Mientras meditaba, habia bajado la cabeza, como cediendo á la presion del pensamiento; lo cual, aunque natural, fue poco hábil. Cuando la levantó no vió ya nada. El hombre habia desaparecido en el bosque y en las dudosas tintas del crepúsculo.

—¡Diablo! dijo Boulatruelle, ya le husmearé. Yo descubriré la parroquia de ese parroquiano. Yo sabré qué viene á buscar aquí ese paseante de Patron Minette. En mi bosque nadie tiene un secreto sin que procure yo averiguarlo.

Cogió su pico, que era muy puntiagudo, y murmuró entre dientes.

—Hay aquí con qué registrar la tierra y á ese hombre.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL BOSQUE DE MONTFERMEIL.

Digitized by Google

Y despues de estudiar lo mejor que pudo el itinerario del desconocido se puso en marcha al través de los árboles.

A los cien pasos, el dia, que empezaba á aclarar, le ayudó. Pisadas impresas acá y allá en la arena, yerbas tronchadas, matorrales rotos, tiernas ramas dobladas y que volvian á enderezarse con la graciosa lentitud de una linda jóven que estira sus brazos al despertar, le indicaron una pista. La siguió, pero no tardó en perderla.

Entre tanto el tiempo se pasaba.

Internóse en el bosque, y llegó á una especie de eminencia. Un cazador madrugador que cruzaba á lo lejos de un lado á otro, silbando el aire de Guillery, le inspiró la idea de trepar sobre un árbol. Aunque viejo, era ágil. Habia allí una corpulenta haya, digna de Títiro y de Boulatruelle, y el peon caminero subió á una de sus mas altas ramas.

La idea era buena. Al esplorar aquel sitio por el lado donde el bosque es mas bravío, Boulatruelle vió de repente á su hombre.

En seguida se perdió de vista.

El desconocido entró, ó mas bien se deslizó en un claro bastante lejano, oculto por grandes árboles, pero que Boulatruelle conocia perfectamente á causa de haber notado allí, cerca de un gran monton de piedras de molino, un castaño enfermo, con un parche de zinc adherido á la corteza. Este claro es el mismo llamado en otro tiempo el predio Blaru. El monton de piedras, cuyo destino ignoramos, y que estaba en aquel paraje hace treinta años, continuará aun allí sin duda. No hay longevidad como la de un monton de piedras, á no ser la de una empalizada de tablas, y mas si reune la circunstancia de provisional. ¡Qué razon mas fuerte para perpetuarse!

Boulatruelle, con la rapidez que da la alegría, se dejó caer en vez de bajar del árbol. Habia encontrado la guarida, y solo se trataba ahora de apoderarse de la fiera. El famoso tesoro, objeto de sus sueños, estaba allí probablemente.

No era obra fácil llegar al claro. Por los senderos trillados, llenos de zig-zags, se necesitaba algo mas de un cuarto de hora. En línea recta por el monte, allí sumamente espeso, espinoso y agresivo, habia que emplear una media hora larga. Boulatruelle no lo comprendió. Creyó en la línea recta; ilusion de óptica respetable, pero que pierde á muchas personas. El monte, erizado y todo, le pareció el mejor camino.

Digitized by Google

—Tomemos por la calle de Rívoli-de-los-Lobos, dijo.

Boulatruelle, acostumbrado á caminar siempre torcido, cometió esta vez la falta de ir en derechura.

Internóse resueltamente entre las malezas.

Tuvo que habérselas con acebos, ortigas, espinos, agavanzos, cardos y zarzas; quedando arañado en estremo.

Al pie del barranco habia agua, que le fue preciso atravesar.

Llegó al cabo de cuarenta minutos al predio Blaru, sudando, mojado, jadeante, feroz.

No vió á nadie.

Boulatruelle corrió al monton de piedras. El monton estaba allí; nadie se le habia llevado.

En cuanto al hombre, ni su sombra. Habíase evadido. Pero ¿por qué lado? ¿hácia dónde? Imposible adivinarlo.

Lo mas doloroso era que detrás del monton de piedras, al pie del árbol con el parche de zinc, se notaba la tierra removida, y habia un azadon olvidado ó abandonado, y un agujero.

El agujero estaba vacío.

—¡Ladron! gritó Boulatruelle levantando y aprentando los puños.

Digitized by Google

II.

DE CÓMO MARIO, SALIENDO DE LA GUERRA CIVIL, SE DISPONE PARA LA GUERRA DOMÉSTICA.

Mario permaneció mucho tiempo entre la muerte y la vida. Durante algunas semanas tuvo fiebre acompañada de delirio, y síntomas cerebrales de alguna gravedad, causados mas bien por la conmocion de las heridas en la cabeza, que por las heridas mismas.

Repitió el nombre de Cosette noches enteras en medio de la locuacidad lúgubre que da la fiebre, y con la sombría obstinacion del agonizante. Lo ancho de ciertas lesiones fue un peligro serio, pues la supuracion de las llagas podia siempre reabsorberse y matar al enfermo, existiendo ciertas influencias atmosféricas. A cada mutacion de tiempo, al menor huracan, el médico se asustaba.

—Sobre todo, procurar que el herido no esperimente ninguna emocion, repetia.

Las curas eran complicadas y difíciles, pues en aquella época no se conocia aun el modo de fijar los aparatos y vendajes con el espadrapo. Nicolasa gastó en hilas una sábana «del tamaño del techo,» decia. Trabajo costó para que las lociones de cloro y el nitrato de plata impidiesen la gangrena.

Digitized by Google

Mientras duró el peligro, el señor Gillenormand, á la cabecera del lecho de su nieto, estaba como Mario, ni muerto ni vivo.

Todos los dias una, y hasta dos veces, un caballero con el pelo blanco y decentemente vestido (tales eran las señas del portero), venia á saber del enfermo, y dejaba para las curas un gran paquete de hilas.

Por fin, el 7 de setiembre, al cabo de cuatro meses, dia por dia, contados desde la fatal noche en que le habian traido moribundo á casa de su abuelo, el médico declaró que respondia de Mario.

Empezó la convalecencia.

Sin embargo, tuvo que permanecer aun mas de dos meses tendido en un sillon, á causa de los accidentes producidos por la fractura de la clavícula. Hay siempre una llaga, la última, que no quiere cerrarse, y que eterniza la curacion con gran fastidio del paciente.

En cambio, aquella larga enfermedad y la no menos larga convalecencia, le libraron de las pesquisas judiciales. En Francia no hay cólera, aun siendo pública, que no se estinga á los seis meses. En el estado actual de la sociedad todos tienen su parte de culpa en los motines, y por lo mismo todos sienten la necesidad de cerrar los ojos.

Bueno será añadir que el incalificable edicto de Gisquet, mandando á los médicos que denunciasen á los heridos, indignó de tal modo al público, y al rey en primer lugar, que los heridos se encontraron cubiertos y protegidos por aquella indignacion. Escepto los que habian sido cogidos en el sitio del combate, ninguno se vió inquietado por los consejos de guerra. Dejóse, pues, á Mario tranquilo.

El señor Gillenormand padeció al principio todas las angustias para esperimentar luego todos los éstasis. Costó mucho impedirle que pasase las noches enteras junto al herido. Mandó colocar su colosal sillon al lado de la cama de Mario, y exigió que su hija emplease el mejor lienzo de la casa en hacer compresas y vendajes.

La señorita Gillenormand, obrando como persona prudente, y ya mayor, halló medio de economizar el lienzo fino, dejando al abuelo en la creencia de que le obedecian. El señor Gillenormand no permitió le probasen que se sacan mejores hilas del lienzo burdo que de la batista, y del usado que del nuevo.

Asistia á todas las curas que el pudor vedaba á la señorita Gillenormand presenciar. Cuando se cortaban las carnes muertas con las tije-

Digitized by Google

ras, esclamaba: *¡ay! ¡ay!* Nada mas interesante que verle dar al herido con trémula mano una taza de tisana.

Abrumaba al médico con preguntas, sin advertir que no hacia mas que repetir siempre las mismas.

El dia en que el facultativo le anunció que Mario estaba fuera de peligro, faltó poco al buen anciano para volverse loco. Dió tres luises de gratificacion al portero. Por la noche, al entrar en su cuarto, bailó una gavota, imitó las castañuelas con los dedos pulgar é índice, y cantó las siguientes endechas:

Juana es el nombre
de la pastora
que ciego adora
mi corazon.

En sus pupilas,
en su garganta,
hasta en su planta
vive el amor.

De allí sus dardos
el Dios asesta,
y estro me presta
para cantar,

La sal y el garbo
con que á Diana
mi hermosa Juana
venciendo está.

Arrodillóse luego sobre una silla, y Vasco, que le veia desde la puerta á medio cerrar, no tuvo duda de que oraba.

Hasta entonces no habia creido verdaderamente en Dios.

A cada nueva fase de la convalecencia, que iba notándose mas y mas, el abuelo hacia mil locuras. Ejecutaba multitud de acciones maquinales impregnadas de alegría; subia y bajaba las escaleras sin saber por qué. Una vecina, no mal parecida por cierto, se quedó asombrada al recibir por la mañana un gran ramo de flores; el señor Gillenormand se lo habia enviado, y el marido, ardiendo en celos, tuvo una séria esplicacion con su mujer. El señor Gillenormand se empeñó dos ó tres

Digitized by Google

veces en sentar á Nicolasa sobre sus rodillas. Llamaba á Mario, señor baron, y gritaba: ¡Viva la república!

A cada instante preguntaba al médico:

—¿No es verdad que ya no hay peligro?

Miraba á Mario con ojos de abuela. Cuando comia, le contemplaba alelado. No se conocia, no hacia mérito de sí mismo para nada. Mario era el dueño de la casa; en el colmo de su júbilo habia abdicado, viniendo á ser el nieto de su nieto.

Era el mas venerable de los niños. Por miedo de fatigar ó de importunar al convaleciente, se ponia por detrás para prodigarle sus sonrisas. Estaba contento, gozoso, fuera de sí; habia rejuvenecido. Sus cabellos blancos realzaban con suave magestad la lúcida alegría que brotaba de su rostro. Cuando la gracia se mezcla con las arrugas, es verdaderamente adorable. Hay no sabemos qué aurora en las dulces espansiones de la vejez.

En cuanto á Mario, mientras se dejaba curar y cuidar, no tenia mas que una idea fija: Cosette.

Desde que estaba sin fiebre, y por consiguiente sin delirio, no habia vuelto á pronunciar este nombre; parecia que no pensaba ya en él, y precisamente su silencio provenia de lo contrario. Toda su alma se concentraba en este pensamiento: Cosette.

No sabia qué habia sido de ella; los sucesos de la calle de la Chanvrerie vagaban como una nube en su memoria; los confusos nombres de Eponina, Gavroche, Mabeuf, los Thenardier y todos sus amigos envueltos lúgubremente con el humo de la barricada, flotaban en su espíritu; la estraña aparicion del señor Fauchelevent en aquella sangrienta aventura le causaba el efecto de un enigma en una tempestad; no comprendia su propia vida; no sabia cómo ni por quién habia sido salvado; tampoco lo sabian las personas que le rodeaban. Todo lo que pudieron decirle es que le habian traido de noche en un carruaje de alquiler á la calle de las Monjas del Calvario. Pasado, presente, porvenir: nieblas, ideas vagas en su entendimiento; pero en medio de aquella bruma habia un punto inmóvil, una línea clara y precisa, una cosa de granito, una resolucion, una voluntad: encontrar á Cosette. Para él la idea de la vida no era distinta de la idea de Cosette; y habia decretado en el fondo de su corazon, que no aceptaria lo uno sin lo otro. Su deci-

Digitized by Google

sion definitiva é invariable consistia en exigir de cualquiera que quisiese obligarle á continuar viviendo, de su abuelo, de la suerte, hasta del infierno, la restitucion de su Eden perdido.

No ignoraba las dificultades con que iba á luchar.

Hay un pormenor que no debemos pasar en silencio, y es que los cuidados y cariños de su abuelo no le cautivaban, y apenas le conmovian. Por de pronto, no estaba en el secreto de todos; y luego, en sus meditaciones de convaleciente, aun calenturientas quizá, desconfiaba de aquella solicitud como de una cosa estraña y nueva, encaminada á sojuzgarle. Manteníase, pues, frio. El abuelo prodigaba en vano sus octogenarias sonrisas. Mario decia para sí que el anciano seguiria tan complaciente mientras el jóven no hablase; pero que, en cuanto se tratara de Cosette, todo cambiaria de aspecto, y la verdadera actitud del señor Gillenormand apareceria sin halagüeños disfraces. Entonces el choque tendria que ser violento; recrudescencia de las cuestiones de familia, cotejo de posiciones, todos los sarcasmos y todas las objeciones á la vez, Fauchelevent, Coupelevent, la fortuna, la pobreza, la miseria, el último apuro, el porvenir. Resistencia tenaz, y por conclusion, la negativa. Mario procuraba parapetarse de antemano.

Y luego, á medida que iba cobrando fuerzas, renacian sus antiguos agravios, abríanse de nuevo las envejecidas úlceras de su memoria, pensaba en el pasado, el coronel Pontmercy se interponia entre él y el señor Gillenormand, y el resultado era, que ningun bien podia esperar de quien habia sido tan injusto y tan duro con su padre. Su salud y la aspereza hácia su abuelo seguian la misma proporcion. El anciano lo notaba, y sufria sin desplegar los labios.

El señor Gillenormand observaba tambien, aunque nada decia, que Mario, desde su vuelta al techo paterno, no habia pronunciado una sola vez la palabra *padre*. Es verdad que no sustituia la de *señor*; pero hallaba medio de no decir ni lo uno ni lo otro, dando cierto giro á las frases.

No cabia duda de que se aproximaba una crísis.

Como sucede casi siempre en tales casos, Mario á fin de probar sus fuerzas, intentó una escaramuza antes de empeñar la batalla.

Esto se llama reconocer el terreno.

Aconteció una mañana que el señor Gillenormand, á propósito de

Digitized by Google

un periódico que le vino á mano, habló ligeramente de la Convencion, y lanzó un epifonema realista contra Danton, Saint-Just y Robespierre.

—Los hombres de 93 eran gigantes, dijo Mario con severidad.

El anciano se calló, y no volvió á chistar en todo el dia.

Mario, que tenia presente siempre al inflexible abuelo de sus primeros años, vió en aquel silencio una profunda concentracion de cólera, auguré una lucha encarnizada, y aumentó en lo recóndito de su pensamiento los preparativos de combate.

En caso de negativa, se arrancaria los aparatos, dislocaria su clavícula, dejaria al descubierto las llagas que aun estaban sin cerrarse, y rechazaria todo alimento. Las heridas eran sus municiones. Cosette ó la muerte.

Aguardó el momento favorable con la paciencia propia de los enfermos.

Este momento llegó.

Digitized by Google

III.

MARIO ATACA.

Un dia el señor Gillenormand, mientras que su hija arreglaba los frascos y las tazas en el mármol de la cómoda, inclinado sobre Mario, le decia con la mayor ternura:

—Mira, querido mio, en tu lugar preferiria ahora la carne al pescado. Un lenguado frito es bueno al principio de la convalecencia; pero despues, al irse ya á levantar el enfermo, no hay como una chuleta.

Mario, que habia recobrado ya casi todo su vigor, hizo un esfuerzo, se incorporó en la cama, apoyó las manos en la colcha, miró á su abuelo de frente, tomó un aire terrible, y dijo:

—Esto me pone en camino de participaros una cosa.

—¿Cuál?

—Que quiero casarme.

—Lo habia previsto, dijo el abuelo soltando una carcajada.

—¿Cómo previsto?

—Sí, previsto. Tendrás tu chiquilla.

Mario, atónito y sin saber qué pensar, se sintió acometido de un temblor.

El señor Gillenormand continuó;

Digitized by Google

—Sí, verás colmados tus deseos; tendrás esa preciosa niña. Ella viene todos los dias, bajo la forma de un señor ya anciano, á saber de tí. Desde que estás herido, pasa el tiempo en llorar y en hacer hilas. Me he informado, y resulta que vive en la calle del Hombre-Armado, número 7. ¡Ah! ¿Con que la quieres? Perfectamente, la tendrás. Esto destruye todos tus planes. Habias formado tu conspiracioncilla, diciendo para tí:—Voy á significar mi voluntad, sin andarme en rodeos, crudamente, á ese abuelo, á esa momia de la Regencia y del Directorio, á ese antiguo pisaverde, á ese Dorante convertido en Geronte. Tambien él ha tenido sus ligerezas, sus amoríos, sus grisetas, sus Cosettes. Tambien él ha arrullado y arrastrado el ala y comido el pan de los veinte años, será preciso que se acuerde. Vamos á verlo. Batalla: ¡Ah! te has llevado chasco, y merecido. Te ofrezco una chuleta, y me respondes que quieres casarte. Golpe de efecto. Contabas de seguro con que habria escándalo, olvidándote de que soy un viejo cobarde. ¿Qué dices ahora? Estás con la boca abierta. No esperabas encontrar al abuelo mas borrico aun que tú, y pierdes asi el discurso que debias dirigirme. Vamos, señor abogado, esto es para desesperar. Pues bien, peor que peor; rabia. He seguido la corriente de tu deseo ¡imbécil! Escucha. He tomado informes, pues tambien yo tengo mis puntas de socarron, y se que es hermosa y formal. Lo del lancero es pura invencion. Ha hecho un monton de hilas, vale un Perú, te adora, y si hubieras muerto, habríamos sido tres; su ataud hubiera acompañado al mio. Desde que te ví mejor, se me ocurrió traértela, asi, de buenas á primeras, á la cabecera del lecho; pero solo en las novelas se introduce de ese modo á las jóvenes en las alcobas donde yacen sus galanes heridos. En la vida real no existe tal costumbre. ¿Qué hubiera dicho tu tia? La mayor parte del tiempo estabas desnudo. Pregunta á Nicolasa, que no se ha separado de tí un momento; si era posible que una mujer se acercase á tu cama. Y además, ¿que hubiera dicho el médico? Una jóven bonita no es el mejor remedio contra la fiebre. Por último, ¿á qué hablar mas de eso? Es negocio concluido; tómala. ¿Te parezco feroz? He visto que no me querias, y he dicho en mis adentros: ¿qué podria hacer para que ese animal me quisiese? Darle su Cosette, y entonces será preciso que me quiera algo. ¡Ah! Te figurabas que el abuelo iba á incomodarse, á dar voces, á gritar ¡no! ¡á empañar

Digitized by Google

con su cólera toda esta aurora de felicidad! Nada de eso. Cosette y el amor: convenido. Yo no deseo otra cosa. Caballero, tomaos la molestia de casaros. ¡Sé dichoso, hijo de mi alma!

Dicho esto, el anciano prorumpió en sollozos.

Cogió la cabeza de Mario, la estrechó contra su pecho, y los dos se pusieron á llorar. El llanto es una de las formas de la suprema dicha.

—¡Padre mio! esclamó Mario.

—¡Ah! ¡Con que me quieres! dijo el anciano.

Hubo un momento de inefable espansion, en que se ahogaban sin poder hablar.

Por fin, el abuelo tartamudeó:

—Vamos, ya está desenojado, ya ha dicho padre mio.

Mario desprendió su cabeza de los brazos del anciano, y dijo alzando apenas la voz:

—Pero, padre mio, ahora que estoy bueno, me parece que podria verla.

—Tambien lo tenia previsto. La verás mañana.

—¡Padre mio!

—¿Qué?

—¿Por qué no hoy?

—Sea hoy; concedido. Me has dicho tres veces «padre mio,» y váyase lo uno por lo otro. En seguida te la traerán. Lo tenia previsto, créeme. Esto ha sido ya puesto en verso. Es el desenlace de la elegia del *Enfermo* de Andrés Chenier, de Andrés Chenier, á quien degollaron los malva.....—los gigantes de 93.

Figurósele al señor Gillenormand percibir un ligero fruncimiento de cejas en Mario, quien, á la verdad, debemos decirlo, ya no le escuchaba, sumido en amoroso éstasis, y pensando mucho mas en Cosette que en 1793. El abuelo, temeroso de haber introducido tan fuera de tiempo á Andres Chenier en el diálogo, repuso con precipitacion:

—Degollaron, no es la palabra propia. El hecho es que los grandes genios revolucionarios, que no eran malvados; esto es incontestable; que eran héroes, ¡par diez! conocian que Andrés Chenier los molestaba un poco, y le hicieron guillot.....—Es decir, que esos grandes hombres, el 7 de termidor, por interés del bien público, suplicaron á Andrés Chenier que se dejase.....

Digitized by Google

El señor Gillenormand, cogido, como quien dice, entre dos fuegos por su propia frase, no pudo continuar. No acertando á concluir ni á retractarse, aprovechó el instante en que su hija arreglaba la almohada de Mario, y trastornado con tan vivas emociones, se lanzó tan aprisa como se lo permitieron sus años, fuera de la alcoba, cerró la puerta tras de sí, y encendido el rostro, sofocado, echando espumarajos por la boca, desencajados los ojos, se encontró cara á cara con el buen Vasco que limpiaba las botas en la antecámara, le cogió del cuello, y le gritó furioso:

—¡Por todos los diablos del infierno! ¡Sí! ¡Le asesinaron esos bandidos!

—¿A quién, señor?

—A Andrés Chenier.

—Si señor, se apresuró á decir Vasco asustado.

Digitized by Google

IV.

DONDE SE VERÁ QUE LA SEÑORITA GILLENORMAND SE CONFORMÓ AL FIN CON QUE EL SEÑOR FAUCHELEVENT ENTRASE LLEVANDO UN BULTO DEBAJO DEL BRAZO.

Cosette y Mario se volvieron á ver.

Renunciamos á describir la entrevista. Hay cosas que no son del dominio de la pintura; el sol, por ejemplo.

Toda la familia, inclusos Vasco y Nicolasa, estaba reunida en el cuarto de Mario cuando entró Cosette.

Apareció en el umbral; diríase que la rodeaba una aureola.

Precisamente en aquel instante iba á sonarse el anciano, y se quedó parado, cogida la nariz, y mirando á Cosette por encima del pañuelo.

—¡Adorable! esclamó.

Despues se sonó estrepitosamente.

Cosette estaba embriagada de placer, medio asustada, en el cielo. Tenia ese azoramiento que da la felicidad. Balbuceaba, ya pálida, ya encendida, queriendo echarse en brazos de Mario, y sin atreverse. Avergonzábase de amar delante de tanta gente. No hay compasion para los amantes dichosos; se está junto á ellos cuando mas desearian verse solos. ¿A qué necesitan de todas esas personas?

Detrás de Cosette habia entrado un hombre de cabellos blancos, gra-

Digitized by Google

ve, y sin embargo sonriente, aunque su sonrisa tenia cierto tinte vago y doloroso. Era el señor Fauchelevent; era Juan Valjean.

Estaba *vestido decentemente*, como habia dicho el portero, de negro y de nuevo, y con corbata blanca.

El portero no podia, ni remotamente figurarse, en aquella persona bien vestida, en aquel notario probable, al horrible individuo que surgió ante él la noche del 7 de junio, harapiento, lleno de fango, asqueroso, con antifaz de sangre y cieno, llevando en brazos á Mario sin sentido; y sin embargo, su olfato de portero estaba escitado. Cuando el señor Fauchelevent llegó con Cosette, no pudo menos de decir por lo bajo á su mujer:

—No se por qué, pero se me antoja que he visto otra vez esa cara.

El señor Fauchelevent, en el cuarto de Mario, permanecia como aparte y junto á la puerta. Llevaba bajo el brazo un paquete bastante parecido á un tomo en octavo, con cubierta de papel verde, algo mohoso.

—¿Llevará siempre ese caballero libros bajo el brazo? preguntó en voz baja á Nicolasa la señorita Gillenormand, poco amiga de libros.

—¡Y qué! respondió en el mismo tono el señor Gillenormand que la habia oido; será algun sabio. ¿Qué tiene eso de particular? ¿Es culpa suya? El señor Bouland, á quien conocí, no salia nunca sin un libraco, asi como lo lleva el señor.

Y saludando, dijo en voz alta:

—Señor Tranchelevent...

El señor Gillenormand no lo hizo adrede, pues la poca atencion á los nombres propios era en él estilo aristocrático.

—Señor Tranchelevent, tengo el honor de pediros para mi nieto, el señor baron Mario de Pontmercy, la mano de esta señorita.

«El señor Tranchelevent» se inclinó en señal de asentimiento.

—Negocio concluido, dijo el abuelo.

Y volviéndose hácia Mario y Cosette, con los dos brazos estendidos, en actitud de bendecir, les gritó:

—Se os permite adoraros.

No dieron lugar á que se les repitiese, pues en seguida empezó el susurro. Se hablaban en voz baja, Mario recostado en el sillon y Cosette de pie junto á él.

Digitized by Google

¡Dios mio! decia Cosette, os vuelvo á ver. ¡Eres tú! ¡Sois vos! ¡Haber ido á combatir de ese modo! ¿Y por qué? Es horrible. En cuatro meses no he vivido. ¡Oh! ¡qué maldad haber tomado parte en esa batalla! ¿Qué os habia yo hecho? Os perdono, pero con la condicion de que será la última vez. Ahora mismo, cuando se nos avisó que viniésemos, creí de nuevo que iba á morir, pero era de alegría. ¡Estaba tan triste! No me detuve á vestirme; y asi debo parecerte horrorosa. ¡Qué dirán vuestros padres al reparar que traigo el cuello tan estrujado! Pero ¡hablad! Seguimos viviendo en la calle del Hombre-Armado. ¡Con que tan honda herida tenias en el hombro! Me han asegurado que cabia dentro el puño. Además, parece que ha habido carne cortada con tijeras. Esto si que causa horror. He llorado hasta agotarse el raudal de mis lágrimas. No comprendo cómo se puede sufrir tanto. ¡Qué aire de bondad el de vuestro abuelo! No os molesteis, no os apoyeis en el codo, vais á haceros daño. ¡Oh! ¡qué feliz soy! Ha acabado para nosotros la desgracia. Soy una tonta. Queria deciros cosas que no sé. ¿Me amais como antes? Vivimos en la calle del Hombre-Armado. Allí no hay jardin. Mi pasatiempo consistia en hacer hilas. Aquí teneis, caballero; mirad cómo por culpa vuestra se me ha formado en este dedo una callosidad.

—¡Angel! esclamó Mario.

Angel es la sola palabra del idioma que no se gasta nunca. Ninguna otra resistiria al incesante empleo que hacen de ella los enamorados.

Despues, como habia gente delante, cesaron de hablar, contentándose con estrecharse suavemente la mano.

El señor Gillenormand se volvió á los que estaban en el cuarto, y les dijo:

—Vamos, hablad alto, meted ruido, ¡qué diablo! para que estos muchachos puedan charlar á su gusto.

Y acercándose á Mario y Cosette, les dijo por lo bajo:

—Tuteáos. No os violenteis.

La señorita Gillenormand contemplaba con cierto estupor esta irrupcion de claridad en su interior de solterona. Pero aquel estupor no tenia nada de agresivo; no era por ningun concepto la mirada gazmoña y envidiosa de una vieja zorra corrida; era la mirada imbécil de una pobre

Digitized by Google

inocente de cincuenta y siete años; era la vida sin objeto contemplando el amor, ese triunfo.

—Yo te lo tenia anunciado, le dijo su padre; no podia dejar de sucederte esto.

Permaneció un instante en silencio, y luego añadió:

—Mira la dicha de los demás.

Dirigiéndose entonces á Cosette, esclamó:

—¡Es preciosa! ¡Preciosa! Es una obra de Greuze. ¿Y vas tú solo á poseer semejante tesoro, pilluelo? ¡Ah bribon! De buena te libras. Si yo tuviera quince años menos, nos la disputaríamos á sablazos. Señorita, estoy enamorado de vos, y no tiene nada de estraño que lo esté, pues tal es vuestro derecho. ¡Y qué boda, qué monísima boda vamos á celebrar! Nuestra parroquia es San Dionisio del Santísimo Sacramento; pero obtendré una dispensa para que os caseis en San Pablo, que es mejor iglesia. La construyeron los jesuitas. Os parecerá lindísima. Está mirando á la fuente del cardenal de Birague. La obra maestra de la arquitectura jesuítica se encuentra en Namur. Será preciso ir á verla cuando esteis casados. Vale la pena del viaje. Señorita, coincido enteramente con vuestro modo de pensar; quiero que las jóvenes se casen, pues para eso las ha criado Dios. Quedarse soltera es meritorio, pero frio. La Biblia dice: multiplicaos. Para salvar al pueblo se necesita de Juana de Arco; mas para que no se concluya la especie, se necesita de la tia Antonia. Casaos, pues, hermosas. ¿De qué sirve permanecer solteras? Sé muy bien que se tiene una capilla aparte en la iglesia, y que todos se inclinan ante la cofradía de la Vírgen; pero ¡vive Dios! un buen marido, mozo guapo y de provecho, y al cabo de un año un chiquitin rollizo y rubio, que mame por cuatro, cuyos muslos no quepan en las manos de gordos, y que juegue con los piececitos rosados en el seno materno, riéndose con la sonrisa de la aurora; esto vale mas que llevar un cirio en la iglesia, y cantar: *¡Turris Eburnea!*

El abuelo ejecutó una pirueta sobre sus talones de ochenta años, y en seguida se puso de nuevo á hablar como movido de un resorte:

Asi, limitando el curso
De cavilaciones tantas,
Alcipo, no cabe duda,
Dentro de poco te casas.

Digitized by Google

—A propósito.

—¿Qué, padre mio?

—¿No tenías un amigo íntimo?

—Sí, Courfeyrac.

—¿Qué se ha hecho de él?

—Ha muerto.

—Mas vale asi.

Sentóse junto á ellos, hizo sentar á Cosette, y tomando sus cuatro manos en las suyas arrugadas por la edad, dijo:

—Es bocado esquisito esta picarona. ¡Es una obra maestra esta Cosette! Muy niña y muy señora al mismo tiempo; lástima que no lleve mas título que el de baronesa, pues ha nacido marquesa. ¡Y qué pestañas tiene! Hijos mios, convenceos de que es verdad lo que pasa á vuestro alrededor y dentro de vosotros. Amaos hasta embobeceros. El amor es la tontería de los hombres y el talento de Dios. Adoraos. Pero, añadió, poniéndose triste de repente, ¡qué lástima! ahora caigo en ello. Mas de la mitad de mis rentas son vitalicias. Mientras yo viva, todo marchará bien; pero, despues que muera, de aquí á unos veinte años ¡ah, pobrecillos! no tendreis un cuarto. Esas bonitas y blancas manos, señora baronesa, se verán quizá obligadas á dedicarse á faenas que no son de vuestra clase.

Oyóse, al llegar aquí, una voz grave y tranquila, que decia:

—La señorita Eufrasia Fauchelevent tiene seiscientos mil francos.

Era la voz de Juan Valjean.

No habia desplegado aun los labios; nadie parecia cuidarse siquiera de que estuviese allí, y él permanecia de pie é inmóvil detrás de todos aquellos seres dichosos.

—¿Quién es la señorita Eufrasia? preguntó el abuelo como asustado.

—Soy yo, respondió Cosette.

—¡Seiscientos mil francos! repuso el señor Gillenormand.

—Menos catorce ó quince mil quizá, dijo Juan Valjean.

Y colocó en la mesa el paquete que la señorita Gillenormand habia tomado por un libro.

Juan Valjean lo abrió en seguida; era un legajo de billetes de Banco. Los contó, y habia quinientos billetes de mil francos, y ciento sesenta y ocho de quinientos. Total: quinientos ochenta y cuatro mil francos.

Digitized by Google

—¡Buen libro! dijo el señor Gillenormand.

—¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos! murmuró entre dientes la tia.

—Esto allana muchas cosas, ¿no es verdad, señorita Gillenormand mayor? preguntó el abuelo. ¡Ese diablo de Mario que ha ido á tropezar en la region de los sueños con una griseta millonaria! ¡Fiaos ahora en los amoríos de los jóvenes! Los estudiantes ¡ahí es nada! encuentran gangas de seiscientos mil francos. Ni Rothschild.

—¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos! repetia á media voz la señorita Gillenormad. ¡Quinientos ochenta y cuatro! Poco falta para los seiscientos mil. ¡Oh!

En cuanto á Mario y Cosette, no hacian en todo este tiempo mas que mirarse, prestando apenas atencion á aquel incidente.

Digitized by Google

V.

DONDE PRUEBA QUE ES MAS SEGURO DEPOSITAR EL DINERO EN CIERTOS BOSQUES QUE EN MANOS DE CIERTOS NOTARIOS.

El lector debe haber comprendido, sin que necesitemos esplicárselo, latamente que Juan Valjean, despues del resultado obtenido en lo de Champmathieu, pudo, gracias á su primera evasion de algunos dias, ir á París, y retirar á tiempo de la casa de Laffitte la suma que habia ganado, bajo el nombre del señor Magdalena, en M.—de M.—; y que temeroso de que le cogiesen, lo que no tardó en suceder, habia ocultado aquella suma, enterrándola en el bosque de Montfermeil, donde dicen el predio Blaru. La cantidad, consistente en seiscientos treinta mil francos, toda en billetes de Banco, abultaba poco y cabia en una caja; solo que, para preservar ésta de la humedad, la habia colocado en un cofrecito de encina, lleno de virutas de castaño. En el mismo cofrecito guardó otro tesoro; los candelabros del obispo. Se recordará que llevó consigo estos candelabros al evadirse de M.

El hombre á quien Boulatruelle vió una noche por primera vez, era Juan Valjean. Luego, cada vez que Juan Valjean necesitaba dinero, iba á buscarlo al claro Blaru; de ahí las ausencias de que hemos hablado.

Tenia oculto un azadon entre los matorrales, en un paraje de él solo conocido.

Digitized by Google

Cuando vió á Mario convaleciente, presintiendo que se acercaba la hora en que aquel dinero podia ser útil, fué á buscarlo. Ya se habrá colegido cómo y por qué le volvió á divisar Boulatruelle en el bosque, aunque esta vez de madrugada y no de tarde. Boulatruelle heredó el azadon.

La cantidad verdadera ascendia á quinientos ochenta y cuatro mil francos, Juan Valjean tomó para sí los quinientos francos.

—Despues veremos, dijo en su interior.

La diferencia entre esta suma y los seiscientos treinta mil francos retirados de la casa de Laffitte representaba el gasto de diez años, de 1823 á 1833. Los cinco que permaneció en el convento no habian costado mas que cinco mil francos.

Juan Valjean colocó los dos candelabros de plata sobre la chimenea, donde los contemplaba con grande admiracion la tia Santos.

Por lo demás, Juan Valjean sabia que nada tenia ya que temer de Javert. Habia oido contar, y lo vió confirmado en el *Monitor*, el caso de un inspector de policía, llamado Javert, al que encontraron ahogado debajo de un barco chato de lavandera, entre el Pont-du-Change y el Puente Nuevo. Un escrito que habia dejado el tal inspecctor, hombre por otra parte irreprensible y apreciadísimo de sus jefes, inducia á creer en un acceso de enagenacion mental, como causa inmediata del suicidio.

—En efecto, pensó Juan Valjean, debia estar loco cuando, teniéndome en su poder, me dejó ir libre.

Digitized by Google

VI.

DONDE SE VERÁ CÓMO LOS DOS ANCIANOS PROCURAN LABRAR, CADA UNO Á SU MANERA, LA FELICIDAD DE COSETTE.

Se dispuso todo para el casamiento. Habiéndose consultado al médico, declaró que podria verificarse en el mes de febrero.

Corria el mes de diciembre. Algunas semanas de perfecta é inefable dicha se pasaron. El abuelo no era el menos feliz. Empleaba sus buenos cuartos de hora contemplando á Cosette.

—¡Qué admirable niña! decia. ¡Y qué aire tan dulce y candoroso tiene! En toda mi vida he visto muchacha mas preciosa. Mas adelante poseerá virtudes con olor á violeta. Es una de las Gracias. Hay por necesidad que vivir noblemente con semejante criatura. Mario, hijo mio, eres baron y rico; déjate de defender pleitos; yo te lo ruego.

Cosette y Mario habian pasado repentinamente del sepulcro al paraiso. La transicion habia sido tan inesperada, que solo el deslumbramiento les impidió perder el sentido.

—¿Comprendes algo de todo esto? preguntaba Mario á Cosette.

—No, respondia Cosette; pero me parece que Dios nos está mirando.

Juan Valjean hizo, aplaudió, concilió y facilitó todo, apresurando

Digitized by Google

la dicha de Cosette con tanta solicitud y alegría, á lo menos en la apariencia, como la jóven misma.

La circunstancia de haber sido corregidor, le ayudó á resolver un problema delicado, cuyo secreto le pertenecia á él solo: el estado civil de Cosette. Decir secamente su orígen ¿quién sabe? tal vez fuese un obstáculo para el casamiento. Él supo allanar todas las dificultades, arreglando á Cosette una familia de personas ya difuntas, lo cual era el mejor medio de evitar reclamaciones. Cosette era el último vástago de un tronco ya seco. Debia el nacimiento, no á él, sino á otro Fauchelevent; hermano suyo. Los dos hermanos habian sido jardineros en el convento de la calle de Postas. Las buenas monjas dieron escelentes informes; poco aptas y sin inclinacion á sondear las cuestiones de paternidad, no supieron nunca fijamente de cuál de los dos Fauchelevent era hija Cosete. Dijeron lo que se quiso, y lo dijeron con celo. Estendióse una acta de notoriedad, y Cosette fue, ante la ley, la señorita Eufrasia Fauchelevent, huérfana de padre y madre. Juan Valjean hizo de modo que se le designase, bajo el nombre de Fauchelevent, por tutor de Cosette, con el señor Gillenormand en clase de tutor sustituto.

En cuanto á los quinientos ochenta y cuatro mil francos, era un legado hecho á Cosette por una persona, ya difunta, y que deseaba permanecer desconocida. El legado primitivo habia sido de quinientos noventa y cuatro mil francos; pero se gastaron diez mil en la educacion de la señorita Eufrasia; la mitad pagada al indicado convento. Este legado, depositado en manos de un tercero, debia entregarse á Cosette en siendo mayor de edad, ó cuando se casase.

Todo esto era muy aceptable, como se ve desde luego, y mas apoyándose en la firme base de medio millon y pico de francos. Habia esparcidas acá y allá algunas singularidades; pero se hizo la vista gorda. Uno de los interesados tenia los ojos vendados por el amor, y los demás por los seiscientos mil francos.

Cosette supo que no era hija de aquel anciano, á quien habia llamado padre tanto tiempo. Era solo un pariente, y su verdadero padre el otro Fauchelevent. En otra cualquiera ocasion esto la habria lastimado; pero en aquellos momentos supremos de inefable felicidad, fue apenas una sombra, una nubecilla, que el esceso de la alegría disipó

Digitized by Google

pronto. Tenia á Mario. Al tiempo de desvanecerse para ella la personalidad del anciano, surgia la del jóven. Esta es la vida.

Cosette, por otra parte, estaba habituada hacia muchos años á ver en torno suyo enigmas; todo ser que ha tenido una infancia misteriosa, se halla siempre dispuesto á ciertas privaciones.

Continuó, sin embargo, llamando «padre» á Juan Valjean.

Cosette, en su amoroso éstasis, se sentia entusiasmada por el señor Gillenormand, aunque él verdaderamente la colmaba de madrigales y de regalos. Mientras que Juan Valjean construia á Cosette una situacion normal en la sociedad, y un estado al abrigo de todos los ataques, el señor Gillenormand cuidaba del canastillo de boda. Nada le divertia tanto como mostrarse espléndido. Dió á Cosette un vestido de guipur de Binche que habia llevado su abuela.

—Las modas antiguas vuelven á usarse, decia, y las jóvenes de mi ocaso se visten como las viejas de mi oriente.

Vaciaba sus respetables cómodas de laca de Coromandel, que en muchos años no habian sido abiertas.

—Confesemos á estas centenarias, esclamaba, á ver qué es lo que tienen en la tripa.

Abria con ruido gavetas panzudas llenas de trajes y adornos de todas sus mujeres, de todas sus queridas y de todas sus abuelas. Pequines, damascos, lustrinas, moirés de colores, vestidos de gro-de-Tours flameado, pañuelos de la India bordados de un oro que puede lavarse, delfinas sin revés en piezas, puntilla de Génova y de Alenzon, joyas de antigua fecha, cajitas de marfil para dulces con dibujos microscópicos de batallas, cintas de infinitas clases, todo se lo regalaba á Cosette; y Cosette, sorprendida, penetrada de amor hácia Mario, y de reconocimiento hácia el señor Gillenormand, soñaba con una felicidad sin límites entre rasos y terciopelos. Su canastillo de boda se le aparecia sostenido por los serafines. Su alma se perdia en el azul del cielo con alas de encaje de Malinas.

La embriaguez de los enamorados no era igualada, lo hemos dicho, mas que por el éstasis del abuelo. Habia como un concierto de trompetas y clarines en la calle de las Monjas del Calvario.

Cada mañana nueva ofrenda del abuelo á Cosette. Todos los falbalás imaginables se ostentaban espléndidamente á su alrededor.

Digitized by Google

Un dia Mario, que aprovechaba con gusto la ocasion de decir cosas graves en medio de su felicidad, dijo á propósito de no sé qué incidente:

—Los hombres de la revolucion son tan grandes, que tienen ya el prestigio de los siglos, como Caton y Focion, y cada uno de ellos parece una antigua memoria. (*Une memoire antique*).

—¡Muer-antic! (*Moire antique*), esclamó el anciano. Gracias, Mario. Precisamente andaba buscando esa idea.

Y al dia siguiente, un magnífico vestido de muer-antic, color de té, se añadió al canastillo de Cosette.

De todo este ajuar deducia reflexiones el abuelo.

—Bueno es el amor, pero con estos apéndices. La felicidad necesita de lo superfluo, pues ella, por sí sola, no es mas que lo necesario, y conviene sazonarla con artículos de mero lujo. Un palacio y su corazon. Su corazon y el Louvre. Su corazon y las fuentes de Versalles. Dadme la pastora de mi alma, y procurad que sea duquesa. Traedme á Filis coronada de flores, y dotadla con cien mil francos de renta. Una bucólica, sea; pero bajo columnas de mármol y de oro. La felicidad á secas se parece al pan á secas. Se come, y basta. Yo quiero lo superfluo, lo inútil, lo estravagante, lo demasiado, lo que de nada sirve. Acuérdome de haber visto en la catedral de Strasburgo un reloj tan alto como una casa de tres pisos, que señalaba la hora, que tenia la bondad de señalar la hora, pero cuyo aspecto no indicaba que tal fuese su destino, y que despues de haber dado las doce del dia ó de la noche, esto es, la hora del sol y del amor, ó la que gusteis, mostraba la luna y las estrellas, la tierra y el mar, las aves y los peces, Febo y Febé, y una caterva de cosas que salian de un nicho, y los doce apóstoles, y el emperador Cárlos V, y Eponina y Sabino, sin contar un monton de figurillas doradas tocando la trompeta. Pues todavía le sobraba una multitud de campanas que echaba á vuelo á cada instante sin saberse por qué. ¿Qué vale en comparacion de tantas maravillas, un mal reloj, capaz solo de señalar las horas? Soy del mismo dictámen que el gran reloj de Strasburgo, y lo prefiero al de la Selva Negra.

El señor Gillenormand desbarraba especialmente al tratarse de la boda, y todo el ajuar del siglo XVIII hallaba cabida en sus ditirambos.

—Vosotros ignorais el arte de las fiestas. En estos tiempos no sabeis pasar un dia de buen humor. Vuestro siglo XIX es liviano, y no cono-

Digitized by Google

ce la riqueza ni la nobleza. Está raso en todo. Vuestra clase media es insípida, incolora, inodora é informe. Sueños de personas vulgares que se establecen, como dicen; un bonito gabinete con adornos aun frescos de madera pintada é indiana. ¡Plaza! ¡plaza! el señor Grigou se casa con la señorita Grippesou. ¡Qué suntuosidad! ¡Qué esplendor! Un luis de oro pegado á un cirio. Tal es la época. Me voy mas allá de los Sármatas. ¡Ah! Desde 1787, el dia que ví al duque de Rohan, príncipe de Leon, duque de Chabot, duque de Monbason, marqués de Soubise, vizconde de Thouars, par de Francia, ir á Longchamps en una carraca, predije todo esto. El resultado no podia ser otro. En el siglo actual se hacen negocios, se juega á la Bolsa, se gana dinero, y son los hombres miserables. Pulir y barnizar la superficie es el objeto predominante. Las personas se ponen de veinticinco alfileres, se lavan, se enjabonan, se peinan, se alisan, se frotan, se cepillan, se charolan; el esterior está como un espejo; y al mismo tiempo ¡mal pecado! hay en el fondo de la conciencia estercoleros y cloacas capaces de hacer retroceder á una vaquera que se suena en los dedos. Decreto á la época actual esta divisa: Limpieza sucia. Mario, no te enojes, permíteme hablar. Yo no hablo mal de tu pueblo, como ves; al contrario, se me llena la boca al mentarle; pero en cuanto á la clase media ¡oh! déjame sacudirle el polvo un poquito. Es evidente que el que bien ama, mejor zurra. Lo digo y lo repito; hoy se casa la gente, pero no sabe hacerlo. Sí, mucho que sí: echo menos la gentileza de las antiguas costumbres. Todo lo echo de menos: aquella elegancia, aquella caballerosidad, aquellos modales tan corteses y graciosos, aquel lujo; la música formando parte de la boda; arriba la sinfonía, abajo el tamboril; los bailes, los alegres festines, los madrigales alambicados, las canciones, los fuegos artificiales, la risa sin doblez, el diablo y su comitiva, los grandes lazos de cintas. Echo de menos la liga de la novia. La liga de la novia es prima del ceñidor de Venus. ¿Sobre qué gira la guerra de Troya? Pardiez, sobre la liga de Elena. ¿Por qué se combate; por qué el divino Diomedes rompe en la cabeza de Merioneo el gran casco de bronce de diez puntas; por qué Aquiles y Hector cruzan sus picas? Porque Elena ha dejado que Páris le ate la liga. Homero haria la Iliada con la liga de Cosette. Introduciria en su poema un viejo charlatan como yo, y le llamaria Néstor. Amigos mios, en otro tiempo, en mi época, los casamientos se celebra-

Digitized by Google

ban en regla; primero un buen contrato y luego una suculenta comida. Desde que salia Cuyacio entraba Gamache. Porque ¡diantre! el estómago es un animal que pide lo que le pertenece de derecho, y quiere tener tambien su boda. Se cenaba bien, sentándose á la mesa junto á una mujer hermosa, sin grifion y descotada. ¡Oh! ¡Y qué bocas bonitas y risueñas! ¡Qué alegría reinaba en mis tiempos! La juventud era un ramillete; todo jóven terminaba por un ramo de lilas ó de rosas. El guerrero se convertia en pastor, y si era casualmente capitan de dragones, encontraba medio de llamarse Florian. Habia empeño en estar lindo, abundando los bordados en el trage y el colorete en el rostro. El simple ciudadano tenia aire de flor, y el marqués de piedra preciosa. No se usaban botas. Y asi rozagantes y lustrosos, presumidos y pisaverdes, llevaban espada al costado. Era el colibrí con pico y uñas. Era el tiempo de las *Indias galantes*. Delicadeza y magnificencia: los dos caracteres de aquel siglo. Y ¡cuerpo de Dios! nos divertíamos. Hoy predomina la seriedad. El ciudadano es avaro, y la ciudadana gazmoña. ¡Qué desgraciado es vuestro siglo! Se espulsaria de él á las Gracias por encontrarlas demasiado desnudas. ¡Ay! Ocúltase la hermosura como si fuese un defecto. Desde la revolucion, todos usan pantalones, hasta las bailarinas. Las alumnas de Tersícore deben ser graves, vuestros rigodones son doctrinarios. La magestad ante todo. El gran tono es llevar la barba metida dentro de la corbata. El ideal de un mozalvete de veinte años que se casa, consiste en parecerse á Royer-Collard. ¿Y sabeis lo que se consigue con esa magestad exagerada? Empequeñecerse. Tened por cierto que la alegría no es solamente alegre, sino grande. Pero á lo menos, sed amantes de buen humor, ¡qué diablo! ¡Casaos, ya que os caseis, con la fiebre, el atolondramiento y el bullicio de la felicidad! En la iglesia gravedad: concedido. Pero concluida la ceremonia ¡con mil de á caballo! seria preciso envolver en un sueño mágico á la novia. Un casamiento debe ser regio y quimérico, paseándose el ceremonial de la catedral de Reims á la pagoda de Chanteloup. Me inspira horror una boda prosáica. ¡Cuerpo de Cristo! ese dia, por lo menos, subid al Olimpo y convertíos en dioses. ¡Ah! pudiérais ser silfos, juegos y risas, argiráspidas, ¡y sois simples horteras! Amigos mios, todo recien casado debe ser el príncipe Aldobrandini. Aprovechad ese minuto, único en la vida, para volar al empíreo con los cisnes y las águilas, aunque hayais

Digitized by Google

de volver á caer al dia siguiente en el prosaismo de las ranas. No os andeis en economías con el himeneo; no le escatimeis sus brillantes rayos. La boda no es el gobierno de la casa. ¡Oh! Si manejase á mi gusto esta, seria magnífica. Se oirian violines en los árboles. Ved mi programa: cielo azul y dinero. Mezclaria en la fiesta las divinidades campestres; convocaria las driadas y las nereidas. La boda de Anfitrile, una nube rosada, ninfas con elegantes peinados y desnudas, un académico dedicando coplas á la diosa, y una carroza tirada por monstruos marinos.

Iba delante Triton,
y sacaba de su concha
los agradables sonidos
que á las ninfas enamoran.

Si este no es un magnífico programa de fiesta, confieso que no lo entiendo ¡con todos los diablos!

Mientras que el abuelo, en medio de su lírica efusion, se escuchaba á sí mismo, Cosette y Mario, mirándose con entera libertad, sentian una dulce embriaguez.

La señorita Gillenormand consideraba todo esto con su impasibilidad habitual. En cinco ó seis meses no habia cesado de recibir emociones; Mario de vuelta, Mario cubierto de sangre, Mario traido de una barricada, Mario muerto y luego vivo, Mario reconciliado, Mario casándose con una pobre, Mario casándose con una millonaria. Los seiscientos mil francos fueron su última sorpresa, y en seguida recobró su indiferente calma. Iba como antes, á los oficios, rezaba el rosario, leia su eucólogo, acompañaba con el murmullo de sus *Ave Marías* el otro murmullo de los *J love you* (yo te amo), y veia vagamente á Mario y Cosette como dos sombras. La sombra era ella.

Hay cierto estado de ascetismo inerte, en que el alma, neutralizada por el entorpecimiento, estraña á lo que pudiera llamarse la tarea de vivir, no percibe, si se esceptúan los temblores de tierra y las catástrofes, ninguna de las impresiones humanas, ni las impresiones agradables, ni las penosas.—Esa devocion, decia el señor Gillenormand á su hija, se asemeja al romadizo de cabeza. Tú no conoces nada de la vida. No respiras malos olores, pero tampoco los respiras buenos.

Por lo demás, los seiscientos mil francos habian fijado la indecision de la anciana señora. Su padre estaba tan acostumbrado á prescindir de

Digitized by Google

ella, que no la consultó sobre el casamiento de Mario. Habia cedido al primer ímpetu, como hacia siempre, no teniendo, convertido de déspota en esclavo, mas que un pensamiento satisfacer á Mario. De la tia no se habia acordado para nada, y esto, monótona y todo, como la señorita Gillenormand era, no dejó de lastimarla.

Algo ofendida en su foro interno, pero estremadamente impasible, habia dicho para su sayo:—Mi padre resuelve la cuestion del casamiento sin mí; yo resolveré la cuestion de la herencia sin él.

En efecto; la señorita Gillenormand era rica, y su padre no lo era. No comunicó, pues, con nadie su decision; y es probable que si el casamiento hubiese sido pobre, pobre lo hubiera dejado.—Tanto peor para mi sobrino. Se casa con una pordiosera; pues que mendigue.

Pero el medio millon de francos de Cosette agradó á la tia, y cambió su manera de pensar respecto de aquel par de enamorados. Seiscientos mil francos es una suma que merece consideracion, y la señorita Gillenormand no podia menos de testar en favor de aquellos jóvenes, por lo mismo que no necesitaban de su herencia.

Se dispuso que los esposos habitasen en casa del abuelo. El señor Gillenormand quiso absolutamente cederles su cuarto, por ser el mas hermoso de la casa.

—*Esto me rejuvenecerá*, decia: *Es un antiguo proyecto. Habia tenido siempre la idea de convertir mi cuarto en cámara nupcial.*

Lo amuebló con cierta galantería antigua, y lo hizo techar y alfombrar con una tela de estraordinario mérito, que conservaba en pieza, y que creia era de Utrech; tenia el fondo de raso, y por adorno flores de terciopelo.

—De esta tela, decia, era el cobertor de la cama de la duquesa de Anville, en la Rocheguyon.

Colocó en la chimenea una figurilla de Sajonia que tenia un manguito sobre el desnudo vientre.

La biblioteca del señor Gillenormand se trasformó en despacho de abogado para Mario.

Digitized by Google

VII.

EFECTOS DE SUEÑO MEZCLADOS CON LA FELICIDAD.

Los amantes se veian diariamente. Cosette iba á casa de Mario con el señor Fauchelevent.

—Es al revés de todas las cosas, decia la señorita Gillenormand, la futura viene al domicilio del novio para que éste le haga la córte.

La convalecencia de Mario lo habia exigido asi; y los sillones de la calle de las Monjas del Calvario, mejores para los diálogos amorosos que las sillas de paja de la calle del Hombre-Armado, habian contribuido á que se arraigase esta costumbre.

Mario y el señor Fauchelevent se veian, pero no se hablaban. Parecia plan convenido. Toda jóven necesita un rodrigon. Cosette no hubiera podido ir á casa de Mario sin el señor Fauchelevent; de modo que éste, para Mario, era la condicion de Cosette, condicion que él aceptaba.

Al discutir sobre política, aunque vagamente y sin determinar nada, bajo el punto de vista de la mejora general de la suerte de todos, llegaban á decirse algo mas que sí y no.

Una vez, con motivo de la enseñanza, que Mario queria que fuese gratuita y obligatoria, multiplicada bajo todas las formas, prodigada á

Digitized by Google

todos como el aire y el sol; en una palabra, respirable al pueblo entero, fueron del mismo dictámen, y casi entraron en conversacion. Mario notó entonces que el señor Fauchelevent hablaba bien, y hasta con cierta elevacion de lenguaje. Faltábale, sin embargo, no se sabe qué. El señor Fauchelevent tenia alguna cosa de menos que el hombre de mundo, y alguna cosa de mas.

Mario, interiormente y en el fondo de su pensamiento, dirigia todo género de preguntas mudas á aquel señor Fauchelevent, que era para él simplemente benévolo y frio. Ocurríanle de vez en cuando dudas sobre sus propios recuerdos. Habia en su memoria un agujero, un punto negro, un abismo abierto por cuatro meses de agonía, y en él se habian perdido muchas cosas. Preguntábase si estaba bien seguro de haber visto al señor Fauchelevent, á un hombre tan grave y tan sereno en la barricada.

Y no era este el único estupor que las apariciones y desapariciones del pasado le habian dejado en el espíritu; ni debe creerse que estuviese libre de esas insistencias de la memoria que nos obligan, aun siendo dichosos, aun hallándonos satisfechos, á mirar melancólicamente hácia atrás. La cabeza que no se vuelve á contemplar los horizontes ya desvanecidos, no encierra ni pensamiento, ni amor.

A veces Mario se cogia la cara entre las manos, y el vago y tumultuoso pasado empañaba el crepúsculo que tenia en el cerebro. Veia de nuevo caer á Mabeuf, oia á Gavroche cantar bajo la metralla, sentia en sus labios el frio de la frente de Eponina, las sombras de todos sus amigos, Enjolras, Courfeyrac, Juan Prouvaire, Combeferre, Bossuet, Grantaire, surgian ante él, disipándose en seguida. Aquellos seres queridos, impregnados de dolor, valientes, ya graciosos, ya trágicos, ¿eran creaciones de su fantasía? ¿habian existido realmente? El motin se lo habia llevado todo en su humo. Las grandes fiebres originan estos sueños. Interrogábase, palpábase, y agitábale el vértigo de todas estas realidades desvanecidas. ¿Dónde estaban, pues, aquellos seres? ¿Habian muerto, sin quedar uno solo? Una caida en las tinieblas, de la que él era el único que se habia salvado. Parecíale la desaparicion que se verifica al correr el telon de un teatro. Hay de estas bajadas de telon en la vida. Dios pasa al acto siguiente.

Y en cuanto á él, ¿era la misma persona que antes? Pobre entonces,

Digitized by Google

ahora rico, abandonado hacia poco, tenia ya una familia; desesperado recientemente, iba á casarse dentro de unos dias con Cosette. Figurábasele que habia cruzado al través de un sepulcro, penetrando en él negro, y saliendo blanco. Los demás se habian quedado en la sombra.

En ciertos instantes, aquellos seres del pasado, apareciéndosele, formaban un círculo alrededor de él, y le oscurecian; pero pensaba en Cosette, y volvia á estar tranquilo; necesitaba de esta felicidad para borrar de su memoria semejante catástrofe.

El señor Fauchelevent figuraba casi en aquella comitiva de muertos. Costábale trabajo á Mario creer que el Fauchelevent de la barricada fuese el mismo personaje que el Fauchelevent de carne y hueso, tan gravemente sentado junto á Cosette. El primero era quizá una de esas pesadillas que se sucedian en las horas de su delirio.

Por lo demás, atendida la diferencia de índoles, no habia posibilidad de que Mario dirigiese ninguna pregunta al señor Fauchelevent. Ni era fácil que le ocurriese tal idea. Hemos hecho alusion antes de ahora á este pormenor tan característico.

Dos hombres poseedores de un secreto, y que por una especie de tácito convenio no hablan de él una palabra, es menos raro de lo que se cree.

Una vez sola intentó Mario romper aquel silencio. Hizo intervenir en la conversacion la calle de la Chanvrerie, y volviéndose al señor Fauchelevent, le dijo:

—Conoceis perfectamente esa calle, ¿no es verdad?

—¿Qué calle?

—La de la Chanvrerie.

—No tengo ninguna idea del nombre de esa calle, contestó el señor Fauchelevent con el tono mas natural del mundo.

La respuesta, que se referia al nombre de la calle, y no á la calle misma, pareció á Mario mas concluyente de lo que en sí era.

—Decididamente, pensó, he soñado. Ha sido una alucinacion. Alguno que se le parecia sin duda. El señor Fauchelevent no estaba allí.

Digitized by Google

VIII.

INVESTIGACIONES INÚTILES

El encanto, aunque grande, no consiguió borrar en el espíritu de Mario otros cuidados.

Mientras se disponia el casamiento y llegaba la época fijada, se dedicó á hacer difíciles y escrupulosas indagaciones retrospectivas.

Tenia contraidas deudas de gratitud con varias personas, tanto en nombre de su padre, como en nombre suyo.

Una era la de Thenardier, y otra la del desconocido que le habia llevado á casa de su abuelo, el señor Gillenormand.

Mario deseaba encontrar á estos dos hombres, pues no podia conciliar la idea de casamiento y felicidad con la de olvidarlos, pareciéndole que esas deudas de reconocimiento, no pagadas, proyectarian una sombra en su vida, tan luminosa en adelante. Érale imposible dejar tras de sí tales partidas en descubierto; y queria, antes de entrar alegremente en el porvenir, recibir el finiquito del pasado.

El que Thenardier fuese un infame, no impedia que hubiese salvado al coronel Pontmercy. Thenardier era un bandido para todos, escepto para Mario, que ignoraba la verdadera escena del campo de batalla de Waterlóo, y no sabia por lo tanto que su padre, aunque debia la vida

Digitized by Google

á Thenardier, no le debia, en atencion á las circunstancias particulares de aquel hecho, ninguna gratitud.

Los varios agentes que empleó Mario no llegaron á descubrir la pista de Thenardier. Por parte de este individuo el eclipse parecia completo. La Tenardier habia muerto en la cárcel durante el proceso. Thenardier y su hija Acelma, únicos personajes que quedaban de aquel deplorable grupo, habian desaparecido de nuevo en las tinieblas. El abismo social de lo desconocido se habia vuelto á cerrar silenciosamente sobre su cabeza, y ni siquiera se via en la superficie ese estremecimiento, ese temblor, esos oscuros círculos concéntricos que anuncian que ha caido algo, y que se puede echar la sonda.

La muerte de la Thenardier, la absolucion de Boulatruelle y la fuga de Suena-dinero y de los principales acusados, habian hecho abortar, ó poco menos, el proceso referente á la emboscada de la casuca Gorbeau. Aquel asunto quedó envuelto en cierta oscuridad. El tribunal habia tenido que contentarse con dos subalternos. Panchaud (á) Primaveral (a) Colmenero, y Demi-liar (a) Dos Millares, que fueron condenados á diez años de presidio, siéndolo á cadena perpetua sus cómplices fugados y contumaces. Contra Thenardier, como jefe y autor de la trama, recayó, tambien por contumacia, sentencia de muerte. Esta sentencia era lo único que quedaba acerca de Thenardier, y su siniestra claridad esparcida sobre este nombre causaba el efecto de una vela alumbrando un ataud.

Por lo demás, la pena capital, lanzando á lo último del abismo á Thenardier, quien naturalmente queria burlar la vigilancia de la justicia, espesaba todavía mas las tinieblas en que caminaba envuelto.

En cuanto al otro, esto es, al individuo que habia salvado á Mario, las indagaciones dieron al principio algun resultado, y luego cesaron de darle de ninguna clase. Consiguióse hallar el carruaje que habia traido á Mario á la calle de las Monjas del Calvario la noche del 6 de junio. El cochero declaró que el 6 de junio, de órden de un agente de policía, se habia situado, desde las tres de la tarde hasta la noche, en el muelle de los Campos Elíseos por cima de la salida de la alcantarilla grande; que á eso de las nueve de la noche, la reja de la alcantarilla que da al ribazo se habia abierto, saliendo por ella un hombre con otro á cuestas, el cual parecia estar muerto; que el agente, colocado

Digitized by Google

allí en acecho, habia preso á ambos, y que los tres entraron en el carruaje con direccion á la calle de las Monjas del Calvario, donde se dejó al muerto; que este muerto era el mismísimo Mario, á quien conocia perfectamente, aunque ahora vivo; que luego se habian vuelto á poner en marcha, mandándole parar á pocos pasos de la puerta de los Archivos, y que allí, en medio de la calle, le pagaron y despidieron, llevándose el agente al otro individuo. Esto era cuanto sabia, y añadió que la noche estaba muy oscura.

Mario, ya lo hemos dicho, no recordaba nada. Solo hacia memoria de que le habian cogido por detrás con mano enérgica en el momento de caer al suelo; lo demás no existia para él. Recobró el conocimiento en casa del señor Gillenormand.

Perdíase en conjeturas.

No podia dudar de su identidad. ¿Cómo se comprendia, sin embargo, que habiendo caido en la calle de la Chanvrerie, el agente de policía le recogiese en el ribazo del Sena, junto al puente de los Inválidos? Alguien le habia trasladado desde el barrio de los Mercados á los Campos Elíseos. ¿Y cómo? Al través de la alcantarilla. ¡Inaudita abnegacion!

¿Y quién era ese alguien?

A descubrirle se dirigian todas las pesquisas de Mario; y hasta la fecha, ni el menor indicio, ni el mas leve rastro acerca de ese hombre, su salvador.

Mario, aunque teniendo que guardar en esta parte mucha reserva, acudió á la misma prefectura de policía. Allí, lo propio que en otros puntos, los datos que se recogieron no aclaran nada. La prefectura sabia menos que el cochero. No se tenia allí noticia de ninguna aprehension verificada el 6 de junio en la reja de la alcantarilla grande; no se habia recibido parte alguno, y asi se consideraba aquel hecho mera fábula, atribuyendo su invencion al automedonte. Un cochero á caza de propinas es capaz hasta de tener imaginacion. Sin embargo, el hecho era cierto, y Mario no podia ponerlo en duda sin dudar al mismo tiempo de su indentidad, como acabamos de decir.

Todo, en este estraño enigma, era inesplicable.

¿Qué habia sido de aquel hombre, personaje misterioso, á quien el cochero vió salir de la alcantarilla grande, con Mario desmayado á cues-

Digitized by Google

tas, y que el agente, colocado en acecho, prendió en el acto de querer salvar á un insurrecto? ¿Qué habia sido tambien del agente? ¿Por qué este agente habia guardado silencio? ¿Habria logrado evadirse aquel hombre? ¿Habria corrompido al agente? Y en tal caso ¿cómo no daba señal de vida, acudiendo á Mario que se lo debia todo?

El desinterés no era menos prodigioso que la abnegacion. ¿Por qué no se presentaba? Tal vez no necesitase de recompensa; pero la gratitud del beneficiado no está nunca de mas al bienhechor. ¿Habria muerto? ¿Qué clase de hombre era? ¿Qué figura tenia? Nadie podia decirlo. El cochero se limitaba á responder, que la noche estaba muy oscura. Vasco y Nicolasa, en su azoramiento, no habian fijado la vista sino en el señorito cubierto de sangre. El cochero, cuya vela habia alumbrado la trágica llegada de Mario, era el único que recordaba algo del individuo en cuestion; pero sus señas no se estendian mas allá de esta frase:—«Era un hombre espantoso.»

Esperando que le ayudarian en sus investigaciones, hizo Mario conservar los vestidos ensangrentados que tenia puestos, cuando le trajeron á casa de su abuelo, y al examinar la levita, se notó que uno de los faldones estaba roto. Faltábale un pedazo.

Una tarde hablaba Mario, delante de Cosette y de Juan Valjean, de toda esta singular aventura, de la multitud de datos que habia recogido, y de la inutilidad de sus esfuerzos. Impacientábale el rostro frio del señor Fauchelevent, y esclamó con una vivacidad que casi tenia la vibracion de la cólera:

—Sí, ese hombre, quien quiera que sea, ha estado sublime. ¿Sabeis lo que ha hecho? Ha intervenido como el arcángel. Ha sido preciso que se arrojase en medio del combate, que me arrebatase de allí, que abriese la alcantarilla, que bajase á ella conmigo. Ha tenido que andar mas de legua y media por horribles galerías subterráneas, encorvado, en medio de las tinieblas, al través de las cloacas. ¡Mas de legua y media, señor, con un cadáver á cuestas! ¿Y con qué objeto? Sin otro objeto que salvar aquel cadáver. Y el cadáver era yo. Dijo sin duda entre sí: quizá en ese miserable haya todavía un resto de vida, y para salvar esa pobre chispa voy á aventurar mi existencia. ¡Y no la arriesgó una vez, sino veinte! Cada paso era un peligro. La prueba es que le prendieron al salir de la alcantarilla. ¿Sabeis que ese hombre ha hecho todo esto? Y sin es-

Digitized by Google

perar ninguna recompensa. ¿Qué era yo? Un insurrecto, un vencido. ¡Oh! si los seiscientos mil francos de Cosette fuesen mios...

—Son vuestros, interrumpió Juan Valjean.

—Pues bien, continuó Mario, los daria por encontrar á ese hombre.

Juan Valjean guardó silencio.

FIN DEL LIBRO QUINTO.

Digitized by Google

LIBRO SESTO.

LA NOCHE TOLEDANA

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

EL 16 DE FEBRERO DE 1833.

La noche del 16 al 17 de febrero de 1833 fue una noche bendita. Sobre sus tinieblas veíase sonreir el cielo. Fue la noche de boda de Mario y Cosette.

El dia se habia pasado en el colmo de la felicidad.

No habia sido la fiesta imaginada por el abuelo; esto es, una hechicería con grupos de querubines y de Cupidos sobre la cabeza de los novios; un casamiento digno de figurar en la muestra de una puerta; pero habia sido un dia apacible y risueño.

En 1833 la moda de los casamientos no era lo que hoy. Francia no habia tomado aun de Inglaterra esa esquisita delicadeza de llevarse á su mujer, de huir al salir de la iglesia, de ocultarse avergonzados de la dicha, y de combinar la conducta del que ha hecho bancarrota con las delicias del cántico de los cánticos. Aun no se habia comprendido cuánta castidad y decencia hay en zangolotear su paraiso en una silla de posta, en interrumpir su misterio con los chasquidos del látigo del postillon, en elegir para lecho nupcial una mala cama de posada, y en dejar tras de sí, en la vulgar alcoba, á tanto por noche, el mas sagrado de los recuer-

Digitized by Google

dos de la vida, confundido con las conversaciones del conductor de diligencia y la Maritornes de la posada.

En la segunda mitad del siglo XIX en que estamos, no bastan el corregidor con su banda, el sacerdote con su casulla, la ley y Dios; necesita, para que la ceremonia sea completa, el postillon de Longjumeau, con chaqueta azul de vueltas encarnadas, y botones de cascabel con brazaletes de cuero, pantalon de piel verde, galones falsos, sombrero charolado, pelo largo y lleno de polvo, látigo enorme, botas de tres suelas, y unos cuantos votos á los caballos normandos de cola recogida, para armonizar el conjunto. Francia, es verdad, no lleva aun la elegancia hasta arrojar, como la nobleza inglesa, sobre la silla de posta de los novios, una granizada de chinelas rotas y zapatos viejos, recuerdo de Churchill, desde el tiempo en que Marlborough ó Malbruck se vió atacado el dia de su casamiento por la cólera de una tia, á cuyo ataque debió su fortuna; pero esperemos que, yendo en aumento el buen gusto, ese progreso no tardará en realizarse.

Tengamos paciencia, recordando que en 1833 no se conocia aun el casamiento en silla de posta.

En aquella época se creia ¡cosa estraña! que el casamiento es una fiesta íntima y social; que un banquete patriarcal no echa á perder una solemnidad doméstica; que la alegría, aun siendo escesiva con tal de no traspasar los límites del decoro, no perjudica á la felicidad; y que, por último, es bueno, y escita la veneracion el ver que la fusion de los dos destinos de donde ha de salir una familia empiece en la casa, y que la cámara nupcial sea en el porvenir como un testigo de la fe jurada.

Teníase, pues, el poco pudor de casarse en su casa.

El casamiento de Mario y Cosette, siguiendo esta moda, hoy abolida, se efectuó en casa del señor Gillenormand.

A pesar de lo natural y trillado de la materia, las amonestaciones, el arreglo de papeles, las diligencias en la parte civil, los trámites en la parte eclesiástica, ofrecen siempre alguna complicacion. No pudo estar todo pronto antes del 16 de febrero.

Ahora bien: por el puro placer de ser exactos diremos, que el 16 de febrero era martes de Carnaval, lo cual dió lugar á vacilaciones y escrúpulos, en particular de la señorita Gillenormand.

Digitized by Google

—¡Martes de Carnaval! esclamó el abuelo. Tanto mejor. Hay un refran que dice:

Si en Carnaval te casas
no habrá ingratos en tu casa

Pero basta de dia 16. Por ventura, ¿quieres que se aplace la boda, Mario?

—De ninguna manera, respondió el enamorado jóven.

—Casémonos, pues, dijo el abuelo.

Efectuóse el casamiento el 16, á pesar de la alegría pública. Llovia; pero el cielo tiene siempre un rinconcito azul al servicio de la felicidad, que los amantes ven, aun estando el resto de la creacion bajo un paraguas.

Juan Valjean habia entregado la víspera á Mario en presencia del señor Gillenormand los quinientos ochenta y cuatro mil francos.

Habiéndose verificado el casamiento bajo el régimen de la municipalidad, los trámites fueron sencillos.

La tia Santos era en adelante inútil á Juan Valjean, por cuya razon Cosette se quedó con ella, y la promovió al grado de doncella suya.

En cuanto á Juan Valjean, habia en la casa del señor Gillenormand un bonito cuarto amueblado espresamente para él, y Cosette le dijo con tan irresistible acento:—«Padre, aceptadlo, os lo ruego,» que Juan Valjean le ofreció ir á habitarlo.

Unos dias antes del fijado para el casamiento, sucedió á Juan Valjean un fracaso. Habíase lastimado el dedo pulgar de la mano derecha; y sin ser cosa grave, como que no permitió que nadie le curase, ni que nadie viese siquiera en qué consistia la lastimadura, tuvo que envolverse la mano en un lienzo, y llevar el brazo suspendido de un pañuelo, por lo cual no le fue posible firmar. Hízolo en su lugar, el señor Gillenormand, como tutor sustituto de Cosette.

No conduciremos al lector, ni al corregimiento ni á la iglesia. No se sigue hasta allí á dos enamorados, y la costumbre es volver la espalda al drama desde que se adorna con el ramo de novio. Nos limitaremos, pues, á tomar nota de un incidente que, sin advertirlo la nupcial comitiva, acaeció en el tránsito de la calle de las Monjas del Calvario á la iglesia de San Pablo.

Digitized by Google

Reparábase á la sazon la estremidad del Norte de la calle de San Luis, y estaba interceptada á partir de la calle del Parque Real, no pudiendo por lo tanto los coches ir directamente á San Pablo. Hubo que cambiar de itinerario, y lo mas sencillo era torcer por el boulevard. Uno de los convidados observó que, siendo martes de Carnestolendas, habria allí grande acumulacion de carruajes.

—¿Por qué? preguntó el señor Gillenormand.

—Por las máscaras.

—Perfectamente, dijo el abuelo. Vamos por ese lado. Estos jóvenes, casándose, entrarán en la parte séria de la vida, y bueno es que se preparen viendo antes las máscaras.

Se siguió el camino del boulevard. En la primera berlina iban Cosette y la señorita Gillenormand, con el señor Gillenormand y Juan Valjean. En la segunda iba Mario, separado todavía, conforme al uso establecido, de la novia.

La comitiva nupcial, saliendo de la calle de las Monjas del Calvario, tuvo que formar parte de la larga procesion de coches que rodaba de la Magdalena á la Bastilla, y de la Bastilla á la Magdalena.

Las máscaras abundaban en el boulevard, no obstante que llovia por intervalos. París, con el buen humor del invierno de 1833, se habia disfrazado de Venecia. Hoy no se ven martes de Carnaval por el estilo. Como en el dia todo es puro Carnaval, no hay ya Carnavales.

Las travesías estaban llenas de gente, y las ventanas de curiosos. Veíanse coronadas de espectadores las azoteas de los peristilos de los teatros. Además de las máscaras, se miraba aquel desfile, propio del martes de Carnaval lo mismo que de Longchamps, de vehículos de todas clases mas ó menos lujosos, que iban ordenadamente, uno tras otro, como embutidos en los rails de un camino de hierro, obedeciendo sumisos los reglamentos de policía.

Los que ocupan estos vehículos son á la vez actores y espectadores. Algunos municipales, colocados en los estremos, cuidaban de que no se interrumpieran las dos interminables filas paralelas, que se movian en sentido contrario, los dos arroyos de carruajes que corrian, uno hácia arriba y otro hácia abajo, uno buscando la calzada de Antin, y otro el arrabal de San Antonio.

Los coches con escudos de armas, pertenecientes á pares de Francia

Digitized by Google

y embajadores, caminaban por el centro de la calzada, yendo y viniendo sin que nadie se lo estorbase. Disfrutaban igual privilegio ciertas comparsas magníficas, en particular la del Buey gordo. En medio de aquella alegría parisiense, Inglaterra hacia chasquear su látigo; la silla de posta de lor Seymour, hostigada por los apodos del populacho, pasaba metiendo gran ruido.

En las dos filas que los guardias municipales de á caballo recorrian como mastines, habia muchas berlinas de familia, llenas de tias y abuelas, con graciosos grupos de niños de ambos sexos y de seis á siete años de edad, disfrazados, los cuales parecian conocer que formaban oficialmente parte de la alegría pública, penetrados de la dignidad de su disfraz y graves como otros tantos funcionarios.

De tiempo en tiempo sobrevenia un obstáculo en la procesion de los vehículos, deteniéndose una de las filas hasta que el tropiezo desaparecia. El embarazo de un solo coche bastaba á paralizar toda la linea. Luego se ponian de nuevo en marcha.

Los carruajes de la boda estaban en la fila que se dirigia á la Bastilla por el lado derecho del boulevard. En el punto mas alto de la calle de Pont-aux-Choux hubo una parada. Casi al mismo instante, en el otro estremo, la otra fila que iba hácia la Magdalena, se detuvo tambien. Habia allí un carruaje lleno de máscaras.

Estos carruajes, ó mejor dicho, estas carretas de máscaras son harto conocidas de los parisienses. No pueden suprimirse en un martes de Carnaval, ó á la mitad de la Cuaresma, sin qne se entre en sospechas, y se diga:—Aquí hay gato encerrado. Probablemente va á cambiar el ministerio.

Una multitud de casandras y arlequines, todos los géneros grotescos posibles, desde el turco hasta el salvaje, varios Hércules sosteniendo marquesas, rabaneras que obligarian á Rabelais á taparse los oidos, asi como las bacantes hacian bajar los ojos á Aristófanes; pelucas de lino, fajas rosadas, sombreros de ala larga, anteojos encubridores, tricornios, gritos á la gente de á pie, brazos en jarra, la impudencia desbocada, un caos de desvergüenzas conducido por un cochero adornado de flores; tal es esta institucion.

Grecia necesitaba la carreta de Tespis, y Francia necesitaba el carruaje de Vadé. Todo se presta á parodiarse, hasta la misma parodia.

Digitized by Google

La saturnal, esa fisonomía de la antigua belleza, va aumentándose progresivamente hasta llegar el martes de Carnaval; y la bacanal, en otro tiempo coronada de pámpanos, inundada de sol, mostrando un seno de mármol en una semi-desnudez divina, hoy envuelta en los harapos húmedos del Norte, ha acabado por convertirse en la careta.

La tradicion de los carruajes de máscaras se remonta á los mas remotos tiempos de la monarquía. En las cuentas de Luis XI se asignan al bailío del palacio «veinte sueldos torneses para tres coches de mojigangas.»

Hoy, esa multitud de personas de buen humor ocupa algun antiguo vehículo, en cuya imperial se colocan de preferencia, ó abruman con su peso, en tumultuoso grupo, un landó descubierto. Veinte se introducen en un carruaje para seis individuos, no perdonando ni el pescante, ni la bigotera, ni la lanza. Están de pie, echados, sentados, con las piernas, ya cruzadas, ya colgando fuera del coche. Las mujeres ocupan las rodillas de los hombres. Se ven desde lejos, por cima de innumerables cabezas, estas pirámides de furiosos; montañas de alegría en medio de la batahola. De ellas han brotado Collé, Panard y Piron, enriquecidos, de caló. El catecismo de las rabaneras desciende de allí, y sus lecciones se esparcen por el pueblo. Asi cargado desmesuradamente, el carruaje tiene cierto aire de conquista. En él se vocifera, se vocaliza, se aulla, se ruge, se patalea en el colmo de la dicha; la alegría es feroz, el sarcasmo se reparte á derecha é izquierda, la jovialidad deslumbra como una púrpura; dos matalones tiran de la comparsa: es la apoteosis del descaro; es el carro triunfal de la risa.

Risa demasiado cínica para ser franca. Risa sospechosa, y cuya mision es probar á los parisienses la verdad del Carnaval.

Aquellos carruajes de gente sin pudor, donde se ve como una capa de tinieblas, hacen meditar al filósofo. Dentro se percibe algo que tiene cierta semejanza con el gobierno, y se toca con el dedo una afinidad misteriosa entre los hombres públicos y las mujeres públicas.

Triste es pensar que de tantas torpezas resulte un total de alegría, que escalonando la ignominia sobre el oprobio se engolosine al pueblo: que el espionaje, sirviendo de cariátida á la prostitucion, divierta á la chusma; que la multitud guste de ver pasar sobre las cuatro ruedas de un carruaje á ese monstruoso grupo vivo, mitad oropel, mitad hara-

Digitized by Google

pos, brillo y basura, que ladra y que canta; aplaudiendo un espectáculo, una gloria compuesta de todas las vergüenzas; triste es pensar que no hay fiesta para la muchedumbre si la policía no saca á relucir esas especies de hidras de la alegría con veinte cabezas. Pero ¿qué remedio? Esos carros de fango, adornados de cintas y de flores, son insultados y amnistiados por la risa pública. La risa de todos es cómplice de la degradacion universal.

Ciertas fiestas malsanas convierten al pueblo en populacho; y el populacho, como los tiranos, necesita bufones. El rey tiene á Roquelaure, y la multitud á Payaso. París es la ciudad loca siempre que deja de ser la ciudad sublime. En París, el Carnaval forma parte de la política. París, confesémoslo, consiente que le diviertan, aunque los medios sean infames. No pide á sus señores (cuando los tiene) mas que una cosa: que le den el fango con colorete.

Roma era lo mismo. Amaba á Neron, ese histrion titánico.

La casualidad quiso, como dijimos antes, que uno de esos disformes grupos de mujeres y de hombres con máscara, arrastrado en una gran calesa, se detuviese á la izquierda del boulevard, mientras que la comitiva nupcial lo hizo á la derecha. De un lado del boulevard al otro, el carruaje de las máscaras alcanzó á ver al de la novia.

—¡Tate! dijo un máscara, es una boda.

—Una boda fingida, observó otro. En nuestro carruaje va la verdadera.

Y hallándose demasiado lejos para poder interpelar á los novios, temerosos por otra parte de llamar la atencion de los municipales, los dos máscaras dirigieron la vista á otro lado.

Al cabo de un instante la multitud empezó á perseguir con rechiflas, segun la antigua costumbre, á la comparsa; y los dos máscaras que acababan de hablar, en union de sus compañeros entablaron una lucha de garganta con el pueblo, agotando todos los proyectiles del repertorio de los Mercados: horrible tiroteo de metáforas entre la mojiganga y la chusma.

Entre tanto, otras dos máscaras del mismo carruaje, un español de descomunal nariz con enormes bigotes negros, y una rabanera flaca, aun en la flor de la edad, con antifaz, habian fijado la atencion en la boda y durante aquella granizada de insultos, hablaron en voz baja.

Digitized by Google

Su diálogo se perdia en medio del tumulto. La lluvia habia mojado el carruaje; y añadido esto al viento de febrero, que nada tiene de apacible, era causa de que la jóven, descotada como estaba, tiritase, y tosiese, mientras respondia al español. Hé aquí el diálogo:

—Dime.

—¿El qué, padre?

—¿Ves ese viejo?

—¿Qué viejo?

—Aquel que va en el primer carruaje de la boda, á este lado.

—¿El que lleva el brazo metido en el pañuelo negro?

—El mismo.

—¿Y qué?

—Estoy seguro de conocerle.

—¡Cá!

—Que me ahorquen si no le conozco. ¿Puedes ver á la novia inclinándote un poco?

—No.

—¿Y al novio?

—En ese carruaje no va ningun novio.

—Que sí.

—A menos que no sea el otro viejo.

—Procura ver á la novia inclinándote mas.

—No puedo.

—Lo mismo da. Te digo que conozco al del brazo vendado.

—¿Y qué ganas con conocerle?

—No sabemos.

—Poco me agradan á mí los viejos.

—¡Le conozco!

—Conócele cuantas veces quieras.

—¿Cómo diablos asiste á la boda?

—Tambien nosotros asistimos.

—¿De dónde viene esa boda?

—¿Acaso lo sé yo?

—Escucha.

—¿Qué?

—Deberias hacer una cosa.

Digitized by Google

—¿Cuál?

—Bajar de nuestro carruaje y seguir esa boda.

—¿A qué bueno?

—Para saber á dónde se dirige y lo que es. Despáchate; corre, hija, tú que eres jóven.

—No puedo dejar el carruaje.

—¿Y la razon?

—Que estoy alquilada.

—¡Ah! ¡diantre!

—Debo un dia de verdulera á la prefectura.

—Es verdad.

—Si salgo del coche, el primer inspector que me vea me atrapará. Bien lo sabes.

—En efecto.

—Hoy me paga el gobierno.

—De todos modos, ese viejo me apesta.

—¿Sí? Pues tú no eres ningun niño.

—Está en el primer carruaje.

—¿Y qué?

—En el carruaje de la novia.

—¿Qué más?

—De consiguiente es su padre.

—¿Y qué me importa á mí eso?

—Te repito que es su padre.

—Concedido.

—Escucha.

—Escucho.

—Yo no puedo salir sino con máscara. No se me conoce. Vivo oculto. Mañana no se permiten ya máscaras, como que es miércoles de Ceniza, y corro peligro de que me echen el guante. Fuerza es que me vuelva á mi agujero. Tú estás libre.

—No del todo.

—Mas que yo á lo menos.

—Bien. ¿Qué es lo que quieres?

—Que averigües á dónde ha ido esa boda.

—¿A dónde va?

Digitized by Google

—Sí.

—Lo sé.

—¿A dónde va, pues?

—Al Cuadrante Azul.

—No es ese el camino.

—A la Rapée.

—O á otra parte.

—Como que es libre. ¿Acaso las bodas no son libres?

—Hay mas todavía. Es preciso que me averigües qué boda es esa, y dónde viven los novios.

—No es mala gaita la de encontrar á los ocho dias una boda que ha circulado por París el martes de Carnestolendas. Un alfiler en un granero lleno de paja. ¿Por ventura es posible?

—Séalo ó no, habrá que intentarlo. ¿Oyes, Azelma?

Las dos filas continuaron de nuevo á los dos lados del boulevard su movimiento en sentido inverso, y el carruaje de las máscaras perdió de vista al coche de la novia.

Digitized by Google

II.

JUAN VALJEAN CONTINÚA ENFERMO.

¿A quién es dado realizar su sueño? Para esto habrá elecciones en el cielo; nosotros, sin saberlo, somos los candidatos, y los ángeles votan.

Cosette y Mario habian sido elegidos.

Cosette en el corregimiento y en la iglesia estuvo radiante de hermosura y de amor. La habia vestido la tia Santos, ayudada de Nicolasa.

Sobre una saya de tafetan blanco, llevaba puesto el vestido de guipur de Binche, realzando su belleza un velo de punto de Inglaterra, un collar de perlas finas y una corona de azahares, todo blanco. Era un candor esquisito dilatándose y trasfigurándose en claridad. Hubiérase dicho una vírgen próxima á convertirse en diosa.

Los hermosos cabellos de Mario estaban lustrosos y perfumados; entrevíanse acá y allá, bajo los bucles, líneas pálidas, que eran las cicatrices de la barricada.

El abuelo, con la cabeza erguida, magnífico, amalgamando mas

Digitized by Google

que nunca en su trage y en sus maneras toda la elegancia del tiempo de Barras, conducia á Cosette. Reemplazaba á Juan Valjean, el cual, por el inconveniente del brazo, no podia dar la mano á la novia.

Juan Valjean, vestido de negro, y con la sonrisa en los labios, los seguia.

—Señor Fauchelevent, decia el abuelo, ved qué dia tan hermoso. Voto por el fin de las aflicciones y de los pesares. En lo sucesivo no debe haber tristeza en ningun lado. ¡Pardiez! decreto que reine la alegría. El mal no tiene derecho de existir. Es una vergüenza para el azul del cielo que haya hombres desgraciados. El mal no proviene del hombre, pues éste, en el fondo, es bueno. Todas las miserias humanas radican en el infierno, llamado tambien las Tullerías del Diablo. Ya veis que no economizo hoy las frases demagógicas; si bien mis opiniones políticas se reducen ahora á desear que todos los hombres sean ricos, es decir, felices.

Cuando al finalizar las ceremonias, despues de haber pronunciado delante del corregidor y del sacerdote todos los *sí* posibles, despues de haber firmado en los registros civiles y eclesiásticos, despues del cambio de los anillos, despues de haber estado de rodillas codo con codo bajo el yugo de muer blanco, entre nubes de incienso, llegaron asidos de la mano, admirados y envidiados de todos, Mario de negro y Cosette de blanco, precedidos del pertiguero con charreteras de coronel, cuya maza sonaba en las baldosas, atravesando por en medio de dos hileras de personas maravilladas, á las puertas de la iglesia, abiertas de par en par, y se dispusieron á subir al coche, la jóven apenas se atrevia á creer en la realidad de su dicha. Miraba á Mario, miraba aquella multitud de gente reunida, miraba al cielo, pareciendo como temerosa de despertarse, y asi, atónita é inquieta, estaba aun mas linda.

A la vuelta, entraron juntos en el primer carruaje, colocándose Mario al lado de Cosette, y en frente el señor Gillenormand y Juan Valjean. La señorita Gillenormand ocupó el segundo coche.

—Hijos mios, les decia el abuelo, sois ya el señor baron y la señora baronesa, con treinta mil francos de renta.

Cosette, arrimándose cuanto pudo á Mario, acarició su oido con este susurro angélico:

—¡Con que es verdad! ¡Con que llevo tu nombre! ¡Con que soy tuya!

Digitized by Google

Estos dos seres resplandecian. Encontrábanse en el minuto irrevocable y único, en el deslumbrante punto de interseccion de toda la juventud y de toda la alegría. Realizábanse los versos de Juan Prouvaire. No componian entre los dos cuarenta años.

Era la idealizacion del matrimonio; los dos jóvenes parecian dos lirios. No se veian, sino que se contemplaban. Cosette divisaba á Mario en una aureola, y Mario á Cosette en un altar; y sobre aquel altar y en aquella aureola, meclándose las dos apoteosis en el fondo, no se sabe cómo, detrás de una nube para Cosette y en un resplandor para Mario, estaba lo ideal, lo verdadero, la cita del ósculo y el sueño, el nupcial tálamo.

Todos los tormentos pasados se convertian para ellos en presentes goces. Parecíales que los disgustos, los insomnios, las lágrimas, las angustias, los terrores, la desesperacion, trasformándose en caricias y rayos de luz, hacian aun mas agradable la agradable hora que se aproximaba. ¡Qué bueno es haber sufrido! Sin las desgracias anteriores fuera menos grande ahora su felicidad. La prolongada agonía de su amor habia tenido una ascension por término.

El mismo encanto inundaba aquellas dos almas, con cierto matiz de voluptuosidad en Mario, y de pudor en Cosette.

Decíanse por lo bajo:—Volveremos á ver juntos nuestro jardinillo de la calle Plumet. Los pliegues del vestido de Cosette descansaban sobre Mario.

Semejante dia es una mezcla inefable de sueños y de realidad. Se posee y se forman suposiciones. Hay aun bastante tiempo para adivinar. ¡Indecible emocion la de un dia en que á media mañana se piensa en la media noche!

Las delicias de aquellos dos corazones rebosaban, esparciéndose por la multitud, y comunicando su alegría á los transeuntes.

En la calle de San Antonio, delante de San Pablo, se detenia la gente para ver, al través del ventanillo del coche, temblar los azahares sobre la cabeza de Cosette.

Entraron luego en la calle de las Monjas del Calvario. Mario, sin separarse de Cosette, subió con aire de triunfo, la misma escalera por donde le habian llevado moribundo. Los pobres, agrupados delante de la puerta y repartiéndose las limosnas, los bendecian.

Digitized by Google

En todas partes no se veian mas que flores. La casa estaba tan perfumada como la iglesia; despues del incienso, las rosas.

Creian oir voces en el infinito; tenian á Dios en el corazon; el destino se les aparecia como una techumbre de estrellas; sobre su cabeza divisaban la claridad del naciente sol.

De repente sonó el reloj. Mario miró el gracioso brazo desnudo de Cosette, y su rosada garganta entrevelada por los encajes del vestido, y la jóven, reparando en la mirada de su esposo, sintió el rubor subírsele hasta la frente.

Habian sido convidados muchos antiguos amigos de la familia Gillenormand, y todos se agolpaban alrededor de Cosette, llamándola á porfía señora baronesa.

El oficial Teodulo Gillenormand, ya capitan, habia venido de Chartres, donde se hallaba de guarnicion, para asistir á la boda de su primo Pontmercy. Cosette no le conoció.

Tampoco él, acostumbrado á que las mujeres le encontrasen bonito, se acordaba de Cosette ni de ninguna otra.

—¡Qué bien he hecho en no creer aquel cuento del oficial de lanceros! decia para sí el señor Gillenormand.

Cosette no habia mostrado nunca mas cariño á Juan Valjean; y mientras el señor Gillenormand espresaba su alegría por medio de aforismos y de máximas, ella exhalaba el amor y la bondad como un perfume. Es propio de las personas felices desear que las demás tambien lo sean.

Buscaba, para hablar á Juan Valjean, inflexiones de voz del tiempo en que era niña, y le acariciaba con su sonrisa.

Habíase preparado un banquete en el comedor.

Un alumbrado *a giorno* es la sazon necesaria de una grande alegría. Las personas dichosas no aceptan la bruma ni la oscuridad. No consienten en estar negras. La noche, sí; las tinieblas, no. A falta de sol, es menester proporcionarse uno.

El comedor esparcia rayos de luz por todas partes. En el centro, sobre la mesa blanca y resplandeciente, una araña de Venecia con toda clase de pájaros de colores, azules, violados, rojos, verdes, posados en medio de las bugías. Alrededor de la araña guirnaldas, en la pared espejos; cristalería, vajilla, porcelana, loza, cubiertos y candela-

Digitized by Google

bros de plata, todo deslumbraba con su brillo. Los huecos entre los candelabros estaban ocupados por ramos, con tal profusion, que donde faltaba una luz habia una flor.

En la antecámara una flauta, dos violines y un violoncello con sordina ejecutaban cuartetos de Haydn.

Juan Valjean se habia sentado en el salon detrás de la puerta, cuya hoja casi le ocultaba. Algunos momentos antes de sentarse á la mesa, Cosette le hizo un gran saludo, cogiendo entre los dedos la saya de su vestido de novia, y le preguntó si estaba contento.

—Sí, contestó Juan Valjean.

—Pues entonces reíos.

Juan Valjean se sonrió.

Poco despues anunció Vasco que estaba servida la sopa.

Los convidados, precedidos del señor Gillenormand, que daba el brazo á Cosette, entraron en el comedor, y se fueron colocando en torno de la mesa.

Dos grandes sillones figuraban á derecha é izquierda de la novia, el primero para el señor Gillenormand, y el segundo para Juan Valjean. El señor Gillenormand se sentó, pero el otro sillon permaneció vacío.

Buscóse con la vista al señor Fauchelevent.

No estaba allí.

El señor Gillenormand interpeló á Vasco.

—¿Sabes dónde está el señor Fauchelevent?

—Señor, respondió Vasco, precisamente acaba de salir, encargándome dijese al amo, que padecia un poco de la mano que tiene enferma, lo cual le impedia comer con el señor baron y la señora baronesa. Que rogaba se le dispensase, y que vendria mañana á primera hora.

Aquel sillon vacío entibió un instante la efusion del banquete nupcial; pero si el señor Fauchelevent se habia ausentado, el señor Gillenormand se encontraba allí, y el abuelo valia por dos.

Dijo que el señor Fauchelevent hacia bien en acostarse temprano, si la mano le molestaba, y que no merecia la pena de afligirse. Esta declaracion bastó. Además, ¿qué es un ángulo oscuro en medio de tal irradiacion de alegría? ¿Cosette y Mario se hallaban en uno de esos mo-

Digitized by Google

mentos egoistas y dichosos en que todas las facultades se concentran en la percepcion de la felicidad?

Al señor Gillenormand se le ocurrió una buena idea.

—¡Pardiez! supuesto está vacío ese sillon, pasa tú á él, Mario. Tu tia, aunque le asista derecho para retenerte á su lado, te lo permitirá. El sillon es tuyo. La ley y el amor asi lo disponen. Fortunato junto á Fortunata.

Hubo un aplauso general. Mario ocupó al lado de Cosette el sitio destinado á Juan Valjean; y las cosas se arreglaron de manera que Cosette, al principio triste por la ausencia de aquel, acabó alegrándose del cambio. Con tal de reemplazarle Marrio, Cosette no hubiera echado de menos ni al mismo Dios. Puso su lindo pie, calzado de raso blanco, sobre el pie de Mario.

Una vez ocupado el sillon, se olvidó al señor Fauchelevent; y al cabo de cinco minutos, como si nadie faltase, la risa y el júbilo reinaban de un estremo al otro de la mesa.

En los potres, el señor Gillenormand, de pie, con una copa de Champaña, en la mano, medio llena para que el temblor de sus noventa y dos años no la hiciere verterse, brindó por los novios.

—No os librareis de dos sermones, esclamó. Por la mañana habeis oido el del cura, esta noche oirais el del abuelo. Escuchadme; voy á daros un consejo: adoraos. Yo no me ando con rodeos, sino que voy desde luego al grano: ¡sed dichosos! En la creacion no hay mas sabios que las tórtolas. Los filósofos dicen: Moderad vuestra alegría. Yo digo: Soltadle la rienda. Prendaos uno de otro furiosamente, como diablos. Los filósofos desbarran. Quisiera hacerles tragar su filosofía. ¿Acaso en la vida pueden sobrar nunca los perfumes, los botones de rosa entreabiertos, los ruiseñores cantando, las hojas verdes, la aurora? ¿El amor puede estar nunca de mas? ¿En agradarse mutuamente puede haber esceso? ¡Cuidado, Estela, que eres demasiado linda! ¡Cuidado, Nemoroso, que eres demasiado guapo! ¡Disparates! ¡Como si por mucho que se disfrute no fuese siempre poco! ¡Como si la vida no pareciera siempre corta, y lo mismo la felicidad!... ¡Moderad vuestra alegría! ¡Váyanse al diablo todos los filósofos! La sabiduría consiste en divertirse. Divertios, divirtámonos. ¿Somos felices porque somos buenos, ó somos buenos porque somo felices? ¿El Sancy lleva este nombre porque ha

Digitized by Google

pertenecido á Harlay de Sancy, ó porpue pesa ciento seis quilates? No lo sé; abundan en la vida estos problemas; pero lo que importa es poseer el Sancy y la felidad. Seamos dichosos, sin meternos en cuestiones. Obedezcamos ciegamente al sol. ¿Qué es el sol? El amor; y quien dice amor, ha dicho mujer. ¡Ah! ¡ah! la mujer es omnipotente. Preguntad á ese demagogo de Mario si no es esclavo de esa tiranuela de Cosette. ¡Y de buen grado, el pícaro! ¡La mujer! No hay ningun Robespierre capaz de resistirle. La mujer reina. De hoy mas no soy realista sino de ese trono. ¿Qué es Adam? El reino de Eva. Para Eva no hay 89. La revolucion hizo pedazos, como si fuesen de paja, el cetro real coronado de una flor de lis, el cetro imperial coronado de un globo, el cetro férreo de Carlomagno, el cetro de oro de Luis el Grande; todo se acabó, todó rodó por el suelo; pero ¡sublevaos contra ese pañuelito bordado que huele á pachuli! Me holgara de veros. Intentadlo. ¿De dónde proviene su solidez? De que es un pedazo de trapo. ¡Ah! ¡Sois el siglo XIX! ¿Y qué? ¡Nosotros éramos el siglo XVIII, tan imbéciles como vosotros! No os figureis que el universo haya progresado mucho, porque vuestro mata-gente se llame el cólera morbo, y vuestro baile la cachucha; en el fondo siempre habrá que amar á las mujeres. Os desafío á que salgais de este círculo. Esas picaruelas son nuestros ángeles. Sí; el amor, la mujer y el beso, es un círculo del que, repito, os desafío á salir. En cuanto á mí, de buena gana volveria á entrar en él. ¿Quién de vosotros ha visto elevarse en el infinito, apaciguando todo á sus pies, la estrella de Vénus, la gran coqueta del abismo, la Celimena del Océano? ¡El Océano! ¡Terrible Alcestes! Pues bien, en vano se alborota; porque aparece Vénus, y tiene que sonreirse. Con ser fiera, se somete. Asi somos todos. ¡La cólera rompe el cauce, y no se oyen mas que gritos, maldiciones; la casa va á venir al suelo; pero se presenta una mujer, brilla una estrella en el tempestuoso horizonte, y todos se postran! Mario combatia hace seis meses, y hoy se casa. Perfectamente. Mario, Cosette, sí, teneis razon. Existid el uno para el otro, embebeceos amándoos, hacednos reventar de envidia por no poder imitaros; idolatraos. Tomad en vuestros dos picos todas las ramitas de felicidad que hay en la tierra, y construios un nido para toda la vida. ¡Pardiez! amar, ser amado. ¡Qué placer cuando uno es jóven! No creais que habeis inventado esto. Tambien yo he soñado, tambien yo he suspirado,

Digitized by Google

tambien yo he tenido alma, radiante de luz. El amor es un niño de seis mil años, con derecho á una gran barba blanca. Matusalem es un chiquitin al lado de Cupido. El hombre y la mujer aman desde hace sesenta siglos. El diablo, como maligno que es, se ha puesto á aborrecer al hombre, y el hombre, mas maligno que el diablo, se ha puesto á amar á la mujer. De donde le ha resultado un bien mayor que el mal que le ha hecho el diablo. El amor es tan antiguo como el paraiso terrenal. La invencion, amigos mios, es vieja, y sin embargo conserva toda su novedad. Aprovechaos. Sed Dafnis y Cloe, mientras llega el tiempo de que seais Filemon y Baucis. Conducios de manera que, cuando esteis juntos, nada os falte, y que Cosette sea el sol para Mario, y Mario el universo para Cosette. Cosette, que la sonrisa de vuestro marido sea el buen tiempo; Mario, que las lágrimas de tu mujer sean la lluvia, y que no llueva jamás en vuestra casa. Habeis robado á la lotería el buen número, el amor en el sacramento; teneis el premio gordo, guardadlo bajo de llave, no lo malgasteis; adoraos, y no os cuideis de lo demás. Creedme. El sano juicio os habla por mi boca, y el sano juicio no miente. Sed el uno para el otro una religion. ¡Amigos mios, que viva la mujer! Soy viejo, segun dicen; pero admira el ver estos humos de jóven que en mí siento. Quisiera ir á oir las zampoñas en los bosques. Me embriaga el espectáculo de esos jóvenes hermosos y felices. Me casaria de buena gana si encontrase con quién. Es imposible imaginar que Dios nos haya destinado á otra cosa que á idolatrar, á arrullar, á galantear, á ser palomo, á ser gallo, á picotear á su amada desde por la mañana hasta la noche, á mirarse en su mujercita, á enorgullecerse, á triunfar, á cuchichear; tal es el objeto de la vida. Asi pensábamos nosotros cuando éramos jóvenes. ¡Por vida de! ¡Y qué preciosas mujeres habia en aquella época! ¡Que palmitos! ¡Qué pimpollos de flores! Eran mi viña. Ea, pues, amaos. Si los jóvenes no se amasen, no sé de que serviria la primavera; por mi parte, rogaria á Dios que encerrase las maravillas que nos pone de manifiesto, que nos privase de verlas, que volviese á su caja las flores, las aves y las muchachas bonitas. Hijos mios, recibid la bendicion de vuestro abuelo.

La noche se pasó alegremente. El buen humor del anciano dió el tono á la fiesta, y todos trataron de corresponder á aquella cordialidad casi centenaria. Se bailó un poco, se rió mucho; fue una boda al uso

Digitized by Google

antiguo. El uso antiguo estaba allí representado en la persona del señor Gillenormand.

Hubo ruido, y luego silencio.

Los novios desaparecieron.

Un poco despues de media noche, la casa del señor Gillenormand se trasformó en un templo.

Nos paramos aquí. En el umbral de la noche de boda hay un ángel en pie, sonriéndose, con el dedo sobre los labios.

El alma se hunde en la contemplacion ante el santuario, donde se celebra la fiesta del amor.

Debe haber resplandores encima de esas casas. La alegría que contienen debe pasar al través de las paredes, convertida en claridad, é irradiar vagamente en las tinieblas. Imposible que esta fiesta sagrada y fatal no envie celestes rayos al infinito. El amor es el crisol sublime donde se verifica la fusion del hombre y de la mujer; de él sale el ser uno, el ser triple, el ser final, la trinidad humana. Ese nacimiento de dos almas en una debe causar emocion á la sombra. El amante es sacerdote, la vírgen enajenada se asusta. Alguna parte de esta alegría sube hasta Dios. Donde hay realmente matrimonio, es decir, amor, hay idealismo. Un tálamo nupcial es un matiz de aurora en las tinieblas.

Si fuese dado á la pupila material percibir las visiones, ya terribles, ya agradables, de la vida superior, probablemente veria las formas de la noche, los desconocidos alados, los viajeros azules de lo invisible, inclinar satisfechos sus cabezas sombrías alrededor de la casa luminosa, mostrándose unos á otros y bendiciendo á la tímida y virginal esposa, y con el reflejo de la felicidad humana en sus divinos rostros. Si en esa hora suprema, los esposos, deslumbrados por el deleite, y que se creen solos, escuchasen, oirian en su cuarto un ruido confuso de alas. La perfecta dicha supone la solidaridad de los ángeles. La oscura alcoba tiene por techo todo el cielo. Cuando dos bocas, santificadas por el amor, se aproximan para crear, es imposible que no responda al inefable ósculo un dulce estremecimiento en el inmenso misterio de las estrellas.

Estas felicidades son las únicas verdaderas. No hay alegría fuera de estas alegrías. El amor es el solo éstasis. Todo lo demás llora.

Amar ó haber amado: basta. No pidais mas. No hay otra perla que buscar en los piélagos tenebrosos de la vida. Amar es una consumacion.

Digitized by Google

III.

LA INSEPARABLE.

¿Qué se habia hecho de Juan Valjean?

Inmediatamente despues de haberse sonreido, cediendo á la graciosa intimacion de Cosette, Juan Valjean aprovechó un instante en que nadie le miraba, salió del salon y entró en la antecámara. Era la misma antecámara donde, ocho meses antes, habia entrado cubierto de cieno, de sangre y de polvo, trayendo al nieto á casa de su abuelo. La antigua ensambladura estaba adornada con hojas y flores, y los músicos ocupaban el sofá en que se habia depositado á Mario. Vasco, vestido de negro, con el calzon corto y las medias y los guantes blancos, colocaba guirnaldas de rosas alrededor de las fuentes que iban á servirse.

Juan Valjean le mostró su brazo en cabestrillo, y se marchó, encargándole esplicase el motivo de su ausencia.

Las ventanas del comedor daban á la calle. Juan Valjean permaneció algunos minutos de pie é inmóvil en la oscuridad, delante de aquellas ventanas iluminadas. Estaba escuchando. El confuso ruido del banquete llegaba hasta él. Oia la voz alta y magistral del abuelo, los violines, el sonido de los platos y los vasos, las carcajadas, y en medio de todo aquel alegre rumor, distinguia la dulce voz de Cosette.

Digitized by Google

Dejó la calle de las Monjas del Calvario y se dirigió á la del Hombre-Armado, tomando por las de San Luis, Santa Catalina y Mantos Blancos.

Aunque mas largo el camino, era el mismo por donde, hacia tres meses, para evitar los escombros y el lodo de la calle Vieja del Temple, acostumbraba ir todos los dias con Cosette, desde la calle del Hombre-Armado hasta la de las Monjas del Calvario.

Esta última circunstancia le eximia de escoger ningun otro itinerario.

Juan Valjean entró en su casa. Encendió la vela y subió. La habitacion estaba vacía; hasta faltaba la tia Santos. Las pisadas de Juan Valjean hacian en los cuartos mas ruido que de ordinario. Todos los armarios estaban abiertos.

Penetró en el cuarto de Cosette. La cama, sin hacer, ofrecia á sus ojos el espectáculo de colchones arrollados y almohadas sin funda, dando á entender que nadie debia volver á acostarse en aquel lecho. Los pequeños objetos femeninos que apreciaba Cosette habian sido llevados, quedando solo los muebles grandes y las cuatro parades. La cama de la tia Santos presentaba el mismo aspecto de desamparo; una sola cama estaba hecha, y parecia esperar á alguien: la de Juan Valjean.

Juan Valjean miró las paredes; cerró las puertas de algunos armarios, y visitó los cuartos uno tras otro.

Encontróse luego en el suyo, y puso la vela sobre una mesa.

Habia sacado el brazo del pañuelo, y se servia de la mano derecha como si nada padeciese.

Acercóse á la cama, y sus ojos, no sabemos si por casualidad ó de intento, se fijaron en la *inseparable*, que habia dado celos á Cosette, en la maleta, de que no se separaba jamás. El 5 de junio, al llegar á la calle del Hombre-Armado, la habia colocado en un velador, junto á su cabecera.

Dirigióse al velador con cierta precipitacion, tomó una llave del bolsillo y abrió la maleta.

Fue sacando de ella poco á poco los vestidos con que diez años antes habia partido Cosette de Montfermeil; primero el trage negro, despues el pañuelo tambien negro, en seguida los zapatos de niña, tan grandes, que casi podrian servir aun á Cosette, por lo diminuto de su

Digitized by Google

pie, el justillo de bombasí, las enaguas de punto de media, el delantal y las medias de lana. Estas últimas, donde se veia aun señalada la forma de una pierna infantil, escedian apenas el tamaño de la mano de Juan Valjean. Él era quien habia llevado á Montfermeil estos vestidos de luto para Cosette.

A medida que los sacaba de la maleta, iba poniéndolos en la cama, Sus pensamientos eran otros tantos recuerdos.

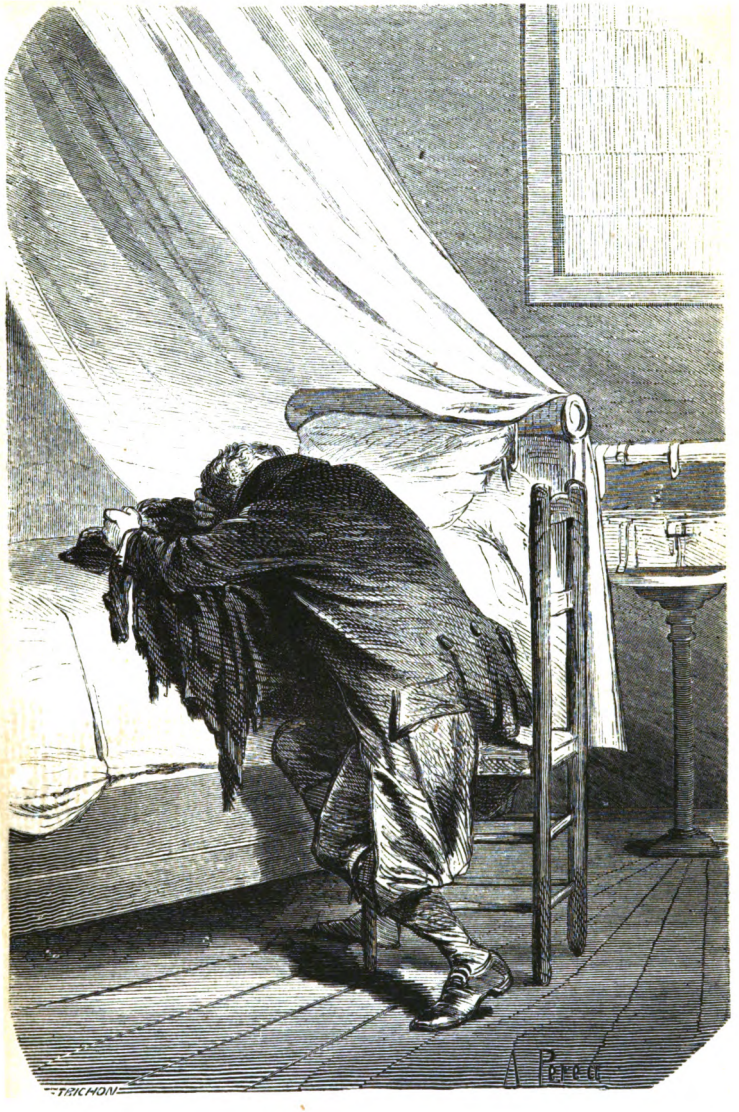
En invierno, en diciembre, con mas frio que de costumbre, estaba tiritando la niña medio desnuda, apenas envuelta en harapos, con los pies amoratados y metidos en unos malos zuecos, y él la habia hecho dejar aquellos andrajos para vestirse de luto. La madre debió alegrarse en la tumba al ver á su hija de luto por ella, y sobre todo, al verla vestida y abrigada.

Pensaba en la selva de Montfermeil, que habia atravesado en compañía de Cosette. Pensaba en lo crudo del tiempo, en los árboles sin hojas, en el bosque sin pájaros, en el cielo sin sol; pues asi y todo, habia sido un embeleso.

Colocó en órden las prendas de vestir sobre la cama, el pañuelo junto á la saya, las medias cerca de los zapatos, el justillo al lado del trage, y las contempló una tras otra, diciendo para sí:—Este era su tamaño; tenia la muñeca en los brazos, habia guardado el luis de oro en el bolsillo de este delantal, se reia, íbamos los dos asidos de la mano, solo contaba conmigo en el mundo.

Al llegar aquí su blanca y venerable cabeza cayó sobre el lecho: aquel viejo corazon estóico pareció romperse; su rostro se hundió, por decirlo asi, en los vestidos de Cosette, y si alguien hubiera entonces andado en la escalera, habria oido terribles sollozos.

Digitized by Google



JUAN VALJEAN LA NOCHE DE BODA DE COSETTE.

Digitized by Google

Digitized by Google

IV.

INMORTALE JECUR.

La antigua y formidable lucha, de la que hemos visto ya varias fases, empezó de nuevo.

Jacob no luchó con el ángel mas que una noche. ¡Ay! ¡Cuántas veces hemos visto á Juan Valjean luchando en medio de las tinieblas á brazo partido con su conciencia!

¡Combate inaudito! En ciertos instantes el pie se desliza, en otros el suelo se hunde. ¡Cuántas veces la conciencia, precipitándole hácia el bien, le habia comprimido y abrumado! ¡Cuántas veces la verdad inexorable le habia hincado la rodilla en el pecho! ¡Cuántas veces, derribado á impulso de la luz, habia implorado de ella el perdon! ¡Cuántas veces aquella luz implacable, encendida en él y sobre él por el obispo, le habia deslumbrado, mientras deseaba ser ciego! ¡Cuántas veces, en lo mas crudo de la lucha, se habia vuelto á levantar, asiéndose de la roca, apoyándose en el sofisma, arrastrándose por el polvo, ya señor, ya esclavo de esa conciencia! ¡Cuántas veces, despues de un equívoco, despues de un razonamiento traidor y especioso del egoismo, habia oido á la conciencia gritarle:—¡Zancadilla! ¡Miserable! ¡Cuántas veces su pensamiento refractario se habia agitado convulsivamente bajo la evidencia

Digitized by Google

del deber! Resistencia á Dios. Sudores fúnebres. ¡Qué de heridas secretas, que él solo veia destilar sangre! ¡Qué de llagas en su lamentable existencia! ¡Cuántas veces se habia erguido sangriento, magullado, destrozado, iluminado, con la desesperacion en el corazon y la serenidad en el alma! Vencido, se sentia vencedor. La conciencia, despues de haberle atormentado, formidable, luminosa, tranquila, le decia:—¡Ahora, ve en paz!

Pero ¡ay! ¡qué lúgubre paz, despues de una lucha tan sombría!

La conciencia es, pues, infatigable é invencible.

Sin embargo, Juan Valjean conoció que aquella noche empeñaba su postrer combate.

Presentábase una cuestion dolorosa.

Las predestinaciones no van siempre en derechura; no se desarrollan siempre en línea recta ante el predestinado, sino que tienen callejones sin salida, travesías oscuras, encrucijadas alarmantes por la dificultad de la eleccion.

Juan Valjean se habia detenido en la mas peligrosa de estas encrucijadas. Habia llegado al supremo punto en que se cortan las sendas del bien y del mal. Tenia á la vista esta tenebrosa interseccion. Como le habia sucedido en otras peripecias dolorosas, dos caminos se abrian ante él, uno lleno de atractivos, otro de terrores. ¿Por cuál deberia decidirse?

Señalábale el segundo ese misterioso dedo indicador, que todos percibimos cuando fijamos la vista en la sombra.

Juan Valjean tenia que escoger una vez mas entre el terrible puerto y la sonriente emboscada.

¿Es, pues, cierto, que habiendo cura para el alma, no la hay para la suerte? ¡Cosa horrible! ¡Un destino incurable!

La cuestion era esta:

¿De qué manera iba á conducirse Juan Valjean ante la felicidad de Cosette y de Mario? El era quien habia querido, quien habia hecho aquella felicidad, por mas que le destrozase las entrañas; y á la sazon, contemplándola, podia sentir la satisfaccion que sentiria un armero al reconocer la marca de su fábrica en un cuchillo, sacándoselo humeante del pecho.

Cosette y Mario estaban unidos por indisoluble lazo, tenian todo hasta riqueza. Y era obra suya.

Digitized by Google

Pero una vez formada, una vez existente aquella dicha, ¿que le correspondia hacer á Juan Valjean? ¿Imponérsele y tratarla como cosa que le pertenecia? Cosette era ya de otro; pero ¿retendria Juan Valjean todo lo que podia retener de la jóven? ¿Continuaria siendo la especie de padre que habia sido hasta allí? ¿Se introduciria tranquilamente en la casa de Cosette? ¿Uniria sin decir palabra su pasado á aquel porvenir? ¿Presentaríase, como asistido de un derecho, para sentarse, velado el rostro, junto á aquel luminoso hogar? ¿Cogeria, sonriéndose, la mano de aquellos inocentes en sus dos manos trágicas? ¿Pondria á calentar en la chimenea del salon Gillenormand sus pies, que arrastraban en pos de sí la infamante sombra de la ley? ¿Entraria á participar de la suerte reservada á Cosette y Mario? ¿Espesaria la oscuridad sobre su propia frente, é iria á esparcir una nube en la de aquellos jóvenes, á intercalar su catástrofe entre aquellas dos felicidades? ¿Persistiria en su silencio? En una palabra, ¿seria, al lado de aquellos dos seres dichosos, el siniestro mudo del destino?

Es preciso estar habituado á los golpes de la fatalidad para atreverse á alzar los ojos, cuando ciertas cuestiones se presentan en su horrible desnudez. El bien ó el mal se hallan detrás de este severo punto de interrogacion. ¿Qué vas á hacer? pregunta la esfinge.

Juan Valjean tenia el hábito de la prueba, y miró fijamente la esfinge.

Examinó el terrible problema en todas sus fases.

Cosette, divina criatura, era la tabla de salvacion de aquel náufrago. ¿Qué debia hacer? ¿Asirse fuertemente á ella, ó soltarla?

Si lo primero, se libraba del desastre, tornaba á ver la luz, el agua salada se escurria de sus vestidos y de sus cabellos, se habia salvado, vivia.

Si lo segundo, entonces el abismo.

Aconsejábase de este modo dolorosamente con su pensamiento. Mejor dicho, combatia furioso, dentro de sí mismo, ya con su voluntad, ya con sus convicciones.

Fue una dicha para Juan Valjean haber podido llorar. Esto quizá le iluminó. Al principio, no obstante, la tempestad tomó un aspecto horrible, desencadenándose con mas violencia que la que le impulsó hácia Arras. El pasado reaparecia ante él; comparaba y sollozaba. Una vez

Digitized by Google

abierta la esclusa de las lágrimas, aquel desesperado se sintió como detenido.

¡Ay! en el pugilato entre el egoismo y el deber, cuando retrocedemos asi paso á paso ante nuestro ideal inconmutable, estraviados, encarnizados, exasperados por tener que ceder, disputando el terreno, esperando una fuga posible, buscando una salida, ¡qué brusca y siniestra resistencia la del pie de la muralla que surge detrás de nosotros!

¡Sentir el obstáculo de la sagrada sombra!

¡La obsesion inexorable de lo invisible!

La conciencia no desiste jamás. Bruto, Caton, adoptad el partido que querais. La conciencia no tiene límites, siendo, como es, Dios. Se arroja en ese pozo el trabajo de toda la vida, la fortuna, la riqueza, los triunfos, la libertad, la patria, el bienestar, el reposo, la alegría. ¡Es poco, es poco aun! ¡Vaciad el vaso! ¡Verted la urna! Aun es poco. Será preciso que acabeis por arrojar el corazon.

En la espesa bruma del infierno antiguo hay un tonel parecido á este pozo.

¿No es digno de perdon el que al fin sucumbe? ¿Puede haber derecho en lo inagotable? Las cadenas que no concluyen nunca ¿son acaso compatibles con la fuerza humana? ¿Quién vituperaria el que Sísifo y Juan Valjean gritasen: ¿basta?

La obediencia de la materia está limitada por el frotamiento. ¿No habrá un límite á la obediencia del espíritu? Si el movimiento perpetuo es imposible, ¿por qué ha de exigirse la abnegacion perpetua?

El primer paso no es nada; el último es el difícil. ¿Qué era lo de Champmathieu al lado del casamiento de Cosette y sus consecuencias? ¿Qué valia lo de volver á presidio en comparacion con la nada en que ahora iba á sumirse?

¡En el descenso, la primera grada es sombría, la segunda es negra!

¿Cómo no apartar entonces el rostro?

El martirio es una sublimacion; sublimacion corrosiva. Es un tormento que santifica. Puede consentirse en él al principio; sentarse en el trono de hierro candente, ceñirse la corona de hierro candente, aceptar el globo de hierro candente, empuñar el cetro de hierro candente; pero aun falta vestir el manto de llamas; ¿y no llega

Digitized by Google

un momento en que la carne miserable se rebela, y en que abdica el suplicio?

Juan Valjean entró por último en la calma de la postracion.

Pesó, meditó, consideró las alternativas de la misteriosa balanza de la luz y la sombra.

Imponer su presidio á aquellos dos hermosos jóvenes, ó consumar su irremediable anonadamiento. A un lado el sacrificio de Cosette; al otro el suyo.

¿Cuál fue su resolucion?

¿Cuál fue la respuesta definitiva que dió en su interior al incorruptible interrogatorio de la fatalidad? ¿Qué puerta se decidió á abrir? ¿Qué parte de su vida resolvió condenar? Entre aquellos abismos insondables que le rodeaban, ¿cuál fue su eleccion?

Su meditacion vertiginosa duró toda la noche.

Permaneció hasta el alba en la misma actitud, doblado sobre aquel lecho, prosternado bajo el enorme peso del destino, anonadado tal vez ¡ay! con las manos contraidas y los brazos estendidos en ángulo recto, como un crucifijo desclavado, y colocado allí boca abajo.

Asi estuvo doce horas, las doce horas de una larga noche de invierno, sin alzar la cabeza ni pronunciar una palabra, inmóvil como un cadáver, mientras que su pensamiento rodaba por el suelo ó subia á las nubes, ya hidra, ya águila.

Viéndole sin movimiento se le habria creido difunto; de improviso se estremeció convulsivamente, y su boca, pegada á los vestidos de Cosette, imprimió besos en ellos, señal de que aun vivia.

Unico testigo de aquel inmenso dolor era el Ser que ve en las tinieblas.

FIN DEL LIBRO SESTO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO SÉTIMO.

LA ÚLTIMA GOTA DEL CÁLIZ DE LA AMARGURA.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

EL SÉTIMO CÍRCULO Y EL OCTAVO CIELO.

Las tornabodas son solitarias. Respétase el recogimiento de los novios, y algo tambien su sueño retardado. La baraunda de las visitas y de las felicitaciones no empieza hasta despues. El 17 de febrero, pasaba de las doce cuando Vasco, con la servilleta y el plumero bajo el brazo, ocupado en asear la antecámara, oyó un ligero golpe en la puerta. No habian tirado de la campanilla, conducta discreta en semejante dia.

Vasco abrió, y vió al señor Fauchelevent. Introdújosele en el salon, donde todo estaba aun revuelto, y que ofrecia el aspecto del campo de batalla de la fiesta de la víspera.

—¿Diantre! observó Vasco, nos hemos despertado tarde.

—¿Se ha levantado vuestro amo? preguntó Juan Valjean.

—¿Cómo está el brazo del señor? preguntó Vasco á su vez.

—Mejor. ¿Se ha levantado vuestro amo?

—¿Cuál? ¿El antiguo ó el nuevo?

—El señor de Pontmercy.

—¿El señor baron? dijo Vasco, con sus puntas de vanidoso.

Los criados gustan de recalcar sobre los títulos, como si reco-

Digitized by Google

giesen algo para sí; las salpicaduras de cieno, como las llamaria un filósofo.

Mario, digámoslo de paso, republicano militante, segun acaba ba, de probarlo, era ahora baron á pesar suyo. Habíase verificado en la familia una revolucioncilla acerca de este título; el señor Gillenormand y Mario habian trocado de papeles, el primero argumentaba en pró, y el segundo en contra. Sin embargo, el coronel Pontmercy habia escrito que su hijo llevaria su título, y Mario obedeció.

Además, Cosette, en quien empezaba á despuntar la mujer, se alegraba de oirse llamar señora baronesa.

—¿El señor baron? repitió Vasco. Voy á ver. Le diré que el señor Fauchelevent le está aguardando.

—No. No le digais que soy yo. Decidle que hay una persona que desea hablarle en particular, y no pronuncies ningun hombre.

—¡Ah! esclamó Vasco.

—Quiero causarle una sorpresa.

—¡Ah! repitió el criado, pretendiendo esplicar con esta segunda interjeccion el sentido de la primera.

Y salió.

Juan Valjean quedó solo.

Acabamos de decir que el salon estaba todo revuelto. Parecia que, aplicando el oido, se hubiera escuchado aun el vago rumor de la boda.

En el suelo se veian flores de todas clases, desprendidas de las guirnaldas que adornaban las fuentes y del peinado. Las bugías, enteramente consumidas, añadian á los cristales de las arañas estalactitas de cera. Ningun mueble estaba en su sitio. En los rincones, tres ó cuatro sillas, aproximadas y formando círculo, como que querian seguir una conversacion. El conjunto era risueño.

Los restos de una fiesta conservan aun cierta gracia.

La alegría habia reinado allí. En aquellas sillas sin órden, en medio de aquellas flores ya marchitas, á la luz de aquellos candelabros ahora apagados, la imaginacion habia construido mágicos palacios. El sol sucedia á la araña, y sus rayos penetraban alegremente en el salon.

Pasaron algunos minutos. Juan Valjean permanecia inmóvil en el

Digitized by Google

sitio donde le habia dejado Vasco. Estaba muy pálido, y tenia los ojos tan hundidos bajo las órbitas á causa del insomnio, que casi desaparecian. Las arrugas de la levita negra mostraban que habia pasado la noche sin dormir. Veíase en los codos esa pelusa blanca, que se adhiere al paño con el frotamiento del lienzo. Juan Valjean miraba á sus pies la ventana bosquejada en el pavimento por los rayos del sol.

Al ruido que hizo la puerta levantó los ojos.

Mario entró, con la cabeza erguida, la boca risueña, el rostro inundado de luz, la frente dilatada, la mirada triunfante. Tampoco él habia dormido.

—¡Sois vos, padre! esclamó, viendo á Juan Valjean; ¡y ese imbécil de Vasco con su aire misterioso! Pero venís demasiado temprano. Apenas son las doce y media. Cosette está durmiendo.

La palabra *padre*, dicha al señor Fauchelevent por Mario, significaba: felicidad suprema. Habia existido siempre entre ambos tibieza y embarazo; hielo que romper ó que derretir; y Mario se encontraba en ese punto de embriaguez en que las dificultades desaparecen, en que el hielo se disuelve, siendo el señor Fauchelevent para él, como para Cosette, un padre.

Continuó con esa superabundancia de palabras propia de los divinos parasismos de la alegría:

—¡Qué contento estoy de veros! ¡Si supiéseis cómo os hemos echado de menos ayer! Buenos dias, padre. ¿Cómo va esa mano? Mejor, ¿no es verdad?

Y satisfecho de la respuesta que se daba á sí mismo, prosiguió:

—Hemos hablado mucho de vos. ¡Cosette os quiere tanto! No vayais á olvidaros de que teneis aquí vuestro cuarto. Basta de calle del Hombre-Armado. Basta. ¿Cómo os determinásteis por esa calle tan vieja y tan fea, con una barrera donde hace frio y donde no se puede entrar? Vendreis á instalaros aquí, y desde hoy, ó se enfadará Cosette. Ella se propone llevarnos á todos de la barba, os lo prevengo. Ya habeis visto vuestro cuarto; está junto al nuestro, y da á los jardines. Se ha arreglado la cerradura, la cama está pronta; no falta sino que vengais. Cosette ha puesto cerca de la cama una butaca antigua, forrada de terciopelo de Utrech, á la que ha dicho: Tiéndele los brazos. Todas las primaveras un ruiseñor anida en el grupo de acacias que hay delante

Digitized by Google

de nuestras ventanas. Allí estará dentro de dos meses. Tendreis su nido á la derecha, y el nuestro á la izquierda. Por la noche cantará el ruiseñor, y por el dia hablará Cosette. Vuestro cuarto mira á Oriente, Cosette colocará en él vuestros libros, el viaje del capitan Cook, el de Vancouver, y los demás efectos que os pertenecen. Hay una maletita que me han dicho apreciais en alto grado; pues bien, le he destinado un sitio de honor. Habeis conquistado á mi abuelo, le agradais sobremanera. Viviremos todos juntos. ¿Sabeis jugar al whist? En tal caso, mi abuelo hallará en vos cuanto desea. Los dias que yo vaya al tribunal sacareis á paseo á Cosette, la llevareis del brazo, como hacíais en otro tiempo en el Luxemburgo. Estamos decididos á ser muy dichosos; y vos entrareis á la parte en nuestra felicidad. ¿Oís, padre? Supongo que hoy almorzareis con nosotros.

—Señor, dijo Juan Valjean, tengo que comunicaros una cosa. Soy un antiguo presidiario.

El límite de los sonidos agudos perceptibles puede estar lo mismo fuera del alcance del espíritu que de la materia. Estas palabras: *Soy un antiguo presidiario*, al salir de los labios del señor Fauchelevent y al entrar en el oido de Mario, iban mas allá de lo posible. Mario, pues, no oyó. Parecióle que acababan de decirle algo, pero no supo qué. Se quedó con la boca abierta.

Entonces advirtió que aquel hombre estaba espantoso. En su feliz enagenamiento no habia notado aun la palidez terrible de aquella cara.

Juan Valjean desató el pañuelo negro que sostenia su brazo, se quitó la ligadura de la mano, descubrió el dedo pulgar, y dijo mostrándoselo á Mario:

—No tengo nada en la mano.

Mario miró el dedo.

—Ni he tenido jamás nada, añadió Juan Valjean.

En efecto, no se veia allí la señal de ninguna herida.

Juan Valjean prosiguió:

—Convenia que no asistiese á vuestro casamiento, y me he ausentado de él todo lo mas que he podido. He fingido esta herida para evitar falsedades, para no invalidar los contratos matrimoniales, para no tener que firmar.

—¿Qué significa esto? preguntó Mario entre dientes.

Digitized by Google

—Esto significa, respondió Juan Valjean, que he estado en presidio.

—¡Vais á volverme loco! esclamó Mario aterrado.

—Señor de Pontmercy, dijo Juan Valjean, he estado diez y nueve años en presidio por robo. Luego se me condenó á cadena perpetua, tambien por robo, como reincidente, y á estas horas ando prófugo.

Mario hacia vanos esfuerzos por retroceder ante la realidad, por resistir á la evidencia; preciso era ceder á ella. Empezó á comprender, y como sucede siempre en casos análogos, traspasó el límite de lo verdadero, y entrevió en el porvenir un horrible destino.

—¡Decidlo todo, todo! esclamó. ¡Sois el padre de Cosette!

Y dió dos pasos hácia atrás con un movimiendo de horror indecible.

Juan Valjean irguió la cabeza con actitud tan magestuosa, que pareció tocar el techo.

—Es necesario que me creais, señor; aunque nuestro juramento no se admita en juicio...

Aquí se detuvo, y luego, con una especie de autoridad soberana y sepulcral, añadió, articulando lentamente, y apoyando en cada sílaba:

—Me creereis. ¡Padre de Cosette yo! En nombre de Dios os juro que no. Señor baron de Pontmercy, soy un aldeano de Faverolles. Ganaba la vida podando árboles. No me llamo Fauchelevent, sino Juan Valjean. Ningun parentesco me une á Cosette. Tranquilizaos.

—¿Y quién me prueba?... balbuceó Mario.

—Yo. Yo, pues que lo digo.

Mario miró á aquel hombre; estaba lúgubre y tranquilo. La mentira no podia salir de semejante calma. Lo glacial es sincero. La verdad se sentia en aquella frialdad sepulcral.

—Os creo, dijo Mario.

Juan Valjean inclinó la cabeza como en testimonio de esta frase, y continuó:

—¿Qué soy para Cosette? Un estraño. Hace diez años que ignoraba si existia. La quiero mucho, es cierto. Cuando uno, ya viejo, ha visto crecer á esos ángeles, es natural que los quiera. Los viejos se creen abuelos de todos los niños. Supongo que no ireis á considerarme desprovisto enteramente de corazon. Era huérfana. No tenia padre ni madre. Me necesitaba, y por eso le he consagrado todo mi cariño. Los niños son tan débiles, que cualquiera, aun siendo un hombre de mi clase, puede

Digitized by Google

servirles de protector. He cumplido ese deber con Cosette. No creo que esto merezca el nombre de buena accion; pero si lo merece, yo la he ejecutado. Anotad esta circunstancia atenuante. Hoy Cosette deja mi casa, con lo cual nuestros dos caminos se separan, y en lo sucesivo no puedo hacer nada por ella. Cosette es ya la señora de Pontmercy. Su providencia ha cambiado, ganando sin duda en el cambio. En cuanto á los seiscientos mil francos, aunque no me hableis de ellos, me anticipo á vuestro pensamiento. Es un depósito. ¿Cómo se hallaba en mis manos ese depósito? Poco importa. Devuelvo el depósito, y no se me debe exigir mas. Completo la restitucion diciendo mi verdadero nombre. Asi me conviene. Sabeis ya quién soy.

Y Juan Valjean clavó la vista en Mario.

Lo que Mario esperimentaba era tumultuoso é incoherente. Ciertas ráfagas del destino forman esas olas en nuestra alma.

Todos hemos tenido momentos asi; momentos de confusion en que las ideas se dispersan, y en que decimos lo primero que se nos ocurre, y que no es siempre lo mas oportuno. Hay revelaciones repentinas que no se pueden resistir, y que embriagan como un vino funesto. Mario estaba atónito con la nueva situacion que ante él surgia, y se puso á hablar á quel hombre como si se tratase de una persona impulsada por el odio á hacerle tal confesion.

—Pero, en fin, esclamó, ¿por qué me decís todo esto? ¿Quién os obligaba á descubrir el arcano de vuestra vida? Podíais guardároslo. Nadie os ha denunciado. No se os persigue. No se sabe vuestro paradero. Sin duda teneis alguna razon que os mueve á poneros asi de manifiesto. Acabad. Hay mas aquí de lo que aparece. ¿Por qué me habeis hecho esa revelacion? ¿Qué motivo os ha inducido á ello?

—¿Qué motivo? respondió Juan Valjean con una voz tan baja y tan sorda, que se hubiera dicho hablaba consigo mismo mas bien que con Mario. ¿Qué motivo ha obligado al presidiario á decir: soy un presidiario? Pues bien, el motivo es estraño, en efecto. Me ha inducido á ello la honradez. Mi mayor desgracia, sabedlo, es un hilo que está prendido en mi corazon, y con ligadura fuertísima. Esos hilos nunca son mas sólidos que cuando uno es viejo. Toda la vida se quiebra en derredor; ellos resisten. Si hubiera podido arrancar ese hilo, romperle, desatar el nudo ó cortarlo, irme lejos, muy lejos, estaba en salvo; con partir de

Digitized by Google

aquí bastaba. Diligencias hay en la calle de Bouloy. Sois felices y me marcho. He tratado de romper ese hilo, tirando de él, y ha resistido, y no se ha roto; me arrancaba el corazon al mismo tiempo. Entonces dije: No es posible que viva en otra parte. Necesito quedarme. Pero teneis razon, soy un imbécil; ¿por qué no quedarme, olvidándolo todo? Me ofreceis un cuarto en vuestra casa; la señora de Pontmercy me quiere mucho; ha dicho á ese sillon: ¡Tiéndele los brazos! Vuestro abuelo desea mi compañía, habitaremos todos bajo el mismo techo, comeremos juntos, daré el brazo á Cosette... á la señora de Pontmercy, perdon, es la costumbre... La misma casa, la misma mesa, el mismo hogar, la misma chimenea en el invierno, el mismo paseo en el verano, ¡qué deliciosa perspectiva! ¡qué feliz existencia! Viviremos en familia. ¡En familia!

Al pronunciar esta palabra, Juan Valjean tomó un aspecto feroz. Cruzó los brazos, fijó la vista en el suelo como si quisiese horadarlo, abrir á sus pies un abismo, y esclamó con voz tonante:

—¡En familia! No. No tengo familia. No pertenezco á la vuestra. No pertenezco á la familia de los hombres. Estoy de sobra en las casas donde se vive en comun. Hay familias, mas no para mí. Soy el desgraciado, el espúreo. Apenas sé si he tenido padres. El dia en que he casado á esa niña todo ha concluido; la he visto dichosa, la he visto unida al hombre á quien ama, y cerca de ambos á ese buen anciano; reunion de dos ángeles bajo el alegre techo de esta casa, y he dicho para mí: Tú no debes entrar. Fácil me era mentir, no cabe duda, y seguir engañándoos bajo el nombre de señor Fauchelevent. Mientras ha sido para bien de ella, he callado; pero hoy que se trata solo de mi bien, no debia continuar en silencio. Bastaba no despegar los labios, y las cosas hubieran marchado como hasta aquí. Me preguntais quién me ha obligado á hablar. Os contesto que la conciencia. Ya conocereis cuán fácil me era callarme. He pasado la noche esforzándome en persuadirme á hacerlo. ¡Imposible! es tan estraordinaria mi conducta, que no me admira la sorpresa que os causa. Sí, he pasado la noche buscando razones; se me han ocurrido algunas escelentes; pero no he logrado, ni romper el hilo que aprisiona mi corazon, ni imponer silencio á ese que me habla por lo bajo cuando estoy solo. Por esto he venido á descubríroslo todo, ó casi todo; pues lo que concierne únicamente á mi individuo me

Digitized by Google

lo guardo. Sabeis lo esencial. Os he revelado mi secreto. El misterio que me envolvia ha dejado de serlo para vos. Bastante me ha costado decidirme, he luchado toda la noche. ¡Ah! ¿Pensais que no he hecho la reflexion de que no se trataba de un asunto como el de Champmathieu, de que, ocultando mi nombre, á nadie perjudicaba, de que este nombre de Fauchelevent me autorizó á llevarle el verdadero Fauchelevent, en recompensa de un servicio, de que podia muy bien seguir usándolo, y ser dichoso en el cuarto que me ofreceis, sin molestar á nadie, con la mera idea de que, mientras vos poseiais á Cosette, yo vivia bajo el mismo techo que ella. Cada cual hubiera tenido su felicidad proporcionada. Con seguir siendo el señor Fauchelevent, todo se arreglaba. Todo, escepto mi alma. Alrededor mio, alegría; en el fondo de mi alma, tinieblas. No basta ser dichoso, es preciso estar contento. ¡Cómo habia de continuar siendo el señor Fauchelevent, y esconder mi verdadero rostro, y encerrar un enigma ante vuestra inocencia, y arrastrar conmigo la sombra en medio de vuestra irradiacion, y en vuestro hogar, sin daros siquiera aviso, introducir el presidio, y sentarme á vuestra mesa con el pensamiento de que, si llegábais á saber quién era, me echariais á la calle, y permitir me sirviesen criados, que al conocerme, gritarian: ¡Qué horror! ¡Ah! ¡Cómo habia de consentir en rozaros con mi codo, y en hurtaros vuestros apretones de manos! ¡En vuestra casa el respeto se hubiera dividido entre cabellos blancos, que son venerables, y cabellos blancos, que tienen impresa una mancha! En vuestras horas mas íntimas, en esos momentos de efusion de los corazones, estando juntos los cuatro, vuestro abuelo, vosotros dos y yo, habria allí un desconocido! ¡Y compartiendo vuestra existencia, mi único cuidado tendria que ser el que no se levantase la tapa de mi terrible pozo! ¡Yo, un muerto, me impondria á vosotros, que estais llenos de vida! Equivaldria á condenaros conmigo. ¡Vos, Cosette y yo habríamos sido tres cabezas con el gorro verde! ¿No os estremeceis? Asi no soy sino el mas infeliz de los hombres; en el otro caso hubiera sido el mas monstruoso. ¡Cometer todos los dias el mismo crímen! ¡Mentir todos los dias! ¡Anublar de continuo vuestra dicha! ¡Comunicaros constantemente mi afrenta! ¡A vosotros, mis queridos, mis inocentes hijos!... ¿Con que callar es fácil? ¿Con que guardar silencio es cosa sencilla? No, no es cosa sencilla. Hay un silencio que miente. ¡Y habia de mentir, ser embustero, indigno,

Digitized by Google

vil, traidor, en el salon, en la mesa, en el hogar, en todas partes, de noche, de dia, mirando cara á cara á Cosette, y respondiendo á la sonrisa del ángel con la sonrisa del condenado! ¿Para qué? ¡Para ser feliz! ¡Para ser feliz, yo! ¿Acaso tengo ese derecho? No pertenezco al gremio de los vivientes, señor.

Juan Valjean se detuvo. Mario seguia escuchando. No puede interrumpirse tal encadenamiento de ideas y de angustias.

Juan Valjean bajó la voz de nuevo; pero no era ya la voz sorda, era la siniestra.

—Me preguntais por qué hablo, cuando ni me denuncian, ni me persiguen. ¡Ah! ¡Estoy denunciado, sí! Estoy perseguido. ¡Sí! ¿Por quién? Por mí. Yo mismo me he cerrado el paso. Yo me comunico el impulso, yo me echo los grillos, yo me ejecuto. No hay mejor carcelero que uno mismo.

Y cogiendo su levita entre las manos, continuó:

—Mirad. ¿No os parece que estas manos son capaces de retener fuertemente el cuello de esta levita, sin que haya medio de que lo suelten? ¡Pues bien! La garra de la conciencia es mucho mas dura. Para ser feliz, señor, se necesita no comprender el deber; porque, una vez comprendido, es implacable. Diríase que castiga al que le comprende, cuando le recompensa poniéndole en un infierno, donde siente junto á sí á Dios. Las entrañas se desgarran; pero la paz interior viene en seguida.

Y con indecible acento añadió:

—Señor de Pontmercy: esto no tiene sentido comun; soy un hombre honrado. Degradándome á vuestros ojos, me elevo á los mios. Otra vez me ha sucedido una cosa análoga; pero aquello no fue nada en comparacion. Sí, un hombre honrado. No lo seria, si por mi culpa hubiéseis continuado estimándome; ahora que me despreciais, lo soy. Tengo la fatalidad de que, no pudiendo jamás poseer sino una consideracion robada, esa consideracion me humilla y agobia interiormente, necesitando, para el respeto propio, el desprecio de los demás. Entonces alzo la frente. Soy un presidiario que obedece á su conciencia; caso raro, lo sé. Pero ¿qué remedio? He contraido compromisos conmigo mismo, y los cumplo. Hay encuentros que nos ligan, y casualidades que nos impulsan por el camino del deber. Señor de Pontmercy, me han sucedido de esas cosas en la vida.

Digitized by Google

Juan Valjean hizo otra pausa, tragando la saliva con esfuerzo, como si sus palabras tuviesen un sabor amargo, y luego prosiguió:

—Cuando se horroriza uno de sí mismo hasta ese estremo, no tiene derecho para hacer á los demás partícipes, sin saberlo, de su horror, para comunicarles su peste, para lanzarlos en su precipicio, para cubrirlos con su casaquilla encarnada, para embarazar solapadamente con su miseria la felicidad del prójimo. Es odioso acercarse á los que están sanos, y tocarlos en la sombra con la úlcera invisible. En vano Fauchelevent me prestó su nombre; no me asiste derecho para llevarlo, y aunque él haya podido dármele, yo no he podido admitirlo. Un nombre es la personalidad. Ya veis, señor, que he pensado y leido algo, siendo, como soy, un simple labriego, y veis tambien que sé esplicarme, y que me doy cuenta de las cosas. Me he proporcionado una educacion á mi manera. Sí, sustraer un nombre, y cubrirse con él está mal hecho. Tan gran delito es robar letras del alfabeto, como robar un bolsillo ó un reloj. ¡Ser una firma falsa en carne y hueso, una llave falsa viva; entrar en casa de las personas honradas falseando la cerradura; no mirar nunca sino de través, encontrarme infame en el fondo de mi corazon! ¡No, no, no, no! Vale mas padecer, brotar sangre, llorar, arrancarse la piel de la carne con las uñas, pasar las noches en las convulsiones de la agonía, roerse el vientre y el alma. Por eso os he contado lo que acabais de oir. De propósito, como decis.

Respiró penosamente, y pronunció despues esta última frase:

—En otro tiempo, para vivir, robé un pan; hoy para vivir no quiero robar un nombre.

—¡Para vivir! dijo Mario. ¿Acaso necesitais de ese nombre para vivir?

—¡Ah! yo me entiendo, respondió Juan Valjean levantando y bajando la cabeza lentamente muchas veces seguidas.

Hubo un silencio. Los dos callaban, hundido cada cual en un abismo de pensamientos. Habíase sentado Mario junto á una mesa, y apoyaba el ángulo de la boca en uno de sus dedos doblado. Juan Valjean iba y venia. Detúvose delante de un espejo, y se quedó inmóvil. Luego, como si respondiese á un razonamiento interior, dijo, mirando aquel espejo, donde no se veia:

—¡Mientras que ahora me siento aliviado!

Digitized by Google

Se puso de nuevo á andar, dirigiéndose al otro estremo del salon. En el momento de volverse, notó que Mario le miraba caminar, y le dijo con un acento indescriptible:

—Arrastro un poco la pierna. Ya comprendereis por qué.

Volvióse del todo, y continuó:

—Y ahora, figuraos que nada he dicho, que soy el señor Fauchelevent, que vivo en vuestra casa, que soy de la familia, que tengo mi cuarto, que os acompaño á almorzar de bata, que por la tarde vamos los tres al teatro, que acompaño á la señorita de Pontmercy á las Tullerías y á la Plaza Real; en una palabra, que me creeis igual á vos; y el dia menos pensado, cuando estemos juntos, mientras hablamos, mientras reimos, oís pronunciar el nombre de Juan Valjean, y veis salir de la sombra la mano espantosa de la policía que me arranca bruscamente de vuestro lado.

Callóse de nuevo; Mario se habia levantado con un estremecimiento. Juan Valjean prosiguió:

—¿Qué decís?

Mario no acertó á desplegar los labios.

—Veis qué razon he tenido en hablar. Sed dichosos, vivid en el cielo, sed el ángel de otro ángel, y contentaos con eso, sin cuidaros del medio que un pobre condenado ha elegido para desgarrarse el pecho y cumplir con su deber. Teneis delante de vos, señor, á un hombre miserable.

Mario cruzó lentamente el salon, y cuando estuvo junto á Juan Valjean le tendió la mano; pero como la de éste no se alargase á cogerla, hubo de hacerlo él, y le pareció que estrechaba en la suya una mano de mármol.

—Mi abuelo tiene amigos, dijo Mario; yo haré que os consiga el perdon.

—Es inútil, respondió Juan Valjean. Se me cree muerto, y basta. Los muertos no están sometidos á la vigilancia de la policía. Se les deja podrirse tranquilamente. La muerte equivale al perdon.

Y retirando su mano de la de Mario, añadió con una especie de dignidad inexorable:

—Además de que no he de acudir á otro amigo que al cumplimiento de mi deber. No necesito mas que un perdon, el de mi conciencia.

Digitized by Google

En aquel momento, la puerta se entreabrió poco á poco al estremo opuesto del salon, y se dejó ver la cabeza de Cosette. Solo se percibia su cándido semblante; estaba admirablemente despeinada, y tenia los párpados hinchados aun con el sueño. Hizo el movimiento de un pájaro que saca la cabeza fuera del nido, miró primero á su esposo, luego á Juan Valjean, y les gritó riendo:

—Apostaria á que hablais de política. ¡Qué necedad! ¡En vez de estar conmigo!

Era una sonrisa en el fondo de una rosa. Juan Valjean se estremeció.

—Cosette, tartamudeó Mario... y se detuvo. Parecian dos criminales.

Cosette, radiante de felicidad y de hermosura, seguia mirándolos. Habia en sus ojos como emanaciones de paraiso.

—Os he cogido infraganti, dijo Cosette. Acabo de oir al través de la puerta las palabras de mi padre Fauchelevent: —La conciencia... el cumplimiento de mi deber... No cabe duda. Hablábais de política, y no quiero eso. ¡Hablar de política al dia siguiente de la boda! No me parece justo.

—Te engañas, Cosette, respondió Mario. Hablábamos de negocios. Buscábamos el medio mejor de colocar tus seiscientos mil francos, y...

—Pues si no es mas que eso, interrumpió Cosette, aquí me teneis. ¿Se me admite?

Y atravesando resueltamente el umbral entró en el salon. Llevaba puesto un gran peinador blanco de mil pliegues con mangas anchas, el cual, partiendo del cuello, le caia hasta los pies. En los cielos dorados de los antiguos cuadros góticos hay ángeles asi vestidos.

Contemplóse de pies á cabeza en un espejo de cuerpo entero, y esclamó con una esplosion de éstasis inefable:

—Habia una vez un rey y una reina. ¡Oh! ¡qué contenta estoy!

Dicho esto, saludó á Mario y á Juan Valjean.

—Ya veis, continuó, voy á instalarme cerca de vosotros en un sillon; dentro de media hora almorzaremos; hablareis cuanto querais; ya sé yo que los hombres tienen que tratar muchas cosas; seré prudente.

Mario la tomó del brazo, y le dijo con dulzura:

—Hablamos de negocios.

Digitized by Google

—A propósito, respondió Cosette, he abierto mi ventana, y acaba de llegar al jardin una bandada de gorriones. ¿Creísteis que iba á decir de máscaras? No, que es miércoles de Ceniza. Felizmente no hay miércoles de ceniza para los pájaros.

Te repito que hablamos de negocios: vamos, mi querida Cosette, déjanos un instante. Son guarismos y te fastidiarias.

—¡Qué bonita corbata te has puesto hoy, Mario! Estais guapísimo, monseñor. No, no me fastidiaré.

—Te aseguro que sí.

—Que no. Hablais vosotros, y me basta. Os escucharé, aunque no os comprenda. Cuando una oye las voces de las personas que ama, no necesita comprender sus palabras. Estar juntos, es todo lo que quiero, y me quedaré con vosotros, ¿por qué no?

—Amor mio, imposible.

—¿Imposible?

—Sí.

—Muy bien, repuso la jóven. ¡Os hubiera dicho tantas cosas! Por ejemplo, que el abuelo duerme aun, que la tia se ha ido á misa, que la chimenea del cuarto de mi padre Fauchelevent echa humo, que Nicolasa ha llamado al desollinador, que la tia Santos y Nicolasa han empezado ya á gruñir, que Nicolasa se burla de la tartamudez de la tia Santos. Pues bien, no sabreis nada. ¿Con que es imposible? Tambien yo á mi vez, gritaré: es imposible. ¿Quién perderá en el juego? Ea, Mario, querido mio, deja que me quede con vosotros.

—Te juro que necesitamos estar solos.

—¿Acaso soy yo alguien?

Juan Valjean no pronunciaba una palabra. Cosette se volvió hácia él:

—Lo primerito que quiero, padre, es que me deis un abrazo. ¿Cómo callais asi, en vez de tomar mi partido? ¡Vaya un singular padre! Ya veis que soy muy desgraciada en mi nuevo estado. Mi marido me casca. Ea, un abrazo y un beso, pronto.

Juan Valjean se acercó.

Cosette se volvió á Mario:

—A vos esta mueca.

En seguida alargó su frente á Juan Valjean.

Digitized by Google

Juan Valjean dió un paso hácia ella.

Cosette retrocedió, esclamando:

—¡Qué pálido estais, padre! ¿Os duele el brazo?

—Está ya bueno.

—¿Habeis dormido mal?

—No.

—¿Estais triste?

—No.

—¡Vaya! un beso. Si os sentís bien, si dormis mejor, si estais contento, no os reñiré.—Y le alargó de nuevo la frente.

Juan Valjean besó aquella frente, donde brillaba un celestial reflejo.

—Sonreiros ahora.

Juan Valjean obedeció. Diríase la sonrisa de un espectro.

—Ya es tiempo de que me defendais contra mi marido.

—Cosette... empezó á tartamudear Mario.

—Padre, enfadaos. Decidle que debo quedarme; que delante de mí bien se puede hablar. ¡Pues no me creeis poco tonta! ¡Y sobre todo me gusta el pretesto! Negocios, colocar dinero en un Banco ¡gran cosa! Los hombres fingen misterios para darse tono. Sí, señor, quiero quedarme. Mario, mírame, ¿no me encuentras hoy bonita?

Y con un movimiento de hombros adorable, y cierto aire esquisito de despique, fijó los ojos en Mario. Hubo como un relámpago entre aquellos dos seres. Poco importaba que no estuviesen solos.

—¡Te amo! dijo Mario.

—¡Te adoro! esclamó Cosette.

Y sin serles dable resistir, se abrazaron estrechamente.

—Ahora, repuso Cosette al mismo tiempo que arreglaba un doblez del peinador con airecillo de triunfo, me quedo.

—Eso no, replicó Mario con tono suplicante. Tenemos que terminar cierto asunto.

—¿Con que no?

Mario tomó una inflexion de voz grave.

—Cosette, te aseguro que es imposible.

—¡Ah! me hablais con ese acento, caballero. ¡Está bien! Me marcho. Padre, no me habeis apoyado. Señor marido, señor papá, sois unos

Digitized by Google

tiranos. Se lo voy á contar al abuelo. Si creeis que voy á volver y á deciros necedades, os equivocais. Aquí donde me veis, tengo mi poquito de orgullo. Os espero. Ya os convencereis de que sin mí vais á fastidiaros. Me marcho, y hago perfectamente.

Salió. Al cabo de dos segundos la puerta se abrió de nuevo, su lindísima cabeza asomó por entre las dos hojas, y les gritó:

—Estoy furiosa.

La puerta se volvió á cerrar, y todo quedó otra vez en tinieblas.

Fue á manera de un rayo de sol estraviado en los senderos de la noche.

Mario se cercioró de que la puerta estaba bien cerrada.

—¡Pobre Cosette! murmuró; cuando sepa...

A estas palabras, Juan Valjean se estremeció y clavó en Mario la vista.

—¡Cosette! ¡Ah! Sí, es verdad, se lo vais á decir todo; justo. No habia pensado en ello. Se tienen fuerzas para una cosa y faltan para otra. Os lo suplico, señor, os lo ruego por lo mas sagrado, dadme palabra de no decirle nada. ¿No basta que vos lo sepais? Nadie me ha obligado á delatarme, lo he hecho de buen grado; me delataria al universo, ¿qué me importa? Pero ella ignora estas cosas, y se asustaria. ¡Un forzado! Habria que esplicárselo; habria que decirle: es un hombre que ha estado en presidio. Ella vió pasar un dia la cadena. ¡Oh, Dios mio!

Se dejó caer en un sillon, y ocultó el rostro entre las manos. No se le oia; pero por el movimiento de los hombros se conocia que lloraba. Lágrimas silenciosas; lágrimas terribles.

En el sollozo hay algo de sofocacion. Con un movimiento convulsivo se respaldó en el sillon como para respirar, y Mario pudo ver su rostro bañado en llanto, y le oyó decir tan bajo que su voz parecia salir de un abismo sin fondo:

—¡Oh! ¡quisiera morir!

—Serenaos, dijo Mario; guardaré vuestro secreto para mí solo.

Y menos enternecido quizá de lo que debiera, pero obligado hacia una hora á familiarizarse con aquella horrible revelacion; viendo gradualmente convertirse al señor Fauchelevent en un presidiario, cautivado poco á poco por aquella realidad lúgubre, y conducido por la pen-

Digitized by Google

diente natural de la situacion á medir el intervalo que á ambos separaba, añadió:

—Me es imposible no deciros algo sobre el depósito que tan fiel y honradamente habeis entregado. Es un acto de probidad. Mereceis que se os recompense. Fijad vos mismo la cantidad, y no temais que sea muy crecida.

—Gracias, señor, respondió Juan Valjean con dulzura.

Permaneció pensativo un momento, pasando maquinalmente la yema del dedo índice por la uña del pulgar; luego alzó la voz:

—Todo ha concluido, ó poco menos. Una sola cosa me queda...

—¿Cuál?

Juan Valjean esperimentó como una suprema vacilacion, y sin voz, casi sin aliento, balbuceó:

—Ahora que lo sabeis todo, ¿creeis, señor, pues sois el dueño, que no debo volver á ver á Cosette?

—Seria lo mas acertado, respondió friamente Mario.

—No volveré á verla, dijo Juan Valjean.

Y se dirigió hácia la puerta.

Puso la mano en la cerradura, el pestillo cedió, entreabrióse la puerta lo bastante para que pasase Juan Valjean, se quedó un segundo inmóvil, luego cerró de nuevo y se encaró con Mario.

No estaba ya pálido sino lívido. Sus ojos no tenian ya lágrimas, sino una especie de luz trágica. Su voz habia cobrado cierta estraña serenidad.

—Si lo permitís, señor, vendré á verla. Os aseguro que lo deseo muchísimo. Sin eso, sin la necesidad de ver á Cosette, no os habria hecho esta confesion. Hubiera partido meramente... Pero queriendo permanecer en el pueblo donde vive Cosette, y continuar viéndola, me ha parecido que debia descubríroslo todo. ¿Me comprendeis, no es cierto? Es razonable lo que digo. Nueve años hace que no nos separamos; nuestra primera habitacion fue esa casuca del boulevard, luego el convento, en seguida junto al Luxemburgo. Allí la vísteis por primera vez. Recordareis su sombrero de felpa azul. Despues nos trasladamos al barrio de los Inválidos, donde habia una reja y un jardin á la calle Plumet. Desde mi habitacion la oia tocar el piano. Tal ha sido mi vida.

Digitized by Google

El uno sin el otro, jamás. Nueve años y algunos meses ha durado esto. Era para ella un padre, y se creia mi hija. No sé si me comprendereis, señor Pontmercy; pero os aseguro que me seria difícil marcharme ahora y no volverla á ver, no hablarle mas, quedarme sin nada en el mundo. Si no os pareciera mal, vendria de vez en cuando á ver á Cosette. No lo haria con frecuencia, ni permaneceria aquí mucho tiempo. Daríais órden de que se me recibiese en la salita del primer piso, y hasta entraria por la puerta trasera, la de los criados, si no fuese reparable. Valdria mas, se me figura, que entre por donde entran todos. Lo esencial es, señor, que desearia ver alguna vez á Cosette, tan pocas como querais. Poneos en mi lugar; no tengo mas que á ella en la tierra. Además de que, si no volviese, lo estrañarian. Lo que podré hacer es venir por la tarde cuando empiece ya á oscurecer.

—Vendreis todas las tardes, dijo Mario, y Cosette os aguardará.

—¡Qué bueno sois!-respondió Juan Valjean.

Mario le saludó; la felicidad acompañó hasta la puerta á la desesperacion, y aquellos dos hombres se separaron.

Digitized by Google

II.

TRAS LA REVELACION LA DUDA.

Mario estaba trastornado.

La especie de antipatía que habia sentido siempre hácia el supuesto padre de Cosette estaba ya esplicada. Encontraba en aquel personaje un no sé qué enigmático, de que le advertia su instinto, y el enigma era la peor de las vergüenzas, el presidio. El señor Fauchelevent era el presidiario Juan Valjean.

Hallar de improviso semejante secreto en medio de su dicha, equivalia á descubrir un escorpion en un nido de tórtolas.

En adelante la felicidad de Mario y de Cosette ¿no podria prescindir de aquel testigo? ¿Era este un hecho consumado? ¿Formaba parte de su casamiento la aceptacion de Juan Valjean? ¿No habia ya remedio? ¿Se habia casado tambien Mario con el prófugo de presidio?

Por mas que se ciña una corona de luz y alegría, por mas que se saboree la hora mas feliz de la existencia, el triunfo del amor, los sacudimientos de esta clase harian estremecerse al mismo arcángel en su éstasis, al mismo semi-dios en su gloria.

Como acontece siempre con los cambios de situacion por el estilo

Digitized by Google

del que acabamos de relatar, preguntábase Mario si no tendria algo que echarse en cara. ¿Su prevision, su prudencia habrian sufrido un voluntario eclipse? Tal vez. ¿Habríase empeñado, sin la necesaria precaucion, sin aclarar bien las circunstancias de la persona, en la aventura amorosa, cuyo término era el casamiento con Cosette? Conocia (y por esta serie de estudios sucesivos del hombre sobre sí propio, es como la vida nos proporciona alguna enseñanza) conocia, decimos, el lado quimérico y visionario de su naturaleza; especie de nube interior propia de muchas organizaciones, que en los escesos de la pasion y del dolor se dilata por alterarse la temperatura del alma, é invade al hombre hasta el punto de convertirle en una conciencia bañada por la bruma.

Mas de una vez hemos indicado este elemento característico de la individualidad de Mario. Recordaba que en la embriaguez de su amor, durante las seis ó siete semanas de éstasis que habia pasado en la calle Plumet, ni siquiera habló á Cosette del drama de la casuca Gorbeau, donde la víctima guardó tan estrañó silencio, en medio de la lucha, fugándose al ser aprehendidos los criminales. ¿Cómo se concibe que no hubiese dicho una palabra de esto á Cosette, y mas siendo un acontecimiento tan reciente y terrible? ¿Cómo se concibe que no hubiese nombrado ni aun á los Thenardier, sobre todo el dia que encontró á Eponina?

Trabajo le costaba esplicarse ahora el silencio de entonces.

Esplicábaselo, sin embargo, recordando su aturdimiento, su embriaguez al lado de Cosette, el amor absorbiéndolo todo, aquel arrobamiento mutuo en lo ideal, y quizá tambien como la cantidad imperceptible de razon mezclada con aquel estado violento, aunque agradable del alma, un vago y sordo instinto de ocultar y de abolir en su memoria la horrible aventura cuyo contacto temia, en la que le repugnaba representar ningun papel, y de la cual no podia ser cronista ni testigo, sin ser al mismo tiempo acusador.

Por otra parte, aquellas pocas semanas habian pasado como un relámpago, sin dejarle espacio mas que para amarse.

En fin, pesado y analizado todo, resultaba que, aun en el caso de haber referido la asechanza de la casuca Gorbeau á Cosette, de nombrarle

Digitized by Google

á los Thenardier, y hasta de haber descubierto que Juan Valjean era un presidiario, ¿hubiera bastado esto para que él cambiase? ¿para que cambiase Cosette? ¿Hubiera él retrocedido? ¿La hubiera adorado menos? ¿Hubiera desistido del casamiento? No.

Nada tenia, pues, que sentir ni que echarse en cara.

Hay un Dios para esos beodos que se llaman los enamorados. Mario habia seguido ciego, el camino que hubiera elegido con la vista clara. El amor le habia vendado los ojos para conducirle: ¿á dónde? al paraiso.

Pero aquel paraiso debia ir rodeado desde entonces de un resplandor infernal.

La antipatía de Mario hácia el señor Fauchelevent, trasformado en Juan Valjean, mezclábase ahora con ideas horribles, entre las cuales, justo es decirlo, habia algo de lástima, y hasta de sorpresa.

El ladron, y ladron reincidente, habia restituido un depósito: ¿y qué depósito? Seiscientos mil francos, de los que solo él tenia noticia, y que pudo muy bien guardarse. Habia hecho todo lo contrario.

Además, era delator de sí mismo. ¿Quién le obligaba á delatarse? Si se sabia su verdadero nombre, es porque él lo habia dicho. Con aquella confesion Juan Valjean aceptaba, no únicamente la humillacion, sino tambien el peligro. Para el condenado, la máscara no es la máscara; es un abrigo. Un nombre falso es la seguridad, y él habia renunciado al que le encubria. Podia, siendo presidiario, ocultarse para siempre en el seno de una familia honrada, y habia resistido á esta tentacion. ¿Y por qué? Por escrúpulo de conciencia. Sus palabras esplanatorias tenian el irresistible acento de la realidad.

En suma, quien quiera que fuese aquel hombre, incontestablemente se le debia considerar como una conciencia que se despertaba. Habia en él cierta misteriosa rehabilitacion, aun en sus principios; y, segun todas las apariencias, hacia mucho tiempo que el escrúpulo dominaba en su alma. Tales accesos de lo justo y de lo bueno no son propios de naturalezas vulgares. El despertar de la conciencia indica un alma grande.

Juan Valjean era sincero. Esta sinceridad visible, palpable, irrefragable y aun evidente por el dolor que le causaba, hacia inútiles las pesquisas. ¡Inversion estraña de las situaciones! ¿Qué brotaba para

Digitized by Google

Mario del señor Fauchelevent? La desconfianza. ¿Y de Juan Valjean? La confianza.

En el misterioso balance que Mario formaba de aquel individuo, comparando el debe y el haber, queria llegar á un resultado; pero sentíase como envuelto en un torbellino. Esforzándose en deducir una idea clara de Juan Valjean, y persiguiéndole, por decirlo asi, en el fondo de su pensamiento, le perdia y no volvia á encontrarle sino en bruma fatal.

El despósito restituido honradamente y la probidad de la confesion, eran acciones meritorias y producian como un resplandor en la nube; ésta en seguida se ponia otra vez negra.

Aunque los recuerdos de Mario fuesen confusos, esplicábase ahora ciertas escenas antes inconcebibles.

¿Qué venia á ser la aventura del desvan de Jondrette? ¿Por qué á la llegada de la justicia, aquel hombre, en lugar de querellarse, habia huido? Mario encontraba esta vez la respuesta: Porque aquel hombre era un forzado que andaba prófugo.

Otra pregunta: ¿Por qué habia ido aquel hombre á la barricada? Pues Mario veia ahora aparecer distintamente este recuerdo al impulso de sus emociones, como la tinta simpática cuando se arrima al fuego. Aunque estaba allí no combatia. ¿Qué habia ido, pues, á hacer? Ante esta pregunta surgia un espectro y daba la contestacion. Era Javert. Mario recordaba perfectamente la fúnebre vision de Juan Valjean arrastrando fuera de la barricada á Javert, atado, y oia aun detrás del ángulo de la callejuela Mondetour el horrible pistoletazo. Existia sin duda odio entre el espía y el presidiario. El uno molestaba al otro; y Juan Valjean habia ido á la barricada por vengarse. Llegó tarde. Probablemente sabia que Javert habia sido hecho prisionero. La venganza corsa ha penetrado en ciertas hondonadas y domina allí; es tan sencilla que no asusta á las almas convertidas al bien de una manera incompleta; y tal es la índole de esa clase de personas, que un criminal, en via de arrepentimiento, puede tener escrúpulo de robar y no de vengarse. Juan Valjean habia matado á Javert á lo menos parecia evidente.

Ultima pregunta, á la cual no encontraba qué responder, sin em-

Digitized by Google

bargo de sentirla como unas tenazas. ¿Por qué la existencia de Juan Valjean habia corrido tanto tiempo unida á la de Cosette? ¿Qué significaba la obra sombría de la Providencia al poner aquella niña en contacto con semejante hombre? ¿Se forjan en el cielo cadenas dobles, y Dios se complace en juntar al ángel con el demonio? ¿Pueden ser compañeros de cuarto, en el misterioso presidio de la miseria, un crímen y una inocencia? ¿Pueden, en el desfiladero de condenados que se llama el destino humano, pasar tocándose dos frentes, la una cándida, y la otra formidable; la una bañada de los divinos matices del alba, la otra para siempre pálida con el siniestro brillo de un eterno relámpago? ¿Quién habia determinado aquella union inesplicable? ¿Cómo, por qué prodigio se habia establecido tal comunidad de vida entre la celestial niña y el viejo presidiario? ¿Quién habia ligado el cordero al lobo, y lo que era aun mas incomprensible, el lobo al cordero? Porque el lobo amaba al cordero; porque el ser feroz adoraba al débil; porque, durante nueve años, el ángel habia tenido por punto de apoyo al monstruo. La infancia y la adolescencia de Cosette, su virginal desarrollo de vida y de luz, habian encontrado abrigo en aquella abnegacion disforme. Aquí las cuestiones se esfoliaban, por decirlo asi, en enigmas innumerables, los abismos se habrian en el fondo de los abismos, y al querer Mario sondear á Juan Valjean sentia vértigos. ¿Qué era pues aquel hombre erizado de precipicios?

Los antiguos símbolos del Génesis son eternos. En la sociedad humana, tal como hoy existe, y hasta el dia en que una claridad mayor la altere, habrá siempre dos hombres, uno superior, y otro subterráneo; uno caminando hácia el bien, Abel; otro torciéndose hácia el mal, Cain. Pero ¿cómo definir aquel Cain sensible? ¿Aquel bandido, religiosamente absorto en la adoracion de una vírgen, velando por ella, educándola, custodiándola, dignificándola y envolviéndola, siendo él impuro, en pureza? ¿Juan Valjean formando el corazon de Cosette? ¿La figura tenebrosa dedicándose esclusivamente á preservar de toda sombra y de toda nube la salida de un astro?

Este era el secreto de Juan Valjean, y tambien de Dios.

Ante estos dos secretos, Mario retrocedia. En cierta manera, el uno le tranquilizaba acerca del otro. La Providencia, en aquella aventura,

Digitized by Google

era tan visible como Juan Valjean. Dios tiene sus instrumentos y se sirve de la herramienta que quiere. No es responsable ante el hombre. ¿Conocemos nosotros las misteriosas vias de la Providencia? Juan Valjean habia trabajado en la perfeccion de Cosette, contribuyendo un poco á formar su alma; esto era incontestable. ¿Y qué? De un obrero horrible habia resultado una obra admirable.

Dios hace los milagros como mejor le cuadra. Le plugo emplear á un hombre de los antecedentes de Juan Valjean en el desenvolvimiento de la graciosa niña. Pero, aunque fuese estraño el colaborador, ¿qué cuenta tenemos que pedirle? ¿Es la primera vez que el estiércol ayuda á la primavera á hacer la rosa?

Mario se respondia á sí mismo, y calificaba de buenas sus respuestas. No habia osado insistir con Juan Valjean sobre los puntos que acabamos de indicar, aunque guardándose bien de reconocer que le faltaba atrevimiento para ello. Adoraba á Cosette, la poseia; Cosette era pura como los ángeles. ¿Qué otra aclaracion necesitaba? Cosette era una luz, y la luz lleva consigo la claridad. Mario tenia todo. ¿Qué podia desear? ¿Acaso *todo* no es *bastante*? Los negocios personales de Juan Valjean no le incumbian, principalmente desde la declaracion solemne del miserable: *No soy nada de Cosette. Hace diez años ignoraba su existencia.*

Juan Valjean era un simple transeunte, como habia dicho él mismo. Pasaba, pues, y quien quiera que fuese, su papel habia concluido. En lo sucesivo Mario cumpliria las funciones de la Providencia junto á Cosette. Cosette habia encontrado en las regiones etéreas á su igual, á su amante, á su esposo, á su celestial compañero. Al remontarse á las alturas, alada y trasfigurada, dejaba tras de sí en la tierra su crisálida vacía y horrible: Juan Valjean.

En cualquier círculo de ideas que girase Mario, siempre se reproducia su horror hácia Juan Valjean. Horror sagrado quizá; porque, segun hemos insinuado, sentia cierto *quid divinum* en aquel hombre. Sin embargo, por mas atenuaciones que buscase, preciso le era siempre acabar por aquello de: es un presidiario; es decir, el ser que en la escala social, carece hasta de sitio, por no ocupar siquiera el pie. Despues del último de los hombres está el presidiario.

El presidiario no figura, digámoslo asi, entre los vivientes. La ley

Digitized by Google

le ha privado de toda la cantidad de humanidad que puede quitar á un hombre. Mario, en las cuestiones penales, admitia, aunque demócrata, el sistema inexorable, y tenia acerca de los que la ley hiere, todas las ideas de la ley. No habia hecho aun, preciso es decirlo, todos los progresos. No era aun capaz de distinguir entre lo escrito por el hombre y lo escrito por Dios; entre la ley y el derecho. No habia examinado y pesado el derecho que se arroga el hombre de disponer de lo irrevocable y de lo irreparable. No le irritaba la palabra *vindicta*. Parecíale natural que ciertas infracciones de la ley escrita, fuesen seguidas de penas eternas, y aceptaba como procedimiento de civilizacion la condena social. Lo cual no significaba que mas adelante dejase de avanzar infaliblemente, pues su índole era buena, y estaba compuesta, en el fondo, de progreso latente.

Con las ideas que entonces profesaba, Juan Valjean era para él disforme y repugnante. Era el réprobo, el presidiario. Esta voz le causaba el efecto de la trompeta del juicio final, y despues de haber considerado por mucho tiempo á Juan Valjean, su último gesto fue volver la cabeza. *Vade retro.*

Mario, fuerza es reconocerlo é insistir en ello, aunque interrogase á Juan Valjean hasta el punto de decirle éste: *Me confesais*, no le habia dirigido dos ó tres preguntas decisivas; y no porque no le ocurriesen, que sí le habia ocurrido, pero inspirábanle cierto pavor. ¿El desvan de Jondrette? ¿La barricada? ¿Javert? ¿Quién sabe á dónde habrian llegado las revelaciones? Juan Valjean no parecia hombre capaz de retroceder. ¿Y quién sabe si Mario, despues de empujarle, no hubiera deseado retenerle? ¿No nos ha sucedido á todos en circunstancias supremas, hacer una pregunta, y taparnos luego los oidos para no oir la contestacion?

Estas flaquezas son propias sobre todo de los enamorados.

No es prudente interrogar hasta lo último á las personas colocadas en situaciones siniestras, en especial cuando la parte indisoluble de nuestra vida se encuentra fatalmente mezclada con ellas. De las esplicaciones desesperadas de Juan Valjean podia brotar alguna luz espantosa. ¿Y quién sabe si esa horrible claridad no se estenderia hasta Cosette, esparciendo una especie de matiz infernal sobre la frente de aquel án-

Digitized by Google

gel? La fatalidad tiene de esas solidaridades, en que la marca del crímen se graba en la misma inocencia por la sombría ley de los reflejos colorantes. Las mas cándidas figuras pueden conservar para siempre la reverberacion de una vecindad horrible.

Con razon ó sin ella, Mario habia tenido miedo. Sabia ya demasiado, y mas bien queria aturdirse que ilustrarse. En el colmo de la desesperacion, llevaba á Cosette en sus brazos, cerrando los ojos por no ver á Juan Valjean.

Este hombre era la noche; noche palpitante y terrible. ¿Cómo atreverse á buscar el fondo? Es atroz dirigir preguntas á la sombra ¿Quién sabe lo que va á responder? El alba pudiera perder eternamente su blancura.

En tal situacion de espíritu, era para Mario una perplegidad dolorosa pensar que aquel hombre se rozaria en lo sucesivo, aunque apenas, con Cosette. Reprendíase ahora no haberle hecho esas formidables preguntas, ante las cuales habia retrocedido, y de las que hubiera podido resultar una decision implacable y definitiva. Encontrábase demasiado bueno y generoso; en una palabra, demasiado débil; debilidad que le indujo á consentir en una imprudencia. Se habia dejado conmover; suya era la culpa. Debió pura y simplemente alejar de su casa á Juan Valjean.

Indignábase contra sí mismo, contra el torbellino de emociones que le habia aturdido, cegado y arrastrado.

—¿Qué haria ahora? Las visitas de Juan Valjean le repugnaban profundamente. ¿Qué significaba aquel hombre en su casa? Esta pregunta le ponia de nuevo al borde del abismo, que no osaba profundizar; hasta temia sondearse á sí propio. Habia ofrecido en un momento de conmocion, de debilidad; Juan Valjean contaba con su promesa; y es preciso cumplir la palabra que se da, aunque se dé, y sobre todo si se da á un presidiario. Sin embargo, su principal deber era hácia Cosette. En suma, existia en él una repulsion que lo dominaba todo.

Mario resolvia este confuso agrupamiento de ideas en su cerebro, pasando de una á otra, y sobresaltándole todas. De donde resultaba para él una agitacion profunda; agitacion que le costó mucho

Digitized by Google

ocultar á Cosette; pero el amor, que es un talento, le ayudó á conseguirlo.

Por lo demás, hizo sin objeto aparente algunas preguntas á Cosette, cándida como una paloma, y sin recelar nada. Le habló de su infancia y de su juventud, convenciéndose cada vez mas de que el presidiario habia sido respecto de Cosette todo lo bueno, paternal y respetable que cabe en una criatura humana. Cuanto Mario habia entrevisto y supuesto era verdad. Aquella ortiga siniestra habia amadó y protegido á aquel lirio.

FIN DEL LIBRO SETIMO.

Digitized by Google

LIBRO OCTAVO.

EL CREPÚSCULO DE LA TARDE.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

EL PRIMER PISO.

Al dia siguiente, cuando empezaba á oscurecer, Juan Valjean llamó á la puerta-cochera de la casa del señor Gillenormand. Vasco le recibió encontrándose allí como un exprofeso y por órden de alguno. A veces basta con decir á un criado:—Espera á Fulano.

Vasco, sin aguardar á que Juan Valjean se adelantase hácia él, le dirigió la palabra:

—El señor baron me ha encargado que os preguntase, si quereis subir ó quedaros abajo.

—Quedarme abajo, respondió Juan Valjean.

Vasco, respetuoso como siempre, abrió la puerta de la sala baja, y dijo:

—Voy á avisar á la señora.

La habitacion en que Juan Valjean entró era un primer piso abovedado y húmedo, que servia á veces de bodega, y que daba á la calle, con el suelo de ladrillos encarnados, y una mala ventana que permitia apenas el paso á unos míseros rayos de luz al través de los barrotes de hierro.

Digitized by Google

No era este cuarto de los que el zorro, el plumero y la escoba molestan. El polvo yacia allí tranquilo. Las arañas campeaban libremente. Una hermosa tela, desplegada con lujo, muy negra, y con adornos de moscas muertas, giraba alrededor de uno de los vidrios de la ventana. La sala, pequeña y baja de techo, estaba amueblada con unas cuantas botellas vacías, amontonadas en un rincon. La pared, revocada de amarillo, se iba descascarando á toda prisa. Veíase en el fondo una chimenea de madera, pintada de negro, y encendida, lo cual indicaba que se habia contado con la respuesta de Juan Valjean:—Abajo.

A cada lado de la chimenea habia un sillon, y entre los dos sillones, á modo de alfombra, una manta de cama, vieja, mostrando mas hebra que lana.

El alumbrado de la habitacion consistia en la llama de la chimenea y el crepúsculo de la ventana.

Juan Valjean se sentia fatigado, pues llevaba algunos dias sin comer ni dormir, y se dejó caer en uno de los sillones.

Vasco vino, puso sobre la chimenea una bugía encendida y se retiró, sin que Juan Valjean, con la cabeza inclinada hasta tocar el pecho, hubiese notado lo mas mínimo.

De repente se levantó como sobresaltado.

Cosette estaba detrás de él. No la habia visto entrar, pero habia sentido que entraba. Se volvió, y la contempló con éstasis. Estaba adorablemente hermosa; pero lo que él miraba de aquella suerte no era la hermosura material, sino el alma.

—Padre, esclamó Cosette, sabia vuestras rarezas, pero jamás me hubiera figurado que llegasen á tanto. ¡Vaya una idea! Dice Mario que os habeis empeñado en que os reciba aquí.

—Sí, me he empeñado.

—Ya esperaba esa respuesta. Está bien. Os prevengo que voy á armar un escándalo. Empecemos por el principio. Padre, besadme.

Y le presentó la mejilla.

Juan Valjean permaneció inmóvil.

—No os moveis. Declaro que vuestra actitud es de una persona que se encuentra culpada. Os perdono, sin embargo. Jesucristo ha dicho: Presentad la otra mejilla. Aquí la teneis.

Digitized by Google

Y le presentó la otra mejilla.

Juan Valjean no se movió; parecia clavado en el suelo.

—Esto se pone serio, dijo Cosette. ¿Qué os he hecho? Me declaro ofendida, y me debeis una satisfaccion. Comereis con nosotros.

—He comido ya.

—No es verdad. Haré que el señor Gillenormand os riña. Los abuelos están encargados de reñir á los padres. Vamos, subid conmigo al salon. Pronto.

—Imposible.

Al llegar aquí, Cosette perdió algun terreno. Cesó de mandar y pasó á las preguntas.

—¡Imposible! ¿por qué? ¡Y escogeis para verme el cuarto mas feo de la casa! Aquí se está muy mal.

—Sabes...

Juan Valjean se detuvo, y luego continuó, como corrigiéndose á sí propio:

—Sabeis, señora, que soy raro, que tengo mis caprichos.

Cosette dió una palmada.

—¡Señora!... ¡Sabeis!... ¡Cuántas novedades! ¿Qué significa esto?

Juan Valjean la miró con la sonrisa dolorosa á que recurria de vez en cuando.

—Habeis querido ser señora y lo sois.

—Para vos no, padre.

—Cesad de llamarme padre.

—¿Cómo?

—Llamadme señor Juan, Juan si gustais.

—¡No sois ya padre, ni yo soy Cosette! ¡Que os llame señor Juan! ¿Qué significan estos cambios? ¿Qué revolucion es esta? ¿Qué ha pasado? Miradme á la cara. ¡Y no aceptais un cuarto en esta casa! ¡El cuarto que os tenia destinado! ¿Qué mal os he hecho? ¿En qué os he ofendido? ¿Ha ocurrido algo?

—Nada.

—¿Y entonces?

—Todo sigue lo mismo.

—¿Por qué mudais de nombre?

Digitized by Google

—Tambien vos habeis mudado el vuestro.

Sonrióse como antes, y añadió:

—Siendo vos la señora de Pontmercy, muy bien puedo yo ser el señor Juan.

—No comprendo una jota. Esto raya en estupidez. Pediré permiso á mi marido para que seais el señor Juan, y espero que no consentirá. Me disgustais en estremo. Los caprichos no deben ir hasta ocasionar pesadumbre á su niña, á su Cosette. No teneis derecho á ser malo, vos que sois tan bueno.

Juan Valjean no respondió.

Tomóle ella vivamente las dos manos, y con un movimiento irresistible, levantándolas al nivel de su rostro, las estrechó contra su cuello por debajo de la barba; profunda señal de cariño.

—¡Oh! le dijo, ¡sed bueno!

Y prosiguió:

—Ved lo que yo llamo ser bueno: mostrándoos amable, venid á vivir con nosotros; aquí hay pájaros como en la calle Plumet; dejad ese agujero en la calle del Hombre-Armado; no querais que adivine charadas; sed como todos, almorzad, comed en nuestra compañía, sed mi padre.

El retiró las manos.

—No necesitais ya de padre; teneis marido.

Cosette se incomodó:

—¡Con que no necesito de padre! No hay sentido comun en lo que decís.

—Si la tia Santos estuviese aquí, repuso Juan Valjean como el que busca testigos porque tiene que asirse hasta de un cabello, seria la primera que convendria en que soy hombre antojadizo. Nada nuevo hay en todo esto. Siempre me ha gustado mi rincon.

—¡Pero si aquí hace frio; si apenas se ve! Es abominable antojo el de que os llame señor Juan. Me opongo resueltamente á que me digais vos.

—Cuando venia, respondió Juan Valjean, ví en la calle de San Luis un bonito mueble. Es en casa de un ebanista. Si yo fuese mujer y linda, no dejaria de adquirirlo. Un tocador á la moda, de palo de rosa, é

Digitized by Google

incrustado con un espejo bastante grande y varios cajones. Mueble de gusto.

—¡Oh qué ruindad! replicó Cosette.

Y con esquisito donaire, apretando los dientes y separando los labios, sopló contra Juan Valjean. Era una Gracia imitando á un gato.

—Estoy furiosa, prosiguió. Desde ayer me haceis todos rabiar. No comprendo una palabra. Vos no me defendeis de Mario, ni Mario me sostiene contra vos; estoy sola. Arreglo mi cuarto, poniendo en la obra mis cinco sentidos, y me dejais desairada. Encargo á Nicolasa una comida de familia, y se me responde que no se acepta. ¡Y mi padre Fauchelevent quiere que le llame señor Juan, y que le reciba en una vieja y húmeda cueva, cuyas paredes tienen barbas, y donde en vez de cristales hay botellas vacías, y en vez de cortinas telarañas! Sois un hombre raro, convengo en ello; es vuestro carácter; pero ¿no ha de haber alguna tregua para los que se casan? No parecen bien esas rarezas, asi de seguida. Vais, pues, á vivir muy contento en vuestra abominable calle del Hombre-Armado. ¡No he pasado yo en ella pocos malos ratos! ¿Qué resentimiento teneis de mí? Me causais mucha pena, ¡vaya!

Y formalizándose de repente, clavó la vista en Juan Valjean y añadió:

—¿Os pesa de que sea dichosa?

La candidez, sin saberlo, penetra á veces en lo mas hondo. Esta pregunta, sencilla para Cosette, era profunda para Juan Valjean. Cosette queria solo arañar, y destrozaba.

Juan Valjean se puso pálido. Permaneció un momento sin responder; luego, con acento indescriptible, y hablando consigo mismo, murmuró:

—Su felicidad era el objeto de mi vida. Dios, al presente, puede quitármela sin que haga falta á nadie. Cosette, eres dichosa, y mi mision ha terminado.

—¡Ah! ¡Me habeis dicho eres! esclamó Cosette.

Y se arrojó en sus brazos.

Juan Valjean, desvanecido, la estrechó contra su pecho, pareciéndole casi que la recobraba.

—¡Gracias, padre! le dijo Cosette.

Digitized by Google

Aquel arrebato iba á volverse doloroso para Juan Valjean. Desprendióse con dulzura de los brazos de Cosette, y tomó el sombrero.

—¿A dónde vais? preguntó Cosette.

Juan Valjean respondió:

—Me retiro, señora; os aguardan.

Y desde el umbral añadió:

—Os he tuteado. Decid á vuestro marido que no volverá á sucederme. Perdonadme.

Juan Valjean salió, dejando á Cosette atónita con aquel adios enigmático.

Digitized by Google

II.

DE MAL EN PEOR.

Juan Valjean volvió al dia siguiente á la misma hora.

Cosette no le hizo preguntas, ni mostró admiracion, ni dijo que sentia frio, ni habló mal de la sala; evitó al mismo tiempo llamarle padre y señor Juan; dejó que la tratase de vos y de señora. Notóse, sin embargo, que estaba menos alegre. Hasta triste hubiera estado, pero no le era posible.

Probablemente habria tenido con Mario una de esas conversaciones en que el hombre amado dice lo que quiere, y sin esplicar nada, satisface al objeto de su cariño. La curiosidad de los enamorados no se estiende á mucho mas que su amor.

La sala baja estaba algo mas elegante. Vasco habia suprimido las botellas, y Nicolasa las arañas.

Las visitas continuaron siendo diarias. Juan Valjean no tuvo valor para ver en las palabras de Mario otra cosa que la letra. Mario, por su parte, se ingenió de manera que siempre se hallaba ausente cuando Juan Valjean iba. Las personas de la casa se acostumbraron á aquel

Digitized by Google

nuevo capricho del señor Fauchelevent. La tia Santos contribuyó á ello, repitiendo que «su amo habia sido siempre asi.» El abuelo decretó que «era un estravagante.»

Esto bastó. Además de que á noventa años no son posibles ya las relaciones amistosas; todo es justaposicion; un recien venido es una molestia. No hay sitio para él; todos los hábitos están adoptados. El señor Gillenormand se alegró de verse libre del señor Fauchevent ó Tranchelevent, y añadió:

—Ese género de estravagantes es muy comun. Ejecutan toda clase de rarezas sin motivo. El marqués de Canaples era peor aun, pues compró un palacio para vivir en las buhardillas. Son apariencias fantásticas de ciertas gentes.

Nadie entrevió la siniestra realidad. ¿Ni quién habia de adivinar semejante cosa? Hay pantanos asi en la India. El agua presenta un aspecto estraordinario, inesplicable, estremeciéndose sin que la impulse el viento, mostrando agitacion, cuando debiera estar tranquila. Se mira su superficie, y no se ve la hidra que se arrastra en el fondo.

Muchos hombres tienen tambien un monstruo secreto, un mal que alimentan, un dragon que los roe, una desesperacion que habita en su noche. Ese individuo se asemeja á los demás; va y viene, ignorándose que lleva dentro de sí un horrible dolor parásito que le devora con sus mil dientes, hasta dejarle muerto. Bajo este punto de vista, el hombre es á manera de un remolino, donde el agua, aunque estancada, tiene gran profundidad. De vez en cuando se nota cierta conmocion incomprensible en la superficie. Fórmase una onda misteriosa, que se desvanece y vuelve luego á aparecer. Una búrbuja de aire sube y revienta. Es la respiracion del animal desconocido.

Algunas costumbres estrañas; por ejemplo, llegar á la hora en que los demás se marchan, ocultarse cuando los demás se dejan ver, no abandonar nunca la capa de tristeza, buscar el paseo solitario, preferir la calle desierta, no mezclarse en las conversaciones, evitar los sitios concurridos y las fiestas, parecer que se está bien y vivir pobremente, tener, aunque rico, la llave de su casa en el bolsillo y la vela en la portería, entrar por la puerta falsa, subir por la escalera secreta; todas

Digitized by Google

estas singularidades insignificantes, ondas, búrbujas de aire, pliegues fugitivos en la superficie, provienen muchas veces de un fondo formidable.

Varias semanas trascurrieron asi. Poco á poco entró Cosette en una vida nueva; el matrimonio crea relaciones, las visitas son su necesaria consecuencia, y el cuidado de la casa ocupa gran parte del tiempo. En cuanto á los placeres de la nueva vida, no eran costosos para Cosette, pues se reducian á uno solo: estar con Mario. Su principal gloria era salir con él y no separarse de su lado. Ambos sentian un placer cada vez mayor en pasearse asidos del brazo, á la faz del sol, á la vista de todos, los dos solos.

Cosette esperimentó una contrariedad. La tia Santos no hizo buenas migas con Nicolasa y se marchó. En cuanto al abuelo, su salud era escelente; Mario defendia de tiempo en tiempo algunas causas; la señorita Gillenormand pasaba agradablemente junto á la nueva familia la vida lateral que parecia bastarle. Juan Valjean iba todos los dias.

Sustituido el vos al tú, y las espresiones señora y señor Juan á las de su trato familiar antiguo, encontrábale Cosette distinto de lo que antes era. Hasta el empeño que habia tomado en separarla de él, le salia bien, pues Cosette se mostraba cada vez mas alegre y menos cariñosa. Sin embargo, queríale siempre mucho, y Juan Valjean lo conocia.

Un dia la jóven le dijo de repente:

—Erais mi padre, y no lo sois ya; erais mi tio, y habeis cesado de serlo; erais el señor Fauchelevent, y sois el señor Juan. ¿Quién sois, pues? No me gustan estas cosas. Si no os conociese, os tendria miedo.

Continuaba viviendo en la calle del Hombre-Armado, porque no podia resolverse á alejarse del barrio donde habitaba Cosette.

Al principio no permanecia al lado de Cosette sino unos cuantos minutos, y luego se marchaba.

Poco á poco se fue acostumbrando á alargar sus visitas, como si aprovechase la autorizacion de los dias, que iban tambien creciendo. Llegaba mas temprano, y se despedia mas tarde.

Digitized by Google

Cierto dia Cosette le dijo maquinalmente:—¡Padre! y un relámpago de alegría iluminó el sombrío rostro de Juan Valjean.

—Llamadme Juan, fue su única respuesta.

—¡Ah! es verdad, dijo Cosette riéndose; señor Juan.

—Eso, eso, replicó aquel desgraciado, volviéndose para que ella no le viera enjugarse los ojos.

Digitized by Google

III.

UN RECUERDO DEL JARDIN DE LA CALLE PLUMET.

Fue la última vez. Despues de aquella claridad, verificóse la estincion absoluta. No mas familiaridad, no mas buenos dias acompañados de un beso, no mas esa palabra tan dulce: ¡Padre mio!

Veíase, pidiéndolo él mismo, despojado sucesivamente de todas sus felicidades; y su mayor miseria consistia en que, despues de haber perdido á Cosette de golpe en un solo dia, le era preciso perderla ahora otra vez paso á paso.

La vista acaba por habituarse á la oscuridad de una habitacion. La aparicion de Cosette todos los dias, ¿qué mas necesitaba? Concentrábase su existencia en aquella hora, empleándola en estar sentado junto á ella, en mirarla sin desplegar los labios, ó bien en hablarle de los años trascurridos, de su infancia, del convento y de sus amiguitas de otra época.

Una tarde... Era uno de los primeros dias de abril, en que el calor alterna con la frescura. El sol desplegaba aun toda su pompa; los jardines que circuian las ventanas de Mario y de Cosette esperimentaban la emocion del despertar; la ogiacanta iba á florecer, los alelíes

Digitized by Google

adornaban las viejas paredes, las bocas de lobo sonrcian en las hendiduras de las piedras, empezaban á asomar entre las yerbas las belloritas y los ranúnculos, las mariposas blancas del año salian á la escena, y el viento, ese trovador de la eterna boda, ensayaba en los árboles el preludio de la gran sinfonía matinal que se llama la primavera.

Mario dijo á Cosette:

—Hemos ofrecido hacer una visita á nuestro jardin de la calle Plumet. Vamos, pues. No debemos ser ingratos.

Y volaron como dos golondrinas en busca del cielo primaveral.

El jardin de la calle Plumet les producia el efecto del alba. Tenian ya detrás de sí en la vida algo que era como la primavera de su amor. La casa de la calle Plumet pertenecia aun á Cosette, por no haber concluido el plazo del arriendo. Allí los recuerdos del pasado les hicieron olvidar el presente.

Cuando oscurecia, á la hora de siempre, Juan Valjean fué á la calle de las Monjas del Calvario.

—La señora ha salido con el señor baron, y aun no ha vuelto, le dijo Vasco.

Sentóse en silencio, y esperó una hora.

Cosette no volvia.

Bajó la cabeza y se marchó.

Hallábase Cosette tan embriagada con aquel paseo á «su jardin,» y tan contenta de haber «vivido un dia en el pasado,» que la tarde siguiente no habló de otra cosa. Ni siquiera advirtió que no habia visto á Juan Valjean.

—¿Cómo habeis ido? le preguntó éste.

—A pie.

—¿Y cómo habeis vuelto?

—En un coche de alquiler.

Juan Valjean observaba hacia algun tiempo la estrechez con que vivian los esposos, y esto le indujo á cavilar. La economía de Mario era rigurosa, y Juan Valjean tomaba esta palabra en sentido absoluto.

Aventuró una pregunta:

Digitized by Google

—¿Por qué no teneis coche propio? Una bonita berlina nos os costaria mas de quinientos francos al mes. Sois ricos.

—No sé, respondió Cosette.

—Lo mismo ha sucedido con la tia Santos, continuó Juan Valjean. Se ha ido y no la habeis reemplazado. ¿Por qué?

—Basta con Nicolasa.

—Pero no teneis doncella.

—¿No tengo á Mario?

—Casa propia, criados, carruaje, palco en la ópera, todo esto deberiais poseer, pues nada es demasiado hermoso para vos. ¿Por qué no sacar provecho de la riqueza? Seriais doblemente dichosa.

Cosette no respondió nada.

Las visitas de Juan Valjean no se abreviaban, ántes por el contrario. Cuando el corazon es el que se desliza, nada hay que detenga al hombre en la pendiente.

Siempre que Juan Valjean deseaba prolongar su visita y hacer olvidar la hora, escogia por tema de la conversacion el elogio de Mario, encontrándole guapo, noble, valeroso, lleno de ingenio, elocuente, bueno. Cosette encarecia, y Juan Valjean volvia á empezar, sin què se agotase el asunto. Habia volúmenes enteros en estas cinco letras: Mario.

Obrando de esta suerte lograba Juan Valjean permanecer allí bastante tiempo. ¡Le era tan dulce ver á Cosette, y olvidar todo á su lado! Unica medicina para su llaga. Varias veces tuvo Vasco que repetir este recado: El señor Gillenormand me envia á recordar á la señora baronesa que la sopa espera en los platos.

Cuando sucedia esto, Juan Valjean se marchaba muy pensativo.

¿Habia, pues, algo de verdad en la comparacion de la crisálida que se le ocurrió á Mario? ¿Era en efecto Juan Valjean una crisálida persistente en visitar á su mariposa?

Un dia se quedó mas tiempo aun de lo que acostumbraba estarse otras veces. Al dia siguiente notó que no habia lumbre en la chimenea; y para esplicar esta falta, hizo la reflexion de que, hallándose en abril, los frios habian cesado.

—¡Dios mio! ¡qué frio se siente aquí! esclamó Cosette al entrar.

—¡Cá! dijo Juan Valjean.

Digitized by Google

—¿Sois vos el que habeis dado órden á Vasco de que no encienda?

—Sí. Pronto va á llegar mayo.

—Pero si se pone lumbre hasta junio. Y en esta cueva se necesita todo el año.

—Me ha parecido que era inútil.

—¡Una de tantas rarezas! respondió Cosette.

Al otro dia no faltaba la lumbre; pero los dos sillones estaban colocados en el estremo opuesto de la sala, cerca de la puerta.

—¿Qué significa esto? pensó Juan Valjean.

Tomó los sillones y los puso en el sitio de siempre, junto á la chimenea.

Reanimóse un poco al ver de nuevo la lumbre; y prolongó la visita mas de lo regular. Cuando se levantaba para irse, le dijo Cosette:

—Mi marido me propuso ayer una cosa que me ha hecho gracia.

—¿Cuál?

—Me dijo: Cosette, tenemos treinta mil francos de renta, veintisiete mil tuyos, y tres mil que me ha asignado mi abuelo.—Treinta mil, bueno, le contesté, ¿y qué?—¿Te atreverias á vivir solo con los tres mil? me preguntó.—Sí, le respondí, y con nada tambien, siempre que sea á tu lado. Le pregunté á mi vez luego: ¿por qué me dices eso? Y contestó:—Para mi gobierno.

Juan Valjean no pronunció una palabra. Cosette aguardaba de él probablemente alguna esplicacion; pero la oyó sumido en lóbrego silencio. Marchóse á la calle del Hombre-Armado, siendo tal la absorcion de su entendimiento, que equivocó la puerta, y en lugar de entrar en su casa, entró en la casa vecina, no advirtiéndolo hasta que llegó al piso segundo.

Empezó á hacer conjeturas. Era evidente que Mario tenia duda acerca del orígen de los seiscientos mil francos, y que alimentaba temores sobre la pureza de su procedencia. ¿Quién sabe? Tal vez hubiese descubierto que provenian de él, de Juan Valjean, y le repugnase aceptar una riqueza sospechosa; prefiriendo vivir pobres á disfrutar de un caudal que suponia mal adquirido.

Además, Juan Valjean empezaba á conocer vagamente que le despedian.

Digitized by Google

Al dia siguiente esperimentó al entrar en la sala baja como un sacudimiento. Los sillones habian desaparecido. No se veia una silla siquiera.

—¿Qué es esto? dijo Cosette en cuanto entró, no hay sillones. ¿Dónde están los sillones?

—Se los han llevado, respondió Juan Valjean.

—¡Pues esto pasa de raya!

Juan Valjean balbuceó:

—Yo he dicho á Vasco que se los lleve.

—¿Por qué?

—Porque no voy á estar mas que un momento.

—No es razon para pasarlo en pie.

—Se me figura que Vasco necesitaba los sillones.

—¿Para qué?

—Para el salon. Tendreis gente esta noche.

—A nadie.

Juan Valjean no pudo articular una palabra mas. Cosette se encogió de hombros.

—¡Hacer quitar los sillones! No os bastaba con la supresion de la lumbre. ¡Qué raro sois!

—Adios, murmuró Juan Valjean.

No, dijo: Adios, Cosette; pero le faltaron fuerzas para decir: Adios, señora.

Salió abrumado de dolor.

Esta vez habia comprendido.

Al dia siguiente no fué. Cosette no lo notó hasta la noche.

—¡Vaya! dijo; el señor Juan no ha venido hoy.

Sintió como una ligera opresion de corazon; pero un beso de Mario la distrajo en seguida.

Tampoco fué al otro dia.

Cosette apenas se cuidó de ello; pasó bien la velada, durmió perfectamente, como tenia de costumbre, y solo al levantarse pensó en aquella ausencia. ¡Era tan dichosa!

Envió á Nicolasa á casa del señor Juan para saber si estaba enfermo, y por qué no habia venido la víspera.

Digitized by Google

Nicolasa trajo la respuesta del señor Juan.

No estaba enfermo, sino muy ocupado. Ya volveria, y pronto, lo mas pronto que le fuera posible. Le avisaba que iba á emprender un viajecito, costumbre antigua suya, como la señora no ignoraba, concluyendo por suplicarle que depusiera todo temor, y que no pensase en él.

Nicolasa, al entrar en casa del señor Juan, le habia repetido las mismas palabras de su ama. «La señora enviaba á saber por qué el señor Juan no habia ido la víspera.»

—Hace dos dias que no he ido, observó Juan Valjean con dulzura.

Pero Nicolasa no comprendió el sentido de la observacion, y nada dijo á Cosette.

Digitized by Google

IV.

LA ATRACCION Y LA ESTINCION.

En los últimos meses de la primavera y los primeros del verano de 1833, los pocos transeuntes del Marais, los tenderos, y los ociosos que se paran en las puertas, observaban á un anciano aseadamente vestido de negro, que todos los dias, á la misma hora, antes de oscurecer, salia de la calle del Hombre-Armado, por el lado de la calle de Santa Cruz de la Bretonnerie, pasaba por delante de la de los Mantos Blancos, llegaba á la de Santa Catalina, y una vez en la de Echarpe, torcia á la izquierda, y entraba en la de San Luis.

Allí caminaba á paso lento, con el cuello estirado, sin ver ni oir nada, fija siempre la vista en un punto invariable, que parecia para él estrellado, y que no era otro que el ángulo de la calle de las Monjas del Calvario. Cuanto mas se acercaba á aquella esquina, mas brillo habia en sus ojos, y una especie de alegría iluminaba sus pupilas como una aurora interior; tenia cierto aire de fascinacion y de ternura; sus labios se movian, como si hablasen á una persona sin verla; se sonreia vagamente, y andaba muy despacio. Hubiérase dicho que, aunque deseaba llegar, lo temia al mismo tiempo.

Digitized by Google

Cuando no habia sino unas cuantas casas entre él y la calle que asi parecia atraerle, aflojaba el paso hasta el punto de creérsele inmóvil. La vacilacion de la cabeza y la direccion fija de la pupila recordaban la aguja que busca el polo.

Pero por mas empeño que pusiese en retardar la llegada, ésta tenia que verificarse. En tocando la calle de las Monjas del Calvario se detenia, temblaba, pasaba la cabeza con una especie de timidez sombría mas allá de la esquina, y miraba con ansiedad trágica alguna cosa semejante al descubrimiento de lo imposible, y á la reverberacion de un paraiso cerrado. Luego una lágrima, que poco á poco se habia condensado en el ángulo de los párpados, bastante pesada ya para caer, resbalaba por su mejilla, yendo á parar alguna vez á la boca, donde el anciano sentia su sabor amargo.

Permanecia de aquel modo unos pocos minutos, cual si fuera de piedra, y despues se volvia por el propio camino y con igual lentitud, apagándose su mirada á medida que se alejaba.

Gradualmente el anciano cesó de ir hasta la esquina de las Monjas del Calvario. Deteníase á la mitad del camino en la calle de San Luis, ora mas lejos, ora mas cerca.

Un dia se quedó en la esquina de la calle de Santa Catalina, y miró desde allí la de las Monjas del Calvario. Luego movió silenciosamente la cabeza de derecha á izquierda, para indicar que no debia hacer alguna cosa, y retrocedió.

A poco no pudo llegar siquiera hasta la calle de San Luis. En la calle Pavée sacudia la cabeza y se volvia.

Pronto no le fue posible pasar de la de los Tres Pabellones.

En seguida tuvo que contentarse con llegar á la de los Mantos Blancos. Parecia un péndulo cuyas oscilaciones, por falta de cuerda, van acortándose hasta que al fin se para.

Todos los dias salia de su casa á la misma hora, emprendia el mismo trayecto, pero no lo acababa ya; y tal vez sin conciencia de ello, lo iba abreviando incesantemente. Su semblante espresaba esta idea irónica: ¿Para qué? La pupila se habia apagado, y tambien la lágrima estaba agotada. Ya no se condensaba en el ángulo de los párpados; aquellos ojos meditabundos permanecian secos.

Digitized by Google

El anciano estiraba siempre la cabeza; la barba solia moverse, y daba pena ver las arrugas de su descarnado pescuezo. Cuando el tiempo estaba malo, llevaba bajo el brazo un paraguas que no abria. Las buenas mujeres del barrio decian: Es un inocente. Los chicos le seguian, riéndose.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO NOVENO.

SUPREMA SOMBRA. SUPREMA AURORA.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

COMPASION PARA LOS DESGRACIADOS, É INDULGENCIA PARA LOS DICHOSOS.

¡Terrible cosa es la felicidad! En medio de sus goces, en medio de las satisfacciones que produce la posesion de ese falso objeto de la vida, induce á olvidar el verdadero, que es el deber.

Sin embargo, se haria mal en acusar á Mario.

Mario, lo hemos dicho, antes de casarse no habia preguntado nada al señor Fauchelevent, y despues temió preguntar á Juan Valjean. Sintió la promesa á que se dejó arrastrar por la lastimosa situacion de éste, y repetidas veces dijo para sí que habia obrado mal concediendo aquella gracia á la desesperacion. Limitóse, pues, á alejar poco á poco á Juan Valjean de su casa, y á borrar, en lo posible, su recuerdo del espíritu de Cosette. Procuró, en cierto modo, colocarse siempre entre Cosette y Juan Valjean, seguro de que asi la jóven, no viéndole, cesaria de pensar en él. Era mas que la estincion, era el eclipse.

Mario hacia lo que juzgaba necesario y justo. Creia que le asistian, para alejar á Juan Valjean, sin dureza, pero tambien sin debilidad, graves razones, algunas de las cuales ya se han indicado, y otras se indicarán á su tiempo.

La casualidad le puso en contacto, durante la prosecucion de uno de

Digitized by Google

sus pleitos, con un antiguo empleado en la casa de Laffite, y adquirió sin buscarlas, misteriosas noticias que, si bien no pudo profundizar, por consideracion al secreto que se le habia confiado, y á la peligrosa situacion de la persona interesada, le constituian, á la luz de su criterio, en el indispensable deber de restituir los seiscientos mil francos á su dueño. Buscábale, al efecto, con toda discrecion, absteniéndose entre tanto de tocar á lo que miraba como un depósito.

Cosette no estaba en tales interioridades, pero tambien merece disculpa.

Existia de Mario á ella un terrible magnetismo, que la obligaba á ejecutar como por instinto, y casi maquinalmente los deseos de su esposo. Sentia, en la parte relativa al «señor Juan» un deseo de Mario, y se conformaba con él. Su marido no necesitaba decirle nada; ella sufria la presion vaga, pero clara, de sus tácitas intenciones, y obedecia ciegamente. En este caso, su obediencia era no acordarse de lo que Mario olvidaba, y hacíalo sin esfuerzo, ignorando el por qué, y sin que deba condenársela. Su alma se habia hasta tal punto confundido con la de su marido, que lo que se cubria de sombra en el pensamiento de Mario, oscurecíase tambien en el de Cosette.

No obstante, justo es decir que, respecto de la persona de Juan Valjean, este olvido y esta estincion no eran mas que superficiales.

Cosette estaba aturdida mas que otra cosa. En el fondo queria mucho al que habia llamado por tanto tiempo padre, pero queria mas á su esposo. Esto era lo que habia falseado algo la balanza de aquel corazon, inclinándola á un lado solo.

Si sucedia que Cosette hablaba de Juan Valjean como admirándose, Mario la tranquilizaba, diciéndole:

—Está ausente; supongo. ¿No avisó que iba á emprender un viaje?

—Cierto, pensaba Cosette. Tal ha sido siempre su costumbre, pero nunca ha tardado tanto.

Dos ó tres veces envió á Nicolasa á la calle del Hombre-Armado, para que preguntase si el señor Juan habia vuelto de su viaje; y de órden de Juan Valjean se le contestó que no.

Cosette no inquirió mas; pues para ella en la tierra no habia ahora mas que una necesidad: Mario.

Digitized by Google

Por otra parte, los dos jóvenes habian estado ausentes. Habian ido á Vernon, pues Mario quiso que Cosette le acompañase en la visita al sepulcro de su padre.

Mario consiguió poco á poco separar á Cosette de Juan Valjean. La esposa no opuso resistencia al esposo.

Digamos, para concluir, que lo que, en ciertos casos, se denomina con demasiada dureza, ingratitud de los hijos, no es siempre tan reprensible como se cree. Es la ingratitud de la naturaleza. La naturaleza, lo hemos dicho en otro lugar, «mira hácia adelante.» La naturaleza divide á los vivientes en seres que vienen, y seres que van. Los que se van dirigen la vista hácia la sombra, y los que vienen la dirigen hácia la luz. De ahí cierto desvío, fatal en los viejos, involuntario en los jóvenes. Este desvío, insensible al principio, se aumenta lentamente como toda separacion de ramas.

Las ramas, sin desprenderse del tronco, se alejan. No es culpa suya. La juventud va donde está la alegría: á las fiestas, á los parajes luminosos, á los amores; la vejez al término de la carrera. No se pierden de vista, pero no existe ya el lazo estrecho. Los jóvenes sienten el frio de la vida, y los ancianos el de la tumba.

No acusemos, pues, á los jóvenes.

Digitized by Google

II.

ÚLTIMAS PALPITACIONES DE LA LÁMPARA SIN ACEITE.

Un dia Juan Valjean bajó la escalera, dió tres pasos en la calle, se sentó en un trascanton, en el mismo trascanton donde Gavroche en la noche del 5 al 6 de junio, le habia encontrado pensativo; se detuvo allí unos cortos minutos, y luego volvió á subir.

Fue la última oscilacion del péndulo.

Al dia siguiente no salió, y al otro dia guardó cama.

La portera, que le preparaba su parco alimento, consistente en algunas coles ó patatas con un poco de tocino, miró el plato de loza ordinaria, y esclamó:

— ¡Pero si no habeis comido ayer, buen hombre!

—Si he comido; respondió Juan Valjean.

—El plato está como lo dejé.

—Mirad el jarro del agua. Está vacío.

—Lo que prueba que habeis bebido, no que habeis comido.

—No tenia ganas mas que de agua.

—Cuando se siente sed y no se come al mismo tiempo, es señal de que hay fiebre.

Digitized by Google

—Mañana comeré.

—O el año que viene. ¿Por qué no comeis ahora? ¿A qué dejarlo para mañana? ¡Hacer tal desaire á mi comida! ¡Despreciar mis patatas tan bien aderezadas!

Juan Valjean tomó la mano de la vieja, y le dijo con bondadoso acento:

—Os prometo comerlas.

—Me teneis enojada, contestó la portera.

Juan Valjean no veia casi otra criatura humana que aquella buena mujer. Hay en París calles por donde nadie pasa, y casas á donde no va nadie. Tal era la calle del Hombre-Armado, y la casa de Juan Valjean.

En el tiempo en que aun salia compró un crucifijo de cobre, y lo colocó en frente del lecho. La vista del crucificado es siempre un alivio para el alma.

Trascurrió una semana sin que Juan Valjean diese un paseo por el cuarto. Estaba de continuo sobre la cama.

La portera dijo á su marido.

—El buen hombre de arriba no se levanta ya ni come. No tirará largo. ¡Los disgustos, los disgustos!... Nadie me quitará de la cabeza que su hija se ha casado mal.

El portero replicó con el acento de la soberanía marital:

—Si es rico, que llame á un médico, si no lo es, que no le llame. Si no tiene médico, se morirá.

—¿Y si tiene uno?

—Tambien morirá, dijo el portero.

La portera se puso á escarbar con un cuchillo viejo la yerba que crecia en lo que llamaba su empedrado, y entre tanto se la oia murmurar:

—¡Qué lástima! ¡Un anciano tan limpio! Está como un pollo de flaco.

Divisó en el estremo de la callle á un médico del barrio que pasaba, y acudió á él, suplicándole que subiese.

—Es en el piso segundo, le dijo. Entrad sin inconveniente, pues como el infeliz no se mueve de la cama, la llave está siempre en la puerta.

Digitized by Google

El médico vió á Juan Valjean y le habló.

Cuando bajó, la portera fué á preguntar por el paciente.

—Está muy grave, dijo el doctor.

—¿Qué es lo que tiene?

—Todo y nada. Es un hombre que, segun las apariencias, ha perdido una persona querida. Algunos mueren de eso.

—¿Que os ha dicho?

—Que se sentia bueno.

—¿Volvereis?

—Sí, respondió el doctor; aunque mas le conviniera un médico para el alma.

Digitized by Google

III.

DONDE SE VERÁ QUE EL QUE LEVANTÓ LA CARRETA DE FAUCHELEVENT NO PUEDE LEVANTAR UNA PLUMA.

Una tarde Juan Valjean, apoyándose con trabajo en el codo, se tomó la mano y no halló el pulso; su respiracion era corta, y se interrumpia á cada momento; conoció que estaba mas débil que nunca. Entonces, bajo la presion sin duda de alguna idea suprema, hizo un esfuerzo, se incorporó y se vistió.

Púsose el trage de obrero, pues no saliendo ya, lo preferia á los otros. Tuvo que pararse repetidas veces, y le costó sudar mucho antes de introducir los brazos en las mangas de la blusa.

Desde que estaba solo habia colocado la cama en la antesala para habitar lo menos posible aquel desierto cuarto.

Abrió la maleta, sacó el ajuar de Cosette y lo estendió sobre la cama.

Los candelabros del obispo estaban en su sitio, en la chimenea. Sacó de un cajon dos velas de cera y las puso en ellos. Despues, aunque no hubiese oscurecido aun, como que era en verano, las encendió. Vénse, en medio del dia, hachas asi encendidas en la habitacion donde hay algun difunto.

Digitized by Google

Cada paso, yendo de un mueble á otro, le estenuaba, y se veia obligado á sentarse. No era la fatiga ordinaria que supone, tras el consumo de fuerza, su renovacion; era el resto de los movimientos posibles; era la vida agotándose en abrumantes esfuerzos que no debian reproducirse.

Una de las sillas donde se dejó caer estaba colocada en frente del espejo, tan fatal para él y tan providencial para Mario, donde habia leido la carta de Cosette.

Se miró á aquel espejo y no se conoció.

Tenia ochenta años; antes del casamiento de Mario solo representaba cincuenta; de suerte que, en tan corto plazo, habia envejecido treinta años mas.

Lo que en su frente se veia no eran las arrugas de la edad; era la señal misteriosa de la muerte, la cavidad de la implacable garra. Sus mejillas pendian; el color terroso de su cara anunciaba ya la proximidad de la fosa; los dos ángulos de la boca se hundian como en la máscara que los antiguos esculpian sobre los sepulcros.

Miraba al cielo en ademan de queja; se le hubiera tomado por uno de esos grandes seres trágicos, víctimas del destino inexorable.

Encontrábase en la última fase de la agonía, fase en que ya el dolor no corre, sino que está, por decirlo asi, cuajado; hay sobre el alma como un coágulo de desesperacion.

Habia cerrado la noche. Arrastró con mucho trabajo una mesa y el viejo sillon junto á la chimenea, y puso en la mesa pluma, tintero y papel.

Hecho esto se desmayó. Cuando hubo recobrado los sentidos, tenia sed, y no pudiendo levantar el jarro, lo inclinó y bebió un sorbo.

Volvióse despues hácia la cama, y sentado siempre, porque no podia permanecer en pie, clavó los ojos en el tragecito negro y en los demás objetos que le eran tan queridos.

Las contemplaciones de esta clase duran horas que parecen minutos. De improviso sintió un temblor, y figurándose que iba á morir, se

Digitized by Google

apoyó en la mesa que alumbraban los candelabros del obispo, y cogió la pluma.

Como ni la pluma ni la tinta habian servido en mucho tiempo, los puntos de la primera estaban encorvados, y la segunda estaba seca; por cuanto le fue preciso levantarse y poner algunas gotas de agua en el tintero; lo que ejecutó deteniéndose y sentándose dos ó tres veces; y luego tuvo que escribir con el dorso de la pluma. De tiempo en tiempo se enjugaba la frente.

Temblábale la mano. Véanse las líneas que escribió poco á poco:

«Cosette, te bendigo. Voy á esplicártelo todo. Tu marido ha tenido »razon en darme á entender que debia marcharme; aunque se haya »equivocado algo en lo que ha creido, ha tenido razon. Es escelente. »Amale siempre mucho cuando yo no exista. Señor de Pontmercy, »amad siempre á mi querida niña. Cosette, este papel será encontrado »y en él verás los guarismos, si tengo fuerzas para recordarlos. Escu»cha; ese dinero es tuyo. Lo vas á saber todo. El azabache blanco vie»ne de Noruega; el azabache negro de Inglaterra; los abalorios negros »de Alemania. El azabache es mas ligero, mas precioso, mas caro. En »Francia pueden hacerse imitaciones como en Alemania. Se necesita un »pequeño yunque de dos pulgadas cuadradas y una lámpara de espíritu »de vino para ablandar la cera. La cera en otro tiempo se elaboraba con »resina y negro de humo, y costaba á cuatro francos la libra. Se me »ocurrió hacerla con goma-laca y trementina. Cuesta solo treinta suel»dos, y es preferible. Las hebillas se hacen con vidrio violado que se »pega, mediante esta cera, en una planchita de hierro negro. El vidrio »ha de ser violado para las alhajas de hierro, y negro para las de oro. »España compra en gran cantidad. Es el pais del azabache...»

No le fue posible seguir. La pluma se le cayó de los dedos; le acometió uno de esos sollozos desesperados que subian por instantes desde lo mas hondo de su pecho. El desgraciado se cogió la cabeza entre las manos, y se hundió en la meditacion.

—¡Oh! esclamaba en sus adentros (gritos lamentables oidos solo de Dios), todo ha acabado para mí. No la veré mas. Es una sonrisa que ha

Digitized by Google

pasado sobre mí. Voy á sepultarme en la noche sin volverla á ver siquiera. ¡Oh! ¡un minuto, un instante, oir su voz, tocar su ropa, mirarla, á ella, al ángel mio, y luego morir! La muerte no es nada; pero ¡morir sin verla! ¡Es horrible! Una sonrisa, una palabra suya. ¿Puede esto perjudicar á alguien? No, todo ha acabado para mí, todo. Solo para siempre. ¡Dios mio! ¡Dios mio! No la volveré á ver.

En aquel momento llamaron á la puerta.

Digitized by Google

IV.

DONDE SE VERÁ QUE HAY BOTELLAS DE TINTA BUENAS PARA QUITAR LAS MANCHAS.

El mismo dia, mejor dicho, la misma tarde, cuando Mario dejaba la mesa y entraba en su gabinete para examinar unos asuntos, le entregó Vasco una carta, diciéndole: la persona que ha escrito espera en la antesala.

Cosette se habia cogido del brazo del abuelo, y daba una vuelta por el jardin.

Hay cartas que, lo mismo que ciertos hombres, tienen mala catadura. Papel basto, manera tosca de cerrarlas; con solo ver algunas misivas, repugnan. La carta que habia traido Vasco pertenecia á esta clase.

Mario la tomó y le dió olor á tabaco, despertando en él una serie de recuerdos. Miró el sobre: *Al señor baron Pommerci. En su casa.* Conocido el tabaco, fácil le fue conocer la letra. Pudiera decirse que del asombro se desprenden á veces relámpagos. Uno de estos relámpagos iluminó á Mario.

El olfato, misterioso auxiliar de la memoria, acababa de hacer revi-

Digitized by Google

vir en él todo un mundo. Era el mismo papel, la propia manera de doblarlo, el color idéntico de la tinta, la conocida letra; sobre todo, no cabia equivocacion en el tabaco. Presentábase á sus ojos la buhardilla de Jondrette.

Asi, ¡estraña casualidad! Una de las dos pistas que habia buscado tanto, que últimamente le habia hecho trabajar con tal ahinco, que creia perdida para siempre, se le aparecia cuando menos esperaba.

Abrió ansiosamente la carta, y leyó lo que sigue:

«Señor baron:

»Si el Ser Supremo me huviese dado talento, huviera podido ser el »baron Thenard, miembro del Instituto (academia de Siencias); pero no »lo soy. Me llamo solamente como él; feliz si este recuerdo me reco»mienda á la escelencia de vuestras vondades. El veneficio con que me »honrreis será recíproco. Poseo un secreto que concierne á un indibi»duo, y este indibiduo os concierne. El secreto está á vuestra dispoci»sion, deseando el honor de seros hútil. Os proporcionaré un modo »sencillo de arrojar de vuestra dina familia á ese individuo, que no tie»ne derecho á estar en ella; pues la señora baronesa pertenese á una »clase elevada. El santuario de la virtu no puede coavitar mas tiempo »con el crímen sin mancharse.

»Espero en la antesala las órdenes del señor baron.

»Soy, con el mayor respecto.»

La firma de la carta era «THENARD.»

Firma verdadera, aunque abreviada.

Por lo demás, el estilo y la ortografía completaban la revelacion. El certificado de orígen no podia estar mas evidente. No era posible dudar.

La emocion de Mario fue profunda. Despues del movimiento de sorpresa, esperimentó un movimiento de felicidad. Si lograba encontrar ahora al otro á quien buscaba, á su salvador, era cuanto podia apetecer.

Abrió un cajon de su papelera, cogió algunos billetes de Banco, los

Digitized by Google

guardó en el bolsillo, volvió á cerrar, y tiró de la campanilla. Vasco asomó la cabeza.

—Haced que pase, dijo Mario.

Vasco anunció:

—El señor Thenard.

Entró un hombre, y la sorpresa de Mario fue grande, pues le era totalmente desconocido.

El personaje introducido por Vasco, de edad avanzada, tenia abultada la nariz, la barba sumida en la corbata, anteojos verdes y dobles, el pelo traido sobre la frente hasta el nacimiento de las cejas, como la peluca de los cocheros ingleses de la gente de gran tono. El pelo era cano. Estaba vestido de negro de pies á cabeza; ropa bastante gastada, pero limpia; del bolsillo le salian unas cuantas baratijas, con pretensiones de sello de reloj. Llevaba en la mano un sombrero viejo. Iba algo encorvado, y la curvatura de su espalda se aumentaba con lo profundo del saludo.

Lo que á primera vista sorprendia era que la levita de este personaje, demasiado ancha, aunque cuidadosamente abotonada, no parecia hecha para él.

Permítasenos una breve digresion.

Vivia en París por aquella época, en la calle de Beautreillis, cerca del Arsenal, un ingenioso judío, cuya profesion era convertir á un pícaro en hombre honrado, durante un dia ó dos, á razon de treinta sueldos diarios, proporcionándole un vestido que se pareciese lo mas posible al que usan los hombres honrados. Este alquilador de ropas se llamaba *el cambista*, nombre que le habian dado los rateros parisienses, no conociéndole por otro.

Tenia un vestuario completo, adecuado á las diferentes clases de personas. De cada clavo de su almacen pendia, gastada y ajada, una condicion social; aquí el vestido de magistrado; allí el de cura; allá el de banquero; en un rincon el uniforme de militar retirado; en otro el trage de literato; mas lejos el de hombre de Estado. El cambista era el guardaropa del inmenso drama que los pícaros representan en París. Su casa era la decoracion de donde salia el robo, y por donde entraba la estafa. Un bribon iba cubierto de harapos, dejaba treinta sueldos, y

Digitized by Google

elegia, segun el papel que se habia propuesto ejecutar, el trage á propósito. Cuando el tunante bajaba la escalera ya tenia visos de persona decente. Al siguiente dia devolvia la ropa, y el cambista, que confiaba todo á los ladrones, no era robado jamás.

Estos trages tenian un inconveniente, á saber: que no estando hechos para los que los llevaban, venian á uno anchos, á otro estrechos, á ninguno bien. Todo tunante que escedia de la estatura media, ó que era demasiado gordo ó demasiado flaco, estaba mal con las ropas del cambista, quien solo se habia propuesto complacer á los hombres ordinarios. Midió la especie por el patron del primer pícaro que le vino á mano, el cual no era ni grueso ni delgado, ni grande ni pequeño. De ahí las dificultades de adaptar los trages á los parroquianos. ¡Tanto peor para las escepciones! El de hombre de Estado, por ejemplo, negro de arriba abajo, hubiera sido demasiado ancho para Pitt, y demasiado estrecho para Castelcicala. El trage de hombre de Estado se hallaba designado del modo siguiente en el catálogo del cambiesta; es copia: «Levita »de paño negro, pantalones negros de lanilla, chaleco de seda, botas y »ropa blanca.»

Al márgen decia: *antiguo embajador*, y habia una nota que copiamos igualmente: «En una caja por separado, una peluca bien rizada, an»teojos verdes, sellos de reloj, y dos cañones de pluma de una pulgada »de largos, envueltos en algodon.» Todo esto pertenecia al hombre de Estado, antiguo embajador. Hallábase el trage, si es permitida la espresion, estenuado; las costuras blanqueaban; por uno de los codos queria asomar ya el forro; además de que faltaba á la levita uno de los botones del pecho, lo cual era poco importante, pues la mano del hombre de Estado, colocada de ordinario sobre el corazon, se encargaba de disimular aquella falta.

Si Mario hubiera conocido las instituciones ocultas de París, no le habria costado trabajo descubrir en el estraño personaje que Vasco acababa de anunciar, el trage de hombre de Estado del almacen del cambista.

El disgusto esperimentado por Mario, viendo entrar á un hombre distinto del que esperaba, recayó sobre el recien-venido. Le examinó de pies á cabeza, durante su saludo, y le preguntó secamente:

Digitized by Google

—¿Qué se os ofrece?

El personaje contestó, sonriéndose como pudiera haberlo hecho un cocodrilo capaz de sonreirse:

—Me parece imposible que no haya tenido antes de ahora el honor de ver al señor baron. Figúraseme haberle encontrado, hace algunos años, en casa de la señora princesa Bagration, y en los salones de su señoría el vizconde Dombray, par de Francia.

Es una buena táctica en los pícaros aparentar que se conoce á las personas desconocidas.

Mario escuchaba con atencion á aquel hombre, espiando el acento y el gesto, pero nada le decia su pronunciacion gangosa, en todo diferente del sonido de voz agrio y seco que imaginó iba á oir. Estaba desorientado.

—No conozco, dijo, á la señora princesa Bagration ni al señor vizconde Dombray. En mi vida he puesto los pies en sus casas.

La respuesta era contundente; sin embargo, nuestro hombre, sonriéndose de nuevo, añadió:

—Entonces fue en casa de Chateaubriand. ¡Ah! si; conozco mucho á Chateaubriand. Es muy afable. En una ocasion me dijo: Pero, Thenard, amigo mio, ¿no me acompañais á beber una copa?

La frente de Mario se iba poniendo cada vez mas severa.

—Jamás he tenido el honor de visitar al señor de Chateaubriand. En fin, ¿qué quereis?

El personaje, notando que el tono era mas duro, saludó mas profundamente.

—Señor baron, dignaos oirme. Hay en América, en un pais que confina con Panamá, una aldea llamada Joya. Compónese de una sola casa de tres pisos, construida de ladrillos cocidos al sol; cada costado tiene de largo quinientos pies, y cada piso se retira del inferior doce, á fin de dejar ante sí una azotea que da vuelta al edificio. En el centro hay un patio donde están los víveres y las municiones. En lugar de ventanas, troneras; nada de puerta principal; se sirven de escala para subir del suelo á la primera azotea, y de ésta á la segunda y á la tercera; lo mismo para bajar al patio interior; las puertas de los cuartos son trampas. Por la noche se cierran estas trampas, se quitan las escalas, las bocas

Digitized by Google

de las carabinas asoman por las troneras, y la entrada es imposible. De dia casa, de noche ciudadela. Ochocientos habitantes: tal es la aldea de Joya. ¿Por qué tantas precauciones? Porque el pais es peligroso, á causa de los antropófagos de que está lleno. Entonces, ¿por qué van allí? Porque es un pais maravilloso; porque se encuentra oro en él.

—¿Qué intencion es la vuestra? preguntó Mario, á quien la contrariedad habia vuelto impaciente.

—Oid, señor baron. Soy un antiguo diplomático fatigado. Estoy harto de civilizacion, y quiero probar á vivir entre salvajes.

—¿Qué mas?

—Señor baron, el egoismo es la ley del mundo. La labradora que trabaja en un campo que le pertenece no se muda. El perro del pobre ladra tras el rico, y el perro del rico tras el pobre. Cada uno para sí. El blanco de los hombres es el interés, y el iman es el oro.

—¿Qué mas? Concluid.

—Quisiera ir á establecerme en Joya. Somos tres; tengo esposa é hija, una hija muy linda. El viaje es largo y caro, y necesito algun dinero.

—¿Y qué me importa eso? preguntó Mario.

El desconocido sacó el pescuezo fuera de la corbata, ademan propio del buitre, y replicó sonriéndose otra vez:

—¿No ha leido el señor baron mi carta?

Habia algo de verdad en esto, porque el hecho era que Mario, fijándose tan solo en la letra, apenas habia atendido á lo que decia la carta. No recordaba nada. Hacia un minuto que las palabras, esposa é hija, habian vuelto á anudar el hilo de sus conjeturas, y tenia clavada en aquel individuo una mirada penetrante, como la del juez sobre el presunto reo. Limitóse á responder:

—Sed mas esplícito.

El desconocído metió las manos en los bolsillos del pantalon, irguió la cabeza sin enderezar la espina dorsal, y examinó á su vez á Mario por entre el cristal verde de sus anteojos.

—Está bien, señor baron. Voy á ser mas esplícito. Tengo un secreto que venderos.

—¡Un secreto!

Digitized by Google

Digitized by Google

ENTREVISTA DE THENARDIER CON MARIO.

Digitized by Google

—Un secreto.

—¿Que me concierne á mí?

—Algo.

—¿Qué secreto es ese?

Mario no cesaba de sondear á su interlocutor mientras le oia.

—Empiezo gratis, dijo el desconocido. Vais á convenceros de que soy un hombre interesante.

—Hablad.

—Señor baron, teneis en vuestra casa á un ladron, que es al mismo tiempo asesino.

Mario se estremeció.

—¿En mi casa? No.

El desconocido, imperturbable, pasó el codo por su sombrero, y continuó:

—Asesino y ladron. Cuenta, señor baron, que no hablo de hechos antiguos, anulados por la prescripcion ante la ley, y por el arrepentimiento ante Dios. Hablo de hechos recientes, de hechos actuales, de hechos ignorados aun de la justicia. Continúo. Ese sugeto se ha introducido en vuestra confianza, y casi en vuestra familia, con un nombre falso. Voy á deciros el nombre verdadero. Os lo voy á decir de balde.

—Escucho.

—Se llama Juan Valjean.

—Lo sé.

—Voy á deciros, tambien de balde, quién es.

—Decidlo.

—Un antiguo presidiario.

—Lo sé.

—Lo sabeis desde que he tenido el honor de deciroslo.

—No. Lo sabia antes.

El tono frio de Mario, aquella réplica por dos veces, *lo sé*, su laconismo que repugnaba el diálogo, despertaron en el desconocido una cólera sorda. Asestó á Mario, á hurtadillas, una mirada furiosa, que solo duró un instante; pero, rápida y todo, era de esa clase de miradas que se conocen habiéndolas visto una vez, y no se le escapó al jóven. Ciertos resplandores no pueden emanar sino de ciertas almas. La pupila,

Digitized by Google

ventana del pensamiento, los refleja, y de nada sirven los anteojos. Seria como poner un cristal al infierno.

El desconocido prosiguió, siempre sonriéndose:

—No me atrevo á desmentir al señor baron. En todo caso, debeis conocer que estoy al cabo de la calle. Ahora lo que tengo que revelaros solo yo lo sé, é importa á la señora baronesa. Es un secreto estraordinario, que vale dinero. A vos os lo ofrezco antes que á nadie, y barato. Veinte mil francos.

—Sé ese secreto como sé los demás, dijo Mario.

El personaje sintió la necesidad de rebajar algo:

—Señor baron, dadme diez mil francos, y hablo.

—Os repito que no teneis que tomaros ese trabajo. Sé lo que quereis decirme.

Los ojos de aquel hombre chispearon de nuevo; luego esclamó:

—Con todo fuerza es que yo coma hoy. Insisto en que el secreto vale la pena. Señor baron, voy á hablar. Hablo. Dadme veinte francos.

Mario le miró fijamente.

—Conozco vuestro secreto estraordinario, lo mismo que sabia el nombre de Juan Valjean, y que se vuestro nombre.

—¿Mi nombre?

—Sí.

—No es difícil, señor baron, pues he tenido el honor de escribíroslo y decíroslo. Thenar.....

—Dier.

—¿Cómo?

—Thenardier.

—¿Quién os ha.....?

En el peligro, el puerco-espin se eriza, el escarabajo se finge muerto, la guardia veterana forma el cuadro; nuestro hombre se echó á reir. Despues sacudió de un papirotazo un poco de polvo que habia en la manga de su levita.

Mario continuó:

—Sois tambien el obrero Johdrette, el comediante Fabanton, el poeta Genflot, el español Alvarez y la tia Balizard.

—¿La tia qué?

Digitized by Google

—Y habeis tenido un figon en Montfermeil.

—¡Un figon! Jamás.

—Y os digo que sois Thenardier.

—Lo niego.

—Y que sois un miserable. Tomad.

Mario sacó del bolsillo un billete de Banco, y se lo arrojó á la cara.

—¡Gracias! ¡Perdon! ¡Quinientos francos! ¡Señor baron!

Y aquel hombre, atónito, saludando y cogiendo el billete, le examinó:

—¡Quinientos francos! repitió absorto.

Luego esclamó con un movimiento repentino:

—Pues bien, sea. A fuera disfraces.

Y con la prontitud de un mono, echándose hácia atrás los cabellos, arrancándose los anteojos, sacando de la nariz y escamoteando los dos cañones de pluma, nombrados hace poco, y que se han visto figurar en otra página de este libro, se quitó el rostro como se quitaria cualquiera el sombrero.

Sus ojos se inflamaron; la frente desigual, agrietada, con protuberancias en varios sitios, horriblemente arrugada en la parte superior, se manifestó por entero: la nariz volvió á ser aguda como un pico; reapareció el perfil feroz y sagaz del hombre de rapiña.

—El señor baron es infalible, dijo con voz clara y sin ganguear: soy Thenardier.

Y enderezó la espina dorsal.

Thenardier, porque era él, se habia quedado sorprendido, y hasta se hubiera turbado, á ser capaz de ello. Quiso causar asombro, y era él quien debia asombrarse. Valíale esta humillacion quinientos francos, y en último caso la aceptaba; pero no por eso estaba menos aturdido.

Veis por primera vez al baron Pontmercy, y á pesar de su disfraz, este baron le habia conocido, y conocido á fondo. Para mayor sorpresa suya, no solo estaba el baron Pontmercy al cabo de su historia, sino de la de Juan Valjean. ¿Quién era, pues, aquel jóven casi imberbe, tan glacial y tan generoso, que sabia los nombres de las personas, que sabia todos sus nombres, que les abria su bolsillo, que trataba á los bribones como un juez, y les daba dinero como una víctima?

Digitized by Google

Se recordará que Thenardier, aunque en otro tiempo vecino de Mario, no le habia visto nunca, lo cual es muy frecuente en París. Habia oido hablar á sus hijas vagamente de un jóven muy pobre, llamado Mario, que vivia en la casa; y le habia escrito sin conocerle la carta que sabe el lector. Ninguna relacion podia existir para él, entre el Mario de aquella época y el señor baron Pontmercy.

Por lo demás, su hija Azelma, á quien encargó que buscase la pista de los novios del 16 de febrero, y sus propias investigaciones, le aclararon muchas cosas, y desde el fondo de las tinieblas que le envolvian habia logrado coger mas de un misterioso hilo. A fuerza de industria consiguió descubrir, ó por lo menos á fuerza de inducciones adivinar quién era el hombre que habia encontrado cierto dia en la alcantarilla grande. Del hombre le costó poco llegar al nombre. Sabia que la señora baronesa Pontmercy era Cosette; pero en esta parte, se proponia obrar con toda discrecion. Tampoco le quedaba otro recurso, siendo asi que ignoraba el verdadero orígen de la jóven. Entreveia, es cierto, algun nacimiento bastardo, pues la historia de Fantina le habia parecido siempre llena de ambigüedades; pero ¿qué sacaria con hablar? ¿que le pagasen caro su silencio? Poseia, ó creia poseer, un secreto de mucho mas valor; y segun las apariencias, eso de descolgarse con decir al baron Pontmercy sin el apoyo de ninguna prueba: *Vuestra esposa es hija bastarda*, no produciria otro resultado que el de atraerse la cólera del marido, espresada en puntapies aplicados sobre sus caderas.

En la mente de Thenardier, la conversacion con Mario no habia empezado todavía. Se vió obligado á retroceder, á modificar su estrategia, á abandonar una posicion y cambiar de frente; pero nada esencial se hallaba aun comprometido, y tenia ya quinientos francos en el bolsillo. Quedábanle por revelar cosas decisivas, y se sentia fuerte hasta contra aquel baron Pontmercy, tan resignado, y que esgrimia tan buenas armas.

Para los hombres de la índole de Thenardier todo diálogo es un duelo. ¿Cuál era su situacion en el que iba á empeñarse? No sabia á quién hablaba, pero sí de lo que hablaba. Pasó rápidamente esta revista interior de sus fuerzas, y despues de haber dicho «soy Thenardier,» aguardó,

Digitized by Google

Mario meditaba. Al cabo tenia delante á Thenardier, al hombre que tanto habia deseado encontrar, y podia cumplir el encargo del coronel Pontmercy. Humillábale que este héroe debiera algo á aquel bandido, y que la letra de cambio girada desde el fondo de la tumba por su padre contra él, estuviese aun en descubierto. Parecíale tambien, en la situacion compleja de su espíritu respecto de Thenardier, que se le presentaba la ocasion de vengar al coronel de la desgracia de haber sido salvado por un individuo tan vil y tan perverso. De todos modos, sentíase contento, pues iba al fin á libertar la sombra del coronel de aquel acreedor indigno, lo cual se le figuraba equivalente á sacar la memoria de su padre de la prision por deudas.

A este deber agregábase otro; el de averiguar, si era factible, el orígen de la fortuna de Cosette. La ocasion parecia venírsele á las manos. Tal vez Thenardier supiese algo. Tal vez fuese útil sondear el interior de este hombre. Por aquí empezó.

Thenardier, despues de guardarse el billete de Banco, miraba á Mario con aire bondadoso y casi tierno.

Mario rompió el silencio.

—Thenardier, os he dicho vuestro nombre. Ahora, ¿quereis que os diga el secreto que pretendíais descubrirme? Tambien he reunido yo datos, y os convencereis de que sé mas que vos. Juan Valjean, como dijísteis, es asesino y ladron. Ladron, porque robó á un rico fabricante, siendo causa de su ruina: el señor Magdalena. Asesino, porque dió muerte al agente de policía Javert.

—No comprendo, señor baron, dijo Thenardier.

—Vais á comprenderme. Escuchad. Vivia en un distrito del Paso de Calais, por los años de 1822, un hombre que habia tenido no sé qué antiguo choque con la justicia, y que, bajo el nombre del señor Magdalena, se habia corregido y reahabilitado. Este hombre era, en toda la fuerza de la espresion, un justo. Con una industria, la fábrica de abalorios negros, labró la fortuna de toda la ciudad. Por su parte, aunque secundariamente, y en cierto modo, por acaso, reunió tambien una riqueza considerable. Era el padre de los pobres. Fundaba hospitales, abria escuelas, visitaba á los enfermos, dotaba á las jóvenes, sostenia á las viudas, adoptaba á los huérfanos: era como el tutor del

Digitized by Google

pais. Se negó á admitir la cruz, y le nombraron alcalde. Un presidiario cumplido sabia el secreto de una pena en que habia incurrido en otro tiempo aquel hombre; le denunció, fue causa de que le prendiesen, y aprovechándose de su prision para venir á París, logró que el banquero Laffitte (lo sé de boca del mismo cajero) le entregase, en virtud de una firma falsa, una suma de mas de medio millon perteneciente al señor Magdalena. El presidiario que robó al señor Magdalena, es Juan Valjean. En cuanto al otro hecho, nada necesitais tampoco decirme. Juan Valjean mató al agente Javert de un pistoletazo. Yo, que os hablo, estaba allí.

Thenardier miró á Mario con el ademan soberano de la persona derrotada que se repone y vuelve á ganar en un minuto el terreno perdido.

Pero no tardó en sonreirse nuevamente.

El inferior delante del superior, debe saber disimular su triunfo: y Thenardier se limitó á decir á Mario:

—Señor baron, equivocamos el camino.

Y subrayó esta frase, haciendo girar de una manera espresiva las baratijas que le salian del chaleco.

—¿Cómo? replicó Mario: ¿negais esto? Son hechos.

—Son quimeras. La confianza con que me honra el señor baron me impone el deber de decírselo. Ante todo la verdad y la justicia. No me gusta ver acusar á nadie injustamente. Señor baron, Juan Valjean no ha robado al señor Magdalena, ni ha matado á Javert.

—¡Ahí es nada! ¿En qué fundais vuestro aserto?

—En dos razones.

—¿Cuáles? Hablad.

—Primera: no ha robado al señor Magdalena, porque el señor Magdalena y Juan Valjean son uno mismo.

—¡Qué me contais!

—Segunda: no ha asesinado á Javert, porque Javert, y no Juan Valjean, es el autor de su muerte.

—¿Qué quereis decir?

—Javert se suicidó.

—¡Probadlo, probadlo! gritó Mario fuera de sí,

Digitized by Google

Thenardier repuso, midiendo sus palabras como si se tratase de un alejandrino antiguo:

—Al agen-te de policí-a Ja-vert se le en-contró aho-gado debajo de u-na barca del Pont-au-Change.

—Pero ¡probadlo!

Thenardier sacó del bolsillo de pecho una ancha cubierta de papel oscuro, que parecia contener pliegos doblados de diferentes tamaños.

—Tengo mi legajo, dijo con calma.

Y añadió:

—Señor baron, por interés vuestro he querido conocer á fondo á Juan Valjean. Repito que Juan Valjean y el señor Magdalena son uno mismo y que Javert ha muerto á manos de Javert; cuando asi me espreso, es porque me sobran pruebas. No pruebas manuscritas, que pudieran ser sospechosas, sino pruebas impresas.

Mientras hablaba, estraia Thenardier de su legajo dos números de periódicos amarillos, estrujados y oliendo á tabaco. Uno de los números, roto por los dobleces y casi deshaciéndose, parecia mucho mas antiguo que el otro.

—Dos hechos, dos pruebas, dijo Thenardier. Y alargó á Mario los dos periódicos.

El lector los conoce. Uno, el mas antiguo, era un número de la *Bandera Blanca* del 25 de junio de 1823, cuyo texto ha podido verse en la página 83 del tomo segundo de esta obra, y probaba la identidad del señor Magdalena y de Juan Valjean. El otro era un *Monitor* del 15 de julio de 1832, donde se referia el suicidio de Javert, añadiéndose que resultaba de un informe verbal del agente al prefecto, que hecho prisionero en la barricada de la calle de la Chanvrerie, habia debido su vida á la magnanimidad de un insurrecto, el cual, teniéndole al alcance de su pistola, en lugar de levantarle la tapa de los sesos, habia disparado al aire.

Mario leyó. No cabia duda; la fecha era cierta, la prueba irrefragable; aquellos dos periódicos no se habian impreso espresamente para apoyar los asertos de Thenardier. La nota del *Monitor* habia sido comunicada oficialmente por la prefectura de policía.

Digitized by Google

Mario no podia dudar. Las noticias del dependiente de Laffitte eran falsas, y él, él mismo se habia equivocado. Juan Valjean engrandeciéndose repentinamente salia de la nube. Mario no pudo contener un grito de alegría:

—¡Entonces ese desgraciado es un hombre admirable! ¡Entonces ese caudal era verdaderamente suyo! ¡Es Magdalena, la providencia de todo un pais! ¡Es Juan Valjean, el salvador de Javert! ¡Un héroe! ¡Un santo!

—Ni un santo, ni un héroe, dijo Thenardier. Es un asesino y un ladron.

Y añadió con el tono del que empieza á sentir que vale:

—Tranquilicémonos.

Ladron, asesino: estas palabras, que Mario creia habian desaparecido, y que entraban de nuevo en escena, cayeron sobre él como un témpano de hielo.

—¿Todavía? preguntó.

—Siempre, contestó Thenardier. Juan Valjean no ha robado al señor Magdalena, pero es un ladron; no ha matado á Javert, pero es un asesino.

—¿Quereis hablar, repuso Mario, de ese miserable robo de hace cuarenta años, expiado, como resulta de vuestros mismos periódicos, por toda una vida de arrepentimiento, de abnegacion y de virtud?

—Digo asesinato y robo, señor baron. Repito que hablo de hechos actuales. Lo que os voy á revelar es absolutamente desconocido. Es inédito. Quizá descubrais en ello el orígen del caudal hábilmente ofrecido por Juan Valjean á la señora baronesa. Digo hábilmente, porque no prueba torpeza de su parte eso de introducirse, mediante tal donativo, en una familia honrada, participando de sus comodidades, y al propio tiempo ocultar su crímen, disfrutar de lo robado, hacer desaparecer su nombre.

—Pudiera interrumpiros aquí, observó Mario; pero continuad.

—Señor baron, voy á decirlo todo; dejo la recompensa á vuestra generosidad. El secreto vale oro macizo. Me preguntareis: ¿por qué no te has dirigido á Juan Valjean? Por una razon muy sencilla. Se que se ha desapropiado en vuestro favor, y la combinacion me parece ingenio-

Digitized by Google

sa; pero asi y todo, no tiene un cuarto; de suerte que me enseñaría las manos vacías; y como necesito algun dinero para emprender mi viaje á Joya, os he preferido, pues sois rico, á él que nada tiene ya. Estoy algo fatigado; permitidme tomar una silla.

Mario se sentó, y le indicó que se sentase.

Thenardier lo hizo en un muelle sillon con satisfecho aire, cogió sus dos periódicos, los puso dentro de la cubierta, y dijo refiriéndose á la *Bandera Blanca*:

—Trabajo me ha costado hallar éste.

Luego cruzó las piernas y se respaldó; actitud propia de las personas seguras de lo que van á decir; entrando en materia del modo siguiente, con voz grave y acentuada:

—Señor baron: el 6 de junio de 1832, hace cosa de un año, el dia del motin, estaba un hombre en la alcantarilla grande de París, por el lado donde desemboca en el Sena, entre el puente de Jena y el de los Inválidos.

Mario acercó bruscamente su silla á la de Thenardier. Este notó el movimiento, y continuó con la lentitud de un orador que es dueño de sus oyentes, y que siente la palpitacion del adversario á cada una de sus palabras.

—Ese hombre, obligado á ocultarse por razones agenas á la política, habia elegido la alcantarilla para su domicilio, y tenia una llave de la reja. Era, repito el 6 de junio, á las ocho, poco mas ó menos de la noche. El hombre oyó ruido en la alcantarilla. Bastante sorprendido se ocultó y espió. Era ruido de pasos, alguien caminaba en medio de las tinieblas, adelantándose hácia él. Habia en la alcantarilla otro hombre. La reja de salida no estaba lejos, y la escasa claridad que entraba por ella le permitió conocer al recienvenido, y ver que traia algo á cuestas. Andaba doblado. Era un antiguo presidiario, y llevaba á cuestas un cadáver. Flagrante delito de asesinato, si los hubo. En cuanto al robo, es cosa corriente; no se mata á un hombre gratis. El presidiario iba á arrojar aquel cadáver al rio. Es digno de notar, que antes de llegar á la reja de salida, el presidiario que venia de un punto lejano de la alcantarilla, debió necesariamente tropezar con un cenagal espantoso, donde parece que hubiera podido dejar el cadáver; pero al dia siguiente los

Digitized by Google

poceros, trabajando en el cenegal, habrian descubierto al hombre asesinado, lo cual no queria sin duda el asesino. Prefirió atravesar el pantano con su carga, costándole inmensos esfuerzos, y arriesgando de una manera increible su propia existencia. No comprendo cómo acertó á salir de allí vivo.

La silla de Mario se acercó mas, y Thenardier aprovechó este segundo movimiento para respirar largamente. Luego prosiguió:

—Señor baron, la alcantarilla no es el Campo de Marte. Allí falta todo, hasta sitio. Asi, cuando la ocupan dos hombres, menester es que se encuentren. Esto fue lo que sucedió. El domiciliado y el transeunte tuvieron que darse las buenas noches, uno y otro sin malditas ganas. El transeunte dijo al domiciliado:—Ves lo que llevo á cuestas; es preciso que salga de aquí: tienes la llave; dámela. El presidiario era hombre de estraordinarias fuerzas, y no habia medio de resistirle. Sin embargo, el que poseia la llave parlamentó, únicamente para ganar tiempo. Examinó al muerto; mas solo pudo averiguar que era jóven, de buena apostura, con aire de persona rica, y que estaba todo desfigurado por la sangre. Mientras hablaba, halló medio de romper y arrancar, sin que el asesino lo advirtiese, un pedazo del faldon de la levita que vestia el hombre asesinado. Documento justificativo como comprendereis; hilo para descubrir el ovillo y probar el crímen al criminal. Guardóse en el bolsillo el documento, y abriendo la reja, dejó salir al presidiario con su pesada carga. Despues cerró de nuevo, y se puso en salvo, importándole poco el desenlace de la aventura, y sobre todo no conviniéndole estar allí cuando el asesino arrojase el cadáver al rio. Ahora vereis claro. El conductor del cadáver era Juan Valjean; el que tenia la llave os habla en este momento; y el pedazo de la levita...

Thenardier acabó la frase sacando del bolsillo y sosteniendo á la altura de los ojos, cogido entre los dos pulgares y los dos índices, un giron de paño negro, todo lleno de manchas oscuras.

Habíase levantado Mario, pálido, respirando apenas, con la vista fija en el pedazo de paño negro; y sin pronunciar una palabra, sin apartar los ojos de aquel giron, retrocedió hácia la pared, buscando detrás de sí con la mano derecha, á tientas, una llave que estaba en la cerradura de una alacena, junto á la chimenea. Encontró la llave,

Digitized by Google

abrió la alacena é introdujo el brazo sin volver el rostro ni separar la vista de Thenardier. Entre tanto éste continuaba:

—Señor baron, me asisten grandes razones para creer que el jóven asesinado era un opulento estranjero, atraido por Juan Valjean á una emboscada, y portador de una suma enorme.

—El jóven era yo, y aquí está la levita, gritó Mario, arrojando en el suelo una levita negra y vieja, manchada de sangre.

En seguida, arrancando el giron de manos de Thenardier, se bajó y lo ajustó en el faldon roto. Adaptábase perfectamente; el giron completaba la levita.

Thenardier quedó petrificado, y dijo para sí:—Me he lucido.

Mario, levantándose tembloroso, desesperado, radiante, metió la mano en el bolsillo, y se dirigió fuera de sí hácia Thenardier con el puño, que apoyó casi en el rostro del bandido, lleno de billetes de quinientos y de mil francos.

—¡Sois un infame! ¡Sois un embustero! ¡Un calumniador! ¡Un malvado! Veníais á acusar á ese hombre y le habeis justificado; queríais perderle, y habeis conseguido tan solo glorificarle. ¡Vos sois el ladron! ¡Vos sois el asesino! Yo os he visto, Thenardier Jondrette, en el chiribitil del boulevard del Hospital. Sé de vos lo suficiente para enviaros á presidio, y mas lejos aun, si quisiera. Tomad esos mil francos, bribonazo.

Y arrojó un billete de mil francos á los pies de Thenardier.

—¡Ah, Jondrette Thenardier, vil é indigno! ¡Que os sirva esto de leccion, chalan de secretos, mercachifle de misterios, desenterrador de huesos, miserable! ¡Tomad además esos quinientos francos, y salid de aquí! Waterlóo os protege.

—¡Waterlóo! murmuró Thenardier, guardándose los quinientos francos, al mismo tiempo que los mil.

—¡Sí, asesino! Habeis salvado en esa batalla la vida á un coronel...

—A un general, dijo Thenardier, alzando la cabeza.

—¡A un coronel! replicó Mario furioso. No daria un ochavo por un general. ¡Y veníais aquí á cometer infamias! Os digo que sobre vos pesan todos los crímenes. ¡Marchaos! ¡Desapareced! Sed dichoso, es cuanto deseo. ¡Ah, monstruo! Tomad tambien esos tres mil francos. Mañana,

Digitized by Google

mañana mismo, os ireis á América, con vuestra hija, porque vuestra mujer ha muerto, abominable embustero. Cuidaré de vuestra partida, bandido, y en el momento de marchar os entregaré veinte mil francos mas. ¡Id á que os ahorquen en otra parte!

—Señor baron, respondió Thenardier inclinándose hasta el suelo, gratitud eterna.

Y Thenardier salió, sin comprender una palabra, atónito y contento de verse abrumado bajo sacos de oro, y herido en la cabeza por aquella granizada de billetes de Banco.

Hubiera sentido mucho hallarse provisto de pararayos contra semejantes chispas eléctricas.

Acabemos desde ahora con este personaje. Dos dias despues de los sucesos que estamos refiriendo, salió, merced á Mario, para América, mudándose el nombre y en compañía de su hija Azelma. Mario, segun le habia ofrecido, giró sobre Nueva-York á su favor una letra de veinte mil francos. La miseria moral de Thenardier era irremediable; asi, fue en América lo que habia sido en Europa. El contacto de un hombre perverso basta á veces para bastardear una buena accion, y que salga de ella una cosa mala. Con el dinero de Mario, Thenardier se hizo negrero.

En cuanto se retiró Thenardier, Mario corrió al jardin donde Cosette estaba aun paseando.

—¡Cosette! ¡Cosette! esclamó. ¡Ven! ¡ven pronto! Marchemos. Vasco, un coche. Ven, Cosette. ¡Ah, Dios mio! ¡El es quien me habia salvado la vida! ¡No perdamos un minuto! Ponte el chal.

Cosette creyó que se habia vuelto loco, y obedeció.

Mario no respiraba, y ponia la mano sobre su corazon para comprimir los latidos. Iba y venia á grandes pasos, y abrazaba á Cosette, diciendo:

—¡Ah! ¡qué desgraciado soy!

En el arrebato de su imaginacion, Mario empezaba á entrever en Juan Valjean una elevada y sombría figura. Una virtud inaudita se aparecia ante él, suprema y dulce, humilde en su inmensidad. El presidiario se trasfiguraba en Cristo. Mario estaba deslumbrado con aquel prodigio. No sabia precisamente lo que veia, pero sí que era grande.

Digitized by Google

El coche no tardó en llegar.

Mario hizo subir á Cosette, y se lanzó en seguida dentro.

—Cochero, dijo, calle del Hombre-Armado, número 7.

El coche partió.

—¡Ah, qué felicidad! esclamó Cosette. A la calle del Hombre-Armado. No me atrevia á hablarte de eso. Vamos á ver al señor Juan.

—A tu padre, ¡Cosette! A tu padre, pues lo es hoy mas que nunca. Cosette, todo lo adivino. Me has dicho que no recibiste la carta que te mandé con Gavroche. Cayó sin duda en sus manos, y fué á la barricada para salvarme. Como su mision es ser un ángel, de paso salvó á otras personas, salvó á Javert. Me estrajo de aquel abismo para entregarme á tí. Me llevó sobre sus hombros al través de la alcantarilla. ¡Ah! ¡soy el mayor de los ingratos! Cosette, despues de haber sido tu providencia, fue la mia. Figúrate que habia allí un espantoso cenagal donde ahogarse cien veces, donde ahogarse en lodo, Cosette, y lo atravesó conmigo á cuestas. Yo estaba desmayado; no veia, no oia, no podia saber nada de mi propia aventura. Vamos á traerle á casa, á tenerle con nosotros, quiera ó no; no volverá á separarse de nuestro lado. Si es que le encontramos, si es que no ha partido. Pasaré lo que me resta de vida venerándole. Habrá pasado cual te he dicho, ¿no es verdad, Cosette? Gavroche le entregaria mi carta. Todo se esplica. ¿Comprendes?

Cosette no comprendia una palabra.

—Tienes razon, fue su respuesta.

Entre tanto, el coche seguia rodando.

Digitized by Google

V.

NOCHE QUE DEJA ENTREVER EL DIA.

Oyendo llamar á la puerta, Juan Valjean se volvió, y dijo con voz débil:

—Adentro.

Abrióse la puerta y aparecieron Cosette y Mario.

Cosette se precipitó en el cuarto.

Mario permaneció en el umbral, de pie y apoyado còntra los largueros de la puerta.

—¡Cosette! dijo Juan Valjean, y se levantó con los brazos abiertos y trémulos, lívido, siniestro, mostrando una alegría inmensa en los ojos.

Cosette, ahogada por la emocion, cayó sobre el pecho de Juan Valjean, esclamando:

—¡Padre!

Juan Valjean; fuera fuera de sí, tartamudeaba:

—¡Cosette! ¡Es ella! ¡Sois vos, señora! ¡Eres tú! ¡Ah, Dios mio!

Y sintiéndose estrechar por los brazos de Cosette, añadió:

Digitized by Google

—¡Eres tú, sí! ¡Me perdonas, pues!

Mario, bajando los párpados para detener el raudal de sus lágrimas, dió un paso, y murmuró entre sus labios contraidos convulsivamente para que no brotasen los sollozos:

—¡Padre mio!

—¡Y vos tambien me perdonais! dijo Juan Valjean.

Mario no encontraba palabras, y aquel añadió:

—Gracias.

Cosette se quitó el chal y el sombrero, y arrojó ambas cosas en la cama.

—Me molestan, dijo.

Y sentándose en las rodillas del anciano, separó sus cabellos blancos con un movimiento adorable, y le besó la frente.

Juan Valjean extasiado no se oponia.

Cosette, no comprendiendo sino muy confusamente los motivos de este cambio, redoblaba sus caricias, como si quisiese pagar la deuda de Mario.

Juan Valjean balbuceaba:

—¡Qué ignorantes somos! Creia no volverla á ver. Figuraos, señor de Pontmercy, que en el mismo momento en que entrábais, decia: ¡Todo se acabó! Ahí está su trajecito, soy un miserable, y no veré mas á Cosette. Decia esto mientras subíais la escalera. ¿No es verdad que me habia vuelto idiota? ¡Hasta qué grado es uno estúpido! Se cuenta sin la bondad infinita de Dios. Dios dijo:—¿Crees que te van á abandonar, idiota? No. No puede ser eso. Ese pobre viejo necesita de su ángel, ¡y el ángel vino, y he vuelto á ver á mi Cosette, á mi querida Cosette! ¡Ah! ¡qué desgraciado era!

Estuvo un instante sin poder hablar; luego continuó.

—A la verdad, yo necesitaba ver á Cosette un rato de tiempo en tiempo. Un corazon necesita de hueso que roer. Sin embargo, conocia que estaba de sobra, y decia en mis adentros:—No han menester de tí, quédate en tu rincon, nadie tiene derecho á eternizarse. ¡Ah, Dios de mi alma! ¡La he vuelto á ver! ¿Sabes, Cosette, que tu marido es un guapo mozo? ¡Ah! Llevas un bonito cuello bordado. Perfectamente. El dibujo me gusta. Lo ha elejido tu esposo, ¿no es verdad? Será preciso

Digitized by Google

que te compres chales de cachemira. Señor de Pontmercy, permitidme que la tutee; será por poco tiempo.

Cosette, á su vez, le dijo:

—¡Qué ruindad dejarnos de ese modo! ¿Adonde, pues, habeis ido? ¿Por qué habeis estado ausente tanto tiempo? Antes, vuestros viajes apenas duraban tres ó cuatro dias. He enviado á Nicolasa, y le respondian siempre: Está fuera. ¿Desde cuándo habeis vuelto? ¿Por qué no nos avisásteis? ¿Sabeis que estais muy trastornado? ¡Mal padre! ¡Enfermo y sin decírnoslo! Ten, Mario, toma su mano y verás que fria está.

—Habeis venido, señor de Pontmercy; ¡con que me perdonais! repitió Juan Valjean.

A estas palabras, los sentimientos que se agolpaban al corazon de Mario hallaron una salida, y el jóven esclamó:

—Cosette, ¿no le oyes? ¿no le oyes, que me pide perdon? ¿Sabes lo que me ha hecho, Cosette? Me ha salvado la vida. Mas aun: te ha entregado á mí. Y despues de salvarme, y despues de entregarte á mí, Cosette, ¿sabes lo que ha hecho de su persona? Se ha sacrificado. Tal es su conducta. ¡Y á mí, que he sido ingrato, olvidadizo, cruel, hasta criminal, me dice: ¡Gracias! Cosette, aunque pase todo lo que me resta de vida á los pies de ese hombre, no será bastante expiacion. La barricada, la alcantarilla, ese horno, esa cloaca, todo lo ha atravesado por mí, por tí, Cosette, preservándome de mil muertes, que alejaba de mí y que aceptaba para él. En él se encuentran todas las clases de valor, de virtud, de heroismo. ¡Cosette, ese hombre es el ángel!

—¡Silencio! ¡Silencio! murmuró apenas Juan Valjean. ¿A qué decir todo eso?

—¡Pero vos! esclamó Mario, con cierta cólera llena de veneracion, ¿por qué no lo habeis dicho? Es culpa vuestra tambien. ¡Salvais la vida á las personas, y lo teneis oculto! ¡Y bajo pretesto de quitaros la máscara, os calumniais! Es horrible.

—He dicho la verdad, respondió Juan Valjean.

—No, replicó Mario; la verdad es toda la verdad, y no habeis dicho sino parte. Erais el señor Magdalena, ¿por qué callarlo? Habiais salvado á Javert, ¿por qué callarlo? Yo os debia la vida, ¿por qué callarlo?

Digitized by Google

—Porque pensaba como vos, y conocia que teníais razon, que era preciso que me fuese. Si os hubiera referido lo de la alcantarilla, me habríais detenido á vuestro lado. Debia, pues, callarme. Hablando, todo se contrariaba.

—¡Se contrariaba! ¡Todo! ¿Qué es lo que se contrariaba? repuso Mario. ¿Por ventura os figurais que os vamos á dejar aquí? No. Os llevamos con nosotros. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Cuando pienso que por casualidad he sabido estas cosas! Os llevamos con nosotros. Formareis parte de nosotros mismos. Sois su padre y el mio. No pasareis un dia mas en esta horrible casa. Mañana ya no estareis aquí.

—Mañana, dijo Juan Valjean, no estaré aquí, ni tampoco en vuestra casa.

—¿Qué quereis decir? replicó Mario. Se acabarán los viajes. No os volvereis á separar de nosotros. Nos perteneceis, y no os soltaremos.

—Esta vez es de buen grado, añadió Cosette. Abajo espera el coche. Os llevo de aquí. Si es menester emplearé la fuerza.

Y riéndose, hizo ademan de coger al anciano en sus brazos.

—Vuestro cuarto está como estaba, continuó: ¡Si supiéseis qué bonito se ha puesto ahora el jardin! ¡Cuántas flores! Los paseos cubiertos de arena del rio, donde se ven algunas conchillas violadas. Comereis mis fresas. Yo las riego. Y no mas señora ni señor Juan. Viviremos en república; todos nos hablaremos de *tú*. ¿No es verdad, Mario? Se ha cambiado el programa. Padre, ¡si supiéseis qué disgusto! Un peti-rojo habia hecho su nido en un agujero de la pared, y un horrible gato me le ha comido. ¡Mi pobre peti-rojo, que sacaba la cabeza de su agujero para mirarme! Lloré, si señor, y de buena gana hubiera matado al gato. Pero al presente nadie llora, todos rien, todos son felices. Vais á venir con nosotros. ¡Cómo va á alegrarse el abuelo! Tendreis vuestro cuadro en el jardin y lo cultivareis, y veremos si vuestras fresas valen tanto como las mias. Una vez en casa, haré cuanto querais, y me obedecereis, mucho que sí.

Juan Valjean la escuchaba sin oirla. Percibia la música de su voz sin casi comprender el sentido de sus palabras, y una de esas gruesas

Digitized by Google

lágrimas, sombrías perlas del alma, se formaba lentamente en sus ojos.

—¡Dios es bueno! murmuró.

—¡Padre mio! dijo Cosette.

Juan Valjean prosiguió:

—No hay duda que seria delicioso vivir juntos. Teneis árboles llenos de pájaros. Me pascaria con Cosette. ¡Es grato pasar la vida en compañía de las personas que se quieren, darles los buenos dias, oirse llamar en el jardin! Desde por la mañana se disfruta de su presencia. Cada cual cultivaria un pequeño trozo. Ella me haria comer sus fresas, y yo le haria coger mis rosas. Seria delicioso; pero...

Se detuvo, y luego dijo bajando mas la voz:

—No hay remedio.

La lágrima no cayó, sino que entró de nuevo en la órbita, y Juan Valjean la reemplazó con una sonrisa.

Cosette tomó las dos manos del anciano entre las suyas.

—¡Dios mio! esclamó. Vuestras manos me parecen mas frias que antes. ¿Estais malo? ¿Padeceis?

—¿Yo? No, respondió Juan Valjean, me siento bien. Solo que...

Se detuvo.

—¿Solo qué?...

—Me voy á morir en seguida.

Cosette y Mario se estremecieron.

—¡A morir! esclamó Mario.

—Sí, dijo Juan Valjean.

Respiró, y sonriéndose repuso:

—Cosette, ¿no estabas hablando? Continúa, háblame mas. ¿Con que el gato se comió tu peti-rojo? Habla; ¡que oiga yo tu voz!

Mario petrificado miraba al anciano.

Cosette lanzó un grito desgarrador.

—¡Padre! ¡padre mio! Vivireis, sí, vivireis. Yo quiero que vivais. ¿Oís?

Juan Valjean alzó los ojos y los fijó en ella con adoracion.

—¡Oh! sí, prohíbeme que muera. ¿Quién sabe? Tal vez te obedez-

Digitized by Google

ca. Iba á morir cuando los dos entrásteis, y la muerte detuvo su golpe. Me pareció que renacia.

—Estais lleno de fuerza y de vida, observó Mario. ¿Acaso imaginais que se muere tan fácilmente? Habeis tenido disgustos y no volvereis á tenerlos. ¡Os pido perdon de rodillas! Vais á vivir, y con nosotros y por largo tiempo. Os recobramos ¡Somos dos cuyo único pensamiento en lo sucesivo será labrar vuestra dicha!

—Ya veis, dijo Cosette llorando; Mario asegura que no morireis.

Juan Valjean continuaba sonriéndose.

—Señor de Pontmercy, aunque me recobráseis, ¿impediria eso que fuese lo que soy? No; Dios ha pensado como vos y como yo, y él no cambia de dictámen. Es útil que parta. La muerte lo arregla todo. Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Que seais dichosos, que el señor de Pontmercy posea á Cosette, que la juventud se despose con la mañana, que haya en torno vuestro, hijos mios, lilas y ruiseñores, que vuestra vida sea un hermoso césped iluminado por el sol, que los encantos del cielo inunden vuestra alma, y que yo que para nada sirvo, me muera; todo esto se armoniza perfectamente. Vaya, seamos razonables; no hay remedio ya; conozco que no hay remedio. Hace una hora tuve un desmayo, y despues, esta noche pasada, me he bebido todo ese jarro de agua. ¡Qué bueno es tu marido, Cosette! Con él te va mejor que conmigo.

Se oyó ruido en la puerta.

Era el médico que entraba.

—Buenos dias y adios, doctor, dijo Juan Valjean. Ved á mis pobres niños.

Mario se acercó al médico, y le dirigió esta sola palabra: —Caballero... Mas en la manera de pronunciarla, habia una pregunta completa.

El médico respondió con una espresiva mirada.

—Porque las cosas desagraden, dijo Juan Valjean, no es razon para que seamos injustos con Dios.

Hubo un silencio. Todos los pechos estaban oprimidos.

Juan Valjean se volvió hácia Cosette, y se puso á contemplarla

Digitized by Google

como si quisiera atesorar recuerdos por una eternidad. En la profunda sombra donde ya habia descendido, aun le era posible el éstasis mirando á Cosette. La reverberacion de aquel dulce rostro iluminaba su pálida faz. En el sepulcro puede haber tambien deslumbramientos.

El médico le tomó el pulso.

—¡Ah! ¡necesitaba de vosotros! dijo dirigiéndose á Cosette y á Mario.

E inclinándose al oido del último, añadió muy bajo:

—Es demasiado tarde.

Juan Valjean, sin apartar casi los ojos de Cosette, consideró al médico y á Mario con serenidad. Se oyó salir de su boca esta frase apenas articulada:

—Nada importa morir, pero el no vivir es horrible.

De repente se levantó. Estas renovaciones de fuerza son á veces señal de la agonía. Caminó con paso firme hácia la pared, desvió á Mario y al médico que querian ayudarle, descolgó el crucifijo de cobre, volvió á sentarse con toda la libertad de movimientos de una persona en completa salud, y dijo, alzando la voz y colocando el crucifijo sobre la mesa:

—Este es el gran mártir.

Despues su pecho se rindió; sintió que le vacilaba la cabeza, como si le acometiese el vértigo de la tumba, y apoyadas las manos en las rodillas, se puso á escarbar con las uñas el paño del pantalon.

Cosette le sostenia los hombros y sollozaba, procurando inútilmente hablarle. Distinguíanse entre las palabras, mezcladas con esa saliva lúgubre que acompaña al llanto, frases por el estilo de estas: ¡Padre! No nos abandoneis. ¿Es posible que no os hayamos encontrado sino para perderos?

Pudiera decirse que la agonía serpentea. Va, viene, se adelanta hácia el sepulcro y retrocede hácia la vida. Hay algo de titubeo en el acto de morir.

Juan Valjean, despues de aquel medio síncope, se serenó, sacudió la frente como para disipar las tinieblas que se iban allí aglomerando, y recobró casi una completa lucidez. Tomó la manga del vestido de Cosette y la besó.

Digitized by Google

—¡Vuelve en sí, doctor, vuelve en sí! gritó Mario.

—Ambos sois buenos, dijo Juan Valjean. Voy á esplicaros lo que me ha causado viva pena. Me ha causado viva pena, señor de Pontmercy, que no hayas querido tocar á ese dinero. Ese dinero es de vuestra mujer. Esta es una de las razones, hijos mios, por la que me he alegrado mas de veros. El azabache negro viene de Inglaterra y el azabache blanco de Noruega. En el papel que veis ahí, consta todo esto. Para los brazaletes inventé sustituir los colgantes simplemente enlazados á los colgantes soldados. Es mas bonito, mejor y menos caro. Ya comprendereis cuánto dinero puede ganarse. Asi, el caudal de Cosette es suyo, legítimamente suyo. Os refiero estos pormenores para que os tranquiliceis.

Cosette, con mucha suavidad, le puso una almohada bajo el cuerpo.

Juan Valjean continuó:

—Señor de Pontmercy, no temais nada, os lo suplico. Los seiscientos mil francos son de Cosette. Si no disfrutáseis de ellos, resultaria perdido todo el trabajo de mi vida. Habíamos conseguido fabricar con singular perfeccion los abalorios, y rivalizábamos con los de Berlin.

Cuando va á morir una persona que nos es querida, las miradas se fijan en ella como para retenerla. Los dos jóvenes, mudos de angustia, no sabiendo qué decir á la muerte, desesperados y trémulos, estaban en pie delante del anciano; Cosette daba la mano á Mario.

Juan Valjean declinaba por instantes. Se le veia descender y acercarse al horizonte de tinieblas. Su respiracion era ya intermitente é interrumpida por un poco de estertor. Le costaba trabajo cambiar de posicion el antebrazo, y los pies habian perdido todo movimiento. Al mismo tiempo que la miseria de los miembros y la postracion del cuerpo crecian, toda la magestad del alma brillaba, desplegándose sobre su frente. La luz del mundo desconocido era ya visible en sus pupilas.

Su rostro se ponia pálido, pero continuaba siempre sonriente. No era aquella la vida, era otra cosa. El aliento decaia, al paso que la mirada se sublimaba. Diríase un cadáver con alas.

Hizo señas á Cosette de que se aproximase, y luego á Mario. Era

Digitized by Google

sin duda el último minuto de su última hora, y se puso á hablarles con una voz tan baja que parecia venir de lejos, como si en aquel momento hubiese ya una pared divisoria entre ellos y él.

—Acércate, acercaos los dos. Os quiero mucho. ¡Oh! ¡qué placer morir asi! Tú tambien me quieres, Cosette. Yo sabia que te quedaba siempre algun cariño para tu viejo. ¡Cuánto te agradezco, niña mia, esta almohada! Me llorarás, ¿no es verdad? Pero que no sea con demasía. No quiero que tengas verdaderos disgustos. Divertíos mucho, mis amados hijos. Se me olvidaba deciros que las hebillas sin clavillos producian mas que todo. La gruesa, las doce docenas, costaba diez francos y se vendia en sesenta. No debeis, pues, admiraros de los seiscientos mil francos, señor de Pontmercy. Es dinero ganado honradamente. Podeis ser ricos sin repugnancia alguna. Será preciso que compreis un carruaje, que vayais de vez en cuando á los teatros. Cosette, para tí bonitos vestidos de baile, para vuestros amigos buenas comidas. Sed dichosos. Me ocupaba hace poco en escribir á Cosette; ya encontrará mi carta. Le lego los dos candeleros que están sobre la chimenea. Son de plata; mas para mí son de oro, de diamantes, y convierten las velas en cirios. No sé si el que me los dió está satisfecho de mí en el cielo. He hecho lo que he podido. Hijos mios, no olvideis que soy un pobre, y os encargo que me hagais enterrar en el primer rincon de tierra que haya á mano, con solo una piedra por lápida. Es mi voluntad. Sobre la piedra no grabeis ningun nombre. Si Cosette quisiere ir allí alguna vez se lo agradeceré. Vos tambien, señor Pontmercy. Debo confesaros que no siempre os he tenido afecto; os pido perdon. Ahora, ella y vos no sois mas que uno para mí. Os estoy muy reconocido, pues veo que hareis feliz á Cosette. ¡Si supiéseis, señor Pontmercy, cuánto ha sido mi cariño hácia ella! Sus hermosas mejillas rosadas eran mi alegría; en cuanto la veia un poco pálida ya estaba triste. Hay en la cómoda un billete de quinientos francos. Es para los pobres. Cosette, ¿ves tu tragecito allí sobre la cama? ¿Lo conoces? No hace mas que diez años de eso. ¡Cómo pasa el tiempo! Hemos sido muy dichosos. Hijos mios, no lloreis, que no me voy muy lejos; desde allí os veré. Con solo que mireis cuando sea de noche, mi sonrisa se os aparecerá. Cosette, ¿te acuerdas de Montfermeil? Estabas en el bosque y tenias miedo. ¿Te acuerdas cuando yo

Digitized by Google

cogí el asa del cubo lleno de agua? Es la primera vez que he tocado tu pobre manita. ¡Y qué fria estaba! Entonces vuestras manos, señorita, tiraban á rojas, hoy brillan por su blancura. ¿Y la muñeca? ¿te acuerdas? La llamabas Catalina, y sentias no haberla llevado al convento. ¡Qué de veces me hiciste reir, ángel mio! Cuando habia llovido echabas en el arroyo granzones de paja, y los mirabas correr. Un dia te di una raqueta de mimbre y un volante con plumas amarillas, azules y verdes. Te has olvidado, de seguro. ¡Eras tan traviesa! No hacias mas que jugar. Te colgabas las guindas de las orejas. Son cosas pasadas. Los bosques que uno ha atravesado con su amada niña, los árboles que les han resguardado del sol, los conventos que les han resguardado de los hombres, las inocentes risas de la infancia; todo no es mas que sombra. Se me figuró que esas cosas me pertenecian, y hay estuvo el mal. Los Thenardier han sido muy perversos; pero es menester perdonarlos. Cosette, ha llegado el momento de decirte el nombre de tu madre. Se llamaba Fantina. Reten este nombre: Fantina. Arrodíllate cada vez que lo pronuncies. Ella padeció mucho, y te queria con estremo. Su desgracia fue tan grande como es grande tu felicidad. Dios lo dispuso asi. Dios nos ve desde el cielo á todos, y sabe, en medio de sus brillantes estrellas, lo que hace. Me voy, pues, mis queridos niños. Amaos siempre mucho. En el mundo casi no hay otra cosa que hacer. Pensareis alguna vez en el pobre viejo que ha muerto aquí. Cosette mia, no tengo yo la culpa de no haberte visto en tanto tiempo. El corazon se me desgarraba. Iba hasta la esquina de la calle, sin que me importase el juicio que debian formar de mí los transeuntes; estaba como loco; una vez me fuí sin sombrero. Hijos mios, empiezo á ver turbio; aun tenia que deciros muchas cosas, pero es igual. Pensad un poco en mí. Sois seres benditos. No sé lo que se siento, pero me parece que veo claridad. Acercaos mas. Muero dichoso. Dadme vuestras cabezas amadas, muy amadas, para poner encima mis manos.

Cosette y Mario, fuera de sí, cayeron de rodillas, inundando de lágrimas las manos de Juan Valjean; manos augustas que habian cesado de moverse.

Estaba echado hácia atrás, de modo que la luz de los candelabros le iluminaba el pálido rostro, dirigido hácia el cielo.

Digitized by Google

Cosette y Mario cubrian sus manos de besos. Estaba muerto.

Junto á él se veia la noble figura del sacerdote, que, avisado por la portera, solo habia llegado á tiempo de recoger su último suspiro.

La oscuridad de la noche era tal, que no se divisaban las estrellas. Sin duda en la sombra algun ángel inmenso de pie y con las alas desplegadas estaba esperando el alma.

Digitized by Google

MUERTE DE JUAN VALJEAN.

Digitized by Google

Digitized by Google

VI.

LA YERBA OCULTA, Y LA LLUVIA BORRA.

Hay en el cementerio del padre Lachaise, en las cercanías del hoyo comun, lejos del barrio elegante de la ciudad de los sepulcros, lejos de todas esas tumbas, hijas del capricho, que ostentan, al borde de la eternidad, las horribles modas de la muerte, en un ángulo desierto, al pie de una antigua pared, bajo un gran tejo por el cual trepan las enredaderas de campanilla, en medio de la grama y del musgo, una piedra.

Esta piedra no se halla menos espuesta que las demás á la lepra del tiempo, á los efectos de la humedad, del liquen y de las inmundicias de los pájaros. El agua la pone verde y el aire negra. No está próxima á ninguna senda, ni agrada ir por aquel lado á causa de la altura de la yerba, y porque en seguida se mojan los pies. Cuando la bañan los rayos del sol, se suben á ella los lagartos. Alrededor se estremecen las balluecas, agitadas por el viento, y en la primavera cantan en el árbol las currucas.

La piedra está desnuda. Al cortarla, únicamente se pensó en las

Digitized by Google

necesidades de la tumba, esto es, en que fuese bastante larga y bastante estrecha para cubrir una persona.

Ningun nombre se lee en ella.

Solo, hace muchos años, una mano escribió allí con lápiz estos cuatro versos, que se fueron volviendo poco á poco ilegibles á causa de la lluvia y del polvo, y que probablemente no existirán ya:

Duerme. La suerte persiguióle ruda:
murió al perder la prenda de su alma.
Larga la expiacion, la pena aguda
fue; y asi obtuvo la celeste palma.

FIN DE LA OBRA.

Digitized by Google

INDICE GENERAL DE LA OBRA.

TOMO PRIMERO.

PRIMERA PARTE.

FANTINA.

LIBRO PRIMERO.

UN JUSTO.

	Páginas.
PRÓLOGO.	IV
I. M. Myriel.	1
II. M. Myriel se convierte en monseñor Bienvenido.	5
III. A buen obispo mal obispado.	11
IV. Las obras parecidas á las palabras.	14
V. De cómo moseñor Bienvenido hacia durar demasiado tiempo sus sotanas.	21
VI. Por quién hacia guardar su casa.	24
VII. Cravatte.	30
VIII. Filosofar despues de beber.	34
IX. El hermano pintado por la hermana.	38
X. El obispo en presencia de una luz desconocida.	42
XI. Una restriccion.	54
XII. Soledad de monseñor Bienvenido.	59
XIII. Lo que creia.	63
XIV. Lo que pensaba.	68

LIBRO SEGUNDO.

LA CAIDA.

I. La noche de un dia de marcha.	73
II. La prudencia aconseja á la sabiduría.	86
III. Heroismo de la obediencia pasiva.	91
IV. Pormenores sobre las queserías de Pontarlier.	97
V. Tranquilidad.	101
VI. Juan Valjean.	103
VII. La inferioridad de la desesperacion.	109
VIII. La ola y la sombra.	117
IX. Nuevas quejas.	120

Digitized by Google

Páginas.

X. El hombre despierto. 122
XI. Lo que hace. 126
XII. El obispo trabaja. 130
XIII. Gervasillo. 134

LIBRO TERCERO.

EN EL AÑO 1817.

I. El año 1817. 145
II. Doble quator. 151
III. Cuatro á cuatro. 156
IV. Tholomyes está tan alegre, que canta una cancion española. 160
V. En casa de Bombarda. 163
VI. El amor de Favorita. 166
VII. Sabiduría de Tholomyes. 168
VIII. Muerte de un caballo. 174
IX. Alegre fin de la alegría. 177

LIBRO CUARTO.

CONFIAR ES A VECES ENTREGAR.

I. Una madre que se encuentra con otra. 183
II. Primer contorno de dos figuras bizcas. 193
III. La alondra. 196

LIBRO QUINTO.

EL DESCENSO.

I. Historia de un progreso en los abalorios negros. 201
II. El tio Magdalena. 203
III. Cantidades depositadas en casa de Laffite. 207
IV. El señor Magdalena de luto. 211
V. Vagos relámpagos en el horizonte. 214
VI. El tio Fauchelevent. 220
VII. Fauchelevent se hace jardinero en Paris. 224
VIII. La señora Victurnien gasta treinta francos en favor de la moralidad. 226
IX. Triunfo de la señora Victurnien. 229
X. Continuacion del triunfo. 232
XI. Christus nos liberavit. 238
XII. Los ocios del señor Bamatabois. 240
XIII. Solucion de algunas cuestiones de policía municipal. . . . 243

LIBRO SESTO.

JAVERT.

I. Principio del reposo. 255
II. De cómo Juan puede convertirse en Cham. 259

LIBRO SETIMO.

LA CAUSA DE CHAMPMATHIEU.

I. Sor Simplicia. 271

Digitized by Google

Páginas.

II. Perspicacia de maese Scauflaire. 275
III. Una tempestad bajo un cráneo. 280
IV. Formas que toma el dolor durante el sueño. 298
V. Las armaduras de las ruedas. 302
VI. Sor Simplicia puesta á prueba. 314
VII. El viajero al llegar al término de su viaje toma sus precauciones para volverse. 322
VIII. Entrada de favor. 327
IX. Un sitio donde empiezan á formarse las convicciones. . . 331
X. El sistema de negativas. 338
XI. Champmathieu cada vez mas admirado. 345

LIBRO OCTAVO.

REACCION.

I. Del espejo en que vió el señor Magdalena sus cabellos. . . 353
II. Fantina feliz. 356
III. Javert contento. 361
IV. La autoridad recobra sus derechos. 365
V. Una tumba á propósito. 370

TOMO SEGUNDO.

SEGUNDA PARTE.

COSETTE.

LIBRO PRIMERO.

WATERLOO.

I. Lo que se encuentra al venir de Nivelles. 7
II. Hougomont. 10
III. El 18 de junio de 1815. 17
IV. A. 20
V. El quid obscurum de las batallas. 23
VI. Las cuatro de la tarde. 27
VII. Napoleon de buen humor. 31
VIII. El emperador hace una pregunta al guía Lacoste. . . . 37
IX. Lo inesperado. 40
X. La meseta de Mont-Saint-Jean. 44
XI. Mal guia para Napoleon, bueno para Bulow. 50
XII. La guardia. 52
XIII. La catástrofe. 54
XIV. El último cuadro. 57
XV. Cambronne. 59
XVI. ¿Quot libras in duce?. 62

Digitized by Google

Páginas.

XVII. ¿Fue bueno el resultado de Waterlóo?. 68
XVIII. Recrudescencia del derecho divino. 71
XIX. El campo de Batalla por la noche. 74

LIBRO SEGUNDO.

EL NAVIO ORION.

I. El número 24,601 se convierte en el número 9,430.. . . 83
II. Donde se leerán dos versos, que son tal vez del diablo. . . 87
III. De cómo la cadena de la argolla debió de haber sufrido alguna operacion preparatoria para romperse asi de un martillazo. 92

LIBRO TERCERO.

CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA HECHA A LA DIFUNTA.

I. La cuestion de agua de Montfermeil. 103
II. Dos retratos completos. 107
III. Vino á los hombres y agua á los caballos. 115
IV. Entrada de una muñeca en escena.. 116
V. La niña enteramente sola. 118
VI. Capítulo que prueba tal vez la inteligencia de Boulatruelle. . 124
VII. Cosette en la oscuridad al lado del desconocido. 130
VIII. Inconvenientes de recibir en casa á un pobre, que tal vez es un rico.. 134
IX. Thenardier maniobrando. 152
X. De cómo el que busca lo mejor puede hallar lo peor. . . 160
XI. Vuelve á aparecer el número 9,430 y Cosette lo gana á la lotería. 166

LIBRO CUARTO.

LA CASA DE GORBEAU.

I. Maese Gorbeau. 171
II. Nido para buho y curruca. 178
III. Dos desgracias entrelazadas producen felicidad. 180
IV. Las observaciones de la inquilina principal. 185
V. Una moneda de cinco francos que cae al suelo hace ruido. . 188

LIBRO QUINTO.

A CAZA DE ESPERA, JAURIA MUDA.

I. Los rodeos de la estrategia. 195
II. Donde se verá cuán útil es que pasen carruajes por el puente de Austerlitz. 199
III. Véase el plano de París de 1727. 201
IV. Tentativas de evasion. 205
V. Aventura que seria imposible con el alumbrado de gas. . . 208

Digitized by Google

Páginas.

VI. Principio de un enigma. 212
VII. Continúa el enigma. 215
VIII. Se duplica el enigma.. 218
IX. El hombre y el cencerro.. 221
X. Donde se esplica cómo Javert habia expiado en vano. . . . 225

LIBRO SESTO.

EL PEQUEÑO PICPUS.

I. Callejuela Picpus, número 62. 227
II. La regla de Martin Vargas. 233
III. Rigores. 248
IV. Alegrías. 250
V. Distracciones. 254
VI. El convento pequeño.. 260
VII. Algunos perfiles de esta sombra. 263
VIII. Post corda lapides. 266
IX. Un siglo bajo una toca. 268
X. Orígen de la adoracion perpétua. 271
XI. Fin del pequeño Picpus. 273

LIBRO SETIMO.

PARENTESIS.

I. El convento como idea abstracta. 277
II. El convento como hecho histórico. 278
III. Bajo qué condiciones puede respetarse lo pasado. 281
IV. El convento bajo el punto de vista de los principios. . . . 284
V. La oracion. 286
VI. Bondad absoluta de la oracion. 288
VII. Precauciones que deben tomarse al condenar. 291
VIII. La fe, la ley. 293

LIBRO OCTAVO.

LOS CEMENTERIOS TOMAN LO QUE LES DAN.

I. Donde se trata de cómo se puede entrar en un convento. . 299
II. Fauchelevent en presencia de la dificultad. 307
III. La madre Inocente. 310
IV. De cómo parece que Juan Valjean habia leido á Agustin Castillejo. 321
V. De cómo no basta ser borracho para ser inmortal. . . . 328
VI. Entre cuatro tablas. 335
VII. Donde verá el lector el orígen de la frase: guarda la cédula. 338
VIII. Interrogatorio de felices resultados. 347
IX. Clausura. 351

Digitized by Google

TOMO TERCERO.

TERCERA PARTE.

MARIO.

LIBRO PRIMERO.

PARÍS ESTUDIADO EN SU ÁTOMO.

		Páginas.
I.	Parvulus.	7
II.	Señas particulares.	9
III.	Se divierte.	11
IV.	Puede ser útil..	13
V.	Sus fronteras..	15
VI.	Un poco de historia.	18
VII.	De cómo el pilluelo ocupa un lugar en las clasificaciones de la India..	21
VIII.	Donde se leerá una buena ocurrencia del último rey.	24
IX.	El viejo espíritu de los galos.	26
X.	Ecce París, Ecce Homo.	28
XI.	Burlarse es reinar.	32
XII.	El porvenir latente en el pueblo.	35
XIII.	El niño Gavroche.	37

LIBRO SEGUNDO.

EL NOBLE DE LA CLASE MEDIA.

I.	Noventa años y treinta y dos dientes.	43
II.	Á tal amo, tal casa.	45
III.	Lucas-Espíritu.	47
IV.	Aspirante á centenario.	49
V.	Vasco y Nicolasita.	51
VI.	Donde el lector vislumbrará á la Magnon y á sus dos hijos.	53
VII.	Regla: no recibir á nadie mas que por la noche.	56
VIII.	Las dos no forman pareja.	57

LIBRO TERCERO.

EL ABUELO Y EL NIETO.

I.	Una tertulia antigua.	63
II.	Un espectro rojo de aquel tiempo.	67
III.	Requiescant.	74
IV.	Fin del bandido:	82
V.	Donde se verá cuán útil es ir á misa para hacerse revolucionario.	86
VI.	Donde se verán las consecuencias de haber encontrado á un mayordomo.	88

Digitized by Google

Páginas.

VII. Algun amorcillo. 95
VIII. Mármol contra granito. 101

LIBRO CUARTO.

LOS AMIGOS DEL A B C.

I. Un grupo que ha estado á punto de ser histórico. . . . 109
II. Oracion fúnebre de Blondeau, por Bossuet. 123
III. Admiracion de Mario. 127
IV. La sala interior del café Musain. 130
V. Ensánchase el horizonte. 138
VI. Res Augusta. 142

LIBRO QUINTO.

ESCELENCIA DE LA DESGRACIA.

I. Mario indigente. 149
II. Mario pobre. 152
III. Mario hombre. 156
IV. El señor Mabeuf. 161
V. La pobreza buena vecina de la miseria. 166
VI. El sustituto. 169

LIBRO SESTO.

LA CONJUNCION DE DOS ESTRELLAS.

I. El apodo: manera de formar nombres de familia. 177
II. Lux facta est. 181
III. Efecto de primavera. 184
IV. Principio de una grande enfermedad. 186
V. Caen varios rayos sobre la tia Bougon. 190
VI. Prisionero. 192
VII. Aventuras de la letra V en el terreno de las suposiciones. . 195
VIII. Hasta los inválidos pueden ser dichosos. 198
IX. Eclipse. 201

LIBRO SETIMO.

EL PATRON MINETTE.

I. Las minas y los mineros. 207
II. El bajo fondo. 210
III. Babet, Traga-mar, Suena-dinero y Montparnase. . . . 212
IV. Composicion de la compañía. 215

LIBRO OCTAVO.

EL MAL POBRE.

I. De cómo Mario buscando una jóven de sombrero, encuentra un hombre de gorra. 221
II. Hallazgo. 224
III. Cuadrifonte. 227

Digitized by Google

Páginas.

IV. Una rosa en la miseria. 232
V. El ventanillo de la providencia. 240
VI. El hombre en su cueva. 243
VII. Estrategia y táctica. 248
VIII. El rayo de sol en la cueva. 253
IX. Jondrette casi llora. 256
X. Tarifa de los carruajes de alquiler: dos francos por hora. . 261
XI. Ofertas de servicio de la miseria al dolor. 265
XII. Empleo de la moneda de cinco francos del señor Blanco. . . 269
XIII. Solus cum solo, in colo remoto, non cogitabundur orare pater noster. 275
XIV. Donde un agente de policía da dos cachorrillos á un abogado. 278
XV. Jondrette hace sus compras.. 283
XVI. Donde se volverá á hallar la cancion de música inglesa que estaba de moda en 1832. 286
XVII. Empleo del napoleon de Mario. 291
XVIII. Las dos sillas de Mario se encuentran frente á frente. . . 296
XIX. Mirar bien á lo oscuro. 298
XX. La emboscada. 303
XXI. De cómo se deberia comenzar por prender á las víctimas. . 327
XXII. El niño que lloraba en el tomo segundo. 332

TOMO CUARTO.

CUARTA PARTE.

EL IDILIO
DE
LA CALLE PLUMET
Y
LA EPOPEYA DE LA CALLE DE SAN DIONISIO.

LIBRO PRIMERO.

ALGUNAS PÁGINAS DE HISTORIA.

I. Bien cortado.. 7
II. Mal cosido. 13
III. Luis Felipe. 17
IV. Grietas en los cimientos. 24
V. Hechos de donde sale la historia, ignorados por la historia. 32
VI. Enjolras y sus tenientes. 44

LIBRO SEGUNDO.

EPONINA.

I. El campo de la alondra.. 51

Digitized by Google

Páginas.

II. Formacion embrionaria de los crímenes en la incubacion de las cárceles. 57
III. Aparicion al señor Mabeuf. 62
IV. Aparicion á Mario. 67

LIBRO TERCERO.

LA CASA DE LA CALLE PLUMET.

I. La casa del secreto. 75
II. Juan Valjean, guardia nacional.. 80
III. Foliis ac frondibus. 83
IV. Cambio de reja. 87
V. La rosa descubre que es una máquina de guerra. 93
VI. Empieza la batalla. 98
VII. A tristeza, tristeza y media.. 102
VIII. La cadena.. 108

LIBRO CUARTO.

SOCORROS DE ABAJO, QUE PUEDEN SER SOCORROS DE ARRIBA.

I. Herida por fuera, curacion por dentro. 121
II. De cómo la tia Plutarco no encontraba dificultades para esplicar un fenómeno. 124

LIBRO QUINTO.

CUYO FIN NO SE PARECE AL PRINCIPIO.

I. La soledad y el cuartel combinados. 135
II. Miedos de Cosette. 138
III. Enriquecido con comentarios de la tia Santos. 142
IV. Un corazon bajo una piedra.. 146
V. Cosette despues de la carta. 151
VI. Los viejos han nacido para salir á propósito. 154

LIBRO SESTO.

EL NIÑO GAVROCHE.

I. Travesuras del viento. 161
II. En que se verá cómo Gavroche supo sacar partido de Napoleon el Grande. 165
III. Las peripecias de la evasion.. 189

LIBRO SETIMO.

EL CALÓ.

I. Orígen. 205
II. Raices. 213
III. Caló que llora y caló que rie. 222
IV. Los dos deberes: velar y esperar. 227

LIBRO OCTAVO.

EL ENCANTO Y LA DESOLACION.

I. Plena luz. 235

Digitized by Google

Páginas.

II. El aturdimiento de la felicidad completa. 241
III. Principio de sombra. 244
IV. Cab roule en inglés, y tamború en caló. 248
V. Cosas de la noche. 256
VI. Mario desciende á la realidad, hasta el punto de dar las señas de su casa á Cosette. 258
VII. Dos corazones, uno viejo y otro jóven, frente á frente. . . 265

LIBRO NOVENO.

¿A DÓNDE VAN?

I. Juan Valjean. 281
II. Mario. 283
III. El señor Mabeuf. 286

LIBRO DECIMO.

EL 5 DE JUNIO DE 1832.

I. La superficie de la cuestion. 293
II. El fondo de la cuestion. 297
III. Un entierro: ocasion de renacer. 304
IV. El fervor de otro tiempo. 310
V. Originalidad de París. 316

LIBRO UNDECIMO.

EL ATOMO FRATERNIZA CON EL HURACAN.

I. Algunas aclaraciones sobre los orígenes de la poesía de Gavroche. Influencia de un académico en esta poesía. . . . 323
II. Brujas antes, y porteras hoy. 326
III. Justa indignacion de un peluquero. 330
IV. El niño se admira del viejo. 333
V. El anciano. 335
VI. Reclutas. 338

LIBRO DUODECIMO.

CORINTO.

I. Historia de Corinto desde su fundacion. 345
II. Alegría preparatoria. 349
III. La noche empieza á dominar á Grantaire. 358
IV. Courfeyrac trata de consolar á la viuda Hucheloup. . . . 362
V. Los preparativos. 366
VI. La espera. 369
VII. El hombre reclutado en la calle de Billettes. 371
VIII. Varias preguntas con motivo de un tal Le Cabuc, que probablemente no se llamaba Le Cabuc. 375

LIBRO DECIMOTERCIO.

MARIO ENTRA EN LA SOMBRA.

I. Desde la calle Plumet al barrio de San Dionisio. 383

Digitized by Google

Páginas.

II. París á vista de buho. 386
III. La orilla estrema. 389

LIBRO DECIMOCUARTO.

LA GRANDEZA DE LA DESESPERACION.

I. La bandera roja derribada. 397
II. La bandera roja izada. 400
III. Donde verá el lector que Gavroche habria hecho mejor en tomar la carabina de Enjolras. 403
IV. El barril de pólvora.. 405
V. Fin de los versos de Juan Prouvaire. 408
VI. La agonía de la muerte despues de la agonía de la vida. . . 411
VII. Donde se ve que Gavroche era un profundo calculador de distancias. 416

LIBRO DECIMOQUINTO.

LA CALLE DEL HOMBRE-ARMADO.

I. Carta canta. 423
II. El pilluelo enemigo de las luces. 432
III. Donde se verá lo que sucedió mientras dormian Cosette y Santos. 436
IV. El esceso de celo de Gavroche. 438

TOMO QUINTO.

QUINTA PARTE.

JUAN VALJEAN.

LIBRO PRIMERO.

LA GUERRA DENTRO DE CUATRO PAREDES.

I. Caribdis del arrabal de San Antonio, y Scila del arrabal del Temple. 7
II. De cómo en el abismo no puede hacerse mas que hablar. . . 15
III. Claridad y sombra. 20
IV. Cinco menos, y uno más. 22
V. Donde se dirá el horizonte que se descubre en lo alto de la barricada. 29
VI. Mario esquivo, y Javert lacónico. 34
VII. De cómo la situacion se fue agravando. 37
VIII. La cosa se va poniendo séria. 42
IX. Donde se verá la manera de emplear ese talento de cazador furtivo, y esa puntería segura, que influyó en la condena de 1796. 46
X. Aurora. 49
XI. El tiro del fusil certero y que no mata á nadie. 53

Digitized by Google

Paginas.

XII. El desórden, partidario del órden.. 55
XIII. Claridades pasajeras.. 59
XIV. Donde se leerá el nombre de la querida de Enjolras.. . . . 62
XV. Gavroche fuera de la barricada. 65
XVI. Donde se verá que el hermano puede convertirse en padre.. . 69
XVII. Mortuus pater filium moriturum espectat.. 78
XVIII. El buitre convertido en presa. 81
XIX. La venganza de Juan Valjean. 86
XX. Donde se verá que los muertos no tienen menos razon que los vivos. 90
XXI. Los héroes. 99
XXII. Palmo á palmo. 104
XXIII. Orester en ayunas, y Pílades ébrio. 108
XXIV. Prisionero. 112

LIBRO SEGUNDO.

EL INTESTINO DE LEVIATAN.

I. La tierra empobrecida por el mar.. 117
II. La historia antigua de la alcantarilla. 122
III. Bruneseau. 126
IV. Pormenores ignorados. 130
V. Progreso actual.. 134
VI. Progreso futuro. 136

LIBRO TERCERO.

AUN TIEMPO LODO Y ALMA.

I. La cloaca y sus sorpresas. 143
II. Esplicacion. 150
III. La doble caza. 153
IV. Con la cruz á cuestas. 158
V. De cómo cierta clase de finura, asi en la arena, como en la mujer, es pérfida. 162
VI. El cenegal. 167
VII. El naufragio á la vista del puerto.. 170
VIII. El faldon de la levita roto. 173
IX. De cómo Mario parece muerto á una persona que lo entiende. . 179
X. La vuelta del hijo pródigo de su vida.. 184
XI. Conmocion en lo absoluto. 187
XII. El abuelo.. 189

LIBRO CUARTO.

JAVERT DESORIENTADO.

Javert desorientado. 197

LIBRO QUINTO.

EL NIETO Y EL ABUELO.

I. Donde se vuelve á ver el árbol con el parche de cinc. . . . 209

Digitized by Google

Páginas.

II. De cómo Mario, saliendo de la guerra civil, se dispone para la guerra doméstica.. 213
III. Mario ataca. 219
IV. Donde se verá que la señorita Gillenormand se conformó al fin con que el señor Fauchelevent entrase llevando un bulto debajo del brazo. 223
V. Donde se prueba que es mas seguro depositar el dinero en ciertos bosques que en manos de ciertos notarios. 229
VI. Donde se verá cómo los dos ancianos procuran labrar, cada uno á su manera, la felicidad de Cosette. 231
VII. Efectos de sueño mezclados con la felicidad. 239
VIII. Investigaciones inútiles. 242

LIBRO SESTO.

LA NOCHE TOLEDANA.

I. El 16 de febrero de 1833. 249
II. Juan Valjean continúa enfermo. 259
III. La inseparable. 268
IV. Inmortale jecur. 271

LIBRO SETIMO.

LA ULTIMA GOTA DEL CALIZ DE LA AMARGURA.

I. El sétimo círculo y el octavo cielo. 279
II. Tras la revelacion, la duda. 296

LIBRO OCTAVO.

EL CREPUSCULO DE LA TARDE.

I. El primer piso. 307
II. De mal en peor. 313
III. Un recuerdo del jardin de la calle Plumet. 317
IV. La atraccion y la estincion. 323

LIBRO NOVENO.

SUPREMA SOMBRA. SUPREMA AURORA.

I. Compasion para los desgraciados, é indulgencia para los dichosos.. 329
II. Ultimas palpitaciones de una lámpara sin aceite.. 332
III. Donde se verá que el que levantaba la carreta de Fauchelevent no puede levantar una pluma. 335
IV. Donde se verá que hay botellas de tinta buenas para quitar las manchas. 339
V. Noche que deja entrever el dia.. 358
VI. La yerba oculta y la lluvia borra. 369

Digitized by Google

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

La sala de los muertos. 36
Venganza de Juan Valjean. 87
Salida de la alcantarilla. 179
El abuelo. 194
El bosque de Montfermeil. 211
Juan Valjean en la noche de boda de Cosette. 270
Entrevista de Thenardier con Mario. 343
Muerte de Juan Valjean. 368

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google